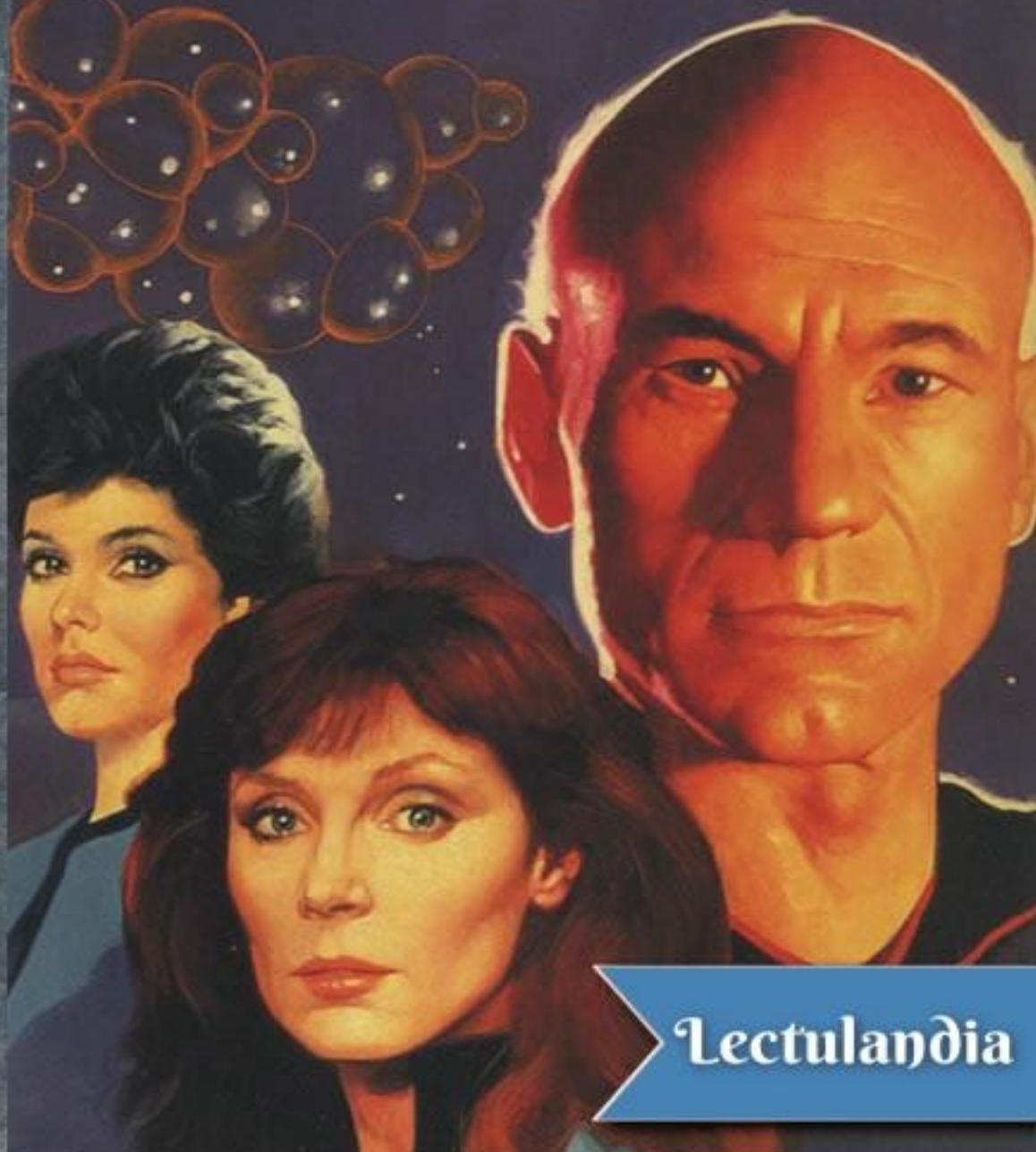




Carmen Carter

Los niños de Hamlin

STAR TREK
LA NUEVA GENERACIÓN®



Lectulandia

La *Enterprise* acude en ayuda de otra nave de la Federación que esta siendo atacada por un aparato Choraii; la misión de ésta es intercambiar a un superviviente de la mítica matanza de Hamlin por un cargamento de metal. Sin embargo, es más que posible que el superviviente, después de tantos años, se haya aclimatado a la atmósfera Choraii. El intercambio se convierte así en una verdadera condena a muerte; y para los mandos de la *Enterprise*, en un dilema ético de gran magnitud...

Lectulandia

Carmen Carter

Los niños de Hamlin

Star Trek, la nueva generación 4

ePub r1.0

Huygens 12.03.14

Título original: *The children of Hamlin*
Carmen Carter, 1988
Traducción: Diana Falcón
Diseño de portada: SDD (Serveis de Disseny)
Retoque de portada: Huygens

Editor digital: Huygens
Digitalizador: Icaza
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Dedicado a MDK, que ha soportado esta locura mía durante los últimos doce años y se ha resignado al hecho de que tal vez nunca se me pase.

Agradecimientos

Escribí *Dreams of the Raven* a lo largo de dos años, sin que se me ocurriera que podía publicarlo hasta que el manuscrito estuvo acabado. En un momento de absoluta locura, acepté escribir *Los niños de Hamlin* en tres meses. El escribir de acuerdo con las exigencias de un plazo límite fue una experiencia del todo nueva, y nunca podría haberlo conseguido sin la ayuda de las siguientes personas:

Daphne Kutzer, quien sabía que yo podía hacerlo y demostró una enorme paciencia mientras yo le daba continuamente mil razones por las cuales no podía. Leyó cada palabra y continuó pidiendo más.

Pat Hoffmann, que fue mi soporte en la distancia y me sacó de los pasos difíciles.

Dave Stern, que me pidió que escribiera una novela de la serie *Star Trek: La nueva generación*, y me permitió cambiar de opinión después de haber dicho que no.

Denise Tathwell, que conoce mejor que yo a la tripulación de la NCC-1701D, y se aseguró de que yo los comprendiera.

Y un especial agradecimiento a Apple Computer por haber diseñado el Macintosh. (Si usted tiene que preguntar por qué, déjelo estar, no lo entendería).

1

Día es un concepto nacido en los planetas que giran cautivos en torno a un sol. En el espacio profundo, muy lejos de la luz y el calor de las flameantes estrellas, impera el reino de la noche perpetua...

—Capitán, ¿qué está haciendo despierto a estas horas?

Las palabras pincharon la frágil burbuja de pensamientos en que estaba absorto Jean-Luc Picard viajando a través del espacio. Regresó de aquella lejanía al interior de la protectora coraza del casco de la nave. Sus ojos fijaron su atención en el vidrio transparente de la luneta de babor y se encontraron con su propio reflejo: oscuros ojos penetrantes en un rostro magro cuyos fuertes rasgos se veían realzados por una frente alta y un cráneo de muy escaso y ralo pelo gris. Los dedos de sus manos, apoyados levemente sobre el transparente vidrio, estaban ateridos de frío, su calor absorbido por el espacio. Levantó las palmas de la fría superficie, y se volvió para encararse con la mujer que había entrado en la sala de observación.

—Lo mismo podría preguntarle yo, doctora Crusher —dijo.

Beverly Crusher avanzó hasta detenerse junto a él y miró por la luneta. El capitán continuó observándola.

—Va con la profesión. Soy un médico; nosotros siempre estamos despiertos cuando todos los demás..., casi todos los demás..., están dormidos. —Bostezó y con la mano hacia atrás alisó sus cabellos algo desordenados—. Cuál es su excusa, ¿insomnio o los deberes del capitán?

—Filosofía. —Pero la emoción informe, casi mística que lo había inundado, acababa de desaparecer y él no sentía ningún deseo de volver a evocarla ahora que ella se encontraba aquí—. ¿La requirieron por alguna urgencia seria?

—No lo bastante seria para justificar un informe al capitán de la nave, si es eso lo que está preguntándome. —Le recorrió un escalofrío y se ciñó más a su esbelto cuerpo la característica chaqueta azul de los oficiales médicos.

Picard se apartó del aire frío que se sentía junto a la pared de babor, y salió de la sala de observación al corredor. Crusher, cuyos largos pasos igualaban a los de él, se mantuvo a su lado sin forzar la marcha. El curvo pasillo estaba vacío y en calma; el suave fulgor de las luces de cubierta marcaba un sendero para sus botas.

—De todas formas —comentó él—, yo siempre me preocupo por el bienestar de la tripulación.

—En ese caso, se sentirá aliviado al saber que el recién nacido de la teniente T'sala está descansando tranquilamente después de un cólico.

—Ah, un cólico. —Picard adoptó una expresión con la que esperaba transmitir un sentido interés—. No pensaba que los bebés vulcanianos tuvieran propensión a los cólicos.

—Bueno, estrictamente hablando, la afección de Surell tiene más que ver con un desorden circulatorio que con uno gástrico, pero el resultado es un bebé que llora a gritos durante horas. Lo mismo podría tratarse de un cólico. —Crusher le lanzó una mirada fugaz y sonrió—. Pero éstas no son las preocupaciones habituales del capitán de una nave, ¿verdad?

—Tal vez no —concedió él esbozando una sonrisa de respuesta.

Incluso en la mortecina luz del corredor, pudo detectar un destello divertido en los ojos de ella.

Esos ojos tan azules.

Picard se aclaró la garganta con una tos tímida.

—¿Qué tal se están adaptando nuestros nuevos pasajeros a la vida a bordo de la *Enterprise*?

—¿Los granjeros de Oregón? —La doctora suspiró—. Bueno, por supuesto que la Flota Estelar certifica que todas las poblaciones emigrantes están en buenas condiciones de salud; pero es de esperar que se producirán algunos ajustes emocionales cuando se enfrenten con un entorno tan diferente como una nave estelar...

—Doctora Crusher —la interrumpió el capitán—, ¿cuál parece ser el problema?

—Aún no hay problemas —repuso ella—. Pero Troi me informó de que uno de los jóvenes granjeros parece insólitamente fascinado por la tecnología de las naves estelares. Los suyos le han reconvenido severamente por explorar la nave.

—Ya veo. —Picard meditó sobre las consecuencias—. Pobre muchacho. Supongo que los de Oregón pueden ser supersticiosos frente a la tecnología moderna. Sin embargo, yo diría que no es demasiado grave. Dentro de un día se encontrarán en su nuevo planeta, a salvo de la influencia corruptora de... —Se detuvo de forma repentina en el corredor, y sus predicciones quedaron inacabadas.

—¿Qué sucede?

—¿No puede sentirlo? —Picard equilibró el peso de su cuerpo sobre ambos pies, interpretando los sutiles movimientos de la cubierta—. La *Enterprise* acaba de cambiar de curso... e incrementar la velocidad hiperespacial. —Su mano derecha voló hasta la insignia que llevaba prendida al pecho, y activó su comunicador—. Picard al puente...

—Aquí Riker, capitán. Hemos recibido una llamada de socorro prioritaria de una nave estelar de la Federación. Están siendo atacados.

—¿Quién está atacándolos? —exigió saber Picard—. ¿Los ferengi?

—No se sabe. Es una señal automática, probablemente emitida por una boya que han lanzado. Todavía estamos intentando obtener una respuesta de la propia nave.

—Muy bien, número uno. Voy de camino. —Picard cortó el contacto y echó a andar con paso rápido.

—Buenas noches, capitán —dijo en un tono de voz bastante alto la doctora Crusher a sus espaldas.

—Ah, sí. —Picard se detuvo en medio de una zancada y se volvió a mirar por encima de un hombro.

—No me espere —continuó ella sin alterar el paso de su andar relajado—. La *Enterprise* es paciente suya, no mía.

Picard se despidió de ella con un gesto de la mano y continuó caminando, mientras el deber borraba de su mente todo pensamiento sobre Beverly Crusher.

Wesley Crusher estaba deslizándose silenciosamente fuera de su compartimento privado en el camarote cuando la señal de emergencia médica sacó a su madre de la cama. Tras volver a esconderse en su habitación, escuchó los amortiguados sonidos de la conversación que mantuvieron ella y T'sala, y los chillidos de acompañamiento del bebé vulcaniano, demasiado pequeño para controlar el dolor. Su madre salió de las dependencias de ambos unos minutos más tarde.

Después de contar hasta treinta, Wesley se asomó al exterior del camarote y comprobó si ella aún se encontraba por los alrededores. Para su alivio, se había marchado...; no obstante, su corazón latía más aceleradamente de lo normal cuando salió al corredor y se encaminó hacia el turboascensor. Ni que decir tiene que él se sentía lo bastante mayor como para organizarse su propio tiempo sin tener que rendirle cuentas a su madre, pero puede que ella no estuviese de acuerdo. Así que la línea de acción más cómoda era la de evitar que se enterara de que él salía.

La nave estaba en calma a una hora de la noche tan avanzada como ésta, pero aún había gente desplazándose de una a otra sección. Ninguno de los tripulantes junto a los que pasó se inquietó por verlo: a pesar de su juventud, Wesley era tan alto como muchos de los adultos, y sus distintivos de cadete subrayaban la conexión del muchacho con la tripulación.

Dnny estaba esperando en el lugar acordado, un salón de descanso para la tripulación, ahora desierto, de la cubierta 12.

—Pensaba que no vendrías.

—He tenido que esperarme —contestó Wesley.

Una sonrisa de comprensión se abrió en el rostro del otro muchacho.

—Ya, a mí también han estado a punto de pescarme. Pero después del último vapuleo que me dio Tomás, nadie cree que vaya a intentar salir de las dependencias de los pasajeros otra vez. —Adoptó una burlona posición de firmes—. Y bien, ¿por dónde empezamos, señor Crusher?

—Ingeniería —respondió Wesley. Había trazado el recorrido que harían mientras estaba tendido en la cama, matando el tiempo hasta el momento del encuentro—. Puedo llevarte a ciertas áreas no restringidas, pero tendrás que comportarte de la

mejor manera posible porque van a reparar en ti.

—En quién, ¿en mí? —preguntó Dnnys con la inocencia plasmada en sus ojos muy abiertos.

Bajó la mirada hasta su tradicional vestimenta de granjero: pantalones azul desteñido hechos de algodón entretejido toscamente, junto con una camisa de lana confeccionada con retazos rojos y negros.

—Te habría traído otra ropa, pero no creo que fueran a cambiar mucho las cosas. —Wesley señaló los largos cabellos morenos del muchacho—. Necesitarías un corte de pelo.

Dnnys se encogió de hombros, indiferente.

—¿Podemos visitar el puente?

—De ninguna manera —negó Wesley rotundamente—. El capitán ha prohibido la entrada a todos los menores de edad. Antes de que yo fuera alférez en activo, me chillaba por sólo mirar el puente desde el turboascensor. —Hizo una pausa y continuó—: No tenía intención de alardear. Sobre ser un alférez, quiero decir.

—No lo has hecho —dijo Dnnys—. No mucho, en todo caso. Si yo pudiera trabajar en el centro de control de una nave estelar, alardearía como un gallo al amanecer. —Avanzó hacia el umbral del salón—. Vamos, pongámonos en marcha. No tengo mucho tiempo antes de que me echen en falta.

Wesley echó a andar tras él.

—¿Estás seguro de que quieres continuar con esto? Podría meterte en un montón de problemas.

—Siempre estoy metido en problemas por una cosa u otra —dijo Dnnys con un suspiro—. Me he acostumbrado.

Wesley se encogió de hombros... y puesto que Dnnys no daba muestra alguna de echarse atrás, se encaminó hacia la sección de ingeniería. No cabía duda de que la tripulación de noche no impediría la entrada del alférez Crusher; y por lo que hacía a su compañero, no le dedicaron más que una mirada de curiosidad antes de volver a concentrarse en sus deberes.

—El eje central es más interesante —se disculpó Wesley mientras caminaban por una sala ancha y baja de techo llena de paneles de control.

—Puede ser, pero todo esto es muy emocionante para mí —contestó Dnnys. Señaló un panel—. ¿Qué hace eso?

Wesley, amablemente, comenzó a describir las funciones del panel, mientras sus palabras eran subrayadas por el constante zumbido bajo del cercano mezclador de materia y antimateria. Dnnys asentía, con los ojos vidriosos a causa de la lucha que libraba por entender todo un mundo nuevo de información tan ajena a él como la agricultura lo habría sido para Wesley.

Dnnys se sobresaltó al oír un sonido que no le era familiar, y sus ojos corrieron de

un extremo al otro de la sala.

—¿Qué ha sido eso?

—Hemos incrementado la velocidad hiperespacial —exclamó Wesley, sobresaltado por el repentino cambio de ritmo e intensidad en las vibraciones de la ligeramente trémula cubierta. Se volvió para preguntar el porqué a uno de los ingenieros, pero los técnicos de guardia se habían marchado a otra área.

Tendría que averiguarlo por sí mismo.

El puente principal de la *Enterprise* era su centro nervioso, una espaciosa sala con techo abovedado y paredes curvas que conferían una dimensión estética a su estructura funcional. Los asientos de los puestos de trabajo estaban acolchados; la cubierta enmoquetada; predominaban cálidos tonos pastel, pero la luz difusa dejaba ver negros paneles táctiles de control con pantallas de cambiantes y brillantes colores.

William Riker, primer oficial de la *Enterprise*, se hallaba de pie y firme en el puente, su alta y musculosa complexión tensa bajo el uniforme, y los ojos fijos en la pantalla frontal que abarcaba toda una pared.

—Mantenga la nave así —le dijo al tripulante del timón.

Oyó los pesados pasos del teniente Worf sobre la cubierta elevada que tenía detrás, y estuvo a punto de pedirle otro informe del sondeo de largo alcance de los sensores, sin embargo, se contuvo; su solicitud sería redundante. De momento, ya había hecho todo lo que podía.

La respuesta de Riker a la llamada de socorro había sido casi refleja: una inmediata valoración del mensaje y un rápido torrente de órdenes que llevaron a la nave estelar a otro curso a velocidad incrementada. Su siguiente acción tendría que haber sido comunicar con el capitán, pero en el mismo momento en que su mano se desplazaba para emitir la llamada, la voz de Picard había sonado exigiendo una explicación. Riker no dudaba de la corrección de las órdenes que había dado, pero lamentaba no haberse puesto en contacto con Picard antes de darlas. Un primer oficial que asumía las responsabilidades del capitán, incluso cuando se suponía que el capitán estaba profundamente dormido, tenía que dar cuenta de sus actos sin que se lo pidieran.

El siseo de apertura de las puertas del turboascensor fue seguido por la distintiva voz del capitán Picard.

—Informe de situación, número uno —ordenó breve y enérgicamente, mientras descendía a grandes zancadas la rampa que llevaba a la cubierta de mando.

Riker recitó con rapidez el discurso que había estado preparando mientras aguardaba la llegada de Picard.

—La *Ferrel*, una nave estelar clase «Constelación», está emitiendo una señal de socorro automática. —Respiró profundamente y prosiguió—: Ordené un inmediato

desvío de curso hacia las coordenadas desde las que emiten y un aumento de la velocidad hiperespacial a factor seis.

—Sí, así lo he advertido —comentó Picard con sequedad.

Riker fijó los ojos en la mirada de acero de Picard. El primer oficial se encumbraba media cabeza por encima de su capitán, y sin embargo, de alguna forma, Picard parecía estar siempre al nivel de su vista.

—Muy bien, número uno.

El movimiento inspiratorio y espiratorio del pecho de Riker fue la única señal de alivio externa que se sumó a lo experimentado en su mente. Todavía estaba avanzando a tientas con este nuevo capitán, pero Picard jamás dejaba que su propio ego, su percepción del respeto que se le debía, se inmiscuyera en lo relacionado con la dirección de la nave. Riker relajó la envarada postura de su cuerpo y finalizó el informe.

—Hora estimada de encuentro con la *Ferrel* dentro de veintidós minutos.

—Seguridad, pasen a alerta amarilla —ordenó Picard—. Y notifiquen nuestro desvío de curso a la Base Estelar Diez.

El pulso regular de las luces de alerta despertó a la vida en todo el puente. El capitán se dejó caer en su asiento de mando. Tiró hacia abajo de la parte superior de su uniforme, acomodando la pieza a la altura habitual.

—Siéntese, Will. Ahora no hay nada que podamos hacer excepto esperar.

Riker sintió envidia de la compostura del capitán y se preguntó si su relajada actitud sería genuina o una mera pose. Tal vez planteárselo estaba fuera de lugar. El primer oficial se sentó según lo indicado y se concentró en emular la apariencia, si no la sustancia, del ejemplo de Picard.

Natasha Yar estaba en pie al segundo destello de las luces de alerta. Al tercero sus ojos azules ya se habían abierto de par en par y su mente se encontraba del todo despierta. Su mano buscó la insignia-comunicador a tientas en la oscuridad.

—Jefa de seguridad a puente —llamó al cerrarse sus dedos sobre el frío metal de la insignia.

Pasaron cinco segundos completos antes de que recibiera una respuesta, tiempo que ella empleó en ponerse el uniforme a toda prisa. La alerta amarilla significaba que podía darse el lujo de vestirse como era debido, pero no tenía tiempo para una ducha. Se pasó los dedos por entre los cortos mechones de rubio cabello y dio por acabado su arreglo.

—Aquí el puente, teniente.

Ella calibró la tensión de la voz de Riker y juzgó con exactitud la gravedad de la alerta. La nave no estaba en peligro. Todavía no.

—Voy hacia allí.

Yar no se molestó en encender las luces al correr hacia la puerta. Había memorizado la disposición del camarote con vistas a una emergencia como ésta.

En su carrera hasta el puente tardó varios segundos más de lo acostumbrado en estas circunstancias, pero ni Riker ni el capitán pronunciaron una reconvención cuando la teniente Yar salió como una tromba por la puerta del turboascensor. Ocupó su puesto ante la consola de seguridad, inspeccionó las actividades de las cubiertas superior e inferior, y luego estudió la pantalla frontal. En esta última no había nada de interés, así que volvió su atención hacia la persistente señal de socorro que aparecía a intervalos idénticos por el panel de comunicaciones sin presentar variación ninguna.

—No hay respuesta a las llamadas —dijo Worf, deteniéndose junto a ella.

—¿Por qué no me llamó en cuanto recibió la transmisión? —le susurró Yar.

—Estaba ocupado —replicó Worf.

—Tendría que haber estado aquí para iniciar la alerta amarilla.

Preocupada por no llamar la atención del capitán, Yar mantenía la voz baja, lo cual le impedía mostrar la magnitud de su enfado. Y no se trataba de que un estallido temperamental a pleno volumen fuera a impresionar al klingon; las tormentas emocionales de la raza humana eran poco más que una suave lluvia veraniega para él.

—Estaba ocupado.

Yar se sintió de repente demasiado preocupada como para continuar con una discusión en el fondo unilateral. Las lecturas de sondeo habían cambiado. El trazado naranja de un perfil de energías fluctuantes era débil pero inconfundible.

Geordi LaForge salió a la carrera de su camarote y tropezó con un par de pies que bloqueaban la puerta. Un fuerte brazo salió disparado y lo rodeó por el pecho, deteniendo su caída.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Esperándolo —contestó Data. Puso a Geordi en posición erguida sin esfuerzo, y echó a andar a su lado.

Corrieron por el corredor, daban la impresión de un estudiado contraste. El teniente LaForge era más bajo y más robusto, con una piel bruma que realzaba la palidez artificial de su compañero. Los ojos del teniente Data eran de un color dorado que hacía juego con el brillo metálico del visor de Geordi LaForge.

—¿Y qué está sucediendo? —preguntó Geordi entre jadeos una vez traspuesta de un salto la puerta del turboascensor.

—Estamos en estado de alerta amarilla —respondió Data tras pronunciar el punto de destino. A diferencia de LaForge, la respiración de Data no era agitada.

—Sí, pero ¿por qué estamos en estado de alerta amarilla? —insistió LaForge.

Los componentes positrónicos que le conferían al androide su fuerza y resistencia, eran también responsables de ciertos lapsus en su comprensión del habla

humana. Geordi sabía qué dirección estaba tomando la charla y siguió el juego hasta el final, con paciencia; había adoptado el papel de preceptor informal en la educación social de Data, y siempre había tiempo para una lección rápida.

—Presumiblemente, nos hemos encontrado con una situación que requiere un incremento del estado de vigilancia que...

Geordi lo interrumpió.

—Sólo diga: «No lo sé, Geordi».

—No lo sé, Geordi —repitió Data. Meditó, perplejo, sobre el intercambio verbal—. Ya veo. Otra vez no he sabido interpretar el significado real de sus palabras.

—Así es, Data.

—Procuraré no tomármelas en su sentido literal la próxima vez.

—Eso es lo que dice siempre —dijo Geordi y emitió un suspiro; a todo esto el ascensor aminoraba su velocidad hasta detenerse.

Yar registró la llegada de ambos al puente con un breve gesto de asentimiento hecho con la cabeza.

—Tripulación del puente completa, capitán.

Con movimientos más que ensayados, LaForge y Data intercambiaron las posiciones con los tripulantes del turno de noche. El reemplazo fue perfecto en su ejecución: un par de manos se levantó de los controles cuando el otro par se posaba sobre ellos.

Deanna Troi percibió el aumento de las ansiedades en el puente de la nave antes incluso de que sonara la señal de alerta. Agitándose en el sueño, su mente atravesó las texturas superpuestas de la inconsciencia. Una vez despierta aguardó una llamada del puente para que este acto de emerger desde el sueño cobrara sentido.

Cuando la llamada no llegó, ella se obligó a transponer la última barrera.

—Troi al puente.

—Usted está fuera de servicio, consejera, y su asistencia no será necesaria durante un rato.

La contestación de Riker tendría que haber sido un alivio; sin embargo, la precisa aseveración le provocó una punzada de fastidio. Él la conocía demasiado bien, y podía anticiparse a sus pensamientos.

—Si puedo ser de alguna utilidad...

—El capitán Picard agradece su iniciativa; la llamaremos si cambia la situación.

—No me haga ningún favor —contestó ella, pero ya nadie la escuchaba.

Tras un momento de reflexión, Troi admitió que su malhumor era debido al hecho de haberse despertado, de un sueño profundo, y que en justicia no podía culpar a Will Riker por ello. Daría su palabra por buena, que la consejera de la nave probablemente no era necesaria, y se permitiría el lujo de una ducha antes de vestirse. Al examinar

su reflejo en el espejo del camarote, Troi frunció el ceño con desconsuelo ante la enredada masa de oscuros cabellos que le coronaba la cabeza. Tal vez alguien como Tasha tuviera la posibilidad de responder a las emergencias en cuestión de segundos, pero Troi prefería unos cuantos minutos más para poder componerse.

La prácticamente inactiva sección de ingeniería se transformó en un frenesí de actividad después de que la tripulación que estaba fuera de servicio irrumpiera en tropel en la sala, para reincorporarse a sus puestos. Wesley y Dnys intercambiaron miradas de regocijo ante su buena suerte.

—¿Te presentarás ahora en el puente? —preguntó el joven granjero.

La embriagadora emoción, y tal vez la falta de sueño, hicieron que cobrara cuerpo la posibilidad. Wesley comunicó con el puente.

—Aquí el alférez Crusher... —no fue más allá de eso.

—Vuelva a meterse en la cama, muchacho —le espetó la voz del capitán Picard.

Ambos muchachos salieron a la carrera de ingeniería.

A medida que la *Enterprise* se acercaba más y más a la *Ferrel*, Picard se obligaba a permanecer quieto, luchando contra cualquier movimiento físico que pudiese distraerlo de los informes de la tripulación del puente.

—Capitán —dijo Yar—. Los sensores detectan emisiones de energía en la fuente de las coordenadas de la que proviene la llamada de socorro. La configuración no me resulta familiar, y además es de gran potencia, demasiada para la que podría detectarse desde una distancia tan grande como ésta.

—Levante los escudos —ordenó Picard.

—Encuentro dentro de tres coma cuatro minutos —anunció Data.

LaForge tenía las manos suspendidas sobre el panel del timón.

—Preparados para abandonar velocidad hiperespacial.

—Energía de impulso. —Picard continuaba sentado e inmóvil en su asiento.

Muy suavemente, los dedos del piloto se posaron sobre el panel. Con un estremecimiento casi imperceptible, los motores de la nave cambiaron a velocidad sublumínica. El universo se contrajo.

En la pantalla frontal, las diminutas chispas de las lejanas estrellas adquirieron relieve de forma brusca contra el indistinto telón de fondo negro. En el centro de esta imagen, unas estelas enturbiaban los luminosos astros. Dos naves evolucionaban por el espacio, trabadas en una mortal danza de combate. Una relumbrante niebla azul las envolvía a ambas.

Picard se inclinó hacia delante.

—Pasen a alerta roja.

La espera había concluido.

Andrew Deelor estimaba que la *Ferrel* resistiría otros seis minutos antes de que la cúpula del puente se derrumbara, aplastándolos a Ruthe y él, junto con la tripulación. Lo cual significaba que le quedaban cinco minutos y un puñado de segundos de vida muy desagradables. La certeza de su próxima muerte le ocupaba sólo un pequeño rincón de la mente; su atención estaba fija en la translúcida y ondulante niebla azul que reproducía la pantalla principal. La nave estelar estaba prisionera en la garra de una matriz energética. Minuto a minuto, la matriz se contraía como un puño que se cerrara, arrugando el casco del platillo principal entre sus dedos.

La nave estelar se estremeció. La pantalla del puente se volvió negra.

A lo largo de la última hora habían fallado los sensores, uno a uno, hasta que la pantalla fue la única fuente de información de Deelor. Había susurrado en el vocoder^[1] del tamaño de la palma que sostenía en la mano una descripción de todo lo que aparecía en la pantalla. Cada breve atisbo de la nave alienígena, cada detalle de su estructura, cada movimiento táctico, estaban registrados; pero sin la pantalla estaba ciego ante lo que sucedía fuera del casco.

Deelor desplazó su atención al interior de la *Ferrel*. Desde su asiento emplazado en el centro del puente circular podía recorrer con la mirada toda la sala. Describió el descenso de la temperatura y el amortecimiento de las luces de emergencia al ser canalizadas las reservas de energía de la nave hacia los escudos defensivos en una batalla perdida contra el campo energético alienígena. Describió los resplandecientes copos blancos como la nieve que volaban por el aire, y el compartimento de circuitos que estalló bajo el inoperante terminal de comunicaciones; con lo que de resultados del impacto el teniente Morrissey fue arrojado contra la barandilla, y quedó doblado en dos.

El hombre cayó de rodillas y expectoró una brillante mancha de sangre roja sobre la cubierta. El doctor Lewin llegó a su lado de un salto con el maletín de emergencias abierto. Para Deelor era ya una incidencia irrelevante y no la incluyó en su informe. Si llegaba a haber condecoraciones póstumas para la tripulación, se basarían en el diario del capitán.

Los alaridos de los compartimentos de circuitos producidos por la presión se hicieron más ruidosos, ahogando los comentarios de Deelor. Se acercó un poco más el micrófono a la boca, pero la voz se le había quedado demasiado ronca para poder elevarla por encima del ruido de fondo. Bajó la cubierta protectora sobre el vocoder antes de deslizar la unidad en un bolsillo interior de su uniforme. Si la grabación y la nave eran recuperadas, su sucesor tendría una detallada descripción de cuál era el

castigo por fracasar.

Su fracaso. Deelor lamentaba más ese epígrafe que su propia muerte. Se volvió a mirar a la mujer que estaba sentada junto a él. Ruthe se encontraba encogida como un erizo, las piernas recogidas debajo del mentón, y con una capa gris envuelta alrededor del cuerpo. Había ocultado el rostro en la áspera tela. Unos mechones de pelo negro y lacio le caían sobre las rodillas.

Él se inclinó hacia ella.

—Estamos a punto de morir —le dijo, sin tener la seguridad de si ella ya se había dado cuenta—. Lo lamento.

Ruthe levantó la mirada. Tenía la piel pálida, pero ése era su color natural.

—Tengo frío. Detesto tener frío.

—Sí, ya lo sé.

Un repentino cese de la actividad en el puente disparó una alarma en la mente de Deelor. Los miembros de la tripulación se habían quedado congelados en el sitio, olvidándose de los chirridos y convulsiones del casco del platillo. Sus rostros estaban vueltos en una sola dirección, hacia la parte trasera del puente, y él se giró en esa misma dirección. Estaban observando al capitán y su primer oficial. Los dos hombres se hallaban de pie, el uno junto al otro, ante la consola de defensa, y aunque sus espaldas ocultaban sus movimientos, Deelor supo de inmediato qué estaban a punto de hacer. Y por qué no debían hacerlo.

Deelor le gritó a Manin que se detuviera, pero su voz no pudo hacerse oír por encima del penetrante estruendo del metal a punto de atomizarse. Se levantó trabajosamente de su asiento, pero a consecuencia de las contracciones de la cubierta cayó sobre sus rodillas. Nunca llegaría a tiempo hasta ellos. Rebuscó en el bolsillo interior de su uniforme. Su mano apartó a un lado la familiar forma cilíndrica del vocoder y, deslizando los dedos en el interior de su funda, éstos se cerraron sobre el romo asidero de un arma fásica.

Les disparó a ambos, pero los temblores del casco le hicieron errar en parte. D'Amelio cayó donde estaba bajo el impacto del rayo que lo desmayó; al capitán sólo lo rozó. Manin dio media vuelta, confuso. Cuando vio el arma en la mano de Deelor, el desconcierto se transformó rápidamente en un estallido de furia.

—¡Mátenlo! —El grito fue inaudible, pero el movimiento de los labios lo dejó claro. Y la orden fue obedecida al instante.

Andrew Deelor no llegó a ver quién le disparaba.

Tres siglos de conocimientos de ingeniería, el producto del esfuerzo combinado de las más brillantes mentes de la Federación de Planetas Unidos, culminaron en la nave estelar de clase galáctica conocida como la *Enterprise*. Los mejores metales y aleaciones, los polímeros más resistentes, la informática más avanzada, habían sido

sabiamente conjuntados en una nave diseñada para viajar hasta los más lejanos confines de la galaxia. Era tripulada por oficiales y científicos de la más alta capacitación, dedicados por entero a ampliar la exploración por fascinantes territorios ignotos.

Y a veces esa exploración se convertía en mortal.

Con los escudos levantados y las armas cargadas, la *Enterprise* había abandonado la velocidad hiperespacial en un cegador destello de luz y se encaminaba hacia el lugar de batalla.

—Señor Data, ¿qué información obtiene de esa aura azul? —exigió saber el capitán mientras estudiaba las borrosas figuras de la *Ferrel* y su atacante.

—¿Azul? —exclamó Geordi—. A mí me parece un magma de colores.

El comentario le recordó a Picard cuán radicalmente el visor de Geordi transformaba su visión para cubrir la totalidad del espectro electromagnético.

—Es algún tipo de campo energético fluctuante —contestó Data mientras la computadora mostraba unas lecturas en el terminal de observación—. El propósito es desconocido; y sus efectos parecen ser de alcance limitado.

—Capitán, sigo sin poder contactar con ninguna de las naves —anunció Yar—. Todos los canales de comunicaciones están en silencio.

—La *Ferrel* podría estar incapacitada para responder —dijo Data—. Sus sistemas de control parecen estar inoperativos o muy débiles.

—Señor LaForge, ponga rumbo directo a la nave hostil —ordenó Picard con tono tenso. Sólo disponía de pocos segundos para decidir su línea de acción contra la desconocida nave alienígena. El explorador que había en él estaba entusiasmado ante la idea de contactar con esa nave, pero como oficial de la Flota Estelar su primer deber era defender a una nave compatriota y la *Ferrel* a todas luces llevaba las de perder. Tal vez la aparición de refuerzos disuadiría a la agresora de la *Ferrel* de continuar con el ataque.

Tasha Yar le hizo un ademán a Worf desde los terminales de popa, y los dos oficiales se dividieron las responsabilidades de defensa y ataque mediante breves gestos telegráficos.

Picard se tensó.

—Disparen rayos fásicos —dijo.

El teniente Worf extendió sus anchas manos sobre la superficie de la consola de defensa. Cada movimiento de dedo efectuaba un disparo fásico que salía del módulo inferior de la *Enterprise*. La mayoría de éstos se dispersaban, inofensivos, en el espacio, pero dos dieron de lleno en el blanco.

El efecto fue inmediato. La niebla azul que envolvía las dos naves trabadas en batalla desapareció, dejando a la vista los estragos del enfrentamiento. La sección del platillo de la nave estelar clase «Constelación» estaba deformada, con la estructura

retorcida. Desplazándose paralela a la *Ferrel*, aparentemente ilesa, había una nave como en forma de apretado racimo de esferas, de color naranja translúcido. Ambas eran de igual tamaño, pero la *Enterprise* las empequeñecía a las dos.

—Abra las frecuencias de llamada, teniente Yar. —Picard se levantó de su asiento de mando—. Les habla Jean-Luc Picard, capitán de la *Enterprise*. Identifiquen su nave.

Aguardó con paciencia mientras pasaban los segundos. Riker avanzó calladamente hasta colocarse a su lado al prolongarse el silencio.

—No hay respuesta —afirmó Yar al fin.

—No hay respuesta verbal, pero están reaccionando. —Data fue el primero en detectar movimiento en el racimo de esferas.

La irregular superficie de la nave alienígena no tenía rasgos distinguibles que diferenciaran a un extremo del otro. La estructura de esferas había comenzado a describir lentos círculos sobre un eje interno. Al girar y ponerse a la vista la parte hasta ahora oculta de la nave, una burbuja de color púrpura oscuro apareció entre el naranja de las otras. La rotación se aceleró, haciendo desaparecer de la vista la burbuja de color diferente y luego mostrándola de nuevo.

Todavía girando, la nave enfiló hacia la *Enterprise*.

Picard hizo un gesto para indicar que quería emitir otro comunicado.

—Nave desconocida, si no responde, su acercamiento será considerado como un acto hostil.

El racimo de esferas no disminuyó la velocidad de su avance.

—Habría preferido una conclusión no violenta de este incidente —confesó Picard en un susurro destinado a su primer oficial—. Pero, al parecer, estos seres no comparten mi punto de vista. Que así sea. —Su mano, al caer, le dio al teniente Worf la señal para que disparara otra andanada fásica.

Una cascada de fulminantes rayos cayeron sobre la nave que se aproximaba. La superficie de las esferas crujió entre chisporroteos, pero sólo durante las fracciones de segundo que duraban los impactos. Cuando el fulgor de los rayos fásicos hubo desaparecido, las esferas quedaron intactas. Worf lanzó otra descarga, la cual no causó efectos visibles mucho mayores.

—Acción evasiva —ordenó Picard en tensión.

Las manos de Geordi LaForge empezaron a desplazarse sobre la consola, y la *Enterprise* se desvió de su curso.

—Están dándonos alcance.

—Mantenga fuego fásico.

Mientras la *Enterprise* proyectaba una barrera de disparos, Data anunciaba la distancia, que iba reduciéndose rápidamente, entre las dos naves.

—Diez millas, cinco millas, una milla. —Su recitado se detuvo.

—Demasiado cerca para nuestros torpedos de fotones —declaró Yar—. A esta distancia, las explosiones podrían dañar también a la *Enterprise*.

—Si nos alejamos más, la *Ferrel* quedará vulnerable ante un nuevo ataque —dijo Picard amargamente mientras observaba la nave alienígena.

El tiempo para contraatacar se estaba acabando por segundos.

Y luego se agotó. Tras haber encontrado por fin algún parámetro desconocido, la esfera púrpura salió disparada de aquel ingenio en forma de racimo que proseguía su movimiento rotatorio.

—Viene directamente hacia nosotros —advirtió Data—. Prepárense para el impacto.

Una explosión de luz violeta cegó los ojos de los tripulantes, pero no se produjo ninguna sacudida que la acompañara, sólo un leve temblor que pudo sentirse en los terminales y la cubierta que tenían bajo sus pies. Haces de color azul pálido crepitaron en la pantalla principal.

Data transmitió la información de sus sensores.

—El campo energético cubre toda la superficie externa de la sección del platillo.

—Es una red —exclamó Geordi describiendo su visión única de aquel campo de energía—. Tejida con filamentos cargados eléctricamente; puedo ver las hebras por separado. Y una fina corriente umbilical está todavía unida a la nave madre.

Yar estudió atentamente el monitor de seguridad.

—Los escudos se mantienen sin esfuerzo. La emisión energética de esta red no es muy alta.

Picard frunció el entrecejo.

—Entonces, ¿por qué la *Ferrel* ha sufrido daños tan serios?

Un sordo zumbido se agregó a la vibración.

—El campo está contrayéndose, ejerciendo una presión sobre las defensas del casco —anunció Data. Parpadeó al tiempo que realizaba un rápido cálculo mental—. Suponiendo un ritmo constante de contracción, podemos resistir los efectos durante dos coma seis días antes de que se agoten las reservas energéticas de la nave. En ese momento, sin escudos, la estructura será vulnerable.

Riker se acercó a la consola medioambiental de popa con el fin de examinar los informes que se recibían de cada sección de la nave estelar.

—Capitán, los informes de la situación actual en todos los puestos indican cortocircuitos menores en los sistemas eléctricos cercanos al casco exterior. No hay desperfectos de importancia.

—Pero algo grave les ocurre a nuestros pasajeros —dijo la teniente Yar—. He registrado una docena de llamadas en mi terminal, procedentes de las dependencias de los granjeros, desde que comenzó la alerta roja.

—Póngase en contacto con la consejera Troi —sugirió Riker—. Haga que ella

vaya a calmarlos. Podríamos permanecer aquí durante bastante tiempo.

Con las manos sujetas a la barandilla, Riker estudió la insólita estructura de la nave alienígena. La niebla azul enturbiaba la imagen de la nave de burbujas que mostraba la pantalla.

—Esas esferas tienen todo el aspecto de un puñado de globos. Lo único que necesitamos es una aguja con la que pincharlos.

—Una analogía interesante, número uno —dijo el capitán en tono aprobatorio—. Intentémoslo, ¿le parece?

Worf reprogramó con impaciencia la consola de defensa siguiendo las especificaciones de Riker. La dispersión de los disparos físicos fue reducida hasta el mínimo. Tras un poco de trabajo adicional y juegos malabares creativos con los parámetros controladores, el rayo fue estrechado aún más. Cuando Riker se declaró satisfecho, Worf efectuó un disparo de prueba.

El rayo resultante, fino como una aguja, perforó limpiamente su objetivo. Una esfera del racimo estalló, soltando una viscosa materia en el espacio. Los destrozados restos de aquella suerte de cúpula eran perceptibles en el grueso de la extraña nave.

—Eso es, Worf —exclamó Geordi.

—Dispare otro —ordenó Picard—. Si es necesario, haremos pedazos esa nave sección a sección. —Estaba decidido a continuar con el ataque hasta que su nave quedara fuera de peligro.

La segunda explosión fue la última.

—Campo energético desapareciendo —anunció Data al tiempo que la pantalla quedaba limpia—. Y el enemigo está retirándose.

Picard reaccionó de inmediato.

—Rayo tractor, teniente Worf. Démosles a probar un poco de su propia medicina.

Sospechaba que el klingon habría preferido continuar disparando hasta que el enemigo hubiese sido aniquilado, pero la orden fue obedecida sin comentarios.

—Los tenemos, capitán —anunció Worf cuando el racimo de burbujas que se alejaba paró de forma abrupta—. Pero están haciéndonos gastar energía a una velocidad increíble.

Picard intentó establecer contacto una vez más.

—Les ordeno que rindan su nave.

No esperaba realmente una respuesta. Y no hubo ninguna. Pero al igual que antes, la nave alienígena comenzó a cambiar. El tamaño de sus esferas se contrajo; su irregular estructura empezó a modificarse. Una burbuja fue empujada afuera del racimo. Luego otra siguió inmediatamente después de la primera. Luego otra más.

El alcance del rayo tractor de la nave estelar se ensanchó para cubrir la forma cambiante. Las luces del puente parpadearon al desviarse más energía hacia la consola de Worf. Los gráficos que indicaban los niveles de sobrecarga ondularon por

los paneles de instrumentos cuando las burbujas conformaron una larga hilera.

Riker se llegó hasta el capitán. Tenía la frente arrugada de enojo y frustración.

—A este ritmo, nos veremos obligados a recurrir a nuestras reservas energéticas de emergencia. Aun así, no creo que podamos retenerlos durante mucho tiempo.

—Este enemigo tiene muchos recursos. —Picard no pudo evitar que la admiración aflorara a su voz. Su elogio provocó una retardada reacción de sorpresa por parte de Riker—. No hay nada vergonzoso en reconocer a un oponente digno, número uno. —Lo vergonzoso residía en el perder. Picard consideró qué efecto tendría otro ataque fásico sobre la nave alienígena puesta en fuga.

—Capitán —dijo Data alzando la voz—. Los sensores indican que el casco primario de la *Ferrel* está seriamente dañado y el revestimiento contenedor de la atmósfera presenta signos de rápido debilitamiento en las zonas más castigadas. Podría romperse en cualquier momento.

Un gesto de la mano del capitán le ordenó a Worf que desactivara el rayo tractor. La voz de Picard se enronqueció con un tono de urgencia.

—Yar, toda la energía a las secciones de transportadores. Inicie el transporte de la tripulación de la *Ferrel* con coordenadas amplias. Traigan a bordo todo lo que se mueva. Apresúrese.

Volviéndose una vez más hacia la pantalla, Picard observó la nave alienígena que se alejaba deslizándose por el espacio a creciente velocidad como un collar de cuentas que escapara de su dueña.

El viejo Ziedorf era sordo y durmió durante todo el tiempo que duró el alboroto, pero los otros granjeros despertaron en sus desusadas camas entre luces y ruidos de pesadilla. Los gritos y llantos de madres que cogían a sus niños aún aturcidos por el sueño, ahogaban las tranquilas instrucciones dadas por la computadora. Con cualquier caso, los granjeros no habrían atendido las indicaciones de la voz incorpórea, en especial cuando les pedía que permanecieran en sus camarotes.

Hombres y mujeres salieron de los camarotes del pasaje a los corredores, voceando su confusión. Un hombre, que se había familiarizado algo con la nave, bajó el volumen del altavoz del comunicador más cercano para oír mejor a su vecino. Nadie respondía a las súplicas de la voz del oficial de seguridad, ahora reducida a un débil susurro.

Algunos niños, contagiados de la atmósfera de agitación, se soltaban por la fuerza de quienes los sujetaban y se alejaban corriendo, ansiosos por jugar a esta hora inusitada. Otros, de temperamento más sosegado, reaccionaban ante las palabras traspasadas de miedo y agregaban al clamor sus propios gemidos.

Dnnys se abrió camino con dificultad a través de los adultos. Uno tras otro lo agarraban por un codo o un hombro y exigían una explicación por el extraño

comportamiento de la nave: para ellos, su conocida familiaridad con la *Enterprise* casi convertía la situación en responsabilidad de él. Pero su segunda reacción era que, al ser sólo un niño, no tenía sentido escuchar sus respuestas, en particular cuando los instaba a regresar a los camarotes.

Una mano se apoderó de él otra vez, y Dnnys se la quitó de encima. Luego vio quién lo había hecho y se deslizó por entre la gente hasta llegar junto a su prima. Los cabellos castaño claro de ella eran demasiado rizados como para poner de manifiesto un despertar sobresaltado, pero los faldones de la camisa de trabajo azul le colgaban por fuera de los téjanos.

—No puedo entrar en la habitación de tu madre —dijo Mry—. Ella, por supuesto, se quedó donde estaba, como debía. Pero cuando no salí, todos los otros entraron a ver qué sucedía.

De los ciento veinte granjeros, cerca de cincuenta se habían apretujado dentro de su camarote. El resto daba vueltas sin objeto por los corredores.

—También tú tendrías que haberte quedado dónde estabas —la regañó Dnnys.

—Tomás me hizo venir hasta aquí. Dijo que teníamos que proteger tanto a nuestra propia madre como a la tuya porque ella estaba sola. —Mry frunció de pronto el ceño—. Yo le recordé que estabas con Patrisha, pero veo que me equivoqué.

Dnnys hizo caso omiso de la reprimenda. Sabía que su prima no le hablaría a nadie de su ausencia.

—Wesley dice que una alerta amarilla no es demasiado seria, pero que deberíamos...

El consejo del joven alférez no llegó a oírse. Las parpadeantes luces ámbar se volvieron rojas, y los granjeros alzaron la voz y su clamor ahogó el sonido de la sirena.

Un penetrante alarido hizo que aumentara el grupo de gente que miraba por las lunetas que se alineaban en la pared que daba al exterior. Los que podían ver vocearon confusas descripciones que pasaron de persona a persona a través de la multitud, haciéndose más incomprensibles con cada repetición. Una sola nave dañada se transformó en una abandonada y apestada, un osario a la deriva de naves fantasmas o una belicosa flota pirata, dependiendo de a quién se le preguntara.

Cuando el aura de haces azules cayó como un manto sobre la superficie transparente de las lunetas, el grupo que había avanzado hasta ellas retrocedió. Mry y Dnnys fueron separados por la estampida de personas finalmente convencidas de la prudencia de regresar a sus camarotes.

El pánico que emanaba de los pasajeros de la nave estelar envolvía la sección como una niebla espesa. Y el pánico era contagioso. Al acercarse a las dependencias de los granjeros, la consejera Troi luchó contra su instintiva empatía, reprimiendo el

deseo de huir a la seguridad de su propio camarote. Proyectó su mente en busca de otra que le resultara familiar, y se encaminó en dirección a la misma.

Dnnys estaba solo en el corredor, con el rostro apretado contra el trémulo vidrio. Troi corrió hasta el muchacho y lo atrajo hacia sí.

—Apártate de ahí.

—No hace daño. Sólo una especie de cosquillas. —Dnnys demostró lo que decía apoyando una mano contra el zumbante cristal—. ¿De dónde sale la luz azul?

—No sabemos qué es —contestó secamente Troi, desviando la comprometedora pregunta del chico—. Y podría ser peligrosa.

Era sólo un chico, con la fascinación propia de su edad por lo desconocido. Un adulto tendría que haberse hecho cargo de él, pero todos parecían estar escondidos en sus camarotes a causa del miedo. Tal vez, en su temor, hablarían ahora con ella. Hasta ese momento, los solitarios colonos habían desairado los intentos realizados por Troi para darles la bienvenida. De resultas de ello, conocía a pocos por su nombre y apenas sabía algo de sus costumbres.

—Tengo que hablar con los dirigentes de tu comunidad.

Dnnys se echó a reír ante la solicitud.

—Nosotros no tenemos dirigentes.

—Pero yo hablé con una mujer que estaba al mando cuando tu gente llegó a bordo. —Troi no había preguntado cuál era la dignidad de la mujer por respeto a la reticencia de los granjeros, pero tenía un inconfundible aire de autoridad—. Se llama Patrisha.

—Ah, se refiere a mi madre. —La sonrisa del chico se disolvió y se le contrajo el ceño—. Pero ella no es una dirigente. No da órdenes.

Troi percibió la actitud defensiva del chico.

—Lo siento, no tenía intención de ofender. —Buscó cuidadosamente la manera de enfocar lo que quería decir y no herir susceptibilidades—. Me refería sólo a que la gente parece escuchar lo que ella dice.

—Ah, eso es diferente. La gente siempre escucha a mi madre —respondió Dnnys con orgullo. Señaló una puerta que estaba un poco más allá—. Entre allí; una persona más no le molestará.

Al llegar al umbral del camarote, pero antes de transponer su puerta, Troi sintió una ola de decepción que provenía de Dnnys. Se volvió a mirar el otro extremo del pasillo en el que él se encontraba.

La luz azul había desaparecido de la luneta.

3

El capitán Manin pasó por encima de los movedizos escombros que una vez habían sido el puente de la *Ferrel*. Oía los gemidos y toses secas de los tripulantes moribundos, pero no podía verlos a través del humo y los remolinos de polvillo metálico. Quedaba menos de un minuto para que finalizara su última misión, pero los segundos se extendían ante él como una eternidad. Había intentado ahorrarles a todos el dolor de una destrucción prolongada. Deelor lo había detenido. Manin refrenó su furia; no tenía tiempo que perder.

Buscando un asidero a ciegas, la mano del capitán rozó un cuerpo; la piel estaba fría al tacto. Los dedos palparon el contorno de la figura caída y finalmente recorrieron el delgado tallo de una antena. Sólo un miembro de la especie andoriana había estado en el puente, cosa que establecía la identidad de la oficial muerta. Tras desearle un buen vuelo, a cualquiera que fuese el mundo del más allá al que iba de camino la piloto, Manin se alejó lentamente del timón en busca de su asiento de mando. Cuando llegara la muerte, la recibiría allí. Dio otro paso y su bota se encontró con algo blando.

Ese algo le respondió con otro puntapié.

—Lárguese. No quiero compañía —dijo Ruthe, y luego estalló en un ataque de tos.

Su irritación era absurda en esas circunstancias, y Manin estaba aún lo bastante despierto como para apreciar lo ridículo de la situación. La risa le hizo subir un borbotón de sangre a la boca. Se enjugó el hilillo que le escapó de los labios. Si la intérprete estaba allí, el cuerpo de Deelor no se hallaba muy lejos.

—Una muerte por rayo fásico es limpia, Deelor —dijo el capitán en voz baja—. Tuvo una buena muerte.

Las estrellas se desdibujaron y desplazaron ante los ojos de la tripulación del puente al agrandar Data la imagen de la *Ferrel* en la pantalla. Picard y su primer oficial se hallaban de pie en el puente, el uno junto al otro, contemplando la agonía de la *Ferrel*. La matriz energética había desaparecido demasiado tarde para evitar la destrucción final de la nave estelar. Riker se removía inquieto mientras el casco metálico de la nave compatriota se sacudía y estremecía, a la par que las estructuras de soporte se derrumbaban.

El capitán fue el primero en hablar.

—*Merde*. No llegaremos a tiempo. Nos llevará al menos veinte minutos el transportar a toda...

—Va a reventar —anunció LaForge desde el timón.

Un penacho de vapor blanco salió despedido del vientre del platillo,

dispersándose instantáneamente en el vacío del espacio. Espejeantes escombros, como envueltos en rocío, empezaron a girar rápidamente alrededor del exterior del casco de la nave.

—Worf, que salgan todas las lanzaderas —ordenó alzando la voz Picard. Sabía que semejante intento de rescate sería inútil, pero había que hacerlo—. Data, concentre un barrido de sondeo de corto alcance alrededor de la *Ferrel*. Podría haber sobrevivientes entre los escombros.

—No es necesario, capitán —anunció Tasha Yar—. El jefe de la sala de transportadores informa de que la tripulación está a bordo. —Hizo una pausa, desconcertada por la cuenta—. Treinta.

Picard sintió el impacto de las palabras de ella exactamente como un golpe. Treinta vidas de una tripulación de centenares. Había perdido la *Stargazer* nueve años antes —conocía ese dolor—, pero su tripulación no había perecido junto con la nave. Se volvió hacia Riker y vio su propia alarma reflejada en los ojos del primer oficial; cualquiera que aceptara las responsabilidades del mando era consciente de tales riesgos. Picard sabía que era mejor no demorarse en el desastre. El miedo podía convertirse en terror paralizante.

—Número uno, busque en la sala del transportador. Encuentre al capitán o al oficial de más alta graduación entre los supervivientes, y haga que se presente aquí de inmediato.

El cumplimiento de la orden acabaría con el papel del primer oficial como observador impotente.

—De inmediato, capitán —contestó Riker, avanzando a buen paso hacia la salida.

La misión de rescate estaba lejos de haber concluido, pero Picard podía sentir que el punto culminante de la crítica situación había pasado. Durante la batalla, su atención había estado muy concentrada; su mente había dejado fuera toda distracción. Ya no. El ritmo de *staccato* de la alerta roja se volvía más irritante a cada segundo. Era también un recordatorio de un conflicto sin resolver.

—Teniente Yar, ¿a qué distancia ha llegado ya la nave hostil?

—Según mis sensores, la nave alienígena parece haber desaparecido, capitán, está fuera del alcance de los sensores.

La afirmación de Tasha Yar suscitó una protesta de LaForge desde su puesto del timón.

—Pero, Tasha, no puede haber salido ya del sector; en tan poco tiempo, no.

—La matriz ha dejado una nube ionizada de energía residual —observó Data con interés—. Está descomponiéndose aceleradamente, pero las lecturas de los sensores podrían haberse visto afectadas.

—¿Qué información obtuvo de la matriz energética que nos arrojaron encima? —preguntó Picard. Esta trampa la habían desbaratado, pero puede que de la siguiente no

consiguieran escapar con tanta facilidad. El capitán tenía la inquietante sensación de que era probable otro encuentro.

—El campo no operaba como un dispositivo tractor estándar, pero considerando la inusitada estructura de la nave alienígena, no es irrazonable suponer que este adversario posee una tecnología más avanzada o radicalmente diferente.

—Una trampa mejor —reflexionó Picard.

—No, señor, un rayo tractor mejor.

Picard prefirió no responder al comentario. También decidió reprimir la sonrisa al captar el suspiro de desespero de Geordi. El rostro de Data se arrugó con perplejidad ante la inarticulada crítica, pero pareció incapaz de detectar qué había ocurrido.

—Yar, ponga fin al estado de alarma —ordenó Picard. Por si la ausencia de la nave alienígena resultara ser la calma anterior a la tormenta, él aprovecharía la tregua.

La jefa de seguridad tecleó suavemente la orden. Las luces rojas se apagaron, pero la expresión preocupada permaneció en el rostro de ella.

El capitán se puso en pie para dirigirle la palabra a su tripulación.

—Gracias por sus informes y comentarios. Dada la posibilidad de un nuevo ataque, estoy seguro de que permanecerán especialmente vigilantes a pesar de la calma de la situación actual.

Si volvían a ser atacados, él tenía poca base para construir una defensa eficaz. Picard les concedía a los oficiales del puente amplia libertad para dar sus opiniones, pero también sabía poner límites a sus especulaciones. Necesitaba hechos, no teorías.

Deanna Troi estudió los rostros impasibles de los granjeros de Oregón reunidos en el camarote. El clamor enmudeció en cuanto ella transpuso el umbral. Como mínimo, su entrada había cambiado el espectro emocional de los que estaban en la habitación. La agitación había cedido ahora paso a la sospecha.

—Soy la consejera Troi. —Sonrió en un intento de reducir la creciente ola de resentimiento hacia la tripulación y hacia ella como representante más cercano—. El puente informa de que se han sentido ustedes alarmados por...

—¡Su sed de batallas nos está poniendo en peligro!

Varios de los granjeros que se encontraban de pie se apartaron a un lado para dejar a la vista a un hombre robusto de barba muy corta. Se parecía mucho a los demás hombres de la habitación, pero tenía cierto aire engreído.

—La lucha debe cesar de inmediato. Yo lo exijo.

—No estamos en guerra —protestó Troi—. Esto es sólo...

—¡Embustera! —gritó una mujer que estaba junto al hombre. Era flaca y de mucha más edad, pero a pesar de la diferencia de estatura y años ambos tenían un parecido de familia—. Las máquinas autosuficientes de ustedes han revelado la infamia de sus actos. ¡Escuche!

En el silencio que siguió a la orden de la mujer, la monótona voz de las instrucciones de alerta de la computadora pudo por fin ser oída por todos.

«En este momento estamos trabados en combate con un agente hostil. Por favor, permanezcan en sus camarotes hasta que haya cesado la señal de alerta roja».

Troi tomó nota mental de revisar con Data las comunicaciones a los pasajeros del sistema de la computadora. La insistencia de él en la exactitud no redundaba precisamente en bien de los pasajeros. Sin duda, un mensaje más diplomático y menos informativo habría reducido los temores de éstos.

—El mensaje es sólo una precaución —dijo Troi—. Nos hemos encontrado con una nave desconocida. La imposibilidad de comunicarnos con ellos ha originado un malentendido que pronto quedará aclarado.

Para su alivio, la señal de alerta roja se apagó como obedeciendo a sus palabras. El siguiente mensaje de la computadora fue más tranquilizador.

«La alerta roja ha concluido. Pueden reanudar sus actividades normales».

Otra granjera dio un paso al frente, una a la que Troi reconoció como la madre de Dnys. Las facciones de Patrisha eran demasiado enérgicas como para llamarla bonita y demasiado impresionantes como para decir que carecían de atractivo. Su pelo entrecano estaba entrelazado en una sola trenza que le caía hasta la cintura. Los años de duro trabajo le habían dejado ásperas las manos y engrosado su complexión; pero pese a ésta se conducía con aplomo.

—Gracias por su visita, consejera Troi.

Su ocasional interlocutora acababa de proferir una obvia frase de despedida. Aunque Troi no pudo detectar ninguna animosidad personal por parte de la mujer, la hostilidad de los otros granjeros no había decrecido. Al sentir que si permanecía allí sólo exacerbaría aún más a los pasajeros, Troi se marchó en silencio.

—¡No deberíamos habernos marchado nunca de Grzydc! —dijo Tomás en cuanto se hubo marchado la intrusa. En su enfado se pellizcaba los mechones de la barba.

—No se nos ofreció la opción de quedarnos —le recordó Patrisha, aunque sabía que Tomás no tenía ningún interés en discutir su éxodo de ese planeta. Demasiados de los presentes en esta habitación eran conscientes de los constantes desacuerdos con el gobierno de Grzydc que habían contribuido a las fricciones entre los granjeros y su mundo de adopción.

—Alguien tiene que hablar con el capitán respecto a esta temeridad. —La declaración del hombre fue acogida con un murmullo de consentimiento por parte de varios granjeros—. Hay que hacer que sea consciente de nuestra posición.

Uno de fuera podría haber supuesto que Tomás estaba ofreciéndose para realizar dicha tarea, pero Patrisha lo conocía mejor. De alguna forma, para el momento en que se hubiera alcanzado un consenso, ella habría sido elegida como delegada. Podía negarse, por supuesto; pero, a su manera, Patrisha era tan predecible como los demás

granjeros. Antes que permitir que Tomás se enemistara con una autoridad más, ella tomaría la responsabilidad sobre sí.

Andrew Deelor había yacido de espaldas, mirando hacia el cielo indistinto durante lo que pareció un centenar de años antes de reunir las fuerzas suficientes como para volver la cabeza.

—El paraíso es una sala de transportador. Qué curioso... —dijo con voz débil.

—¡Habla en voz alta, no puedo oírte!

Con gran esfuerzo él miró en la otra dirección y vio los borrosos contornos de Ruthe que se hallaba sentada y con las piernas cruzadas a su lado. Él intentó encajar su presencia en aquel nuevo mundo.

—Y tú eres ahora un ángel.

Resultaba un ángel hermoso, aunque severo; los pómulos altos emplazados en un rostro anguloso realizaban sus grandes ojos oscuros.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Ruthe con sequedad.

—Yo debería estar muerto, pero este sitio se parece muchísimo a una sala de transportador.

Una que se tambaleaba y balanceaba de un lado a otro, aunque Deelor sospechaba que estaba meramente mareado. Cerró los ojos y sintió que la cubierta que tenía debajo interrumpía sus desordenados movimientos.

—He oído que alguien decía que nos encontramos a bordo de una nave llamada *Enterprise*.

—Ah, eso lo explica.

Debió de sumirse durante un rato en la inconsciencia, porque cuando volvió a abrir los ojos tenía la visión clara. Pudo ver las figuras de otros heridos acurrucados sobre la cubierta. Entonces, una voz desconocida atrajo la atención de Deelor hacia el oficial de la nave que se hallaba junto al doctor Lewin.

—Estoy buscando al oficial al mando de la *Ferrel* —anunció el desconocido. Se apartó a un lado cuando Lewin dirigía la salida de una camilla cargada a través de la puerta de la sala del transportador.

—¿No eres tú? —le preguntó Ruthe a Deelor, ahogando con sus palabras la contestación del doctor. Afortunadamente, Ruthe no alzó la voz, así que el oficial no pudo oírla—. ¿No estabas tú al mando?

—Éste no es el momento de mencionar eso —le susurró Deelor a modo de respuesta. Luchó contra unas repentinas náuseas. El efecto típico de los anticoagulantes; debía de haber recibido tratamiento médico en algún momento—. Más tarde, cuando me sienta mejor, lo pondré en su conocimiento.

Necesitaría tener la cabeza clara para explicar su presencia en la *Ferrel* y para establecer su autoridad en la *Enterprise*.

—El capitán Manin ha sido trasladado a la enfermería.

Picard escuchó el informe que Riker le transmitió por el intercomunicador con mudo alivio. Considerando que sólo había treinta sobrevivientes de la tripulación, no existía una razón sólida para esperar que se hubiera salvado ningún alto oficial.

—Vuelva a informarme en cuanto haya hablado con él.

Picard ardía en deseos de llevar a cabo el interrogatorio en persona, pero no podía abandonar el puente tan poco tiempo después de un ataque. El capitán aguardó impaciente el regreso de su primer oficial, enmascarando la crecida emoción tras su habitual fachada de estudiada calma.

Diez minutos más tarde, Riker salió del turboascensor frontal, y se volvió prontamente para instar a cruzar la puerta a un hombre vestido con el uniforme reglamentario de la flota. El desconocido era alto y desgarrado y lucía una desordenada greña de pelo entrecano.

—El capitán Manin está en cirugía —explicó Riker—. Éste es su primer oficial, D'Amelio.

—Bienvenido a bordo de la *Enterprise* —dijo el capitán mientras se acercaba a los dos hombres.

El saludo de Picard hizo aflorar una sonrisa al rostro de D'Amelio, pero pasaron varios segundos antes de que advirtiera el brazo extendido del capitán. Moviéndose con lentitud, el oficial extendió el suyo y le estrechó la mano débilmente. Se quedó donde estaba hasta que Riker le empujó con suavidad por un codo y lo condujo a la sala de reuniones adyacente.

El capitán entró tras ellos. Aguardó hasta que la puerta se hubo cerrado antes de expresar sus dudas.

—Número uno, su homólogo sufre un *shock*. Debería estar en la enfermería.

Riker hizo sentar al primer oficial en uno de los asientos que estaban de cara al escritorio del capitán.

—Ya ha recibido tratamiento. Estoy seguro de que la doctora Crusher lo habría dejado marchar de habérselo pedido, pero no quise molestarla.

—En otras palabras, será mejor que nos demos prisa antes de que ella descubra que ha desaparecido —dijo Picard, tomando asiento ante ellos.

La reunión no se desarrolló con fluidez. D'Amelio parecía incapaz, a veces reacio, a responder a ninguna pregunta concerniente a la nave alienígena que había atacado a la *Ferrel*. Las pocas respuestas que ofreció dieron lugar a más preguntas.

Picard respiró profundamente, suprimiendo la dureza que se había apoderado de su voz.

—Primer oficial D'Amelio, usted sostiene que la *Ferrel* era operada por una tripulación mínima. Es una noticia tranquilizadora. Habíamos pensado que el número

de muertos era mucho mayor. No obstante, no me cabe duda de que comprende nuestra confusión..., cuarenta y seis personas es una tripulación insólitamente reducida para una nave estelar.

—Es lo único que necesitábamos.

—¿Lo único que necesitaban para qué? —preguntó Riker.

Al igual que antes, D'Amelio no respondió. Su mirada vacía se paseó por la habitación. Picard y Riker intercambiaron a su vez miradas de frustración y creciente escepticismo. Se había formado una pauta predecible. Cualquier pregunta relacionada con la misión de la nave hacía que D'Amelio se ensimismara. Picard no necesitaba las capacidades empáticas de Deanna Troi para darse cuenta de que D'Amelio estaba reteniendo información, pero tal vez habría que convocar a la consejera a esta reunión si no se producía cambio ninguno en las respuestas del hombre.

El trino del sistema de comunicaciones impidió que el capitán lanzara un reto directo a las evasivas de D'Amelio.

—Crusher al capitán.

Picard había estado esperando esa llamada.

—No se preocupe, doctora Crusher, estamos cuidando bien del primer oficial D'Amelio. —Estudió el perfil del tripulante con insatisfacción—. Pero todavía tenemos que hacer más preguntas...

La doctora lo interrumpió sin más.

—Capitán, una de las bajas de la *Ferrel* se debió a un disparo de arma fásica de mano.

Los tres hombres en la sala de reuniones se sobresaltaron al oír lo que acababa de decir Crusher.

—¿Está segura? —preguntó Picard—. Tal vez el contacto con el campo de fuerza alienígena...

—No, no ha sido el campo de fuerza. La configuración de destrucción celular es muy característica de las quemaduras de rayo fásico, y es el único traído a bordo con heridas de esa naturaleza. Todos los demás sufren de *shock*, exposición al vacío, contusiones... A este hombre le dispararon.

Picard se volvió a mirar al primer oficial. Esta vez no disimuló su enojo.

—D'Amelio, ¿qué demonios estaba sucediendo en esa nave?

—Yo no sé nada al respecto. —En su confusión, D'Amelio abandonó la ensimismada y fija mirada. Se volvió de Picard a Riker—. Honradamente, ¡no lo sé! El puente estaba derrumbándose..., no nos quedaba mucho tiempo. Ninguna esperanza de rescate, o al menos eso pensábamos. El capitán Manin y yo estábamos preparándonos para iniciar la secuencia de autodestrucción.

—Pero no la acabaron —señaló Picard.

—No. —D'Amelio sacudió la cabeza como para aclarársela—. Yo estaba a punto

de confirmar mi identificación de rango cuando me desmayé.

—¿Qué está haciendo ese hombre fuera de la enfermería? —exigió saber Crusher. Demasiado tarde, el capitán se dio cuenta de que ella todavía estaba escuchando—. Devuélvanlo...

Su voz se interrumpió de pronto, aunque el canal permaneció abierto. Picard oyó un estruendo, seguido del débil sonido de unos gritos de fondo. La voz de Crusher volvió a oírse.

—¡Deténgase! Capitán Manin, no voy a tolerar esto... ¡Seguridad a enfermería! Las palabras hicieron que Picard y Riker salieran a la carrera por la puerta.

Si la enfermería era un área improbable para los enfrentamientos violentos, los enfermos resultaban unos agresores todavía menos convincentes. La doctora Crusher había arrastrado al capitán Manin lejos del otro paciente al que había atacado, pero estaba más preocupada por el desgaste de fuerzas que estaba sufriendo al luchar por soltarse de la presa de ella en su intento de reanudar la lucha. La fuerza del hombre era engañosa: ella sabía que estaba herido de gravedad. Sólo el poder de una encendida furia se había sobrepuesto a la debilidad de su cuerpo.

—¡Maldito sea, Deelor! —gritó Manin al tiempo que trataba de zafarse de la presa de Crusher—. ¡Ha destruido mi nave, mi tripulación!

Crusher lanzó una mirada de soslayo hacia el objeto de estas acusaciones, y valoró el estado del segundo hombre. Éste, llevado por su debilidad, se dejó caer sobre una pared, el rostro bañado en sudor. Manin había asestado varios golpes en la zona quemada del pecho de Deelor, pero no se veía ninguna creciente mancha de sangre en el vendaje protector. La doctora atribuyó la palidez de Deelor al renovado dolor más que a la pérdida de sangre.

La puerta de la enfermería se abrió de golpe. La jefa de seguridad Yar entró corriendo, Riker y el capitán Picard pisándole los talones. Ante la vista del hombre que luchaba con Crusher, Yar sacó su pistola física.

—No. —La doctora Crusher se desplazó para interponerse en la línea de tiro—. Está muy malherido. Incluso un disparo que lo desmayara podría matarlo.

El capitán Manin aprovechó la distracción de la doctora y arremetió contra Deelor. Picard se interpuso de un salto entre los dos hombres, con el antebrazo levantado para parar el avance del puño, pero el golpe no llegó. Manin se detuvo tambaleándose tras dar un paso. Picard lo atrapó cuando caía y luego lo depositó con suavidad sobre la cubierta.

—Quédese tendido y quieto, sólo conseguirá empeorar —lo instó Picard, pero el sonido de su voz aumentó la agitación del hombre.

—No fue culpa mía —dijo Manin con respiración trabajosa—. Yo seguí sus órdenes. La Flota Estelar me obligó a ello.

—¡Silencio! —le advirtió Deelor—. Le ordeno que guarde silencio.

Crusher se arrodilló junto a Picard y examinó al hombre que el capitán sujetaba entre los brazos.

—Ayúdeme a llevarlo bajo el escáner.

Moviéndose con celeridad, levantaron el laxo cuerpo y lo subieron al banco de diagnóstico; la doctora podía ver que Manin se debilitaba por segundos. El panel que descendió sobre su pecho emitió un frenético zumbido electrónico.

—Se ha provocado otra hemorragia.

Tras solicitar ayuda a otros miembros del equipo médico, Crusher descubrió una amplia zona de tejido dañado en el bazo y los riñones.

—Factor tisular —ordenó, y una enfermera deslizó una hipodérmica en la palma de Crusher. La doctora administró el agente coagulante en una vena del cuello de Manin, pero la hemorragia continuó. Una segunda dosis espesó la sangre pero ésta continuó llenando la cavidad pectoral. No habría una tercera dosis. Una inyección más coagularía la totalidad del sistema circulatorio.

Indiferente a los esfuerzos de Crusher, el capitán de la *Ferrel* mantenía cogido un brazo de Picard. Carecía de fuerza, y Picard dejó que su brazo acompañara la mano hasta acercarse todo él a unos centímetros de Manin.

—El pleno control de la misión... fue... entregado a un maldito burócrata.

—¡Cállese, Manin! —Deelor se apartó de la pared y avanzó trabajosamente hacia el banco, pero la teniente Yar aún tenía desenfundada la pistola fásica. Blandió el arma en su dirección. Deelor se detuvo, inestable en su equilibrio.

—Está violando la seguridad de la Flota Estelar.

Crusher sabía que su paciente estaba demasiado débil para soportar una intervención quirúrgica. En otras circunstancias lo habría intentado a menos que sus órganos vitales estuvieran reducidos a pulpa y no quedara nada que operar. Pero ahora, solicitó una droga para calmarle el dolor.

La voz de Manin había bajado hasta convertirse en un susurro. Picard se inclinó más, esforzándose para oírlo. Sólo una palabra le resultó clara.

—¿Hamlin? —repitió Picard—. ¿Qué pasa con Hamlin?

No hubo respuesta. La mano cayó de la manga de Picard.

—¡Estúpido! —Indiferente al grito de advertencia de Yar, Deelor acortó la distancia que lo separaba del banco donde yacía Manin—. Haré que lo degraden por esta infracción.

—No puede oírlo. —La doctora Crusher apagó la unidad suspendida sobre el cuerpo inmóvil—. Está muerto.

Diario del capitán, suplemento:

Los acontecimientos que rodean la destrucción de la Ferrel continúan envueltos en el misterio. Hemos transportado a bordo a treinta tripulantes de un total de cuarenta y seis, número que contrasta con la dotación habitual de una nave semejante, por lo general centenares. Y ninguno de esos treinta quiere decirnos por qué su nave fue atacada.

La sala de descanso del puente había sido diseñada para proporcionarles una sensación de bienestar a aquellos que la utilizaban. Sillas acolchadas rodeaban una mesa ovalada de generosas proporciones; anchas lunetas circulares respunteaban la pared exterior, las cuales proporcionaban un maravilloso panorama de enjoadas estrellas. Una docena de personas podía sentarse en torno a la mesa sin sentirse apretadas; ahora entraron cuatro.

—Consejera, ¿se siente usted bien? —preguntó Picard.

Troi se había hundido en el consolador abrazo de una ancha silla e inmediatamente cerró los ojos.

Sus negras pestañas aletearon y volvió a abrir los ojos.

—Estoy un poco cansada —admitió con renuencia—. Los contactos mantenidos con los granjeros y los sobrevivientes de la *Ferrel* han sido agotadores.

—Y no muy informativos —comentó Riker mientras él y Data daban la vuelta a la mesa—. Todos actúan como si nosotros fuéramos el enemigo.

Picard vio que Troi se tensaba al pasar el primer oficial por detrás de su asiento. La reacción le confirmó la sospecha de que ella era insólitamente sensible a los estados de ánimo de Riker. La fuerza de la presente frustración del hombre debía estar alterando el equilibrio emocional de ella.

—Comencemos el resumen —sugirió Picard, a la par que se apartaba de Troi para sentarse a la cabecera de la mesa. Se dio cuenta de que su propia impaciencia estaba, con mucha probabilidad, añadiendo más turbulencias al complejo emocional de ella.

—No entiendo lo que está sucediendo —dijo Riker con enojo mientras se acomodaba en su sitio—. Según el primer oficial, Deelor es un asesor de eficiencia destinado a la *Ferrel* para perfeccionar las operaciones y los procedimientos defensivos, pero según los historiales de personal de la Flota Estelar no es un miembro de la tripulación. Ni siquiera consta su nombre en el listado de a bordo.

—He realizado una comprobación completa de identidad por computadora —confirmó Data—, y no he conseguido nada. No hay constancia ninguna de un Andrew Deelor en la Flota Estelar ni en ninguna de las poblaciones civiles de la

Federación en este sector.

—Y la tripulación de la *Ferrel* no quiere hablar de quién intentó matarlo ni por qué. Da la impresión de que estaban todos mirando para otro lado cuando le dispararon —dijo Riker mostrando desagrado—. Deanna, cuénteles al capitán lo que sintió.

Troi vaciló, estaba esforzándose por expresar en palabras las impresiones recogidas.

—Un tremendo conflicto de emociones contrapuestas. Tristeza por la muerte de su capitán; rabia, casi odio ante la mención del nombre de Deelor; y siempre la necesidad de secreto. Si saben algo, no lo admitirán, no sin una coacción considerable, no.

—Esto no es una investigación —replicó Picard, con un amonestador gesto de una mano—. Sin embargo, no puedo permitir que este incidente quede sin resolver. Tengo que saber qué le sucedió a la *Ferrel*, aunque sólo sea para proteger a la *Enterprise*. —Frunció el entrecejo ante la imagen no evocada de su propia nave desgajada y luego destrozada, sus tripulantes y pasajeros flotando entre los escombros—. ¿Qué hay de la otra civil, la mujer?

—Se llama Ruthe —contestó Riker. Profirió un suspiro de exasperación—. No quiere darnos un apellido y no quiere responder a ninguna otra pregunta. Se limita a repetir: «Pregúntenle a Deelor».

—El cual no se siente lo bastante fuerte como para mantener una larga conversación. —Tras el anuncio de la muerte de Manin, Deelor había desarrollado un conveniente estado de debilidad—. Sus heridas son reales, pero su debilidad es sospechosa. Creo que exagera, si no finge —comentó el capitán en tono severo—. De la misma forma en que D'Amelio estaba fingiendo sufrir un *shock*. Pero ¿por qué? ¿Qué están ocultando?

El mensaje de Yar que llegó por el intercomunicador interrumpió la reunión.

—La granjera Patrisha ha llamado al puente. Es la segunda vez. —La voz de la teniente estaba acerada por el fastidio—. Insiste en hablar personalmente con usted, capitán.

—Dígale... —Pero Picard volvió a pensarlo antes de acabar la frase. Volvió a comenzar—. Dígale que todo está bajo control y que me reuniré con ella tan pronto como mis deberes me lo permitan.

Cortó la conexión con una pulsación leve y rápida de un dedo.

—Los pasajeros, al igual que los niños, deben ser vistos y no oídos —dijo, sin dirigirse a nadie en particular. Apartando de su mente a los granjeros de Oregón, volvió al enigma—. Hamlin. Para mí, eso significa sólo una cosa...: la matanza de Hamlin. Yo era sólo un niño en esa época, pero recuerdo bien el incidente.

—Leí los informes en la Academia. —Riker captó la mirada interrogativa de Troi

y le proporcionó una explicación—. Hamlin era una colonia minera emplazada en la frontera de la Federación. Hace cincuenta años informaron de un primer contacto con una raza alienígena desconocida, y luego todas las comunicaciones con ellos se interrumpieron de forma repentina. La siguiente nave de suministros que llegó a la colonia se encontró con que todos habían sido asesinados.

—No todos —corrigió Data—. Sólo los adultos. Los niños de la colonia habían desaparecido, claro que presumiblemente también morirían.

—Algunos dicen que devorados. —Picard murmuró las tenebrosas palabras como haciendo eco a una frase olvidada hacía mucho.

—Pregunta: ¿devorados quiere decir consumidos? ¿Como fuente alimenticia?

—Sí, bueno, los informes más exaltados mencionaban esa posibilidad. —Picard lamentó de inmediato el comentario e intentó desviar la atención sobre él. Se volvió a mirar a Riker—. ¿Podrían ser los alienígenas que atacaron a la *Ferrel* los mismos responsables de la matanza de Hamlin?

Pero Data no iba a abandonar el tema por una nueva línea de deducción.

—Tal vez la tripulación desaparecida de la nave estelar también fue devorada. Aunque varios centenares de cuerpos son muchos para una ingesta alimenticia.

Otra llamada de la teniente Yar salvó al capitán de tener que responder.

—¿Otra vez los granjeros? —preguntó Picard.

—No, señor. Estoy recibiendo una transmisión de la Base Estelar Diez de Zendi.

Riker se balanceó hacia atrás en el asiento, los brazos cruzados sobre el pecho.

—Han tardado mucho tiempo en respondernos, señor. El retraso habitual es de sólo unas horas, no de todo un día.

—Tanto si es tarde como si no, al menos obtendremos algunas respuestas de la almirante Zagrath —dijo Picard—. Pásela aquí, teniente.

—Aconsejo que reciba el mensaje en su oficina, señor. Transmisión codificada, código 47..., confidencial.

—El mensaje sólo duraba tres minutos —protestó Yar. Estaba reclinada sobre la barandilla del puente, a popa, contemplando la pared curva que los separaba de la sala de reuniones del capitán—. Pero hace siglos que está ahí dentro.

Data hizo girar el terminal de observación para encararse con los otros oficiales del puente.

—Diez minutos, doce segundos. No es un tiempo poco razonable para meditar sobre una transmisión confidencial. Es decir, si uno es humano.

—Yo llamo poco razonable a veinte minutos —dijo Geordi instantes después—. Al fin y al cabo, ¿cuántas veces puede uno escuchar un mensaje de tres minutos?

—Seis coma seis, seis, seis, seis...

—Data —intervino Yar, interrumpiendo el cálculo del androide—. ¿Ha habido

alguna actividad en el terminal del capitán?

—No según mi...

Riker sacudió la cabeza con gesto firme.

—Ya basta, Data. Hemos de respetar el secreto que imponen las ordenanzas. Sabremos qué sucede a su debido tiempo.

Después de esperar otros diez minutos, el primer oficial se volvió a mirar a Troi.

—Usted no ha dicho mucho sobre la ausencia del capitán. ¿No siente curiosidad?

—Ésa es una pregunta capciosa y usted lo sabe —contestó ella no sin cierta acritud—. ¿Qué ha sucedido con su respeto por las ordenanzas?

Tanto Geordi como Data se volvieron desde sus puestos y contemplaron en silencio a la consejera. Ella miró por encima de su cabeza y vio que Yar y Worf también la observaban. Troi suspiró pesadamente.

—Si insisten en saberlo, siento que está experimentando una tremenda cólera. Está intentando controlar su temperamento.

Ulteriores explicaciones fueron evitadas por el sonido de la puerta de la sala de reuniones al abrirse y cerrarse. Con el rostro despojado de toda emoción, Picard marchó rígido hasta el frente del puente. Se cuadró, la espalda vuelta hacia la pantalla, y tosió sonoramente como llamando al orden a una clase algo alterada. Con una voz inexpresiva y sin inflexiones, dirigió su discurso a un invisible punto del centro de la sala.

—Según las instrucciones del alto mando de la Flota Estelar, no se producirá ningún otro comentario entre los miembros de la tripulación respecto de los sucesos que hemos presenciado al responder a la llamada de socorro de la *Ferrel*. Todas las entradas del diario de a bordo y datos de los sensores referidos a la *Ferrel* y su atacante serán sellados. Confío en que todos y cada uno de ustedes sigan estas instrucciones al pie de la letra.

El trino de una llamada rompió el incómodo silencio que siguió al anuncio del capitán. Yar cortó el penetrante sonido mediante una pronta pulsación de un dedo sobre la consola de comunicaciones.

—Es de los granjeros de Oregón, capitán.

—Informe a la granjera Patrisha de que la veré ahora —contestó Picard imperturbable. Ya había llegado a la puerta del turboascensor, cuando se volvió y habló otra vez—: Data, queda usted al mando. Número uno, necesitaré su ayuda.

Riker no formuló ninguna pregunta mientras ascendían al centro del platillo. Manteniendo los ojos al frente, igualó la severa compostura del capitán con su propio porte marcial.

—Alto. —La repentina orden de Picard detuvo en seco el turboascensor. Una parpadeante alarma señaló la localización de ambos entre dos cubiertas—. Como primer oficial, merece usted conocer al menos una parte del contenido de la

transmisión.

—De forma extraoficial, supongo —dijo Riker. Recorrió con los ojos la pequeña cabina—. El escenario de la reunión informativa es un poco heterodoxo.

La apretada línea de la boca de Picard se curvó levemente.

—Parece que el misterioso Andrew Deelor existe de verdad. Y en unas alturas muy enrarecidas. La almirante Zagráth lo llamó embajador. —Una tos seca delató su escepticismo—. Es posible, pero resulta más probable que pertenezca a la Inteligencia de la Flota.

—Eso podría explicar la reducida tripulación de la *Ferrel*. Máxima seguridad... y alto riesgo.

—Sí, pero probablemente nunca sabremos qué estaban haciendo en este sector. Toda la información relativa al incidente de la *Ferrel* ha sido cubierta por el velo del secreto. —Picard volvió a poner en movimiento el turboascensor—. En interés de la seguridad de la Federación.

La sencilla frase impelió a Riker a protestar.

—Pero, capitán, ésa es la más alta clasificación de seguridad que se utiliza.

—Exacto.

La puerta de la cabina del turboascensor se abrió deslizándose hacia un lado. La conversación había terminado.

Cuando el timbre de la puerta sonó, Patrisha respiró profundamente y se encaró con la entrada del camarote.

—Adelante —dijo en voz alta, y la puerta se recogió en una de las jambas.

«Qué gasto tan tonto de energía...», pensó, y luego hizo a un lado su censura para recibir a los dos hombres que entraban.

—Gracias por venir a verme, capitán —le dijo Patrisha al extraño de más edad. Nunca le habían presentado a Picard y todavía no conocía el significado de los distintivos de rango que tachonaban el cuello de los uniformes de la Flota Estelar, pero había aprendido a reconocer el aire de mando. Estos oficiales caminaban con una suficiencia desenvuelta característica, y este hombre era más altivo que cualquiera de los otros que había visto a bordo de la nave estelar. Se volvió a mirar al que no le era desconocido.

—Bienhallado sea otra vez, señor Riker.

—Después de demasiado tiempo, granjera Patrisha.

La sonrisa del hombre de menos edad era más cálida que la de su compañero, y Riker le había respondido con una frase hecha típica de los granjeros. Habría preferido continuar la conversación con él, pero ése no era el estilo de esta gente. Había que guardar el debido respeto a las rígidas jerarquías.

—Tengo entendido que se sintieron ustedes inquietos por nuestra alerta —

comentó Picard.

—Toda la comunidad está tremendamente preocupada por el reciente acontecimiento —reconoció Patrisha. El capitán había abordado el motivo del encuentro un tanto bruscamente; claro que ella tampoco sentía deseo alguno de prolongar la conversación—. Me limito a expresar una opinión compartida.

—Sí, eso parece —contestó Picard, y dirigió una fugaz mirada hacia la otra habitación del camarote.

Patrisha se sonrojó ante el irónico comentario. El capitán había oído el roce de los cuerpos y las voces susurrantes que provenían de detrás de la pared. Ella ocultó la violencia que sentía haciendo una declaración de principios.

—Capitán Picard, nosotros somos gente pacífica.

—Si nuestro reciente encuentro ha trastornado a alguien, lo lamento —dijo Picard, aunque ella no detectó disculpa alguna ni en el tono ni en el gesto—. Por favor, asegúrele a su gente que no corrieron peligro en ningún momento, y que la nave atacante ha abandonado este sector.

—Ése no es el asunto, capitán. Nosotros no queremos vernos envueltos en acciones militares.

—Comprendo perfectamente su preocupación. De todas formas, se solicitó que la *Enterprise* ayudara a una nave en apuros. En este caso en particular, la ayuda requería una demostración de fuerza. Lamentable, sí, pero necesaria. Reemprenderemos pronto nuestro viaje hacia Nueva Oregón, muy pronto.

—¿Pero por qué continuamos demorándonos? —insistió Patrisha. Si ella tenía que proteger su comunidad, y no cabía duda de que ninguno de los otros granjeros se atrevía a enfrentarse con el capitán, formularía las preguntas necesarias.

Riker le respondió.

—Estamos realizando labores de asistencia técnica y socorro de la nave dañada y su tripulación con el objeto de que puedan regresar a la Base Estelar Diez de Zendi.

Patrisha se daba cuenta de que la paciencia de Picard estaba agotándose por la forma en que él cambiaba el peso de uno a otro pie. Tenía el mismo aspecto que Dnys, dispuesto a salir disparado por la puerta en cuanto se hubiesen satisfecho las cortesías mínimas. En cualquier caso, no se le ocurrían más preguntas.

—No permitan que los mantenga apartados de su trabajo durante más tiempo.

Ésta era la tradicional frase que los granjeros empleaban para dar una conversación por terminada, pero Picard se quedó inmóvil, como si de pronto se diera cuenta de su exhibición de impaciencia.

—Por favor, llame a la consejera Troi si tiene necesidad de asistencia en el futuro.

—Estaré encantada de hacerlo —respondió Patrisha cortésmente mientras acompañaba a los dos hombres hacia la salida. Suspiró aliviada cuando la puerta del camarote se cerró y los extraños hubieron abandonado su dominio y regresado al que

les correspondía. Segundos más tarde se abrió rápidamente una puerta detrás de ella.

—Han dejado el tufo de su tecnología en el aire —comentó Dolora, olfateando de forma ostensible mientras atravesaba la habitación.

—Oh, por favor —gimió Patrisha, pero su voz quedó ahogada por el parloteo de voces quejumbrosas que se acercaba. Más granjeros salieron de su escondite.

—Eres demasiado acomodaticia —declaró Tomás con su ampulosidad habitual—. No pueden retenernos aquí en contra de nuestra voluntad.

—Al contrario, no tenemos elección —lo contradijo Patrisha—. De todas maneras, el capitán Picard ha tenido el suficiente tacto para no señalarlo. —Sólo Tomás podía hacerla enfadar lo bastante como para defender a un extraño.

Dolora apuntó con un dedo en dirección al corredor.

—Es un atropello, y el gobierno de Grzydc debe ser informado del tratamiento dado a sus ciudadanos.

—Ellos nunca nos trataron mejor —gruñó otra mujer.

Un hombre que se encontraba en el otro extremo de la habitación, gritó:

—Los forasteros no conocen el significado del respeto. No puede esperarse decencia de ninguno de ellos.

El rebatir utilizando argumentos razonables hasta hacer callar a los granjeros sólo le serviría para malgastar aliento. Patrisha se dejó caer en un sofá y cerró la mente al recital de agravios reales e imaginarios. El guión había sido repetido una y otra vez, con variaciones menores, desde que comenzó el viaje de un año de duración hacia Nueva Oregón, y no resultaba menos tedioso por su familiaridad.

—Los granjeros han aceptado la demora con bastante más calma de la que yo esperaba —observó Picard después de que él y Riker hubieran salido de las dependencias de los pasajeros. Su primer oficial no era dado a quejarse, pero las noticias de los temperamentales alborotos de los colonos le habían llegado.

—Esa granjera en particular se lo tomó a bien —comentó Riker de mala gana mientras caminaban por el corredor—. Pero, por otro lado, a estas alturas deben estar resignados a las demoras. El grupo aguardó durante casi un mes en la Base Estelar Diez antes de que nos asignaran su traslado. Su mundo de origen utilizó su influencia diplomática para subir al grupo a bordo de la *Enterprise*.

—No pensaba que Grzydc tuviera influencia alguna —dijo el capitán cuando entraban en el turboascensor.

Riker lo dirigió hacia el puente.

—Según Wesley, el gobierno de Grzydc ha pagado por el nuevo territorio de los granjeros.

—Los territorios de conformación terrícola son muy caros —comentó Picard, pensativo—. Me sorprende que un mundo pobre en recursos como Grzydc se muestre

tan ansioso por ayudar a un grupo de ciudadanos naturalizados.

Riker sonrió con tristeza.

—Puede que haya sido un precio bajo por sacarlos del planeta.

El turboascensor aminoró la velocidad hasta detenerse. Picard y su primer oficial salieron al puente y se encontraron en medio de un acalorado enfrentamiento entre la jefa de seguridad Yar y Andrew Deelor. Yar dejó de gritar cuando entró el capitán y se cuadró; Deelor metió los apretados puños en los bolsillos de la chaqueta azul de médico que llevaba. La mujer ataviada con una capa a la que sólo se conocía como Ruthe, se hallaba de pie al lado de él, impasible ante la agitación de hacía tan sólo unos segundos.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Picard.

Le dirigió la palabra a la teniente Yar, pero en realidad su atención estaba concentrada sobre Deelor. Los detalles de la apariencia del hombre se habían desdibujado desde el breve encuentro en la enfermería. El embajador tenía un rostro anodino, ni apuesto ni feo, que resultaba fácil olvidar. Era de estatura media y constitución corriente, en general, un hombre que no se distinguía en nada.

—El embajador Deelor se niega a abandonar el puente como se le ha solicitado. —Yar utilizó el título que en teoría correspondía al hombre, pero la desconfianza respecto a la autenticidad del mismo resultaba obvia—. Estaba a punto de llamar a un destacamento de seguridad para que lo escoltara hasta su camarote.

—Ha actuado usted correctamente, teniente Yar. —Picard se volvió a mirar a Deelor y su compañera—. A los pasajeros no se les permite acceder al puente sin mi expresa autorización.

—Yo no soy un pasajero corriente —recalcó Deelor.

—Es evidente que no. —La sonrisa de Picard no se reflejó en sus ojos—. Se ha recobrado usted de un modo notable de sus heridas, embajador.

—La doctora Crusher es un médico muy capaz. Me siento mucho mejor. —Sacó las manos de los bolsillos de la chaqueta y dejó los brazos laxos paralelos a sus flancos, pero la tensión de sus hombros no desapareció.

—Bien. En ese caso se encontrará en disposición de responder a algunas de mis preguntas. —Picard condujo a los dos por la rampa del puente hasta la entrada de su sala de reuniones. Él y Riker los siguieron al interior de la habitación, pero Deelor negó con la cabeza ante la presencia del primer oficial.

—Será mejor que hablemos a solas, capitán. —No fingió en absoluto estar haciendo una solicitud. Era una orden.

—Como usted quiera, embajador. —Picard le hizo a Riker un gesto para que obedeciera.

Ruthe, en apariencia insensible a la callada tensión que había en la sala, contempló fascinada a los peces león que nadaban en el acuario de la pared. Riker la

rodeó y se marchó con paso vivo. Cuando la puerta se hubo cerrado, Picard se adelantó a sus huéspedes para ocupar su sitio tras el escritorio, con la luneta de estribor a la espalda. Permaneció de pie, los dedos de las manos apoyados apenas sobre la pulida superficie de la mesa.

—La almirante Zagráth dejó claro que debo abstenerme de toda pesquisa sobre el ataque contra la *Ferrel*. ¿Significa eso que también debo abandonar la investigación sobre el ataque del que usted fue objeto?

—No hubo ningún ataque, capitán —dijo Deelor con calma—. Mi herida fue un accidente.

—Me alegra oír eso. En ese caso, estará completamente a salvo a bordo de la *Ferrel* en su viaje de regreso a la Base Estelar Diez de Zendi. Por supuesto, los alojamientos serán un poco primitivos con treinta personas apiñadas en las áreas operativas de ingeniería, pero el viaje debería tardar sólo ocho o nueve semanas.

Una sonrisa torcida se tensó entre las comisuras de la boca de Deelor.

—*Touché*, capitán, pero pongamos fin a nuestra sesión de esgrima. Usted ya sabe demasiado, aunque no lo suficiente.

El embajador arrastró una silla hasta un lado del escritorio y se sentó. Se inclinó hacia atrás hasta hallar un ángulo cómodo. Picard ocupó su propio asiento, pero se mantuvo cuidadosamente erguido. No se dejó engañar por la pretensión de informalidad.

—No tengo ninguna intención de regresar a la *Ferrel* —admitió Deelor—. Como usted ha señalado, el viaje sería bastante incómodo y tedioso. Los temperamentos pueden irritarse bajo las tensiones del confinamiento.

—La tripulación de la *Ferrel* le odia. ¿Por qué?

—Porque yo tenía el mando de la misión por encima de su capitán. Y porque subestimé el poder de nuestro adversario. Como probablemente usted habrá deducido, los alienígenas que nos atacaron son también responsables del desafortunado incidente del planeta Hamlin.

—La matanza de Hamlin —dijo Picard con voz inexpresiva. Esas palabras aún le perturbaban el ánimo—. Trescientas personas fueron asesinadas sin razón. Semejante carnicería suele considerarse como algo más que un «incidente».

Las cejas de Deelor se alzaron.

—Veo que no tendré que resumirle los detalles.

—¿Qué sabe usted de esos alienígenas?

—Se denominan a sí mismos como los choraii.

—Los choraii —repitió Picard con lentitud. Así pues, el enemigo tenía ahora un nombre—. Y éste no fue un encuentro fortuito.

—Oh, no. Han hecho falta meses de transmisiones para acordar el encuentro entre la *Ferrel* y una nave choraii. —Deelor hizo una pausa, inseguro. Cuando volvió a

hablar, sus modales arrogantes habían desaparecido—. Yo estaba preparado para acciones hostiles por parte de los choraii, para poner a prueba nuestras defensas. Era esencial que la *Ferrel* desplegara recursos ofensivos semejantes a los de ellos, lo bastante efectivos y contundentes como para ganarnos su respeto, aunque no demasiado como para asustarlos y que huyeran.

—¿Qué salió mal? —lo instó Picard.

—Yo calculé mal, me contuve durante demasiado tiempo. Los choraii interpretaron eso como debilidad y se nos echaron encima para destruirnos. Su red energética fue una sorpresa. Nuestras reservas de energía no eran capaces de resistir la presión del campo más allá de unas horas. Una dura lección, pero valiosa. La próxima vez, con la *Enterprise*, tendré éxito.

Las palmas abiertas de Picard se estrellaron contra la superficie del escritorio.

—¡Con mi nave no!

—Tengo la autoridad suficiente como para anular su mando. ¿O es que la almirante no le contó eso? —La arrogancia de Deelor había regresado.

Picard recurrió a treinta años de disciplina en la Flota para reprimir el impulso de cubrir de un salto la distancia que los separaba y enseñarle físicamente al embajador cuál era su sitio.

—Sí, así se me informó —dijo al fin. Esa parte concreta de la transmisión le había despertado una rabia que aún podía sentir ardiendo en su interior—. ¿Y cuál es, si puedo preguntarle, el propósito de su contacto con los choraii?

La capitulación ante la autoridad añadió un aire vanidoso al rostro de Deelor. Picard pudo sentir que su propia mandíbula se contraía por reacción. ¡Quién pudiera borrar esa sonrisa!

—Los choraii precisan diversos metales: cinc, oro, platino, plomo. Es evidente que carecen de la capacidad para refinar los minerales que se encuentran en los asteroides. Si conviene, matarán para obtener lo que necesitan, pero mi misión es la de persuadirlos de que en lugar de eso entren en negociaciones con vistas a realizar un intercambio.

—¡Un intercambio! —gritó Picard furioso—. ¿Intercambiar con qué? ¿Qué tienen ellos que podríamos querer nosotros?

Ruthe avanzó, saliendo del segundo término.

—Los niños de Hamlin.

La *Ferrel* estaba suspendida en el espacio. El suave fulgor de los motores de sus cuatro estilizadas barquillas bañaban de luz los ajados contornos del platillo principal con sus hileras y más hileras de oscurecidas ventanillas sin vida.

Picard estudió la escena desde la comodidad y seguridad de su asiento de capitán en el puente de la *Enterprise*. Lo flanqueaban el primer oficial y la consejera de la nave.

—¿Está seguro, número uno? —preguntó Picard, dubitativo, como si reexaminara la imagen de la pantalla.

Riker se encogió de hombros.

—Apenas si puedo creerlo yo mismo, pero Logan jura que los motores de la *Ferrel* pueden mantener plena potencia de impulso hasta llegar a la Base Estelar Diez de Zendi. —Extendió un dedo para recorrer la línea de los daños—. El campo de energía que se contrajo rodeó el casco principal y hundió el platillo sobre sí mismo, pero las barquillas quedaron intactas. Nuestros equipos de mantenimiento han sellado los accesos que conducían a la sección dañada y se concentraron en restablecer la operatividad básica a las áreas restantes. No tendrán gravedad, ni síntesis de alimentos, ni ninguna comodidad propiamente dicha, pero los mantendrá con vida.

—No es la idea que tengo yo de una buena travesía. —Geordi habló en un susurro, pero el capitán oyó su observación.

—Estoy de acuerdo, señor LaForge. Ahora que los miembros de la tripulación de la *Ferrel* han visto sus alojamientos, puede que reconsideren la decisión tomada. Teniente Yar, abra una conexión de audio con la otra nave estelar.

A pesar de los esfuerzos del ingeniero Logan, la sección de comunicaciones del platillo estaba todavía demasiado dañada como para permitir el contacto visual.

—Canal abierto, capitán.

—¿Aún está decidido a continuar con esto, D'Amelio?

—El capitán Manin regresará a casa en su propia nave. No aceptaremos ninguna otra cosa —repuso la voz del primer oficial que flotó desde lo alto.

La consejera Troi se inclinó para acercarse más al capitán y le susurró algo.

—Están decididos a permanecer en su propia nave, pero no sólo para honrar a su capitán. Están ansiosos por poner fin a su relación con el embajador Deelor.

Picard comprendía el sentimiento demasiado bien.

—Como usted quiera, comandante. La *Ferrel* tiene libertad para marcharse. Y que tengan la mejor de las suertes en su viaje.

La crepitación de la electricidad estática le confirió a la apagada risa de respuesta una aspereza innatural.

—No malgaste su suerte con nosotros, capitán Picard. Usted la necesitará más.

La *Ferrel* partió sin mayor dilación. Un breve estremecimiento sacudió la deformada estructura, y luego ésta se lanzó a un avance lento que recogió la pantalla frontal de la *Enterprise*. Picard observó cómo salió la imagen del marco de la pantalla, con una creciente sensación de intranquilidad, sin sentirse seguro de si su preocupación era por la maltrecha *Ferrel* o por su propia nave. Las palabras de despedida de D'Amelio resonaron en su mente como una sirena de alerta.

La *Enterprise* había demostrado su valía como nave de batalla en varias ocasiones, pero su misión básica era pacífica. A diferencia de sus destinos previos en la Flota, esta nave estelar llevaba familias a bordo. Picard había necesitado semanas para habituarse a la visión de los niños caminando por los corredores. Eran el símbolo más llamativo de los desplazamientos de población colona. Y su presencia lo turbaba. Constituían un recordatorio constante de que sus responsabilidades habían sido alteradas, pues se les había añadido mayor complejidad, mayores implicaciones. Con una nave como la *Stargazer*, Picard no habría vacilado en intentar el rescate de los cautivos de Hamlin, pero la *Enterprise* era diferente. ¿Cuál era ahora su deber? ¿Podría él, en conciencia, arriesgar el millar de vidas que había a bordo de esta nave por esos niños olvidados hacía mucho? Y lo más problemático, ¿tenía el capitán voz o voto alguno en el asunto?

—Capitán —dijo Data desde el timón—, he calculado la trayectoria de la nave choraii según las lecturas de nuestros sensores. Curso entrado. —Aguardó, expectante, más órdenes. Si sintió alguna sorpresa ante la vacilación de Picard, no la demostró.

—Adelante, factor hiperespacial cuatro, señor LaForge —ordenó el capitán al fin. Había esperado hasta que la decisión fuera de verdad suya, no del embajador. El resultado fue, en definitiva, el mismo. Aún iba a haber diferencias—. Riker, reúna a la tripulación del puente en mi sala de reuniones. Teniente Yar, informe al embajador Deelor de que estamos preparados para comenzar la reunión.

Las dependencias de visitantes eran espaciosas, incluso lujosas después de los pequeños alojamientos de la *Ferrel*, pero el embajador estaba demasiado preocupado como para hacer una comparación y a Ruthe no le importaba.

Deelor estudió su reflejo en el espejo del dormitorio, valorando con ojo crítico la línea de su uniforme negro. Deelor no era un hombre vanidoso, pero comprendía que los detalles ayudan a subrayar la autoridad. Cualquier defecto podía debilitar su imagen, y por ende, su posición.

Satisfecho, desvió la atención al reflejo de la mujer que se encontraba detrás de él.

—También tú necesitas ropa nueva.

—No —replicó Ruthe, y se enroscó en la cama, arrapándose más con su capa. La

prenda había sido limpiada, pero la tela estaba gastada y el original color oscuro se había desteñido hasta un gris claro y por zonas descolorido.

Deelor la conocía lo bastante bien como para dejar el tema. Volvió al asunto principal.

—Y deja que sea yo quien hable durante la reunión.

El rostro de ella asomó por entre los pliegues de tela.

—Siempre lo hago. Bueno, casi siempre.

—Sí, pero son las veces en que no lo haces las que me preocupan. Picard no es un estúpido; el más leve desliz y saltará. Así que es muy importante... —Avanzó hasta Ruthe, que una vez más se había acurrucado en una informe bola. Sentándose en la cama junto a ella, continuó—. Es muy importante, por el bien de nosotros dos, que no averigüe nada más que lo que yo quiero que sepa.

—Entonces, ¿por qué hablar con él? —preguntó ella con voz ensordecida.

—No lo haría si no tuviera que hacerlo. —Le tiró con suavidad de un codo—. Vamos. Están esperándonos.

Desde su lugar junto a la puerta, Picard observó mientras la sala de reuniones se llenaba con los miembros de la tripulación del puente. El teniente Worf fue el primero en desfilarse ante el capitán. Escogió un asiento lateral —quería tener una pared a sus espaldas—. El klingon fue seguido por Data y Geordi; el androide tomó el control del panel de acceso de la computadora y Geordi se sentó junto a él.

—Llega usted temprano —observó Picard cuando la doctora Crusher transpuso el umbral.

—Ya pasa.

—Tenga, lea esto mientras esperamos a que comience la reunión. —Le tendió a la doctora el informe médico de Hamlin que le había proporcionado Deelor. La doctora aceptó el legajo y con él en la mano ocupó un lugar en la mesa.

Tras una corta demora, llegó el segundo grupo. La doctora Crusher levantó los ojos de las páginas impresas a tiempo de ver a su hijo que entraba con Tasha Yar y Deanna Troi. Una mano se levantó en el aire para llamar a Wesley a su lado, pero se detuvo a tiempo. Picard se sintió divertido al verla disimular el movimiento mediante el truco de rascarse la punta de la nariz.

—¿Dónde está el embajador? —preguntó Riker al entrar. Llegaba a la hora exacta—. ¿Y Ruthe?

—Sí, siempre se mueven en pareja —observó Picard—. ¿Quién es ella? ¿Una ayudante, una agregada? —Términos sin significado, intercambiables, pero sin ellos la presencia de Ruthe resultaba inexplicable.

—¿Una amante? —propuso Riker—. Han rechazado las habitaciones separadas. Picard se encogió de hombros.

—Por lo que a nosotros respecta, es su esposa.

La puerta se corrió al acabar esta última frase, dejando a la vista a Deelor y Ruthe en el umbral. Picard se preguntó cuánto habría escuchado el embajador de la conversación.

—Esto es inaceptable, capitán —dijo Deelor cuando vio el gran número de personas reunidas en la sala—. En especial el chico.

—No enviaré a mi tripulación a ésta ni a ninguna otra misión sin que comprendan plenamente la situación. Eso incluye al alférez Crusher. —Picard se desplazó a su sitio en la cabecera de la mesa—. Tengo la máxima confianza en la discreción de mis tripulantes.

Deelor expresó su insatisfacción frunciendo el entrecejo, pero no dijo nada más mientras ocupaba un asiento junto al capitán. Por el rabillo del ojo, Picard vio que Ruthe se alejaba de la silla que le había ofrecido Riker. Permaneció de pie en el fondo de la sala, confundándose con las grises sombras.

—Comencemos —urgió Deelor como si la tripulación le hubiese hecho esperar.

Picard le hizo una señal a Data para que activara la pantalla colocada a nivel en el centro de la mesa. Una nave de burbujas en miniatura apareció entre parpadeos, y finalmente la imagen se fijó.

—Hace quince años —comenzó Deelor sin mayor dilación—, un mercader ferengi encontró una nave choraii averiada, varada en el espacio. Sus reservas de cinc se habían agotado, dejando con ello inmovilizada a la nave. El ferengi, viendo la posibilidad de un ulterior beneficio, intercambió algunos kilos de ese metal por la única mercancía vendible que los choraii podían ofrecerle: cinco cautivos humanos. A su vez, ese ferengi ofreció esos seres humanos a la Federación a cambio de un significativo precio por cabeza. Fue entonces cuando por fin nos enteramos de la suerte corrida por los niños de Hamlin. Habían sido llevados a bordo de las naves choraii y mantenidos cautivos durante más de cuarenta años.

La voz sin inflexiones del hombre no podía despojar a la narración de su horror.

—Cinco supervivientes —dijo Picard—. Y cuarenta y dos niños desaparecidos. ¿Cuántos más se han recuperado desde entonces?

—Ocho más.

Un gruñido sordo surgió del lugar que ocupaba Worf. El resto de la tripulación dio expresión a su enojo de una forma menos directa, rebullendo en sus asientos e intercambiando miradas sombrías.

—Tienen que entender ustedes las dificultades con que nos enfrentamos —dijo Deelor—. Los choraii no tienen hogar aparte de sus naves, viajan en grupos independientes, cada nave es autónoma; no forman una entidad política cohesionada. Además de eso, los choraii son nómadas y viajan por amplias áreas de espacio no habitado, así que la Federación ha perdido la pista de sus naves durante varios años

después de cada contacto o detección. Incluso después de que nos enteráramos de su reaparición en este sector, tardamos meses en localizarles y semanas de transmisiones interrumpidas antes de que pudiéramos persuadir a la nave de que se reuniera con nosotros para intercambiar algunos kilos de plomo por sus cautivos.

Yar interrumpió la explicación.

—Pero a ese ritmo, podrían tardarse otras cuatro décadas para recuperar al resto de los niños.

—Difícilmente pueden ser ya niños —dijo Data—. Dada la escala de edades en el momento del secuestro, incluso el más pequeño tendría la edad del capitán Picard.

Una sonrisa cruzó el rostro de la doctora Crusher, y Picard se preguntó si lo que le hacía gracia era el infalible instinto de Data para meter la pata en el plano social, o su propia reacción ante la poco halagadora frase.

Crusher, que había guardado una postura pensativa delatada tan sólo por los golpecitos de las yemas de sus dedos sobre las hojas, amplió el comentario del androide.

—Los historiales médicos de la colonia de Hamlin indican que los cautivos de más edad tendrían ahora alrededor de sesenta y cinco años. Eso, suponiendo que aún estén vivos después de cincuenta años de prisión en quién sabe qué condiciones.

Una voz que surgió del fondo de la sala atrajo la atención del grupo.

—Los choraii los han tratado bien.

Picard respondió vehemente a la observación de Ruthe.

—¡El cautiverio, por su propia naturaleza, es algo bárbaro!

—Sí, bueno, eso es verdad —se apresuró a decir Deelor—. Sin embargo, todos debemos recordar que es necesario contener nuestra natural hostilidad durante la segunda ronda de negociaciones o nos arriesgamos a que se rompan nuestros débiles lazos diplomáticos. Y los restantes cautivos quedarán perdidos para siempre.

La intensidad de su propia reacción había sorprendido a Picard, y vio esas mismas emociones reflejadas en los ojos de su tripulación. La matanza de Hamlin aún tocaba una herida en carne viva entre los oficiales de la Flota y, al parecer, el capitán no era ninguna excepción.

—Comprendido, embajador Deelor. Ni yo ni mi tripulación tenemos deseo alguno de poner en peligro el resultado de esta misión. Puede contar con nuestra plena cooperación durante el contacto que mantengamos con los choraii.

Ruthe volvió a hablar.

—Gracias, capitán.

Picard le dirigió una segunda y más atenta mirada a la mujer. Hasta ahora le había hecho sombra la fuerte personalidad de Deelor, pero su respuesta daba a entender que participaba activamente en la misión.

—Tendría que haber presentado antes a la intérprete Ruthe en esta reunión —dijo

Deelor—. Ella llevara el peso de todas las comunicaciones con los choraii. —El supuesto embajador se puso de repente en pie—. Así pues, capitán, si usted y su tripulación simplemente cuidan de la tienda, por decirlo así, esta misión continuará sin tropiezos ni incidentes.

Ruthe lo siguió afuera de la sala sin que se lo indicara.

La salida del embajador y la intérprete había suscitado otra serie de movimientos intranquilos por parte de la tripulación reunida. Picard percibió la tensión reprimida y esperó el inevitable estallido de emociones.

—¡No puedo creer que vayamos a negociar con los alienígenas que realizaron la matanza de los mineros de Hamlin! —gritó Yar.

También Geordi reaccionó.

—Y encima van a sacar provecho de su agresión. Eso es una equivocación. Una equivocación completa.

—¿Es la venganza una respuesta correcta? —preguntó el capitán.

Se sintió complacido al ver que la teniente Yar refrenaba su rabia. Los otros miembros de la tripulación también dejaron de despotricar contra la misión.

La jefa de seguridad profirió un hondo suspiro.

—Recuperar a los niños es más importante.

—Todavía tengo unas cuantas preguntas que hacer, capitán —dijo Data. Su compostura establecía un acentuado contraste con la actitud mantenida por los oficiales humanos.

—Sí, Data, también yo —repuso Picard—. No obstante, parece que el embajador Deelor no está dispuesto a responderlas todavía. —Se puso en pie para dirigirles la palabra a los reunidos—. Sabemos que los choraii son capaces de destruir una nave estelar de clase «Constelación» y que estuvieron muy cerca de incapacitar a la *Enterprise*. Nuestra primera prioridad tiene que ser la de planificar una mejor defensa para el siguiente encuentro. Por el momento, tendrán que hacer ese esfuerzo con la poca información que poseemos.

La reunión quedó concluida y se disolvió en pequeños grupos que se encaminaban hacia sus puestos.

El capitán Picard salió de la sala de conferencias con la vaga intención de regresar a sus dependencias particulares, pero en cambio se encontró caminando junto a Beverly Crusher. Descartó la posibilidad de que este acto fuera otra cosa que casual. Al fin y al cabo, la doctora era lo más parecido a su igual en edad, así que resultaba natural buscar a veces su compañía.

Los corredores de la nave estaban muy transitados, así que el capitán y Crusher podían hablar sólo de temas generales de a bordo, pero una vez dentro de la relativa intimidad del despacho de ella, Picard abordó el tema de Hamlin con una revelación personal.

—¿Pesadillas? —exclamó la doctora.

—Oh, sí, durante años —respondió Picard—. Yo tenía una imaginación bastante activa que engendraba vividas imágenes de las sangrientas muertes de los niños desaparecidos. Y no me ayudaba que el matón del barrio me amenazara con enviarme en una nave hacia Hamlin, donde monstruos hambrientos aguardaban prestos para engullir a los niños que se dedicaban a incordiar. —El capitán aceptó la diversión de Crusher a su costa con sólo una punzada de embarazo—. Al fin y al cabo, en esa época yo sólo tenía cinco años y era bastante crédulo.

Dejando a un lado las hojas sueltas de los historiales médicos de Hamlin, la doctora Crusher apoyó una cadera contra el borde del escritorio.

—Y sin embargo, a pesar de esos miedos, se lanzó a navegar por el espacio.

Picard se contagió de la postura informal de ella. Apoyando la espalda contra el marco de la entrada, retrocedió mentalmente a través de los años.

—A pesar, o posiblemente a causa de esos miedos. Me cansé de estar atemorizado, de la tiranía del niño. Decidí enfrentarme con mis pesadillas.

—Es paradójico. Los niños no fueron asesinados, pero debido a que usted pensó que sí lo habían sido, tiene ahora una oportunidad de rescatarlos.

Picard recobró su más rígida postura.

—Yo no. No soy más que el tendero. Mi responsabilidad es llevar el puesto de comercio hasta el lugar de la transacción. Un mercader ferengi sería de mayor utilidad; al menos él podría regatear duramente con los choraii.

—Unas pocas libras de plomo es un precio bajo. El metal carece prácticamente de valor, es tóxico para nosotros. Podríamos prescindir con facilidad de cien veces esa cantidad.

—Sí, y si los choraii se hubieran molestado en pedir lo que necesitaban hace cincuenta años, los colonos de Hamlin estarían aún vivos. Más de un centenar de personas murieron, asesinadas como animales. Difícilmente puede decirse que el metal carezca de valor, doctora Crusher..., tiene un precio en sangre.

Lo distendido de su estado de ánimo de antes se había desvanecido por completo. Crusher recogió los papeles que había dejado a un lado.

—No tuve oportunidad de mencionar esto en la reunión, pero los historiales médicos proporcionados por Deelor son poco más que documentos históricos. No hacen mención alguna de la condición física de las personas que fueron devueltas, de hecho no aparece mención alguna de ellos. Si vamos a traer supervivientes a bordo, necesito tanta información reciente como pueda conseguir.

—Es una solicitud legítima —asintió Picard—. Pero por alguna razón sospecho que no va a ser tan sencillo como eso. Obtener respuestas del embajador Deelor es como intentar abrir una concha de esos mariscos que llamamos de Aldebarán. El resultado apenas vale el esfuerzo.

—Pero él quiere que esta misión tenga éxito. Tiene que darse cuenta de que sólo estamos tratando de ayudarle.

—Sí —contestó Picard—. Eso parecería obvio. Quizá sólo es un burócrata de mente estrecha que se aferra de forma obsesiva a la posición que le permite controlar el acceso a información clasificada como alto secreto. —El capitán comparó esa valoración con lo poco que había visto de Deelor en acción, y juzgó cómo encajaba. No, no encajaba bien—. O bien eso, o tiene algo que ocultar.

En la impunidad que le prestaba su camarote, con Ruthe dormida y segura en la habitación contigua, Deelor se embarcó en una inspección de la *Enterprise* guiada por la computadora. Su rango de embajador le permitía repasar las especificaciones de ingeniería de la nave sin dificultad ninguna, pero el sistema de computadora le puso obstáculos cuando solicitó los historiales de los miembros de la tripulación. Deelor respondió con un código de cinco dígitos que acalló toda oposición a su acceso y borró todo rastro de su intrusión.

Jean-Luc Picard fue su primer objetivo. Deelor ojeó el historial del capitán, pero la lista de distinciones se hizo tediosa, así que pasó a información más reciente. El obtener acceso al diario del capitán requería un código de siete dígitos. El estudio le proporcionó una idea bastante aproximada del carácter del capitán y una buena pista de cómo podía reaccionar el hombre ante las demandas de la situación presente. Picard era un oficial experimentado; claro que Deelor no había esperado nada menos del capitán de una nave de clase «Galaxia».

Dedicó menos tiempo al primer oficial William Riker y al teniente Data, pero su investigación a través de los historiales de ambos no fue por ello menos precisa. Un estudio de los otros tripulantes del puente podría esperar hasta más tarde.

Ruthe no despertó cuando Deelor recogió el cofre que descansaba sobre la cómoda que había junto a la cama. Ese cofre era el único objeto que había rescatado de la *Ferrel*. Le disgustaban las posesiones y estaba ansioso por librarse de su contenido. La computadora había establecido que Riker y Data estaban trabajando juntos en la sección científica, y se habían ofrecido a proporcionarle las indicaciones para llegar, pero Deelor declinó la información.

El llegar por sus propios medios al laboratorio científico le sirvió para poner a prueba su memorización del trazado de la nave. Deelor llegó al emplazamiento correcto sin dar un solo rodeo. En la *Ferrel* había recorrido una distancia equivalente en la oscuridad para alcanzar el puente, un trayecto que había salvado las vidas tanto de Ruthe como de él mismo. Un trance semejante podría surgir si los choraii ganaban el siguiente asalto. Deelor advirtió la sorpresa en el rostro de los oficiales cuando entró en la sala. La reacción de éstos le gustó. El ser predecible resultaba aburrido. Y peligroso.

—Riker, entrego esto a su cargo. —Deelor dejó caer el cofre sobre la mesa del laboratorio. El ruido del impacto delató su peso. Sacó el vocoder de un bolsillo de la chaqueta y se lo lanzó a Data. El tiempo de reacción del androide fue excelente—. Y eso es para usted, Data.

Riker examinó aquella pequeña arca con cuidado antes de abrirla. Deelor le concedió un punto más por su cautela.

—Plomo —dijo el primer oficial al encontrarse con las barras que había en el interior—. Alrededor de siete kilos.

—He traído de más por si acaso los choraii suben el precio de sus cautivos.

—¿Por qué tan poco? —preguntó Riker—. Incluso el metal altamente refinado es bastante barato.

—Nunca piden más de lo que necesitan —replicó Deelor—. Después de asolar todo Hamlin, los choraii probablemente se llevaron sólo ocho kilos de metal.

—Y ahora nosotros vamos a darles más.

—No vamos a dárselo, lo vamos a intercambiar.

Riker frunció el entrecejo para expresar su repugnancia, pero Data adoptó una expresión meramente inquisitiva.

—Dado su obvio progreso tecnológico, ¿por qué los choraii no han desarrollado sus propias técnicas de procesamiento? Los asteroides son una fuente abundante de los metales que buscan.

—Se debe a alguna clase de disputa política —explicó Deelor—. Parece que las naves con capacidades para la minería se han retirado del grupo que navega por estos sectores. La estructura social choraii es bastante complicada y conocemos muy pocos detalles de su funcionamiento. —Continuó con sus instrucciones antes de que Data pudiera demorarlo más. Deelor tenía otras obligaciones más apremiantes que la de satisfacer la curiosidad de un androide—. Primer oficial, mantenga este cofre en un lugar seguro cerca de la sala del transportador de forma que las barras puedan ser sacadas al momento.

—¿Qué hago con esto? —preguntó Data, levantando el instrumento que había atrapado en el aire.

—El vocoder contiene una grabación de las lecturas de los sensores que hizo la *Ferrel* de la nave choraii. Examínelo para ver si encuentra alguna información que pueda explicar su insólita tecnología armamentística. Espero un informe completo lo antes posible.

Riker se puso rígido.

—¿Está enterado el capitán Picard de estas instrucciones?

—Siéntanse en libertad de informarlo —contestó Deelor, y ejecutó su segunda desaparición súbita del día.

6

—El chico necesita un tío —declaró Dolora mientras doblaba otra camisa y la guardaba en el baúl que estaba sobre la cubierta del camarote.

—Bueno, pues no lo tiene —contestó Patrisha.

Arrellanada en el mullido sillón contemplaba los esfuerzos de la mujer de más edad. En unas circunstancias diferentes, podría haber disfrutado de sus habitaciones a bordo de la *Enterprise*. Los principios de los granjeros nunca habían estado en contra de los muebles cómodos ni los espacios amplios, pero la comunidad raras veces podía permitirse semejantes comodidades. Sin embargo, una semana de compartir las habitaciones con su tía había hecho el viaje casi insufrible a pesar de dichas comodidades.

—Otro ejemplo de la irreflexión de mi madre al morir joven.

Dolora frunció sus finos labios. A veces el sentido del humor de Patrisha le resultaba retorcido.

—Tomás ocuparía el lugar de su tío con que sólo se lo pidieras.

—Tomás ya intenta desempeñar el papel de hermano mío sin que nadie se lo pida.

—Es tu primo.

—Es... —Patrisha se tragó la réplica. Tomás era un burro cabezota, pero también era el hijo de Dolora. En lo de su naturaleza irritante tenía a quien salir—. Es muy amable por su parte interesarse por nuestro bienestar, pero puedo arreglármelas sola con Dnnys.

Dolora examinó vacilante el contenido del baúl, considerando si convenía sacarlo todo fuera y comenzar desde el principio otra vez.

—El ser hija única te ha hecho voluntariosa.

—Gracias a Dios. —La mención de Dios, prohibida para ellos fuera de los oficios y la lectura de la Biblia, salió de sus labios antes de que Patrisha pudiera contenerse—. Lo siento, *tiíta* Dolora. —Utilizó desvergonzadamente la antigua expresión cariñosa—. Es sólo que la noticia que nos trajo Dnnys me ha trastornado.

Las mejillas de la tía aún seguían enrojecidas, pero la mujer aceptó las disculpas.

—¿Crees lo que dice el chico?

—Oh, sí —respondió Patrisha—. Está bastante seguro de que la nave ha cambiado de curso, alejándose de Nueva Oregón.

—Cosa que demuestra que Dnnys no ha aprendido la lección de la última regañina —dijo Dolora sorbiendo por la nariz—. Continúa escabullándose del área reservada a la comunidad.

Y ya estaban de vuelta en la discusión inicial. Patrisha se puso de parte de su hijo como antes, teniendo buen cuidado en argumentar apelando al interés de los granjeros.

—Necesitamos su conocimiento de la *Enterprise* para protegernos a nosotros, y a nuestro cargamento.

Este razonamiento no podía ser desechado, ni siquiera por parte de alguien tan poco reflexivo como Dolora, pero ella encontró con facilidad otro blanco para sus críticas.

—Me sentiría mucho mejor si fuera una chica. Los chicos son demasiado sensibles a los atractivos de los nuevos entornos.

—Si fuera una chica, entonces Krn no tendría un hermano —señaló Patrisha.

—Respecto a Krn... —comenzó a decir Dolora con una expresión que no auguraba nada bueno. Había perdido todo interés en la tarea de guardar la ropa.

La discusión se hubiera ido agriando de no haber sido por la llegada de Dnnys. Patrisha trató de despachar al chico sirviéndose de una mirada de advertencia, pero él los salvó a ambos de un ataque directo por parte de Dolora.

—El capitán ha venido a verte, madre.

Patrisha se levantó del asiento y Dolora se apresuró a anunciar que había dejado su mejor jersey en la otra habitación. Se retiró, dijo, para recuperarlo. Patrisha la conocía demasiado bien para esperar su regreso mientras el capitán estuviese presente.

—Bienhallada sea, granjera Patrisha —dijo Picard al entrar. Se movía con toda la confianza pero nada de la impaciencia que ella había advertido durante la primera entrevista de ambos.

—Después de demasiado tiempo, capitán Picard. —Patrisha decidió ir de inmediato al tema que quería tratar, lo cual no era una costumbre granjera, pero ocultó la fuente de su información, proceder típico de su pueblo—. En nuestra comunidad ha surgido un rumor muy inquietante. Algunos de entre los nuestros creen que la *Enterprise* ya no está viajando hacia Nueva Oregón.

Picard miró de inmediato a Dnnys.

—Te has hecho muy amigo de Wesley Crusher, ¿verdad? —Su actitud estaba calculada para intimidar el ánimo del chico.

—Él no me lo contó, si es eso lo que quiere decir —replicó Dnnys frunciendo el ceño—. Puede que yo sea un granjero, pero soy lo bastante listo como para darme cuenta de un acentuado cambio de rumbo. Lo único que tengo que hacer es mirar por una luneta.

—Sí, es bastante cierto —admitió Picard. Volvió a mirar a Patrisha—. Su hijo posee unas dotes de observación encomiables.

El elogio no la distrajo.

—Entonces es verdad que ya no nos dirigimos hacia Nueva Oregón.

—Se trata de un desvío menor —dijo Picard—. La Base Estelar Diez ha solicitado que nos encontremos con otra nave en este sector para intercambiar

algunas mercancías. Como puede ver, la *Enterprise* cumple muchas funciones aparte de la exploración; servimos como transporte para pasajeros, nave mercante y nave de rescate.

Su letanía era un sutil recordatorio de la imposición de su presencia en la nave. La capitana del transporte anterior se había mostrado menos comedida. Un viaje de cuatro meses con los granjeros había agotado hasta el límite su paciencia. Había dejado a toda la comunidad en la Base Estelar de la Federación que tenía más cerca, y no hubo ruegos suficientes para conseguir el regreso de la misma a bordo de la nave, la *Forox*. El recordar la vergüenza de aquel abandono debilitó la resolución de Patrisha.

—Gracias por tomarse el tiempo para explicármelo.

—En absoluto —repuso él afablemente—. Para eso estamos los capitanes.

Después de que se marchara Picard, y antes de que Dolora apareciera de nuevo, Patrisha le preguntó a su hijo:

—¿Estaba diciendo la verdad?

—No lo sé —contestó Dnny de malhumor—. Y Wesley no quiere decirme qué está sucediendo.

Riker y Data se situaron a ambos lados de la teniente Yar, mirando atentamente la lectura de sensor en el monitor del puente.

—¡Lo tengo! —gritó Yar, triunfante—. Dirección treinta y cuatro, localización doce.

Data asintió con la cabeza para confirmárselo al primer oficial.

—El residuo puede ser seguido con bastante facilidad ahora que el perfil del elemento ha sido determinado.

Picard salió del turboascensor y vio al grupo de oficiales.

—¿A qué se debe el alboroto?

—¡La caza comienza, señor! —anunció Data con gran entusiasmo—. Hemos encontrado una pista de sangre.

—¿Sangre?

Riker sonrió ante la confusión del capitán.

—Data estaba hablando en sentido metafórico, capitán. Hemos determinado una forma de seguirle la pista a la nave choraii.

—Excelente —dijo Picard mientras descendía hasta el asiento reservado a él.

—La verdad es que el uso de la palabra sangre no ha sido estrictamente metafórica. —Data siguió al capitán—. Un examen de fragmentos recogidos en el lugar de la batalla muestra que la nave choraii está construida de una extraordinaria mezcla de materia inorgánica y orgánica. Al destruir varias de sus esferas, lo que hicimos fue herir la nave. Ahora hemos ajustado nuestros sensores para detectar el

rastros de la particular combinación de elementos liberada desde el lugar en el que se produjo el impacto.

LaForge flexionó todos sus dedos con un ademán teatral.

—Estoy preparado en cuanto usted lo esté.

El vuelo libre, sin controles de computadora ni un curso trazado, era el sueño de un piloto. Todo lo demás era la rutina que había que soportar hasta la siguiente oportunidad de hacerse con el timón.

—Adelante a factor hiperespacial seis —ordenó el capitán.

—¿Qué te pasa? —preguntó Beverly Crusher cuando su hijo apareció por la enfermería—. ¿Te encuentras mal?

—Estoy bien —dijo él como quien protesta, pero ella, de todos modos, le puso una mano sobre la frente.

—No tienes fiebre —dictaminó—, así que, ¿por qué tienes aspecto de haber perdido a tu mejor amigo?

—Porque lo he perdido.

La doctora retiró la mano de la cara del muchacho y le dio un abrazo. Wesley ni siquiera se sintió violento.

—Dnys sabe que está sucediendo algo extraño y quiere saber qué es. No se trata sólo de curiosidad; está preocupado por su familia. Y yo no puedo contarle nada debido a la restricción de seguridad impuesta sobre la información referida a Hamlin.

Su madre suspiró. Una fiebre habría sido más fácil de tratar que este problema.

—Wesley, si la carrera en la Flota Estelar es algo serio para ti... —acalló con un gesto la protesta automática de él—, tendrás que encontrar un equilibrio entre las exigencias del deber y las de tu vida personal. No siempre pueden conciliarse.

En el relativo escaso tiempo que llevaban a bordo de la *Enterprise*, la doctora Crusher había visto a su hijo madurar mental y físicamente, aunque Wesley era todavía demasiado joven para entender cabalmente lo doloroso que resultaba el conflicto entre esos dos compromisos. Sin embargo, no le agradaría oír eso de boca de su madre, así que ella guardó silencio.

—He hecho un juramento —dijo Wesley muy serio—. Tengo que atenerme a él sin importar lo que ocurra.

La gente señalaba con frecuencia que Wesley se parecía a ella físicamente, pero en este momento Crusher vio lo mucho que se parecía a su padre. Ello le producía orgullo y miedo a partes iguales. La devoción de su esposo para con la Flota Estelar había sido algo tan consustancial a su carácter que no había lugar para criticarla sin criticarlo a él; pero ella aún lamentaba su prematura muerte.

Alargó una mano y le alborotó el pelo a Wesley, pero esta vez él se zafó de la caricia, lo cual significaba que ya se sentía mejor. Al mirar a través del tabique de

vidrio que el muchacho tenía detrás de sí, la doctora vio que Andrew Deelor entraba en la enfermería.

—Hablando de juramentos —dijo ella con un suspiro al ver acercarse al embajador—, ha llegado el momento de que yo me concentre en el hipocrático. Tengo una cita concertada, así que lárguese de aquí, alférez Crusher, de inmediato, o le haré unas cuantas pruebas también a usted. —Se sintió aliviada al ver que su hijo sonreía mientras salía a escape. Wesley tenía un temperamento demasiado apacible como para permanecer apesadumbrado durante mucho tiempo.

—Excelente. La quemadura está casi curada —observó Crusher al quitarse Deelor el uniforme y dejar a la vista el injerto de piel sintética que cubría la herida. El material artificial estaba casi del todo sustituido por el crecimiento de nuevas células. Ella levantó la parte superior del escáner y le hizo un gesto para indicarle que subiera a la mesa. La exploración confirmó su primer diagnóstico.

—Sus tejidos tienen una notable capacidad de reproducción. —Observó más atentamente las lecturas del escáner; luego, se concentró en la fantasmal imagen que se le ofrecía de lo oculto por la capa epidérmica. Unas pulsaciones de las teclas de los mandos aumentaron el área de exploración—. Lo cual es muy afortunado considerando el número de heridas que parece haber sufrido usted en el pasado. Cicatrices en el tejido interno, cerca del corazón y el hígado... —volvió a desplazar el punto focal—, herida punzante cercana al pulmón izquierdo, y numerosas cicatrices de fractura en las costillas.

Acabado el examen, ella desplazó el panel articulado que había estado suspendido por encima del pecho del hombre.

—No tenía ni idea de que el servicio diplomático fuese tan peligroso.

—Soy propenso a los accidentes —fue la única respuesta de Deelor mientras bajaba de la mesa.

—¿Como eso de caer ante un disparo fásico perdido?

Deelor se puso la ropa con lentitud. Ya había pasado la etapa en la que vestirse le resultaba doloroso, pero aún notaba cierta tirantez.

La doctora Crusher volvió a hablar.

—¿Por qué no aparecen esas viejas heridas en su historial médico?

—¿No lo están? —le preguntó él alzando las cejas. Su fingida sorpresa resultaba muy convincente de ordinario, pero esta doctora estaba en guardia.

—Tal vez es usted distraído además de patoso. Echo en falta los actuales informes médicos de los supervivientes de Hamlin.

—Todo a su debido tiempo, doctora Crusher. —Se cerró la cremallera del uniforme sobre el pecho como si sellara dentro un secreto—. Todo a su debido tiempo.

La gravedad artificial y los amortiguadores de inercia mantenían la ilusión de un vuelo uniforme para el millar de personas que vivían a bordo de la *Enterprise*. Caminando tranquilamente por sus largos corredores, descansando en los comedores o profundamente dormidos en sus camarotes, eran inconscientes del vuelo que describía rizos y virajes mientras Geordi LaForge seguía el rastro de partículas desprendidas que marcaba el rumbo seguido por los choraii. No obstante, cualquier luneta ponía de manifiesto el verdadero curso trazado por la *Enterprise*, y los que no lo sabían aprendieron pronto a apartar la mirada del tambaleante cosmos. En el puente, los prolongados bandazos de las estrellas dentro del marco de la pantalla principal eran más difíciles de evitar, y más de uno de los miembros de la tripulación del puente se había marchado haciendo eses camino de la enfermería. El resto mantenía los ojos fijos en sus terminales respectivos.

Esto era difícil para el capitán Picard porque el teniente Data estaba dándole su informe mientras permanecía en pie, justo ante la pantalla. Una y otra vez la mirada del capitán iba y venía entre un punto neutral y el rostro de Data, detrás de cuya cara las estrellas se desplazaban entre vertiginosos tumbos. Picard trató de hacer caso omiso a las incipientes náuseas todo lo que pudo, confiando en que desaparecerían por sí mismas, pero la desagradable sensación era cada vez más pronunciada.

—Ya es suficiente. —Picard se detuvo para tragar saliva de forma involuntaria. Las últimas frases de Data ni las había oído—. Vayamos a mi sala de reuniones.

—Buena idea, señor —dijo Riker.

—Will, está usted tan pálido como Data —observó el capitán cuando ya se había cerrado la puerta de la sala.

Riker sonrió débilmente. Colocó la silla de manera que la única luneta de la habitación quedara a sus espaldas.

El androide, sin embargo, no parecía afectado por la discrepancia entre el movimiento real y el aparente. Continuó su informe sin interrupción.

—Desgraciadamente, la mayoría de los sondeos de nuestros sensores fueron alterados por la red energética. El embajador Deelor nos proporcionó un registro del encuentro con la *Ferrel*, pero las lecturas de esos instrumentos estaban afectadas de forma similar.

Picard frunció el entrecejo ante las consecuencias de lo que acababa de oír.

—¿Significa eso que no podemos planificar una defensa efectiva contra el armamento choraii?

—No, señor —contestó Data—. La tarea es difícil pero no imposible. Disponiendo del tiempo suficiente para estudiar el asunto, puede llegarse a una solución. —Se anticipó a la siguiente pregunta del capitán—. Pero no puedo especificar cuánto tiempo se requerirá.

—Cuanto menos, mejor, Data —manifestó Picard tras un suspiro—. Preferiría

encontrarme con los choraii contando con mayor ventaja que la última vez.

—Comprendido. —Data dejó un pequeño cilindro metálico encima del escritorio. Como si acabara de ocurrírsele, y agregó—: Esto es interesante. La tecnología de este vocoder en particular es bastante avanzada, diferente de cualquiera de los que he visto que usa el personal de la Flota Estelar. De hecho, yo lo consideraría más apropiado para ciertas operaciones informativas de los servicios de Inteligencia.

—¿Es una opinión o un hecho, teniente? —preguntó Riker.

—Una opinión, señor —admitió Data—. Pero, en mi caso, las dos cosas corren parejas con frecuencia.

—Bueno, guarde para sí su opinión, amigo mío. Está caminando usted sobre arenas movedizas.

Tras echar una mirada de sobresalto a la cubierta que tenía bajo sus pies, Data asintió con aire de comprensión.

—Ah, ya veo. Usted está utilizando una metáfora que connota peligro. Tal vez eso explicaría los blancos que hay en la grabación: censura de seguridad. ¿Debo informar sobre lo que he averiguado?

—Puede contárnoslo a nosotros —respondió Picard al tiempo que se inclinaba hacia delante. El malestar de su cuerpo quedó olvidado en el momento en que a su mente se le planteó un interrogante.

—Los registros del vocoder cubren sólo la última parte del encuentro, después de que la nave choraii atrapara a la *Ferrel* en su matriz energética. Varias grabaciones han sido borradas, pero yo he conseguido recuperar alguna información de los datos que faltaban.

—¿Y qué ha descubierto?

—Una descripción de la situación energética de la nave justo antes de que fuera arrojada la red de energía. Parece que las reservas de la *Ferrel* estaban insólitamente bajas, lo cual los dejaba muy vulnerables a la red contráctil.

—Data, ¿explica la grabación cómo se agotó la energía de la *Ferrel*? —preguntó el capitán.

—No, señor, no lo hace. Si la información estuvo allí alguna vez, ha sido borrada sin posibilidad de recuperación.

—Así que el embajador todavía está llevando a cabo sus pequeños juegos de seguridad.

Picard se frotó el mentón con gesto pensativo. Desde la nada, le volvió a la cabeza la última advertencia de D'Amelio: «No malgaste su suerte con nosotros, capitán Picard. Usted la necesitará más». ¿El peligro se encontraba en los choraii o en Andrew Deelor?

Los pasos de Wesley resonaban a lo largo del estrecho corredor y enmudecían

ante las profundas sombras que aguardaban su llegada. Las sombras permanecían justo fuera de su alcance por mucho que paseaba el muchacho. Cada diez pasos que avanzaba despertaba a la vida una luz en estado de reposo al tiempo que se apagaba otra a sus espaldas. Su paso se aceleró al evocar su imaginación relatos de horror medio olvidados que cobraban vida en las tinieblas.

Un repentino sonido sibilante le arrancó una exclamación ahogada, al tiempo mismo que su mente reconocía el sonido de una puerta abriéndose. Riendo por aquel terror infundido sin motivo real, Wesley pasó corriendo por la abertura al interior de la sala cavernosa que había al otro lado. Dnnys le había mostrado ese camino hasta la bodega de carga, y al poco se había convertido en un atajo favorito.

Antes de que llegaran los granjeros, Wesley nunca había explorado las secciones de carga de la *Enterprise*. Se sentía atraído por naturaleza hacia la intrincada tecnología de los motores hiperespaciales y los sistemas de control del puente. Sólo un comentario casual de uno de los ingenieros había puesto a Wesley sobre aviso respecto al sistema de estasis que los granjeros habían subido a bordo. La curiosidad lo llevó a realizar una visita y el encuentro con el muchacho a cargo del equipo lo llevó a su amistad.

Wesley suspiró al recordar que la amistad podría haber acabado ya. Avanzó serpenteando por entre las altísimas pilas de contenedores, contando inconscientemente los giros a izquierda y derecha. Incluso antes de llegar al claro que le esperaba pudo oír la corriente de nitrógeno líquido que circulaba por las tuberías del sistema de estasis.

—¿Dnnys?

Por lo general podía encontrar al granjero en algún lugar de las proximidades durante el ciclo diurno de la nave. Ésta era la única área a la que se le permitía acudir fuera de las dependencias de pasajeros, y Dnnys pasaba en la bodega de carga todo el tiempo posible.

Una cabeza desgredada asomó por detrás de la estructura en forma de panal de las cámaras de estasis, y luego volvió a ocultarse. Wesley había temido aquel encuentro y ahora sus miedos se vieron confirmados por el silencioso rechazo. Permaneció en pie, indeciso respecto a su siguiente movimiento.

—Bueno, ¡date prisa! —gritó Dnnys, su voz amortiguada por el compartimiento de control—. Ya era hora de que llegaras. Tengo un problema.

—Podrías haberme llamado —dijo Wesley mientras se apoyaba sobre manos y rodillas y gateaba al interior del compartimiento. El espacio era el justo para que los dos permanecieran agachados el uno junto al otro.

Dnnys hizo caso omiso de esta afirmación.

—Algo va mal. —Le dio unos golpecitos a un manómetro. La aguja indicadora tembló—. Todas las lecturas son normales, pero algo va mal.

Wesley aceptó la valoración de su amigo sin sorpresa. Las máquinas de estasis eran anticuadas, una reliquia abandonada que sólo un planeta pobre como Grzydc habría conservado; era necesario un estricto régimen de mantenimiento diario para garantizar que continuaran funcionando. Valiéndose de los conocimientos teóricos de Wesley y de su propia familiaridad con la mecánica, Dnnys consiguió por fin descubrir la fuente del problema. Tendido de espaldas, se introdujo en un estrecho espacio hecho para técnicos alienígenas, de ahí su peculiar forma y tamaño. Extendió una mano en las profundidades de las entrañas de una caja de controles, de donde sacó un microcircuito ennegrecido.

—Completamente fundido —dijo Wesley, examinando la placa—. Debe haber ocurrido cuando nos atraparon en la red energética.

Las comprobaciones de los sistemas de seguridad de las computadoras de la *Enterprise* habían detectado todos los fallos de este tipo en la nave estelar, pero la maquinaria de estasis era demasiado antigua para ser registrada por un dispositivo pensado para la más avanzada tecnología. Le entregó a Dnnys un microcircuito de repuesto y observó cómo los indicadores se modificaban entre fluctuaciones.

Una sección del caótico panel de instrumentos llamó de inmediato la atención de ambos. Los dos muchachos miraron fijamente el cronómetro. Los números estaban corriendo en progresión positiva, uno a uno, cada vez con valores más altos.

—Se ha iniciado el ciclo de decantación —gritó Dnnys—. Han pasado muy pocos días desde la última reactivación.

El muchacho salió trabajosamente del nicho y apoyó el rostro sobre la ventana del ingenio más cercana. Un mortecino resplandor rojo apenas dejaba ver la diminuta forma enroscada de un embrión que flotaba dentro; había crecido desde su última inspección. Wesley se desplazó hasta la ventana siguiente e inspeccionó la imagen que había detrás del vidrio que reverberaba en rojo. Este embrión era más grande, sus rasgos más distinguibles. Lo que recordaba a una pequeña pezuña se movió.

—¿No puedes detener el ciclo? —preguntó Wesley.

—No sin un alto índice de muertes —contestó Dnnys—. Wes, tengo que saberlo. ¿Existe alguna posibilidad de que llegemos a Nueva Oregón antes de que comencemos a decantar?

Wesley negó con la cabeza. No podía explicar la causa del desvío, pero el retraso respecto a las previsiones se haría obvio para los colonos antes o después.

—Bueno —dijo el granjero—. Vamos a estar hasta las cejas de cerdos y ovejas, por no hablar de los perros y los pollos. Espero que a tu capitán le gusten los animales.

—Creo que será mejor que llame al puente —respondió Wesley.

Con suerte, podría explicarle antes el problema al comandante Riker.

—¿Serán los animales lanzados al espacio? —preguntó Patrisha, consternada.

—Desde luego que no —contestó Riker. Sin duda ella no esperaba una reacción tan decidida—. No tenemos ninguna intención de dañar a los animales.

—Pero entonces, ¿dónde vamos a meterlos?

Picard formuló la misma pregunta con una fuerza considerablemente mayor y la inclusión de una palabrota. Como cuadraba a un primer oficial competente, Riker había preparado una respuesta antes de que ni el capitán ni la granjera se enterasen del problema que se avecinaba en la bodega de carga.

—Los simuladores de la nave pueden programarse para que proporcionen pasturas y tierras de cultivo, así como graneros y corrales. Wesley Crusher está trabajando ahora en las instrucciones de computadora.

El capitán había insistido en asignarle la tarea al chico, como si culpara al mensajero por las malas noticias. De todas maneras, el joven alférez estaba encantado con la oportunidad de reprogramar las prestaciones de los simuladores. Con Dnnys oficiando como asesor de las necesidades de los granjeros, la tarea se parecía más a un juego que a un trabajo.

El rostro de Patrisha estaba todavía tenso de ansiedad.

—Un simulador. Oh, vaya.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Riker. Dnnys había aceptado la solución con alivio, pero su madre parecía aún más preocupada que antes.

—Es la única forma, en realidad. Me doy cuenta —dijo la granjera—. Sin embargo, los simuladores son... —Se encogió de hombros en señal de impotencia.

—¿Obras del diablo? —sugirió Riker en un tono burlón que no había tenido intención de dejar traslucir.

—Nosotros no somos supersticiosos, señor Riker. —El fastidio que sentía Patrisha no ofrecía duda, pero por suerte no estaba gravemente ofendida—. Como granjeros intentamos evitar la tecnología innecesaria, para reducir nuestra dependencia de las máquinas.

—Pero sus creencias permiten las cámaras de estasis —señaló Riker.

De todos los colonos, esta mujer parecía la que podía ofenderse menos, pero debería haber traído a Troi consigo para que le advirtiera si inadvertidamente ponía a Patrisha entre la espada y la pared.

—Sólo debido a que nuestra necesidad es demasiado grande —dijo ella—. No teníamos otra elección. A pesar de la acuciante urgencia, muchos granjeros se han opuesto al uso de un método para ellos tan extraño para transportar a los animales. La aceleración del proceso de la estasis reforzará el poder de sus argumentos. Serán difíciles de rebatir.

Riker notó que la reserva de Patrisha cedía, como si estuviese demasiado cansada para mantener las distancias. Por primera vez, la mujer le hizo un gesto para indicarle que se sentara en el sofá del camarote. Ella tomó asiento en una silla, tensa pero menos a la defensiva.

—Somos nómadas, comandante. Ziedorf, el más viejo de nosotros, nació en Titán hace casi doscientos años. Mi madre y mi tía nacieron en Yonada, y yo nací durante el viaje a Grzydc. Cada uno de esos mundos fue considerado el lugar perfecto, así que nosotros adoptamos algunas costumbres locales, cambiamos nuestros nombres para adaptarlos al idioma nativo, pero los cambios fueron siempre superficiales. Primero y ante todo éramos granjeros de Oregón y finalmente las diferencias nos obligaron a marcharnos. Con cada mudanza a un planeta nuevo nuestra comunidad y nuestras posesiones se hicieron más reducidas.

—Y Nueva Oregón será otro hogar.

—El último, espero. —Sonrió no sin tristeza—. Aunque mi madre dijo lo mismo de Grzydc. —Sacudió la cabeza y prosiguió en tono más enérgico—. Mi hija Krn está esperándonos en los territorios de conformación terrícola, realizando los últimos arreglos para nuestro asentamiento. La hemos bautizado según nuestro hogar original, un lugar de la Tierra llamado Oregón. Alrededor de un millar de personas salió de allí hace unos tres siglos. Nosotros somos todo lo que queda de ese grupo. Y los embriones de animales es casi lo único que nos queda de nuestras pertenencias.

—Lo comprendo, granjera Patrisha. —Riker se puso en pie para despedirse—. La *Enterprise* los llevará a ustedes, y a su ganado, sanos y salvos a Nueva Oregón. —Agradeció que ella no le preguntara cuándo.

—¿Qué época del año quieres? —preguntó Wesley.

La computadora parpadeaba de forma regular con un signo de interrogación y aguardaba pacientemente la nueva entrada de datos.

—¡Primavera! —gritó Dnnys de inmediato.

El año de Grzydc era muy largo, y él sólo había conocido cuatro veces en su vida la gloriosa estación de crecimiento. No sabía muy bien cómo era la primavera terrícola, pero estaba seguro de que sería mejor que lo que le había ofrecido Grzydc, como lo era casi todo lo que Dnnys había encontrado desde que salió del planeta.

—Y agregaré algunos detalles de fantasía —continuó Wesley mientras entraba una serie de números en el programa del simulador—. El comandante Riker dice que si puedes tomarte el tiempo necesario para hacer un buen proyecto, no te lleva mucho más conseguir que sea excelente.

—Parece una frase de Dolora —dijo Dnnys tras resoplar—. Pero no me desagrada viniendo del señor Riker. Me cae bien.

—También a mí. —Los dedos de Wesley detuvieron sus rítmicas pulsaciones

sobre el teclado—. A veces me pregunto si... —Pero no acabó la frase.

—Continúa —lo instó Dnnys.

—Bueno, es sólo que yo era bastante pequeño cuando murió mi padre. Intento recordar cómo era, pero me resulta difícil. —Le resultaba igualmente difícil admitir eso ante su madre. Era probable que ella lo entendiese, pero saber que los recuerdos que Wesley tenía de su padre estaban desdibujándose la pondría triste—. Así que a veces me pregunto si se parecería en algo al señor Riker.

—El no tener un padre debe de ser igual que el no tener un tío en mi caso —dijo el muchacho granjero—. Excepto por el hecho de que tú echas en falta a una persona real, mientras que yo sólo pienso en una de ficción.

Nunca le había confesado esa fantasía a nadie, pero su amigo entendería el sentimiento que la animaba.

El programa de simulación quedó olvidado de momento.

—¿Así que eso es lo que te aflige a ti?

—No con mucha frecuencia, en realidad —contestó Dnnys, encogiéndose de hombros. A veces no pensaba en un tío durante semanas enteras. Otras, la sensación de pérdida lo impelía a buscar la compañía de Tomás, el cual no le gustaba mucho, pero estaba hecho de carne y hueso en lugar de ilusiones—. Y me llevo bastante bien con mi madre, a diferencia de mi hermana Krn. Siempre estaban peleándose. Pienso que ésa es una de las razones por las que Krn se ofreció voluntaria para ir a Nueva Oregón por delante del grupo.

Wesley trató de representarse la imagen de la pelirroja hermana de Dnnys chillándole encolerizada a su propia madre, pero la idea misma lo hizo reír.

—¿No se caen bien la una a la otra?

—Por supuesto que sí. O al menos se quieren. —Él captaba con más claridad que las dos mujeres—. Tomás dice que son astillas de un mismo palo.

Una profunda voz masculina le hizo eco a esa frase.

—¿De un mismo palo? —Riker había entrado en la sala en el momento en que Dnnys acababa de hablar—. ¿Están construyendo una granja o jugando a cartas?

Los muchachos se echaron a reír y luego indicaron mediante gestos al primer oficial que se acercara a la computadora y examinara su trabajo. La conversación de padres y tíos cedió paso a las exigencias de la reprogramación de los simuladores.

Picard, como de costumbre, permanecía en el nivel inferior del puente. A medida que la búsqueda se prolongaba advirtió el ceño fruncido que Tasha Yar le dirigía a su terminal. Cuando el ceño se ahondó pero ella continuó guardando silencio, el capitán emprendió un paseo hasta la zona de popa. La jefa de seguridad no solía ir con rodeos para decir lo que pensaba, incluso era demasiado directa en ocasiones, pero su tenaz intento de disciplinarse podía ir demasiado lejos. Yar tenía una gran intuición que no

podía desaprovecharse por un exceso de cautela.

—¿Ha descubierto algo, teniente? —preguntó en tono de fingida indiferencia.

La pregunta la pilló desprevenida.

—Sí, señor —dijo, y rectificó, agregando—: Quiero decir, tal vez.

Picard bajó la mirada a la cuadrícula de búsqueda. Parecía normal.

—¿Una corazonada?

Ella se removió con incomodidad ante lo que podía tomarse como una insinuación de que se dejaba llevar por sus impresiones en vez de centrarse en los fríos datos.

—Probablemente no sea más que una distorsión periférica, capitán. —Con un dedo atrajo la mirada de Picard hacia una diminuta ondulación en la zona exterior del campo de sondeo—. Esta coordenada no está en la trayectoria actual de LaForge.

—Data, ¿qué conclusiones saca usted de las lecturas de la teniente?

La interpretación que hizo Data de la alteración tampoco fue inconcluyente.

—Si se trata de la nave choraii, estamos viajando muy alejados de su curso.

—¿Qué curso? —preguntó Geordi. Sus ojos cubiertos por el visor estaban fijos en la señal de computadora que trazaba el rumbo en la pantalla de navegación—. Esta gente viaja describiendo rizos y serpenteos, no en líneas rectas. Su nave podría acabar en cualquier parte.

Picard sopesó con rapidez los informes de sus oficiales. El repaso fue un proceso racional, pero la decisión final estuvo más basada en la intuición que en la lógica. A diferencia de Yar, él había vencido su miedo a seguir las corazonadas.

—LaForge, ponga rumbo directo hacia las alteraciones detectadas por los sensores.

—Sí, capitán —repuso el piloto.

Las temblorosas estrellas de la pantalla frontal describieron un último y perezoso bandazo y luego quedaron inmóviles.

—La navegación por computadora tiene ciertas ventajas —le comentó Picard al teniente Worf.

Worf asintió con solemnidad. Un extraño sonido gorgoteante le recordó a Picard que el klingon había desdeñado la oferta de la doctora Crusher de administrarle una inyección de Horizonte; a pesar de que todos los demás lo habían aceptado de buen grado. A juzgar por los sonidos provenientes del cuerpo del teniente, los klingon eran tan propensos a la náusea como los humanos, si bien estaban mucho menos dispuestos a admitir su malestar.

Satisfecho de que los problemas de la cubierta de popa estuvieran ahora resueltos, Picard se volvió hacia su puesto. Con un par de pulsaciones en la insignia-comunicador, convocó a Riker y Troi al puente; contactaría con el embajador Deelor después de dirigirle la palabra a la tripulación del puente. El capitán había prometido

plena cooperación en esta misión, y Deelor la obtendría; pero no contaría con una obediencia ciega. Picard quería una detallada cuenta de los actos del embajador a partir de ese momento.

Andrew Deelor tenía el sueño ligero. La llamada desde el puente lo llevó de inmediato al estado de vigilia, y no había rastro de sueño en su voz cuando habló con Picard.

El intercambio de palabras que tuvo lugar fue breve, y Deelor se deslizó fuera de la cama en cuanto la comunicación concluyó. Dado que la *Enterprise* había captado el rastro de la nave choraii, el hombre se había metido en la cama completamente vestido, preparado en cualquier momento para que lo convocaran desde el puente.

—¿Ruthe?

Encendió las luces del camarote, parpadeando una sola vez a causa de la repentina claridad que lo invadió, y buscó la capa gris de la intérprete. Ella se encontraría acurrucada debajo de la misma. La noche anterior, Ruthe se había llevado todas las almohadas de la cama de él y dormido sobre la cubierta, pero esta noche la encontró enroscada en un sillón que había en un rincón.

Deelor la sacudió suavemente hasta despertarla y le susurró las noticias al oído. Ruthe detestaba los sonidos subidos de tono. Desenroscó su cuerpo, se estiró con pereza, y se dispuso para salir del camarote. Los dos tenían eso en común: ambos tardaban poco en estar prestos para cumplir con sus deberes.

Los corredores de la nave estaban en calma —las pocas personas con las que se encontraron caminaban a solas—, pero el puente reflejaba un sorprendente contraste de animadas voces y movimientos. Deelor percibió que Ruthe se retraía una vez salieron del turboascensor.

—La nave está entrando y saliendo constantemente del radio de alcance de los sensores —les explicó Picard a Deelor y Ruthe cuando se reunieron con él—. No podemos acercarnos lo suficiente para realizar una lectura sólida.

—Ni siquiera lo intente —dijo Deelor. Le hizo al primer oficial Riker un gesto con la mano para que se apartara a un lado, y ocupó el asiento que estaba a la derecha del perteneciente al capitán—. Los choraii no responden ante una persecución.

—¿A qué responden? —preguntó Picard con un deje de malhumor.

—A esto.

Ruthe sacó las manos de debajo de los pliegues de su capa. En ellas tenía las tres secciones de un tubo con intrincados dibujos tallados. Con la facilidad de la práctica, logró que los tres segmentos quedaran unidos.

Dejándose caer cerca de los pies de Deelor, Ruthe se sentó sobre la cubierta con las piernas cruzadas. Y se llevó el instrumento musical a los labios, adoptando la postura de un flautista; pero el sonido que produjo era de un timbre más profundo,

más parecido al del oboe o el del fagot. En contra de lo esperado no tenía la calidad de la caña.

—Den comienzo ahora a la transmisión —ordenó Deelor. Detectó la resistencia de Yar a la apropiación del mando por parte de él. La joven aguardó hasta que el capitán asintió para dar su confirmación antes de abrir un canal de transmisión. Se estaba acercando rápidamente el momento en que Picard tendría que ceder su autoridad de forma total. Muy pronto, pero todavía no.

La cadencia de las notas de la flauta devolvió la atención de Deelor a Ruthe. La melodía que estaba tocando era sencilla, poco más que una escala tocada una y otra vez con sutiles variaciones de tempo, y un tanto obsesiva. Cada frase llevaba a la misma nota, se demoraba en ésta, y luego la abandonaba rápidamente para regresar a ella.

—Si bemol —comentó Riker tras escucharla durante varios minutos—. A intervalos de una octava pero siempre si bemol.

—Es una manera de designar una nave choraii tan buena como cualquier otra —contestó Deelor.

Al llegar al final de la melodía de salutación, Ruthe sostuvo la nota que designaba la nave hasta que se quedó sin aliento. Dejó caer el instrumento sobre su regazo y aguardó.

La transmisión de respuesta fue más intrincada que la suya. Tres flautas por separado, o posiblemente voces, se entrelazaron subiendo y bajando en torno a un tono si bemol mantenido de forma continuada por un cuarto músico. Tras escuchar durante un rato, Ruthe comenzó a tocar otra vez, combinando su parte con las ejecutadas por los otros. El intercambio de mensajes duró varios minutos, y una a una las voces fueron callando y dejaron nuevamente el solo de Ruthe.

Con los ojos cerrados ante las personas que se encontraban alrededor de ella, la intérprete estaba todavía tocando cuando Yar anunció que la nave choraii había salido del radio de alcance de los sensores. Deelor tocó con levedad a Ruthe en un hombro. Ella se interrumpió de pronto, como si despertara de un trance.

—Tienen una canción que terminar antes de poder reunirse con nosotros, pero están de acuerdo en concertar otro encuentro.

—¿Incluso después de los daños que le causamos a su nave? —preguntó Picard—. Yo habría esperado que se necesitara mayor persuasión para acordar otro contacto.

—Ah, eso. —Ruthe se encogió de hombros, como quitándole importancia al enfrentamiento anterior—. Nadie resultó herido; la nave ha sanado.

—¿Cuándo y dónde vamos a reunirnos con ellos?

Ruthe dudó, y luego volvió a tocar su flauta. Ejecutó otra vez un segmento del intercambio de mensajes, y tradujo las notas a conceptos humanos.

—Dentro de veinte de las horas de ustedes. He sido yo quien ha escogido el lugar. Les dije que nos encontraríamos en las coordenadas ocho cinco seis punto doce.

—Podemos llegar al lugar en el tiempo fijado si viajamos a factor hiperespacial seis —anunció Data después de trazar las coordenadas en su terminal—. Pero ¿por qué allí? El emplazamiento no tiene ningún significado aparente.

—Me gusta cómo suena.

Riker sonrió ante la consternación del androide.

—A veces, el marco y la presentación son más importantes que el contenido, Data.

—Continúo sin comprenderlo.

—Más tarde, teniente Data —dijo el capitán con tranquila firmeza—. Ahora que ya ha quedado acordado el encuentro, la sección del platillo puede ser desprendida y dejada atrás. Nos reuniremos con los choraii en el puente de batalla.

—Bajo ninguna circunstancia —declaró Deelor—. La nave no se divide.

Picard se tensó ante la contraorden.

—No puedo arriesgar de forma deliberada la vida de los pasajeros.

—Estarán muchísimo más seguros con la sección armada de lo que estarían si se quedaran solos. Los choraii son erráticos por lo que respecta a su navegación, y con toda facilidad podrían volver sobre su propio curso. La sección del platillo sería una presa fácil.

—Comprendo su punto de vista —dijo Picard haciéndose cargo—. El pasaje correrá un riesgo de cualquiera de las dos formas.

—Muy cierto. —Deelor no sentía ningún deseo de continuar debatiendo el asunto. Se puso en pie y llamó a Ruthe con un gesto para abandonar el puente. Gritó una última orden desde la cabina del turboascensor—. Puede usted trasladarse al punto del encuentro, capitán Picard.

—El embajador debería aprender mejores modales —murmuró Picard después de que el turboascensor se hubiese llevado a Deelor del puente.

Acto seguido, dio instrucciones a LaForge para que se dirigiera hacia las coordenadas de Ruthe, aunque no sin ciertos recelos. Picard no era ningún músico; mientras que Riker se había quedado embelesado por el concierto, el capitán había escuchado con creciente inquietud aquella transmisión ininteligible.

—No contamos más que con la palabra de Ruthe respecto a qué se dijeron entre ellos —le señaló a Riker—. Y a pesar de que no tengo ninguna razón para no creer en lo que ella dice... —Lanzó las manos al aire con gesto de frustración—. Sencillamente no confío ni en ella ni en Deelor.

El capitán miró a Troi en busca de una opinión, pero la consejera tenía poco que ofrecerle.

—Ruthe pensaba solamente en su música. Y Deelor, como siempre, puso buen

cuidado en levantar una coraza alrededor de sus emociones. Él sabe que yo soy mitad betazoide, y su capacidad de bloquear su mente es notable.

—Yo tengo grabada la totalidad de la transmisión, capitán —dijo Data, tercero en la línea de atención del capitán—. Teóricamente, las computadoras lingüísticas pueden realizar una traducción, pero el habla de los choraii parece ser muy intrincada, más emotiva que literal. Necesitaré más información con el fin de acelerar el proceso de traducción y afinar ésta al máximo.

Picard se volvió hacia su primer oficial.

—Usted es el músico, número uno. Yo le he oído tocar.

—Soy un aficionado —opuso Riker—. Y la verdad es que sólo sé jazz.

—Sea o no un aficionado, usted es la única persona con acceso a la información reservada que tiene alguna afinidad con la naturaleza del idioma musical de los choraii. —El capitán consideró las otras aficiones del primer oficial, y asintió ante lo apropiado de su elección—. Sí, estoy convencido de que puede usted persuadir a la intérprete Ruthe de que le comente su trabajo.

—Pero capitán...

—Ella no es diferente de la señora Beata de Ángel Uno. La labia que entonces desplegó usted la impulsó a concederle clemencia a la tripulación de la *Odin*.

Según ciertas fuentes extraoficiales, la persuasión de Riker se había basado en algo más que en su elocuencia. Picard les concedió mayor credibilidad a esos informes cuando advirtió que las puntas de las orejas de Riker enrojecían.

—Lo intentaré, señor.

A pesar de la evidente incomodidad del primer oficial, Picard detectó en él una cierta expectación cuando aceptó la tarea que le encomendaba.

—Simplemente asegúrese de que Deelor no esté cerca cuando lo haga. Me da la impresión de ser un poco celoso.

Fue fácil preparar una maniobra de diversión. A la doctora Crusher no le agradó nada que le hicieran utilizar el examen médico de Deelor como pantalla para ocultar las actividades de Riker, pero cuando insistieron consintió en concertar una visita con el embajador. El arrastrar a Ruthe fuera del camarote resultó ser más difícil. Pasaron varios minutos antes de que ella contestara a las persistentes llamadas de Riker. Su ofrecimiento de un recorrido por la nave fue recibido por una mirada carente de expresión, pero puesto que ella no le dijo que se marchara, él lo intentó otra vez de forma más directa.

—Me sentí fascinado por su concierto de flauta en el puente. ¿Tocaría para mí?

—¿Aquí? —preguntó ella, algo desconcertada.

Riker decidió interpretar su respuesta como un asentimiento ante su solicitud, y sugirió una sala de descanso cercana como lugar más afín. Tras un poco más de

persuasión, Ruthe lo siguió hasta un área abierta provista de asientos acolchados y frondosas plantas. En el lugar no había nadie, cosa que evidentemente le causó satisfacción a ella porque su resistencia desapareció. Avanzó delante de Riker y se sentó en una silla de cara a una luneta. La vista también tuvo que complacerla. Sonrió ante el panorama del espacio profundo.

Todo estaba previsto para crear la atmósfera adecuada. Los guardias de seguridad de la teniente Yar estaban apostados en todos los cruces de corredores que llevaban hacia la sección. Tenían instrucciones estrictas de mantener alejados del salón a todos los tripulantes no implicados en la acción. El esfuerzo de separar a Ruthe de Andrew Deelor había sido planificado con todo cuidado para sacar pleno provecho del poco tiempo de que disponían.

Riker había elaborado una estrategia para ganarse la confianza de la mujer tras un rápido repaso de los archivos musicales de la nave.

—Lo poco que he oído del mensaje de los choraii me recordó la música terrícola de la Edad Media. Las formas del canto occidental presentaban varias voces, pero no estaban ligadas por la melodía ni por el ritmo..., cada una se movía de forma independiente.

Ruthe se sorprendió ante el comentario. Apartó la mirada de las estrellas y la fijó en él.

—Sí, el desarrollo polifónico es similar, aunque los modos armónicos de los choraii están más próximos a las escalas desarrolladas en el siglo veinte por Schönberg.

—¿Así que es una gran conocedora, además de intérprete? —preguntó.

La frase anterior era la más larga que había pronunciado en público y Riker estaba deseoso de que continuara hablando. La pregunta tuvo el efecto contrario.

Ruthe volvió a mirar hacia la luneta.

—He estudiado historia de la música —dijo lacónicamente.

—La melodía de salutación que tocó usted... —Riker tarareó algunos compases de la melodía que había oído en el puente—, ¿era de su propia composición? ¿O los choraii tienen una composición formalizada para llamar a otra nave?

—Las notas son siempre las mismas —contestó ella—, pero el ritmo es libre. —Sacó los trozos de su flauta—. La canción cambia cada vez que la entono.

Mientras Riker observaba cómo Ruthe unía las secciones del instrumento, se sintió una vez más impresionado por la belleza de ella. Una parte de su mente se concentró en la música que tocaba; la otra se deleitaba en las bien dibujadas líneas del perfil de Ruthe mientras ella soplaba la flauta y sus dedos evolucionaban sobre las llaves y palancas de la misma.

Ruthe no interrumpió su concierto cuando Data entró distraídamente en el salón, aunque su melodía se rezagó al observarlo mientras él tomaba asiento. Él se mostró

más interesado en el informe que traía consigo que en la música de ella, así que Ruthe retomó el tempo original. Riker sabía que el vocoder alojado en la palma de Data gravaba cada una de las notas que ella estaba tocando.

Deanna Troi fue la siguiente persona que entró. Riker temía que la presencia de la consejera pudiese trastornar a Ruthe, pero la intérprete estaba demasiado absorta en su canción como para que le molestase tener un oyente más.

Desgraciadamente, Riker apenas podía reprimir su irritación ante el creciente auditorio.

Amparándose en la música, Deanna le susurró:

—Tal vez podría usted concentrarse mejor en un ambiente más íntimo.

Un si bemol sostenido marcó el final de la canción que estaba tocando Ruthe.

—Ha sido hermoso, a pesar de que no entiendo lo que significa —comentó Riker—. Pero, por otro lado, estoy seguro de que los choraii encuentran que nuestra habla es igual de misteriosa.

Ruthe sacudió la cabeza.

—En absoluto. Los choraii aprendieron de los niños el idioma de la Federación. De hecho, lo hablan bastante bien, pero es una forma tan fea y torpe de comunicarse que prefieren no utilizarla.

Sin duda, valía la pena comunicarle ese hecho a Picard, pero fue el último dato que Riker pudo obtener de la intérprete.

—Will... —le advirtió Troi cuando el embajador Deelor estaba a pocos metros de distancia.

—Me preguntaba dónde estarías. —Deelor le dirigió la palabra sólo a Ruthe.

—Me aburrí de esperar en el camarote.

—Eso no volverá a suceder —le aseguró Deelor—. Mis excursiones a la enfermería han terminado.

Este último comentario fue dirigido al primer oficial.

El embajador llamó a Ruthe a su lado mediante un ademán. Ella se levantó del asiento y lo siguió fuera del salón.

Riker frunció el entrecejo mientras veía alejarse a la pareja. Ruthe se marchó sin una palabra de despedida, sin una mirada atrás.

—No me gusta la forma en que Deelor le da órdenes constantemente.

—A ella no parece importarle —comentó Troi—. ¿Por qué tendría que importarle a usted?

Él se volvió para contestarle pero se tragó la réplica cuando vio que Data aún estaba sentado cerca de ellos. El androide había abandonado su anterior pose de desinterés y los contemplaba con una curiosidad no disimulada.

—Data, ya es hora de que se marche —le dijo Riker.

Data arrugó el gesto, buscando en su memoria alguna tarea olvidada.

—No tengo ningún cometido en particular programado para esta hora. —Estudió la expresión de Riker de manera atenta—. ¿Desea usted que me marche?

—Sí, Data —contestó Troi con mucha firmeza.

El androide no se movió.

—Mi entendimiento de la interacción humana mejoraría si tuviese más oportunidades para llevar a cabo observaciones directas. La conversación de ustedes promete ser muy esclarecedora por lo que hace a ciertas cuestiones.

—Nos gustaría tener un poco de intimidad —insistió Riker.

—Pero es que esa intimidad es lo que impide que comprenda las complejidades de las relaciones interpersonales.

—Hasta luego, Data —dijo Riker.

Data se levantó del asiento y salió de la sala, pero caminaba lentamente. El primer oficial se preguntó cuáles serían los límites de la capacidad auditiva del androide y esperó hasta que Data quedó fuera de la vista antes de hablar.

—Deanna, si no te conociera mejor diría que estás celosa.

—No tengo ningún derecho a estar celosa. Cuando nos separamos, eso quedó claro.

—Y tampoco hay razón para estar celosa.

—Eso ya lo sé, Will —admitió ella y luego suspiró—. En verdad, puedo percibir un interés pasajero por Ruthe, tu admiración por su belleza, pero ninguna atracción seria. En cuanto a ella...

La vanidad de Riker empezó a esfumarse ante los hipotéticos sentimientos de Ruthe.

—¿No querrás decir que está enamorándose de mí?

—No. No, no lo está haciendo —contestó Troi con una certidumbre mayor de la que él esperaba—. De hecho, no siente por ti ni el más mínimo interés.

Troi sonrió ante el fugaz fastidio que recorrió las facciones de Riker. Las siguientes palabras borraron los restos de orgullo de él y explicaron la inquietud que traslucía ella.

—Es exactamente así. No siente interés por nada que no sea su música. Está vacía, Will, despojada de todo sentimiento.

Diez hombres y mujeres estaban apretados en un grupo muy compacto delante de la puerta del simulador. La entrada estaba abierta. Justo al otro lado del umbral, unas cuevas poco pronunciadas conducían a un grupo de umbrosos árboles. Una brisa hacía susurrar sus ramas cubiertas de hojas. Unas construcciones de madera pintadas de un rojo oscuro se alineaban contra la pared opuesta a la entrada; y las imágenes de pastos que se proyectaban creaban un paisaje de prados que se extendía hasta un lejano horizonte.

El granjero Leonard se acercó con prevención a la entrada y olfateó el aire. Era fresco y llevaba el perfume de la madreselva. Inhaló profundamente, saboreando el conocido aroma.

—Principios de la primavera, justo la época de la siembra.

Algunos de los colonos más tímidos lo observaban con cautela, pero él no manifestó ninguna impresión negativa. Otros se acercaron a su lado.

—Nunca había visto tanto verde en todos los años que pasamos en Grzydc —suspiró Charla—. Es igual que Yonada.

Tomás resopló ostensiblemente y retrocedió.

—Es un decorado barato. Una ilusión. —Y se tiraba con malhumor de la barba.

—Después de todos estos meses en el espacio, me conformo con una ilusión —dijo Mry—. No puede ser peor que la realidad.

Ella fue la primera en pasar del metálico suelo a la mullida tierra; Leonard la siguió inmediatamente después. La atracción del aire libre y el tibio calor del sol eran demasiado fuertes para que los demás se resistieran durante mucho tiempo. De uno en uno y de dos en dos, transpusieron la entrada.

Tomás se quedó de pie y a solas.

—¡Qué vergüenza! —gritó tras sus espaldas—. Lo he dicho antes y lo diré ahora: antes entraré en la cueva de un dragón que poner el pie en una simulación holográfica. —Alzó la voz al irse alejando ellos—. Vosotros aplaudisteis mis principios entonces, pero es evidente que los vuestros no pueden resistir la tentación.

—Ven, Tomás —le contestó Myra. La anciana se demoraba en la entrada—. Puedes desaprobarlo con la misma facilidad desde dentro que desde cualquier otra parte.

Tomás no se movió. Se metió los pulgares entre el cinturón y los pantalones para detener el temblor de sus manos.

—Puedo ver perfectamente bien desde aquí.

Sus ojos se entrecerraron al contemplar a su hermana y Leonard que reían y rodaban por la hierba del prado.

—Mry es una mujer atractiva —comentó Myra con una risa ahogada—. Y lo

bastante mayor como para tener hijos.

—Puede que sí —dijo él—. Pero yo tendré algo que decir con respecto al padre.
Apretó los dientes y avanzó.

En cuanto él transpuso la entrada, la puerta metálica se cerró produciendo un sonido sibilante, y se confundió con el paisaje. La ilusión era completa. Tomás estaba de pie en un ondulado campo de hierba. Un cielo límpido se extendía muy por encima de su cabeza, y el calor que desprendía aquel sol amarillo lo impulsó a desabrocharse los botones superiores de la camisa de franela.

El joven Stvn se dejó caer de rodillas. Cogió un puñado de tierra y desmenuzó los terrones negros entre los dedos. El viejo Steven arrancó una brizna de hierba y masticó la raíz.

—No es apropiada para el maíz, pero el trigo crecería muy bien.

—Esto es para los animales, no para las semillas —dijo Tomás al tiempo que miraba enojado a los dos hombres.

—De todas formas, es un desperdicio de buena tierra el no plantar nada —declaró el joven Stvn, intercambiando asentimientos con su tío—. Serán necesarias décadas de duro trabajo para convertir Nueva Oregón en un mundo tan agradable como éste.

La siguiente mirada de enojo de Tomás fue dirigida contra Dnnys y Wesley al salir los dos corriendo del granero y atravesar el prado a la carrera para recibir a los adultos.

—Otro cortocircuito y nuestras ovejas estarán pastando en una cubierta metálica —le soltó a Dnnys cuando el muchacho estuvo al alcance de su voz.

—Creo que han hecho un trabajo maravilloso —dijo Mry. El aleteo de unas alas le rozó una mejilla, y luego se alejaron revoloteando—. ¡Mira una mariposa anaranjada! Nunca antes había visto una viva. ¿Quién ha pensado en un detalle tan encantador?

—Eh... fue idea mía —admitió Wesley.

—Así que es usted un artista además de un ingeniero —dijo, y se quitó una brizna de hierba del pelo.

—¿Qué te sucede? —Dnnys dio un leve codazo en un flanco de su amigo—. Estás poniéndote todo rojo.

—El sol es demasiado fuerte —contestó Wesley. Mry le sonrió y él volvió a sonrojarse—. Será mejor que revise las órdenes de configuración.

—Ojalá que vivir en una granja fuera tan divertido como hacer el programa de una finca —suspiró Dnnys—. En ese caso no me importaría...

Su prima levantó una mano y le tocó los labios con un dedo.

—Calla, Dnnys. Te oirán. —Miró nerviosa a los otros granjeros.

Myra avanzó hacia ellos pisando fuerte, el entrecejo peligrosamente fruncido.

—No os entretengáis. Quiero ver los corrales.

—No tiene objeto ver nada más —declaró Tomás con desesperación.

Myra apartó su protesta mediante gestos de mano, como si se tratara de un olor desagradable.

—Esto es una granja y una granja significa trabajo. Los más jóvenes han permanecido ociosos durante demasiado tiempo; han olvidado el valor del trabajo duro. Yo les refrescaré la memoria.

Azuzados por Myra, la totalidad del grupo se encaminó hacia los edificios. Tomás marchaba junto a su hermana, utilizando su volumen para protegerla de las atenciones de Leonard. Todas las objeciones respecto a la simulación habían quedado olvidadas.

Estaban hechos todos los preparativos para el encuentro con la nave choraii, bautizada ahora como *Si bemol*, pero aún no había llegado el momento de que Deelor se hiciera con el control del puente. Durante aquel paréntesis de inactividad, él y Ruthe no podían hacer nada excepto esperar.

Deelor estaba sentado e inmóvil como un gato agazapado, listo para un salto pronto. No se había movido del asiento durante más de una hora, pero su mente iba y venía sin descanso entre el pasado inmutable y un futuro excesivamente incierto.

Ruthe, por su parte, se encontraba tumbada en la cama del camarote escuchando los suaves compases de un chelo con acompañamiento, procedente de la fonoteca de la nave. Era obvio que se contentaba con el presente.

—A Riker le gustas —dijo Deelor de pronto.

—¿Ah, sí? —Ella levantó hacia él una mirada perezosa, perdida en la música.

Deelor se preguntó si los choraii tendrían una más alta opinión de los seres humanos si pudieran escuchar esta suite de Bach o un concierto de Mozart.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó ella.

—Por la forma en que te mira.

—¿Tengo que hacer algo al respecto?

—No. Si no quieres hacerlo no. —El aire dio paso a una gavota, la parte preferida por ella de la suite en re mayor. La conocía lo bastante como para guardar silencio hasta que hubiese acabado. Al comienzo de la giga, él prosiguió.

—Piensa que nosotros somos amantes.

—¿Quién lo piensa? —preguntó ella.

—Riker.

—Ah, él. —Ella arrugó la nariz—. ¿Por eso me pidió que tocara para él? ¿Porque le gusto?

—En parte. De todas formas, probablemente actuaba bajo órdenes, querría conseguir más información sobre los choraii.

Ruthe se acurrucó, señal segura de que sus palabras la habían trastornado.

—¿Qué le contaste?

Deelor puso buen cuidado en hablar casi con desinterés. Si ella percibía cualquier tensión en la pregunta, dejaría de hablar.

—No me acuerdo.

Era probable que así fuese. El pasado tenía para ella tan poco interés como el futuro. Deelor se levantó de la silla que ocupaba. Pulsó mandos del panel del camarote e interrumpió la música.

Ella se sentó de golpe. Deelor había captado su atención.

—Ruthe, tú sabes cuál es mi posición. Si el capitán y su tripulación llegaran a entrever tu acuerdo con los choraii, yo no tendré posibilidad de respaldarte. Estás actuando sin aprobación oficial. Por tu propio bien, ten mucho cuidado cuando estés con Riker y los demás.

—De todas formas, él no me gusta.

—A mí tampoco —rió Deelor—. Pero tú sí me gustas. —Suspiró ante la mirada cautelosa de ella—. Y no, no tienes que hacer nada al respecto.

Mediante un único y leve tecleo en el panel del terminal de observación, Data hizo que se desplegara una representación gráfica de la red energética de los choraii en la pantalla principal del puente. Volvió a pulsar, y la extensa telaraña azul relumbró.

—Esto es solamente una teoría —advirtió el androide a los dos oficiales.

—Sí, lo comprendo —repuso Picard a la vez que semicerraba los ojos ante la repentina brillantez de la imagen que había en la pantalla. Se frotó el puente de la nariz con gesto ausente—. Por favor, continúe.

—La red de los choraii está construida de hebras flexibles de energía. Creo que es posible impactar en uno de esos filamentos y curvarlo, creando un área de debilidad que pueda ser traspasada por una sonda especialmente modificada.

—¿Con qué propósito? —le preguntó Riker, al tiempo que estudiaba el trazado del diseño hecho por Data. En la pantalla frontal la sonda entró en contacto con la red.

—Para absorber la energía de la red. —Mientras Data hablaba, las líneas azules perdieron su fulgor—. O bien podemos hacer que la energía se disperse por el espacio, o utilizarla en nuestro provecho. En cualquiera de los dos casos, el campo debilitado será ineficaz contra nuestros escudos.

—Suenan arriesgado —dijo Riker arrugando el gesto—. ¿Qué pasaría si no pudiéramos controlar el flujo?

—Hay un treinta y cuatro por ciento de posibilidades de que se produzca una sobrecarga que provoque una explosión —informó Data—. Como ya he dicho, este procedimiento es sólo teórico y podría requerir algunos ajustes durante el curso de la operación.

Picard consideró los peligros de poner a prueba una defensa semejante durante un combate.

—Esperemos que no llegue a ser necesario, teniente Data.

—Estamos a sólo cuatro horas de distancia del punto de encuentro —comentó Riker. Estaba desplomado en el asiento, demasiado cansado para mantener su habitual postura erguida. Los oficiales del puente habían trabajado durante varios turnos sin descanso—. Eso no nos deja muchas opciones.

—Tendremos que confiar en el tacto y la destreza de Andrew Deelor. Es de suponer que el embajador posee esas cualidades en alto grado, habida cuenta que no las desperdicia con los subordinados. —El capitán miró con mayor atención a su primer oficial—. El tiempo que nos queda será mejor que lo dediquemos a descansar un poco. Eso lo incluye a usted, número uno.

Riker se enderezó, corrigiendo al punto la postura desgarbada que lo había traicionado.

—A condición de que también usted abandone el puente, señor. —Y estaba preparado para la resistencia que sabía opondría el capitán—. Si se lo preguntáramos, estoy seguro de que su oficial médico insistiría en ello.

Una débil sonrisa cruzó el rostro de Picard. Al parecer, no había ocultado su fatiga con más éxito que Riker.

—No hay necesidad de molestar a la doctora Crusher. Me iré a la cama como un niño bueno. —Tras levantarse del asiento, el capitán se dirigió al único oficial del puente que no necesitaba descansar—. Teniente Data, queda usted al mando.

Sin embargo, una vez que hubo llegado a su camarote, Picard no pudo quedarse dormido. Permaneció tendido en su cama, inmóvil, los ojos cerrados, pensando. Andrew Deelor exigiría muy pronto el control de la *Enterprise*. La almirante Zagrath había dejado bien claro que el capitán tenía que entregarle ese control a Deelor.

«No malgaste su suerte con nosotros, capitán Picard. Usted la necesitará más».

La advertencia de D'Amelio resonó en el oído de Picard. Sintió el peso de Phil Manin cuando se le moría en los brazos. El capitán de la *Ferrel* había seguido las órdenes del embajador y vivido durante el tiempo suficiente como para lamentarlo. ¿En qué punto la obediencia a la autoridad se transformaba en absoluta estupidez?

Pasaron las horas.

Picard aún no había respondido a esas preguntas cuando Data lo llamó para que regresase al puente. Se levantó de la cama con una sensación de cansancio mayor que cuando se había acostado.

El teniente Worf había soportado con estoicismo el insulto de la insistencia del capitán Picard en que descansara, y luego se había marchado obedientemente a su camarote. Como klingon, Worf acataba las órdenes al pie de la letra. Como klingon,

también se sentía en libertad de transgredir el espíritu de esas órdenes si no le iban bien. Permaneció dentro de su habitación durante unos dos minutos, y luego regresó de inmediato al puente.

—Los humanos duermen demasiado —le comentó Worf a Data a modo de explicación—. Eso embota los reflejos.

Puesto que Data no tenía necesidad de dichos períodos de inactividad, no estaba capacitado para juzgar la validez de esta declaración. De todas formas, tenía una observación que hacer.

—Parecen encontrar que el sueño es un proceso agradable.

—Ésa es otra razón para evitarlo.

Worf se puso a trabajar en el problema que se había burlado de él durante días: cómo aumentar la fijación de un rayo tractor. Las esferas choraii eran escurridizas, podían continuar moviéndose pese a su fijación aunque no pudiesen librarse de él. Al conformarse en una larga sarta, habían conseguido que la *Enterprise* incrementara su consumo de energía, y las simulaciones por computadora indicaban que la forma de anillo produciría los mismos efectos. Cada configuración forzaba el rayo tractor más allá de su asignación energética.

—No consiguieron soltarse del rayo tractor —comentó Worf cuando le mostró los resultados a Data—. Tuvimos que desactivarlo porque el coste era muy elevado.

—Quizá la *Ferrel* intentó retenerlos durante demasiado tiempo —conjeturó Data—. Eso podría explicar por qué la nave fue tan vulnerable a la matriz eléctrica.

—Según las computadoras, necesitamos más energía.

—Sin duda, ésa sería la solución más sencilla —aseguró Data—. Tal vez con mayor energía en los rayos fásicos los habríamos detenido.

Worf frunció el entrecejo ante el riesgo que subyacía en las palabras de Data.

—Pero el primer oficial Riker encontró una forma de dañar a la *Si bemol* con menos energía, estrechando el rayo fásico. En otras palabras, las soluciones corrientes no funcionan con los choraii.

Worf regresó al terminal científico con una perspectiva nueva. La búsqueda de respuestas por computadora se basaba en los parámetros establecidos, pero si se cambiaban los parámetros del rayo tractor podrían aparecer soluciones nuevas.

Una hora más tarde, Worf encontró la respuesta.

—Teóricamente, esto podría funcionar —dijo Data mientras miraba la nueva simulación.

Worf había dividido el rayo tractor en cuatro. Cada uno se fijaba sobre una sola esfera. Independientemente de la disposición que adoptaran las esferas las unas respecto de las otras, los rayos se adherían a sus blancos. El gasto de energía global no era mayor que el necesario para un solo rayo.

—Esta vez no van a escaparse —afirmó Worf. Esta certeza sí que era un alivio,

más que el sueño.

La doctora Crusher oyó el sonido de unos pasos que entraban en su despacho, pero no levantó los ojos de la pantalla de la computadora.

—Márchese, estoy ocupada.

La sombra que estaba al otro lado de su escritorio no desapareció.

—Una enfermera me advirtió que iba usted a ciegas.

La cabeza de Crusher se levantó de pronto al oír la burlona voz de Deelor.

—Como oficial médico en jefe, es responsabilidad mía hacer los preparativos para la llegada de los supervivientes de Hamlin, pero sin una información precisa no puedo llevar a cabo más que preparativos generales. Es de esperar que sufran desorientación emocional; las deficiencias vitamínicas son también probables. Más allá de eso pueden presentarse numerosas afecciones, desde los trastornos leves a las discapacidades graves. —Dio un golpecito en la pantalla que había centrado su atención—. Si las naves choraii carecen de gravedad, a los cautivos no les quedarán huesos, sólo cartílago blando que se doblará bajo el peso de sus cuerpos. Y eso es sólo el principio...

—Deje de preocuparse —le respondió él con tono indiferente—. Yo tengo una cura para lo que le aflige, doctora. —Lanzó un disquete sobre el escritorio—. Estos historiales clínicos responderán a la mayoría de sus preguntas acerca de los cautivos.

—¡Ya era hora!

—De nada. —El frívolo buen humor de él sólo aumentó la irritación de Crusher—. Y, doctora Crusher, acerca de esos historiales..., estoy seguro de que no necesito recordarle que es todo material de alto secreto. —El tono era ahora distendido, pero las palabras muy serias.

—Soy consciente de ello, embajador. —Ella deslizó el disquete en la computadora y se puso a leer.

Para el momento en que Picard entró en el puente, su primer oficial estaba al mando y Data había ocupado el terminal de navegación. Riker tenía un aspecto insólitamente sombrío cuando recibió al capitán.

—El embajador Deelor desea verle.

Picard había esperado algo así.

—Dígale que se encuentre conmigo en la sala de reuniones.

—Señor, ya está allí.

Cuando Picard entró en la sala, Deelor se encontraba junto a la luneta contemplando el espacio.

—¿No quiere sentarse? —preguntó Picard con sequedad.

Le indicó el asiento del capitán que se hallaba detrás del escritorio.

Deelor se apartó de la luneta.

—El escritorio es suyo, capitán, pero el puente es mío. Me hago cargo del mando de la nave a partir de este momento.

—Usted tiene el control de la misión, embajador —contestó Picard—. No de la *Enterprise*.

Deelor frunció el entrecejo pero no manifestó ninguna sorpresa.

—La almirante Zagrath...

—No está aquí ahora mismo —dijo el capitán con calma—. Mi principal responsabilidad es para con mi tripulación, y no pondré su suerte en las manos de usted.

—¿Ni siquiera a riesgo de un consejo de guerra?

—Un consejo de guerra exigiría el hablar abiertamente de los choraii y de los cautivos de Hamlin. Y de la *Ferrel*.

—Muy astuto —dijo Deelor—. Phil Manin no fue capaz de ver que tenía esa baza. Pero existen muchas formas de perder un puesto de mando, capitán Picard. Hay destinos de vía muerta en planetas apartados de todo. Destinos que ponen término a una carrera.

—Es mejor que perder esta nave. Usted destruyó la *Ferrel*; no destruirá la *Enterprise*.

El fruncimiento del entrecejo del embajador se ahondó.

—Su preocupación es admirable pero está fuera de lugar. Yo he tratado antes con los choraii. Puedo tomar las decisiones basándome en una información más completa.

—En ese caso, cuénteme lo que sabe.

—Es usted un hombre testarudo —dijo Deelor y suspiró—. No permita que lo ciegue el desagrado que siente por mí. Independientemente de lo que usted piense, mis actos no son ni caprichosos ni infundados.

Dio unos golpecitos suaves en el cristal de la pared del acuario, y observó cómo los peces del interior mordisqueaban el reflejo de sus dedos. Cuando se volvió a mirar a Picard, sonreía con tristeza.

—Conserve el control de su nave, capitán. No podemos permitirnos el lujo de pelear entre nosotros; los choraii no dejarían de aprovechar cualquier división existente. Pero si aprecia usted la *Enterprise*, escuche cualquier consejo que yo le dé.

Picard sintió la primera sombra de duda en su interior. Deelor era inteligente y manipulador. También era sorprendentemente elegante en la derrota.

Los dos hombres salieron juntos de la sala de reuniones y regresaron al puente. Picard percibió la mirada escrutadora de su primer oficial pero no dijo nada para mitigar la curiosidad de Riker respecto a lo que había sucedido. Manteniendo una expresión de jugador de póker, el capitán ocupó su sillón de mando; Deelor se sentó a

la izquierda de él. Entonces, y sólo entonces, miró Picard a los ojos de su primer oficial.

—Dirija el acercamiento, número uno.

—Energía de impulso, LaForge —ordenó Riker.

—Abandono de velocidad hiperespacial, ahora.

El primer oficial volvió a dirigirse al timón.

—Lecturas de sensores, Data.

—Aún no hay señales de los choraii.

—Detengan completamente los motores.

Habían llegado al emplazamiento escogido por Ruthe. La *Enterprise* se hallaba suspendida en el espacio.

—¿Y bien, embajador? —preguntó Picard en un tono seco—. Estamos aquí, en el lugar acordado y a la hora prevista. ¿Dónde están los choraii?

Había comprometido su carrera por este encuentro. Si la *Si bemol* no se presentaba, sus esfuerzos serían vanos.

—Paciencia, capitán. Estoy seguro de que vendrán. —Deelor se giró y adoptó una expresión ceñuda—. Al igual que Ruthe.

—De hecho, hemos llegado con un poco de antelación —señaló Data—. Hemos llegado un minuto y quince segundos antes de la hora.

Picard estaba demasiado tenso para soportar la aséptica exactitud de la respuesta del androide.

—Data, no hay ninguna nave al alcance de los sensores, lo cual significa que los choraii llegarán con retraso. Si es que llegan a venir.

—¡Capitán! —gritó Yar—. Los sensores de largo alcance parecen captar un objeto... No, lo captan, con claridad. ¡Se acerca a una velocidad increíble!

Picard se tensó en su asiento.

—Levanten escudos.

—¡Miren eso! —dijo Geordi, señalando la pantalla frontal.

Segundos antes no había habido ninguna imagen en su superficie. Ahora acababa de aparecer un objeto que luego aumentó de tamaño de forma vertiginosa. La *Si bemol* empezó a desplazarse describiendo círculos, en dirección a la *Enterprise*.

—Vienen directos hacia nosotros —advirtió Yar cuando el racimo de burbujas azafranadas ocupó toda la pantalla. Una alarma de alerta amarilla se puso a ulular como protesta ante la aproximación.

Picard respiró profundamente y dijo:

—Maniobras evasivas.

—No —lo contradijo Deelor—. No están atacando.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

Pese a la ausencia de respuesta, Picard se contuvo.

En el último momento antes de la colisión, la nave choraii se detuvo, sus esferas se estremecían a causa de la repentina deceleración.

—Veintidós segundos antes de la hora —comentó Data—. Su puntualidad es impresionante.

—También lo es su velocidad —dijo Picard con una ceja alzada. Ahora entendía por qué la Flota Estelar había escogido a un agente de Inteligencia para una misión diplomática.

Diario del capitán

Llevado por el deber, he emprendido con frecuencia tareas desagradables. Sin embargo, encuentro que ésta es especialmente enojosa. Estamos intercambiando mercancías por vidas humanas. Estamos pagando por el regreso de aquellos que nunca tendrían que haberse llevado. ¿Es esto lo mejor que tiene la diplomacia para ofrecer?

Ruthe saludó a la *Si bemol* haciendo brotar una melodía de su flauta. La aparición de la intérprete en el puente de popa había sido tan repentina como la aproximación de la nave choraii. Tocando mientras caminaba, Ruthe avanzó a paso lento desde el nivel del puente hasta el inferior, el centro de mando. Su mirada no se apartó en ningún momento de la imagen que había en la pantalla.

—¿Podemos establecer contacto visual con el interior? —le preguntó Picard a Deelor mientras la prolongada canción era transmitida a la otra nave.

Deelor sacudió la cabeza negativamente.

—No, ellos parecen carecer de un equivalente de nuestra tecnología visual, aunque su sistema de audio está muy desarrollado.

Picard consultó otra fuente de información.

—¿Algún comentario, consejera?

Deanna Troi vació la mente de sus propios pensamientos, bloqueó las impresiones conocidas de las personas que la rodeaban, y se concentró en las señales que quedaron.

—Puedo percibir una poderosa presencia que eclipsa a los seres individuales del interior de la nave. Es como si la nave misma fuera un ser vivo, o tal vez una extensión de sus habitantes.

Ruthe llegó al final de la pieza. La tripulación choraii respondió como un solo ser con un saludo de respuesta. Las cuatro voces se unieron en una progresión en la que se seguían de cerca las unas a las otras, siguiendo los alternados tonos de la escala.

El embajador Deelor aguardó pacientemente hasta que hubieron concluido las presentaciones, y luego le dio instrucciones a Ruthe para que confirmara las condiciones del anterior acuerdo de intercambio. Ella tradujo las palabras en una nueva forma melódica y aguardó la respuesta.

Picard oyó las notas de disentimiento de la respuesta choraii a pesar de que no pudiera entender a qué eran debidas. La expresión preocupada del rostro de Riker indicaba que también él había captado el cambio de tono.

—¿Qué sucede?

—Los choraii quieren más plomo —explicó Ruthe—. Seis kilos en vez de cinco. —Miró a Deelor en espera de las siguientes instrucciones.

—No. Diles que los términos ya fueron acordados. Cinco kilos y recuérdales que ya se ha efectuado el primer pago.

Ruthe continuó traduciendo la conversación en ambas direcciones. El capitán se preguntó si el laborioso proceso era una concesión hecha a los choraii o un intento de ocultarles una parte de la negociación a los tripulantes. Mientras que su actitud respecto a Andrew Deelor había cambiado a lo largo de la última hora y el capitán se sentía más inclinado que antes a confiar en él, continuaba sin existir un modo de confirmar la exactitud de la versión de lo que traducía Ruthe. Picard sabía que la computadora lingüística de Data estaba haciendo progresos, pero no los bastantes como para seguir las complejidades de aquel regateo.

Los inarmónicos de la transmisión de la *Si bemol* aumentaron. Ruthe sacudió la cabeza cuando hubo concluido.

—Los choraii sostienen que ésta es una nave nueva, así que corresponde un contrato nuevo.

—De acuerdo —dijo Deelor con determinación—. Un kilo por el cautivo que tienen, puesto que la *Enterprise* es una nave más fuerte y los ha derrotado en batalla. A menos que deseen volver a luchar y negociar un precio nuevo cuando haya acabado el combate.

Picard se aclaró la garganta con un carraspeo pronunciado, pero no protestó por el desafío del embajador. Había accedido a dejarle esta parte de la misión a Deelor. Sin embargo, la incomodidad del capitán no fue pasada por alto.

—Los choraii respetan una negociación dura —le explicó Deelor a Picard en un aparte—. Además, cuanto menor sea la cantidad de metal que tengan, antes estarán dispuestos a intercambiar más cautivos.

Ruthe tuvo que transmitirles a los alienígenas los intencionados términos de Deelor.

—El precio original es aceptable —informó ella al acabar otro pasaje de canción—. Están dispuestos a tratar el procedimiento del intercambio.

—Primero tiene que ser traído a bordo el cautivo.

Hasta ahora, la intérprete había repetido las frases de Deelor sin hacer ningún comentario. Esta vez aventuró una opinión.

—Ellos esperarán que se les dé alguna seguridad.

—Ninguna seguridad —declaró él con firmeza—. Perdieron toda posibilidad de deferencia a causa de las acciones emprendidas contra la *Ferrel*. Mis términos o nada.

Ella se encogió de hombros y se llevó la flauta a los labios. Brotó un staccato discordante.

Deelor se retrepó en el asiento.

—Relájense —les aconsejó al capitán y a Riker—. Esta parte va a llevar un rato.

—¿Qué sucedió con la *Ferrel*? —preguntó Picard en voz baja. Esperaba otra evasiva por parte del embajador, pero esta vez recibió una respuesta directa.

—Transportamos la mitad del pago como prueba de nuestra confianza. —Deelor contrajo el entrecejo ante el resultado de su acción anterior—. Y la *Si bemol* echó a volar como alma que lleva el diablo.

—Entonces ustedes intentaron retenerlos con un rayo tractor, agotando sus reservas energéticas en la operación —conjeturó Data—. Al menos ésa es mi teoría basándome en los datos que tengo a mi disposición. ¿Es correcto?

Deelor guardó silencio durante un momento, meditando acerca de la conjetura del ocasional timonel.

—Sí —dijo al fin—. Cuando fuimos alcanzados por la matriz energética, estábamos demasiado debilitados como para soltarnos o disparar los rayos fásicos.

La canción de la intérprete llegó a su fin. Ella bajó la flauta.

—Están muy molestos por tus condiciones.

—Los choraii han cerrado su canal de frecuencia —dijo Yar, comprobando su terminal.

—Pero no se marchan —observó Deelor, pensativo—. Así que aguardaremos.

—¡Maldición! —dijo Beverly Crusher cuando llegó al final del historial de Hamlin—. Dos veces maldición.

La doctora recuperó el disquete de información reservada, y consideró lo que acababa de leer. Lo ocurrido tendría que haberle resultado obvio a un médico. Estaba irritada consigo misma por no haberlo previsto, pero sus preocupaciones se habían centrado precisamente en las condiciones de salud de los niños de Hamlin. Un engañoso término. Data había hecho hincapié en ello, pero era difícil caer en la cuenta.

Mientras aún digería las consecuencias de la nueva información, Crusher partió en dirección al puente. Había percibido el estremecimiento de la cubierta de la nave cuando la *Enterprise* salió de la velocidad hiperespacial. Las negociaciones por el cautivo de la *Si bemol* ya tenían que estar en marcha.

Había esperado encontrarse con música en el puente, no con un tenso silencio. Su entrada atrajo la atención de todos los tripulantes presentes. Animada por una inusitada timidez recorrió la corta distancia que separaba el turboascensor del centro de mando. Todos los asientos estaban ocupados, así que tuvo que quedarse de pie junto a Ruthe, cosa que hacía que Crusher llamara aún más la atención.

—¿Ha terminado con sus deberes, doctora? —preguntó Deelor.

—Sí.

Se metió las manos en los bolsillos de su chaqueta médica y luchó contra el

impulso de susurrar: «Una lectura muy interesante». La atención del capitán estaba fija en la pantalla; se encontraba demasiado distraído como para sopesar los matices de su respuesta, y Crusher no sentía deseo alguno de dar detalles delante de un auditorio. Se unió a la tripulación en su silenciosa espera.

—Está entrando una transmisión de los choraii —anunció Yar al fin, y la pasó a los altavoces. La disonancia de la música estaba amortiguada, pero también lo estaba la melodía.

Ruthe escuchó atenta a los cantantes choraii, y seguidamente habló.

—Están de acuerdo, pero la decisión no ha sido unánime. Sugieren que procedamos rápido, antes de que el desacuerdo gane más adeptos. —Otra voz la interrumpió modulando un discordante pasaje de solo—. Uno de ellos nos advierte que si la *Enterprise* trata de escapar, tomarán represalias inmediatas.

—Van a ver —dijo Deelor. Hizo un gesto hacia la flauta—. Contéstales que nos sentiríamos afrentados si no lo intentaran.

Ella tradujo su contestación en una tonada resuelta, un punto insolente. Los cuatro choraii repusieron a la provocadora réplica.

—Los has divertido y complacido. Ten cuidado, o querrán negociar por ti.

—No serían capaces de pagar mi precio. —Deelor se puso en pie de un salto—. Primer oficial Riker, puede preparar el envío de plomo mientras Ruthe es transportada a la nave choraii.

—¿Es realmente necesario el contacto directo? —preguntó Picard con alarma.

Data le ahorró al embajador la molestia de dar explicaciones.

—La densa naturaleza orgánica de la *Si bemol* hace que resulte difícil obtener lecturas exactas de formas de vida. Mis sensores son incapaces de determinar las coordenadas del emplazamiento del prisionero humano.

—Un grupo de expedición está a su disposición, embajador —dijo Riker al tiempo que se alzaba—. Podemos transportarnos con...

—Usted quédese al margen de esto —intervino Ruthe—. No quiero su ayuda.

—Gracias por la oferta, Riker —se apresuró a decir Deelor—. Pero me temo que su grupo no estaría entrenado para desenvolverse en una nave choraii. —El resto de su explicación se la ofreció al capitán—. El interior no es peligroso pero hay que respirar en la materia líquida que constituye la atmósfera de la nave; el llevar trajes medioambientales que oculten la naturaleza física de uno lo tomarían como un grosero insulto, cuando no como un signo de engaño.

Picard continuaba teniendo un aspecto dubitativo, así que la doctora Crusher se unió a la conversación.

—Según mis historiales médicos, el fluido rico en oxígeno es bastante respirable..., uno no puede ahogarse ni siquiera cuando tiene los pulmones llenos..., pero la experiencia sería desasosegante para una especie que respira aire.

—Sin embargo —intervino Deelor—, lo que sí quiero es un grupo de respaldo a nuestra disposición en caso de que haya problemas. ¿Permitiría que el primer oficial Riker y la teniente Yar aguardaran en la sala del transportador?

—Por supuesto —contestó Picard esbozando una sonrisa irónica. Sólo Crusher captó el irónico añadido susurrado de soslayo—. Por lo general no se molesta usted en preguntar.

Luego Deelor hizo una ligera inclinación de cabeza en dirección a ella.

—Y, claro está, a la doctora Crusher, para que dispense los mejores cuidados médicos.

—Vamos —dijo Ruthe, y avanzó espoleada por la impaciencia hacia el turboascensor—. Los choraii están esperando.

Beverly Crusher siguió renuente a la intérprete. No le habían dado oportunidad de comentar los historiales médicos de Hamlin con el capitán Picard. Pero, por otra parte, no todo lo que había leído podía contárselo.

Los preparativos de Ruthe para subir a bordo de la nave choraii fueron simples. Le entregó la flauta a la teniente Yar, luego se quitó la capa mediante un encogimiento de hombros y la dejó caer en los escalones que conducían al transportador. Una insignia-comunicador colgaba de una cadena alrededor de su cuello. No llevaba puesto nada más.

Tras subir a la plataforma circular, aguardó sin timidez a que la transportaran. Riker, igualando el aplomo de ella con una dificultad considerablemente mayor, estableció un código de señales.

—Una pulsación significa un regreso inmediato a la *Enterprise*. Dos pulsaciones y nuestro equipo se transportará de inmediato a la *Si bemol*.

—Eso no será necesario —repuso Ruthe sin perder la calma—. Y no nos retrasemos más, señor Riker.

El primer oficial se apartó de la plataforma y le hizo un gesto de asentimiento a Tasha Yar. Como jefa de seguridad, ella supervisaba cualquier procedimiento que afectara a las defensas de la nave, y el transporte requería bajar de manera momentánea los escudos de la *Enterprise*. Yar era partidaria de correr los mínimos riesgos. Cuando la teniente activó los controles del transportador, un zumbido agudo resonó en la cámara. Ruthe desapareció en una fluctuación de luz.

La primera fase del intercambio había comenzado; Riker y Yar se prepararon de inmediato para la segunda. La doctora Crusher observó mientras los oficiales sacaban barras de plomo de un cofre y las apilaban ordenadamente sobre la plataforma cerca del punto en que había desaparecido Ruthe.

—El pago está preparado —anunció Riker cuando hubieron contado la última barra.

—Sí —dijo Crusher y se le dibujó una acentuada arruga sobre el puente de la

nariz—. ¿Pero a quién compramos?

El lento ritmo del ritual de salutación de los choraii había preparado a la tripulación de la *Enterprise* para un prolongado contacto directo; pero ello no reducía la tensión de la espera. Las conversaciones del puente languidieron, y luego cesaron del todo. Pasó una hora sin que llegaran señales de la intérprete. Y luego otra.

Riker fue el primero en expresar su inquietud.

—Aconsejo que vayamos por ella.

Su voz resonó por el intercomunicador del puente.

—Por nada del mundo —contestó Deelor—. Ruthe ya ha estado antes en naves choraii..., ella sabe qué está haciendo. Esperen su señal.

—Podría tener problemas.

El embajador abandonó toda cortesía.

—Yo estoy al mando de la misión, primer oficial Riker.

Cortó la comunicación con un violento golpe propinado a la insignia-comunicador que llevaba prendida en el pecho.

—Su preocupación es natural —dijo Picard en defensa de su tripulante.

—Estos asuntos llevan tiempo —declaró Deelor, mirando fijamente la imagen de la *Si bemol* que tenían en la pantalla—. No puede metérseles prisa a los choraii.

—Es evidente que no. —Picard se frotó la nuca. Los ánimos se habían irritado a medida que pasaba el tiempo, el suyo incluido—. ¿Consejera Troi?

Deanna sacudió la cabeza con frustración.

—No percibo angustia ninguna, aunque las impresiones que recibo de la nave continúan siendo muy borrosas. Pero ni siquiera estando cerca he podido percibir nunca ninguno de los sentimientos de Ruthe.

—Teniente Data, ¿qué puede determinar por el seguimiento de la insignia-comunicador sobre la situación de la intérprete?

—Parece estar explorando la nave. He seguido su paso por la mayoría de las esferas.

—¿Y el cautivo de Hamlin?

—También está presente —dijo Data ceñudo—. Sin embargo, las corrientes y los remolinos de la atmósfera están trastornando las lecturas del sondeo. Registro un eco discontinuo de formas de vida.

—¿Puede fijarlo? —preguntó Picard.

—La complejidad del problema constituye un desafío. Voy a intentar un reajuste atendiendo a la densidad y viscosidad. Si lograra modular...

—Gracias, teniente Data. Una explicación detallada no es necesaria.

—Sí, señor —boqueó el androide. Prosiguió su trabajo en silencio.

Al final de la tercera hora la teniente Yar registró un pitido proveniente de la insignia-comunicador de Ruthe.

—¿Son uno o dos los que hay que transportar? —preguntó Riker.

—No puedo saberlo —respondió Yar—. Las lecturas son confusas.

Entró las coordenadas en el sistema y ordenó la configuración de un rayo amplio que llevaría de vuelta a bordo a Ruthe y cualquier posible acompañante. Cuando el destello de la energía transportadora llenó la sala, la doctora Crusher buscó con la mano de forma automática el equipo médico que le colgaba del hombro.

El cuerpo de Ruthe se solidificó entre brillantes parpadeos. Su piel desnuda brillaba de humedad y el líquido le fluía en hilillos por la nariz al exhalar ella la atmósfera choraii que aún tenía en los pulmones.

Llevaba un niño pequeño en los brazos.

Sólo una persona estaba preparada para aquella imagen. La doctora Crusher saltó hacia delante y arrancó el niño de los brazos de la intérprete que lo sujetaba indolentemente. La doctora apoyó una palma sobre el pecho del niño y aplicó una presión suave pero firme debajo de la caja torácica. Expectoró el fluido, luego jadeó ante su primera bocanada de aire. Segundos después comenzó a llorar.

—Será mejor que avise al capitán —le dijo Crusher a Riker. Envolvió al lloroso niño en una manta y corrió a la enfermería.

—¿Un niño? —se enfureció Picard cuando Riker acabó su informe al puente por el intercomunicador. El capitán se volvió a mirar a Deelor, que todavía estaba sentado junto a él—. ¿Estaba usted enterado de esto, embajador?

—No en este caso —respondió Deelor, bajando la voz—. Pero hemos recuperado a otros descendientes del grupo original de Hamlin.

—Un hecho que usted olvidó mencionar durante la reunión —señaló Picard sin bajar ni un punto su propio volumen—. Y uno que aumenta la complejidad del asunto. La matanza de Hamlin es todavía un episodio vivo para la Federación pese a haber transcurrido cincuenta años. Que los humanos retenidos por los choraii estén aumentando en número sólo puede exasperar los ánimos.

—Soy muy consciente de ello, capitán, pero éste no es ni el momento ni el lugar para hablar del asunto. —Deelor recorrió con mirada nerviosa el puente—. Éste era un aspecto del *proyecto Hamlin* cuyo conocimiento yo tenía la esperanza de mantener dentro de un pequeño círculo, precisamente por las razones que usted acaba de mencionar.

—Yo confío en la discreción de mis tripulantes —le espetó Picard—. Que es más de lo que puedo decir de...

—Capitán —lo interrumpió Troi. Había ocupado el asiento de Riker en el puente, y su llamada de atención obligó a Picard a apartar la mirada de Deelor—. Con su permiso, me gustaría ofrecerle mi ayuda a la doctora Crusher. No he sido de ninguna

utilidad en las negociaciones con los choraii, pero estoy segura de que podré ayudarla con el cautivo.

Picard accedió a la solicitud de la consejera efectuando un breve asentimiento de cabeza. Troi se levantó del asiento y avanzó hacia el turboascensor. Cuando la puerta se separó, se apartó a un lado para permitir que Ruthe saliera de la cabina.

—¿Cómo está el niño? —preguntó Troi sin disimular su ansiedad.

La intérprete se encogió de hombros.

—Bastante bien, supongo —respondió antes de que el turboascensor se llevara a Troi.

A paso rápido, Ruthe se aproximó al centro de mando. Todavía tenía el pelo mojado a causa de la inmersión en la atmósfera de la nave choraii, y pequeñas perlas de oscuro fluido le resbalaban por el cuello y el escote que dejaba ver su capa. Ponía buen cuidado en mantener apartada la flauta de madera de su vestimenta empapada.

—¿Por qué no nos habló del niño? —exigió saber Picard.

—El intercambio era por el cautivo que tenían. La edad no era el tema. —Se sentó en el asiento que Troi había dejado vacío—. ¿Ha sido transportado ya el plomo? Los choraii esperarán una canción de despedida.

Picard negó con la cabeza.

—La teniente Yar transportará el metal a la otra nave en cuanto el embajador nos ordene hacerlo.

—Hemos esperado pacientemente a los choraii —dijo Deelor. Al tiempo que se retrepaba en el asiento, estiró las piernas delante de sí y luego las cruzó a la altura de los tobillos—. Ellos pueden esperar hasta que nosotros hayamos comprobado el estado de la mercancía del trueque.

—¿Y devolveremos al niño si tiene desperfectos? —le preguntó Picard con acritud.

—No, pero yo podría insistir en una reducción del precio.

—Su humor resulta ofensivo.

—No estaba intentando ser gracioso —contestó Deelor—. Estoy mirando la situación desde la perspectiva de los choraii. A usted mismo no le vendría mal dejar a un lado su rigidez, capitán.

Picard apretó las mandíbulas. Pasaron varios segundos antes de que pulsara su insignia-comunicador.

—Picard a Crusher. Por favor, informe sobre el niño de Hamlin.

—Varón, de aproximadamente dos años de edad. Sus pulmones están adaptándose bastante bien a la transición a un medio ambiente de oxígeno. —Al fondo pudo oírse un agudo gemido acompañado de llanto—. Aún se está procesando la información de los exámenes, pero parece estar en excelentes condiciones físicas. Lo han cuidado muy bien.

—Por supuesto que lo han hecho —dijo Ruthe cuando concluyó la evaluación de Crusher—. Los humanos son muy valorados por los choraii.

—¿Valorados por qué? —preguntó Picard—. ¿Por su trabajo?

Ruthe negó con la cabeza.

—Los humanos no son nunca puestos a trabajar. Sirven... a una función simbólica. El regalo de un niño de una nave a otra consolida los lazos de amistad con el grupo. A fin de que se haga honor al vínculo, el niño debe ser tratado con amabilidad y consideración.

—Mascota consentida o esclavo, la diferencia es muy tenue —observó Picard. Su voz había recobrado su anterior tono cortante—. E igualmente degradante.

Deelor respiró hondamente.

—Dejemos el debate ético para otro momento, ¿les parece? —Cuando cruzó los brazos sobre el pecho, un dedo pulsó la insignia metálica—. Deelor a sala de transporte. Procedan a concluir el intercambio.

Las tres personas que se encontraban en el centro de mando miraban de hito en hito a la nave choraii que se veía en la pantalla frontal, aguardando en silencio a que el trueque llegara a su conclusión. Hasta ellos llegaba el suave rumor del terminal de observación de Data. Las manos del androide se movían de aquí para allá sobre el teclado; no permanecían quietas durante más de un instante.

—Riker al capitán. El envío de plomo ha sido entregado.

A un ademán de la cabeza del embajador, Ruthe cogió su flauta y comenzó a tocar una melodía sin estructura. La *Si bemol* se alejó, deslizándose perezosamente por el espacio al compás de la canción de despedida de ella.

Deelor observó partir a la nave con los ojos semicerrados. Cuando Picard se removió en el asiento y abrió la boca para hablar, el embajador le hizo guardar silencio mediante un imperioso gesto de la mano.

—Escuche —susurró.

El capitán se levantó de su asiento y avanzó hasta el timón, pero dio sus órdenes en voz queda.

—Data, ponga rumbo a Nueva Oregón.

El androide utilizó una mano para entrar las coordenadas del curso, pero su otra mano continuó manipulando los datos de entrada de los sensores referentes a la nave choraii que se retiraba.

—Señor LaForge, prepárese para entrar en velocidad hiperespacial.

—Capitán, espere —dijo de pronto Data, y levantó los ojos de su terminal—. Mis lecturas de signos de vida no estaban equivocadas. Hay un débil pero inconfundible perfil de otro ser humano a bordo de la nave choraii.

El capitán Picard se paseaba por la cubierta de su sala de reuniones, describiendo círculos en torno a la mesa de conferencias y las tres personas que se encontraban sentadas ante ella. Se detuvo frente a Ruthe.

—Data siguió su recorrido por cada una de las esferas de la *Si bemol*. Usted sabía que a bordo había otro ser humano.

—Sí —admitió ella a la defensiva—, pero él no cuenta. Es demasiado viejo para traerlo de vuelta.

—¿Y quién es usted para formular ese juicio? —Picard desvió la mirada hacia Deelor, que se hallaba sentado junto a ella—. ¿O ha sido una decisión suya?

—Yo no sabía nada del asunto —replicó Deelor—. La política de la Federación es muy clara al respecto. Deben recuperarse todos los supervivientes de Hamlin.

—Yo hablé con Jasón —dijo Ruthe—. Le pregunté si quería venir conmigo y con el niño, pero la idea de dejar a los choraii le atemorizaba. Ha permanecido con ellos durante demasiado tiempo como para querer otra vida.

Picard se detuvo en medio de un paso y seguidamente ocupó un asiento ante la mesa.

—Por supuesto, tendría que haberme dado cuenta de ello..., es natural que cualquier cautivo se sienta confuso ante su liberación..., pero puede ayudarse a ese hombre a readaptarse a su entorno de origen. No podemos abandonarlo sólo porque tenga miedo.

Ruthe negó con la cabeza. Las palabras tranquilizadoras del capitán no la hicieron cambiar de opinión.

—Cuéntales lo que sucedió —le pidió la mujer a Deelor—. Haz que lo entiendan.

Deelor no le contestó. Miró fijamente el sobre de la mesa, como si estuviera buscando una respuesta en su brillante superficie. No encontró ninguna.

Ella se impacientó ansiosa ante el silencio de él.

—Por favor.

El embajador dio un respingo al oírla proferir esa palabra, que la mujer utilizaba en muy contadas ocasiones. Levantó la cabeza, pero sólo miró a Picard cuando habló.

—La política oficial de la Federación dicta que debemos recuperar a todos los supervivientes de Hamlin.

—¡No! —exclamó Ruthe. Su rostro, de habitual frío y carente de expresión, estaba animado por el resentimiento—. Es inútil. Él morirá. Les sucede a todos.

—¿Es eso cierto? —preguntó Picard.

Pero Deelor volvió a guardar silencio. La doctora Crusher respondió a la pregunta por él.

—De los cinco cautivos de Hamlin que se recuperaron a través del ferengi, los

tres adultos murieron antes o después. Sólo los dos niños vivieron.

—Ya veo —dijo Picard, arrastrando de manera inquietante las dos palabras. Se sentía perturbado tanto por esa información como por el hecho de que la doctora estuviese en posesión de la misma—. ¿Por qué no se me informó antes de esto?

—Lo lamento, pero yo recibí los informes pertinentes hace apenas unas horas...

Picard apartó a un lado la disculpa de ella con un gesto de la mano; sabía quién era el culpable. El dividir para vencer parecía ser una de las máximas favoritas de Deelor.

—Continúe, doctora.

—La causa exacta de la muerte fue diferente en cada caso, pero el estrés emocional fue reconocido como un factor determinante. Uno sufrió un ataque cardíaco fatal; el segundo murió de neumonía. —Crusher inspiró para luego proseguir—. El tercero se suicidó.

—Así pues, ¿cuál es su recomendación desde el punto de vista médico? —preguntó Picard al tiempo que se preguntaba si la decisión de acciones futuras sería suya. Deelor había abandonado todo intento de hacer valer su autoridad desde el anuncio de Data en el puente—. ¿Vivirá ese hombre si lo traemos de vuelta?

—No puedo predecir el resultado basándome en tres personas —protestó Crusher—. Es una muestra demasiado pequeña para sacar de ella conclusiones válidas. Por otra parte, no hay forma de juzgar qué efectos tuvo sobre su salud el lapso que estuvo con el ferengi.

—Ferengi o humano —dijo Ruthe—. ¿No se dan cuenta de que es todo lo mismo? Este lugar es demasiado diferente de la nave choraii. Déjenlo en paz.

—No podemos —replicó Deelor en voz baja—. La decisión ya ha sido tomada a más altos niveles. No tenemos otra elección que la de negociar por el otro cautivo.

—Yo no traduciré —declaró Ruthe con terquedad.

—Pero los choraii pueden hablar el idioma de la Federación. —La declaración de Picard sobresaltó tanto a Ruthe como a Deelor—. Ruthe le dijo a mi primer oficial que lo habían aprendido de los niños de Hamlin.

—Sí, es verdad —contestó Deelor, asintiendo con un renuente movimiento de cabeza—. No obstante, nuestra forma lingüística no tiende a facilitar las comunicaciones. La aspereza del sonido pone a los choraii a la defensiva.

—No tenemos más elección que intentarlo —dijo Picard, y Deelor no lo contradijo. El capitán apeló luego a Ruthe—. Estoy seguro de que se da cuenta de eso.

—No. Y no los ayudaré. —Tras esta última negativa, Ruthe salió corriendo de la sala.

El sonido no viaja por el vacío del espacio, pero el inconsciente colectivo de una

especie no se extingue con facilidad. Así que mientras la *Enterprise* seguía el rastro de la *Si bemol*, los miembros de la tripulación del puente asumieron la conducta de los predadores que acechan a su presa. Hablaban sólo cuando era necesario, y caminaban con silenciosos pasos sobre la cubierta enmoquetada. Incluso los motores estaban acallados, reducidos a velocidad de impulso. La navegación de la *Enterprise* se había acomodado al pausado desplazamiento de la nave choraii mientras ésta entonaba su particular canción. Data había establecido una correlación entre la navegación en espiral de la nave y las notas de su idioma, pero el significado de la configuración continuaba escapando a su entendimiento. Tal vez Ruthe podría haber descifrado lo que significaba, pero la intérprete no había regresado al puente.

—Informe de situación, número uno —exigió el capitán al tiempo que avanzaba hasta el centro de mando. Su voz adquirió un automático tono bajo por deferencia al ambiente quedo.

Riker le respondió con una moderación igual.

—La *Si bemol* avanza despaciosamente. Hemos puesto buen cuidado en mantenernos justo fuera del radio de alcance de los sensores a fin de que no detecten nuestra presencia.

—Ruthe se niega a prestarnos su ayuda para llamarlos de vuelta —dijo Picard, sin dar más explicaciones sobre esa negativa—. Tendremos que enviarles nosotros mismos una señal.

—Eso requerirá un pequeño truco... y creo que Data podría tener justo lo que necesitamos. —Riker miró al androide que le hizo un gesto de asentimiento a modo de respuesta—. Ruthe tocó una versión de la salutación para mí en una sala de descanso, y Data se las arregló para grabarla en el vocoder del embajador. Puesto que los choraii nunca han oído antes esta canción en particular, podrían pensar que la está tocando ella en persona.

—Excelente —dijo Picard.

Data se apartó de la terminal de observación para entregarle el vocoder a la teniente Yar y darle instrucciones sobre su manejo.

—La salutación está a punto para comenzar. Empiece a transmitir en cuanto nos encontremos dentro del alcance del contacto por radio.

—Es usted un hombre muy persuasivo, señor Riker —observó Deelor mientras tomaba asiento junto al primer oficial—. ¿Engatusa a todas las mujeres con su encanto? ¿O sólo las que son confiadas como Ruthe?

Las mandíbulas de Riker se tensaron pero él no contestó.

—Acérquese a la *Si bemol*, LaForge —ordenó Picard—. Mantenga energía de impulso, pero prepárese para pasar a velocidad hiperespacial cuando se lo ordene.

—Hemos llegado a distancia de llamada. La salutación de Ruthe está siendo transmitida —anunció la teniente Yar.

La *Si bemol* respondió a los compases de la flauta trazando un recorrido irregular de regreso a la *Enterprise*. El racimo de burbujas se hizo más grande en la pantalla. Al igual que antes, las voces choraii respondieron con su propia melodía, y guardaron silencio a la espera de que Ruthe explicara por qué habían vuelto a llamarlos.

—Embajador —dijo Picard—. ¿Les hablará usted a los choraii o lo hago yo?

Deelor despertó de la contemplación fija de la pantalla. Sus anteriores modales desenvueltos se habían hecho más pausados.

—Yo hablaré con ellos.

La animación regresó a sus facciones. El embajador se puso en pie, realizó una inspiración profunda, y respondió a los choraii con la nota mantenida que denominaba a la *Si bemol*. Su voz de tenor era asombrosamente buena, pensó Picard.

—¿Quién es usted? —articuló una modulada voz choraii, filtrada por el entorno líquido de la nave alienígena. Sus palabras continuaban subiendo y bajando según las exigencias de una cadencia musical y el efecto que eso tenía sobre los oídos humanos era como la obsesionante llamada de una sirena.

—Yo soy Deelor —contestó el embajador, esforzándose por limar las asperezas del habla.

—¿Dónde está la otra? ¿Por qué no canta ella para nosotros?

—Está cansada y necesita reposar. Mi habla no es tan placentera como las canciones de ella, pero ¿me escucharán?

Una segunda voz choraii reemplazó a la primera.

—¿Qué quiere?

—La negociación nos ha satisfecho —explicó Deelor—. Queremos negociar otra vez y proporcionarles más plomo.

—Pero nosotros no podemos pagarlo.

—Sí que pueden... —Deelor titubeó por un instante, y luego se recobró—. Pueden pagarnos con otro humano.

Una barahúnda de notas resonó por la línea de emisión. Los cuatro choraii se unieron en una confusión de sonidos hasta que uno de ellos recobró el dominio.

—No hay negociación.

Picard reconoció la voz del cuarto cantante, el que se había opuesto a los términos del intercambio del primer cautivo. Deelor adoptó el tono engatusador de un comerciante.

—Les ofrecemos cualquier metal de valor para ustedes.

—Jasón fue un regalo. No está a la venta.

—El niño tenía un precio —insistió Deelor.

—Porque todavía no se le había dado un nombre. Jasón es diferente; nos gusta demasiado para renunciar a él.

—Si le tienen cariño a Jasón, nos lo devolverán a nosotros. Él debe estar con su

propio pueblo.

—¡Márchense, seres salvajes! —Deelor intentó contestarle, pero el choraii ahogó sus palabras—. Sus notas son feas. No cantaremos más con ustedes.

—Han cortado la comunicación —dijo la teniente Yar.

—Se alejan a factor hiperespacial uno —agregó Data.

El embajador miró a Picard para ver cuál era su reacción.

—Si intentamos detenerlos, su nave correrá peligro.

El capitán asintió con gravedad.

—Sí, ya lo sé, pero tenemos algunos trucos nuevos para tratar con los choraii.

—En ese caso, haga lo que pueda —respondió Deelor, dejándole a Picard el mando de la nave como había prometido—. Yo no interferiré.

A una orden de Picard, la *Enterprise* se lanzó en persecución de la nave que se alejaba. Los choraii, que no estaban preparados para la aceleración de sus enemigos, le imprimieron a su nave una velocidad mayor, pero no fue suficiente para escapar de los cuatro rayos que se sujetaron a las cuatro burbujas del racimo.

—Rayos tractores fijados —anunció el teniente Worf.

La nave choraii se estremeció. Se formó una pequeña abertura en el centro del racimo, y luego se agrandó hasta convertirse en un gran agujero, creando un anillo. El anillo se agrandó, afinando sus lados hasta que la línea del círculo tuvo sólo una esfera de grueso. Los cuatro rayos tractores giraron junto con las esferas que se desplazaban, adheridos con firmeza a sus objetivos. El anillo volvió a cambiar velozmente su estructura. Dos esferas se separaron del conjunto una de la otra y luego se independizaron la una de la otra, éstas se convirtieron en los extremos de la hilera que se conformó, hilera que había sobrecargado a la anterior fijación tractora.

—Como estaba previsto, no hay incremento en el consumo de energía.

La hipótesis de Worf era ahora un hecho.

Picard, haciendo un gesto, le indicó a Yar que abriera una frecuencia de llamada a la nave alienígena.

—Éste es el capitán Jean-Luc Picard. Repetimos la anterior solicitud. Dejen que traigamos a Jasón a bordo de la *Enterprise*.

Las burbujas se reagruparon y separaron, configurando a toda velocidad una serie de formas geométricas, pero ninguna de las variaciones consiguió liberarse de la fijación energética ideada por Worf. Como último recurso, una sola burbuja se separó. Flotó sin rumbo fijo, arrastrando consigo el rayo. En cuestión de segundos, Worf llevó al desviado rayo y con él, a la burbuja, de vuelta al racimo principal. La maniobra no fue repetida.

Las burbujas se juntaron en una masa informe. La teniente Yar trató de establecer contacto por radio, pero la *Si bemol* estaba en silencio además de inmóvil.

—No ceden con facilidad —comentó Riker—. Intentarán alguna otra cosa, tal vez

la matriz energética.

Picard sacudió la cabeza.

—Nuestros disparos físicos los habrán disuadido del uso de esa táctica. Recuerde que ya han perdido cuatro esferas, una pérdida que reduce el potencial de la nave.

—Y el respeto de los demás —agregó Deelor—. Evidentemente, cada nave comienza como un grupo de tres o cuatro burbujas, pero a medida que madura su tripulación van agregándose más burbujas. Son generadas y desarrolladas por ellos, hasta donde hemos podido determinar. Una nave grande impone respeto en virtud de su edad, deducible por su número de esferas.

—¿Y qué haremos a continuación? —preguntó Riker—. ¿Cómo...?

La cubierta del puente se sacudió con violencia, haciendo balancearse a los tripulantes de un lado a otro. Las sirenas de alerta amarilla despertaron a la vida, y Picard captó de inmediato el gemido de los motores de la nave que iba en aumento. Indicios de sobrecarga se extendieron como un incendio por la consola de Worf.

—¡Informen todas las secciones! —gritó Picard, mientras se aferraba a los posabrazos del asiento para mantenerse en el sitio—. ¿Qué está sucediendo?

Geordi LaForge fue el primero en determinar la causa.

—La *Si bemol* está intentando soltarse del rayo tractor con sus motores hiperespaciales.

—Data, ¿durante cuánto tiempo podemos retenerles? —preguntó Picard, temblando en su asiento a causa del esfuerzo de los motores para mantener la posición de la nave. El estruendo le ensordecía.

—Desconocido. Dependerá de la velocidad máxima de ellos, e ignoramos cuál es.

—Hiperespacial factor nueve coma nueve —dijo Deelor, y luego sonrió de torcido—. Por cierto, ésa es información de alto secreto.

Data inclinó la cabeza para examinar el resultado de los cálculos.

—En ese caso, nuestras reservas de energía quedarán agotadas en aproximadamente catorce coma seis minutos.

Picard se puso de pie, preparándose para los movimientos de balanceo de la cubierta.

—Yar, prepárese para disparar contra los choraii.

—Energía física al cuarenta por ciento de su capacidad, capitán —respondió la teniente.

—Si desviamos energía a los rayos físicos —dijo Data tras un veloz cálculo de sus cifras—, agotaremos nuestras reservas energéticas en cinco coma dos minutos.

—¡Capitán, mire!

Riker señalaba hacia la pantalla. Una esfera violeta había aparecido entre las burbujas anaranjadas de la nave choraii.

—Maldición —soltó Picard—. Van a atacarnos con todo lo que tienen.

Riker se volvió a mirar al capitán, expectante.

—¿Y ahora, qué, señor?

—Worf, mantenga los rayos tractores.

Al mismo tiempo que daba la orden, la mente de Picard examinaba las opciones restantes. Podía intentarlo con el neutralizador de campo energético de Data, pero la sonda no había sido puesta a prueba. Si la táctica fallaba, la nave podría ser destruida.

Picard respiró profundamente y transmitió una segunda orden a través de su insignia-comunicador.

—A todo el personal. Prepárense para una aceleración repentina. Ingeniería, corte suministro energético...

De forma sorpresiva, se produjo un tremendo salto hacia delante al salir disparada la nave choraii, arrastrando tras de sí la nave estelar que no ofrecía resistencia. Los amortiguadores de inercia absorbieron parte de la convulsión, pero no pudieron evitar una severa sacudida. Picard fue arrojado de vuelta sobre su asiento con una fuerza que lo dejó sin aliento. En la pantalla, las estrellas se transformaron en listas de luz.

—Factor dos —dijo Data. Se había agarrado a los bordes del teclado temporal de observación que ahora mostraban las impresiones de sus manos—. Factor cinco.

Picard intentó hablar otra vez, y consiguió emitir un susurro áspero.

—Informe de daños.

—Sólo desperfectos menores —contestó Riker una vez que la información llegó al puente—. Todos los sistemas esenciales operan con absoluta normalidad.

—Factor nueve —anunció Data.

Yar fue la siguiente en informar.

—Capitán, los niveles de energía de las armas han vuelto a su plena capacidad.

—Enfermería a puente —dijo la enfurecida voz de la doctora Crusher resonando en el puente—. ¿Qué demonios ha sido todo eso? Una advertencia de dos segundos de antelación no es la idea que tengo yo de un margen adecuado de tiempo. Estoy recibiendo informes de heridos de todas las cubiertas.

—Ahora no, doctora Crusher.

Picard había recuperado el habla. Cerró con una decidida pulsación la conexión. Los informes de accidentes tendrían que esperar hasta más tarde.

—Teniente Yar, fije el disparo de rayos fásicos estrechos en la periferia del racimo, pero no lo dirija a ninguna esfera con lecturas de formas de vida.

—Factor hiperespacial nueve coma siete —advirtió Data.

Yar seleccionó al azar una esfera no habitada.

—Rayos fásicos preparados.

—¡Fuego! —gritó Picard.

Al igual que en la ocasión anterior, el objetivo estalló en cuanto lo alcanzó el rayo y la atmósfera de la destrozada burbuja se desparramó, proyectando violentos

borbotones en el espacio. Picard contuvo la respiración, aguardando la reacción del enemigo.

Al principio no hubo cambios. Luego la cubierta se tambaleó.

—Los choraii han reducido la velocidad a factor ocho —dijo Data—. Factor seis.

—Han cedido —comentó Riker con una sonrisa de admiración—. Sabía que usted podía superarlos en ingenio.

Picard le devolvió la sonrisa y procuró ocultar su propio alivio ante el resultado de la lucha. La cuenta de Data continuaba siendo descendente, curiosamente coincidía su ritmo con el del pulso de Picard.

—¡Seres salvajes, basta! —fue el mensaje que les llegó de la *Si bemol* cuando ésta hubo reducido la velocidad hasta detenerse—. Llévense a Jasón, detengan el fuego.

—De acuerdo —respondió el embajador antes de que Picard pudiera hablar. Concluido el ataque, Deelor volvía a tener el control de la misión. Se volvió hacia la popa—. Teniente Yar, prepárese para transportarse a la nave choraii.

—¿Sola? —inquirió Yar. Los ojos de la mujer se abrieron de par en par.

—Yo no tengo ninguna intención de ir en persona, teniente. —Deelor miró con inquietud hacia la pantalla—. Los choraii mantienen una vigilancia muy estrecha durante una negociación, y yo puedo observar mejor sus acciones desde el puente.

Riker saltó rápidamente en defensa de la teniente.

—Solicito permiso para acompañar...

—Denegado, comandante —replicó Deelor de forma terminante—. Esto no es una invasión. Y si Ruthe puede manejar ella sola estas transacciones, estoy seguro de que la teniente Yar también puede arreglárselas.

La jefa de seguridad reaccionó exactamente como Picard sabía que lo haría. Y como también Deelor tenía que haber previsto.

—Iré, señor. Si hubiera algún problema, podría solicitar apoyo con una señal.

El capitán decidió cubrir a Yar de la única forma que le restaba.

—Riker, Data. Acompañen a la teniente a la sala del transportador.

Mientras la cabina del turboascensor descendía, Data le describió en detalle la curiosa composición del medio ambiente de la nave choraii. Yar escuchó con calma el detallado y frío análisis que no se ocupaba en absoluto de su terror a la inmersión. Su esfuerzo por mantener la serenidad fue sometido a una prueba mucho más dura cuando llegaron a la sala del transportador; la doctora Crusher estaba aguardándola allí, y su consejo se centró en el mismo vértice del remolino de temores de Yar.

—Inspire sin cuidado, no se retenga. Expulse de los pulmones todo el aire que pueda, y luego inhale.

—La transportaré a unas cuantas esferas de distancia del punto en que se encuentra Jasón —dijo Data al tiempo que se hacía cargo de los controles del

transportador—. Eso le dará tiempo para adaptarse al medio ambiente.

—En ese caso, vamos allá —concluyó Yar, subiendo con determinación a la plataforma. No quería tener tiempo para meditar sobre lo que la esperaba.

Yar se materializó en el calmo mar de la atmósfera choraii. A pesar de las instrucciones de Crusher, contuvo de inmediato la respiración. Su instinto se oponía a que exhalara el aire que tenía en los pulmones.

Desplazándose con alados movimientos, trató de orientarse en el entorno alienígena. Se encontraba suspendida dentro de una esfera de unos diez metros de diámetro. La música rumoreaba en torno a ella, y un resplandor rojizo irradiado desde las paredes curvas se filtraba a través del transparente líquido. No podía ver ninguna abertura.

Yar sabía que podía contener la respiración durante varios minutos más, posiblemente durante el tiempo suficiente para hallar el camino hasta la esfera siguiente e incluso encontrar al cautivo y llevarlo a las coordenadas de transporte. Si todo salía bien. En caso contrario, tendría que acabar respirando. Sería mejor hacerlo ahora, antes de que su miedo fuera mayor como para vencerlo. Expulsó con rapidez un rosario de burbujas de aire, y luego inhaló. Su mente fue enturbiada por un súbito pánico al llenársele los pulmones de un líquido tibio un tanto espeso; pero contrariamente a todas sus expectativas, no se sofocó. Hizo otra profunda inspiración. El fluido entraba y salía por la nariz, más perceptible que el aire pero igual de respirable. Le dejaba un aroma de canela.

Unas brazadas a lo mariposa la llevaron hasta un pequeño círculo plano que marcaba la intersección de dos esferas. La membrana opaca era suave y fresca al tacto. Yar presionó la palma de una mano contra ella y sintió que la superficie cedía un poco. Empujó más, pero no pudo atravesarla. Al recordar el ataque ordenado por Riker con un rayo estrecho contra el exterior de las esferas, volvió a intentarlo con los dedos y las palmas unidas como si fuera a zambullirse, y esta vez sus manos atravesaron fácilmente la membrana. Una vigorosa patada hizo que su cuerpo entero se deslizara hasta el compartimiento siguiente. Se encontraba vacío, pero el que había después de éste no lo estaba.

En él había un hombre flotando, los ojos cerrados, escuchando la arrullante canción de los choraii que resonaba por la cámara. La entrada de Yar agitó el fluido del interior, y una corriente que rozó la piel desnuda de Jasón lo alertó de la presencia de ella. Yar esperaba que huyera al ver a una extraña, pero en cambio él nadó en su dirección, curioso y confiado. Resultaba difícil determinar la edad que tenía. Era rollizo, con el rostro suave y sin arrugas de un niño, pero tenía hebras plateadas en sus cabellos castaños. Cuando llegó a su lado, ella envió una señal a la *Enterprise*.

El cálido abrazo del líquido cedió paso a la ahora áspera sensación cortante del aire y al estorbo del peso de su cuerpo devuelto a la gravedad. No estaba preparada

para la brusquedad de la transición. Un violento fulgor de luz blanca la cegó.

Yar intentó respirar. Se desplomó de rodillas sobre la plataforma del transportador, tosiendo de forma convulsiva al mezclarse fluido y aire en sus pulmones. Los agudos espasmos le bloqueaban la garganta. Segundos después se desmayó.

La llamada de la doctora Crusher alertó al departamento médico de la presencia de enfermos de urgencia en la plataforma del transportador. Siguiendo las apresuradas instrucciones de ella, el equipo de auxiliares sanitarios y enfermeras se preparó para los nuevos pacientes.

Data fue el primero en llegar a la enfermería. Atravesó corriendo las puertas portando el cuerpo inconsciente de Tasha Yar. La teniente había caído directamente en sus brazos desde la plataforma del transportador, y en lugar de esperar una camilla la había trasladado él mismo.

—Por aquí —le indicó un auxiliar sanitario, al tiempo que señalaba el escáner.

Data depositó allí a la mujer. Tenía el uniforme completamente empapado; sus cabellos estaban pegados a la cabeza.

—¿Un accidente en la piscina? —inquirió una enfermera, pero estaba demasiado ocupada en comprobar las lecturas del diagnóstico como para darse cuenta de que Data no respondía—. Las lecturas están acercándose a los niveles. Ya no tiene ni rastro de agua en los pulmones.

—Tathwell, quiero un análisis químico del líquido —dijo Crusher entre jadeos al acercarse por detrás de ellos.

Podía oler el persistente aroma a canela de la piel y las ropas de Yar. Cuando Ruthe y el niño regresaron a la *Enterprise*, la atmósfera choraii había sido inodora.

Riker entró en la enfermería y entregó el cuerpo del hasta hace un momento cautivo a los miembros del personal sanitario. Había rechazado el ofrecimiento de Data de transportar tanto a Yar como a Jasón... Y ahora el esfuerzo de seguirle el paso al androide había dejado al oficial sin aliento.

—Si le falta aire, vaya a otro lugar —dijo Crusher al tiempo que empujaba a Riker a un lado a fin de poder leer los resultados de la exploración de Jasón—. No puedo estar por más gente.

Jadeando demasiado como para contestar, Riker dejó que fuese Data quien se interesara sobre el estado de Yar y Jasón.

—Estable —contestó la doctora.

Al igual que el niño cautivo, Jasón se había debatido, confuso, en cuanto fue transportado a bordo, y el único recurso que le quedó a Crusher fue el de sedarlo. Para cuando la doctora pudo volver su atención hacia Yar, la teniente ya se había desmayado.

—El capitán esperará que pueda pronosticar cuándo se recuperará.

El pecho de Riker aún inspiraba y expiraba de forma acentuada a causa de la fatiga de trasladar en brazos a Jasón, pero finalmente pudo hablar.

—Más tarde —contestó Crusher con brusquedad—. Después de que haya tenido

oportunidad de examinarlos con mayor detalle.

Estaba demasiado preocupada por sus dos pacientes como para dedicarle más atención a Riker, y se olvidó de él, así como de Data en cuanto salieron de la enfermería.

—¡Doctora Crusher! —La enfermera Tathwell repitió en voz alta los cambiantes signos vitales que anunciaban que Yar estaba a punto de recobrar el conocimiento. La teniente despertó con un jadeo estrangulado, como si luchara por respirar.

—¡Tasha! —gritó Crusher al tiempo que sujetaba a la mujer por los hombros—. Está de vuelta en la *Enterprise*.

La doctora no aflojó la presa hasta que Yar dejó de forcejear y su mirada cesó de estar perdida, pero la doctora advirtió que aún tenía las pupilas dilatadas.

—Tengo que haber estado soñando. —La voz de Yar temblaba al hablar—. Pensé que estaba ahogándome.

—Simplemente no está habituada a respirar una atmósfera líquida —repuso Crusher con una sonrisa tranquilizadora mientras le apartaba a Yar un mechón empapado de la frente.

Yar continuaba respirando convulsivamente, pero los indicadores del panel de diagnóstico se habían estabilizado. Su estado físico era bueno; su recuperación emocional llevaría más tiempo.

—¿Cómo está él? —preguntó la teniente haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Jasón, que yacía boca abajo en una camilla cercana—. ¿Se encuentra bien?

—Estará inconsciente hasta que se le pasen los efectos del sedante.

Crusher hizo un gesto a dos enfermeras para indicarles que se llevaran a Jasón a otra sala y así continuar con su observación, y luego volvió a girarse al oír el chasquido de una sujeción metálica que se soltaba. Yar había apartado el brazo articulado del escáner y ya estaba con los pies en el suelo.

—¿Adónde piensa que va a ir?

—Ya me encuentro bien, doctora —dijo Yar, aunque al mismo tiempo se sujetaba al borde de la plataforma metálica para mantener el equilibrio—. Debería estar en mi puesto.

Crusher vio que la palidez de la mujer cedía paso a un rubor provocado por su pérdida de conocimiento. Yar se sentiría aún más mortificada si supiera que Data la había llevado hasta la enfermería.

—Ha sido usted relevada de sus obligaciones, teniente. Quiero que permanezca bajo observación médica durante veinticuatro horas.

—Pero si estuve inconsciente durante apenas unos minutos.

La doctora conocía el testarudo temperamento de Yar y no perdió el tiempo en intentar persuadirla.

—Tasha, si no vuelve a acostarse, la haré sedar.

La frase era a todas luces una amenaza, y consiguió el efecto deseado. La doctora no tenía ninguna intención de dejar marchar a la oficial hasta que hubiese sido excluida cualquier posible reacción negativa a su exposición al medio ambiente choraii, y se hubiera hallado una explicación para el aroma especiado.

—¿La teniente Yar se desmayó?

—Parecía tener dificultades para respirar, señor.

Puede que la primera intención de Data fuera la de tranquilizar al capitán comunicándole que el rescate había concluido con éxito, pero su gráfica descripción de la escena de la sala del transportador sólo había aumentado la alarma de Picard.

El embajador Deelor, sin embargo, parecía satisfecho al saber que la teniente y el cautivo se encontraban en la enfermería.

—Teniente Worf, abra un canal de comunicación con la *Si bemol* —ordenó, y tamborileó, impaciente, con los dedos, cuando el klingon miró a Picard en busca de la confirmación de la orden.

—¡Ladrones! —Los choraii eran uno solo en su acusación—. Esto no ha sido un intercambio.

—Bueno, vamos a ver si podemos restablecer unas relaciones fluidas —susurró Deelor a Picard. Alzó la voz para responder a la acusación choraii—. El plomo ofrecido sigue siendo suyo. Ofrecemos un pago por lo que nos hemos llevado.

—¡Guárdense su metal, sólo déjenos marchar!

Picard oyó la discordancia de sus voces y advirtió la futilidad del intento del embajador.

—Si retenemos su nave durante más tiempo, los choraii podrían atacarnos.

—Muy bien —respondió Deelor tras una corta pausa—. Déjenlos en libertad.

Un impasible teniente Worf cortó la energía de los rayos tractores. En cuanto los cuatro se retrajeron, la *Si bemol* se alejó a toda velocidad. La totalidad de la tripulación observó fascinada mientras el racimo de burbujas se encogía hasta el tamaño de una cabeza de alfiler en la pantalla, y luego desaparecía.

—Están saliendo del radio de los sensores de largo alcance —anunció Worf—. Ya no son detectables.

De una forma tan repentina como había comenzado, el enfrentamiento con los choraii acabó. La *Enterprise* había ganado. El capitán Picard reflexionó brevemente sobre el triunfo de su nave, y luego tornó a las exigencias del presente. Miró al embajador.

—Ahora no soy más que un pasajero —dijo Deelor, adivinando la pregunta que el capitán tenía en mente—. Puede usted desembarcarme en la Base Estelar Diez, junto con Ruthe y los supervivientes de Hamlin.

—Eso tendrá que esperar hasta que hayamos llevado a los granjeros a su hogar —replicó Picard—. Nuestros pasajeros ya han sufrido bastantes contratiempos hasta el momento. —Esperaba una protesta, pero Deelor se limitó a encogerse de hombros. El hombre tenía una extraordinaria habilidad para saber en qué temas el capitán cedería y cuáles no merecía la pena discutir con él—. Timón, ponga rumbo a Nueva Oregón. Factor hiperespacial cuatro.

Data se había anticipado a la orden y ya tenía preparadas las coordenadas necesarias.

—Curso entrado, señor.

Picard se sentó en su sillón de mando. Unos días sin incidentes serían bienvenidos después de los azarosos sucesos recientes.

—Adelante.

Geordi puso rumbo a Nueva Oregón, y luego comprobó los controles de su panel.

—Data, esto no puede ser correcto. —El piloto se volvió en redondo para hablarle al capitán—. Tiempo estimado de llegada a Nueva Oregón, dentro de treinta y seis días.

—¿Qué? —El capitán se levantó de su asiento de un salto—. Señor Data, explique.

—Más precisamente, treinta y seis días, cinco horas y doce minutos. —Data estaba asombrado por la agitación de sus compañeros de tripulación—. La nave choraii nos arrastró fuera de nuestro curso cuando la teníamos atrapada en los rayos tractores.

—Sí, pero ¿más de un mes? —protestó el capitán—. El lugar original de la cita estaba a sólo un día y medio de distancia de Nueva Oregón.

—La *Si bemol* alcanzó un máximo de velocidad de factor nueve coma nueve durante varios segundos —dijo Data—. Puedo enseñarle la exacta relación distancia/velocidad de...

—No será necesario, señor Data —lo interrumpió el capitán. Suspiró ante la idea de una prolongada estancia del embajador Deelor, la gente con él asociada y los más de cien conflictivos granjeros—. Señor LaForge, aumente la velocidad a factor seis.

Data, diligente, calculó el tiempo del viaje.

—Doce días, diez horas...

—Comprendido —dijo Picard interrumpiendo a Data.

El humor del capitán no mejoró de forma apreciable como consecuencia del ahorro de tiempo; de todos modos los colonos exigirían una explicación por la demora. Riker podría proporcionársela, decidió Picard. Uno de los privilegios del mando era la posibilidad de delegar ciertas tareas desagradables.

Ninguno de los granjeros había resultado herido cuando la *Enterprise* fue

arrastrada de improviso por la nave choraii. Tentados por los rumores que empezaron a correr, todos los miembros de la comunidad se habían apretujado dentro del simulador para ver con sus propios ojos la maravilla simulada. La mayoría de los colonos estaban aún explorando los prados cuando fueron arrojados sobre la hierba primaveral por la repentina sacudida.

Algunos de los más intrépidos habían llegado al grupo de construcciones de madera, pero los suelos de los graneros estaban cubiertos por gruesas capas de heno seco que amortiguaron su caída. De todos ellos, Tomás fue el más desafortunado. Fue golpeado en el temporal por la hoja superior de una puerta partida al balancearse aquélla, cosa que le hizo perder brevemente el conocimiento.

—Tomás, mi hijo, mi pobre hijo —chillaba Dolora inclinada sobre el corpulento cuerpo tendido en tierra. Miró con ansiedad a la mujer que le estaba tomando el pulso al hombre. Un amplio círculo de granjeros que se había reunido en tomo a ellos, miraba a Tomás y aguardaba el pronunciamiento de Charla.

—Ni siquiera puedo encontrarle un chichón —dijo Charla ahogando una carcajada.

Los ojos del hombre se abrieron con un parpadeo y se fijaron en el rostro de su madre. Profirió un gemido.

—¡Ay, no te muevas! —gritó Dolora cuando él se sentó. Le tiró de los brazos, intentando evitar que se levantara, pero Tomás se puso en pie trabajosamente—. Te pondrás peor, hijo.

—Por favor, madre —contestó él, los labios apenas entreabiertos. Trató de apartar la mirada de los otros granjeros, pero los concurrentes formaban un círculo completo en tomo a él—. No soy un niño.

—No, afortunadamente. Eres un hombretón con la cabeza muy dura —comentó Patrisha. Tomás hizo caso omiso del sarcasmo; se sacudió las briznas de hierba de la ropa y se metió el faldón de la camisa dentro del pantalón. Uno a uno, los hombres y mujeres se alejaron. Cuando Tomás volvió a levantar la mirada, captó de inmediato la presencia de Dnnys y Wesley.

—Terremotos, ¡qué detalle tan encantador! —dijo con voz gangosa, imitando el anterior elogio de su hermana—. ¿A quién se le ha ocurrido eso?

—No está en el programa —protestó Wesley, y luego agregó en tono débil—: Pero tal vez he cometido una pequeña equivocación en alguna parte.

Sospechaba cuál era la verdadera causa del movimiento, pero prefirió cargar con la culpa antes que atraer la atención hacia otra de las maniobras de combate de la nave estelar. Un error de programación tenía menos probabilidades de suscitar la cólera de los granjeros.

—¿Y qué otras sorpresas nos tiene reservadas, alférez Crusher? —Tomas estaba comenzando a atraer la atención de los desconcertados colonos—. ¿Incendios?

¿Tornados? ¿Quizás una inundación de proporciones bíblicas?

—¡Tomás! —le gritó su madre—. Estás yendo demasiado lejos.

El hijo de Dolora se sonrojó.

—Lo siento, madre. Será por el golpe que me he dado en la cabeza. —Salió del granero mientras se disculpaba.

Aprovechando la distracción, Wesley y Dnnys se escabulleron subiendo por una escalera hasta lo alto de un henil. Desde esa altura, las preocupaciones de los adultos parecían igual de desconcertantes pero de una importancia mucho menor.

—¿A qué venía eso? —preguntó Wesley—. ¿Por qué estaba disculpándose?

Dnnys musitó una respuesta ininteligible mientras trepaban con dificultad por las balas de heno. El polvo que levantaban sus botas les cosquilleaba la nariz y los hacía estornudar. Llegaron a las puertas de la zona superior y las abrieron, respirando grandes bocanadas del aire del exterior.

—Vamos, cuéntamelo —volvió a pedir Wesley después de que ambos se hubieran sentado con las piernas colgando en el borde. El sol del crepúsculo proyectaba largas sombras sobre el corral que había debajo.

—Nosotros no hablamos de esas cosas.

—¿Qué cosas?

Para sorpresa de Wesley, su amigo se puso rojo como un tomate. Dnnys respiró profundamente y luego susurró la respuesta.

—Ya sabes, religión.

—Ah.

Wesley puso buen cuidado en no manifestar ningún signo de que esto le resultaba gracioso. Su contacto con una amplia variedad de culturas le había enseñado a respetar un número igualmente amplio de tabúes, y esta prohibición no era más extraña que otras. Cambió de conversación para ahorrarle a su amigo más embarazo.

—¿Cuándo comienza la decantación?

Dnnys se metió una paja en la boca y se reclinó sobre los codos.

—Mañana por la mañana —dijo con acento sombrío, como si pronunciara una sentencia de muerte.

Wesley lo entendía. Una vez que los animales hubiesen sido llevados al simulador, Dnnys perdería su excusa para trabajar en la bodega de carga. Lo cual también significaba perder la excusa para vagar en libertad por la *Enterprise*.

—Oye, si hay algo que yo pueda hacer...

—Lo hay —respondió Dnnys—. Tengo un favor que pedirte. Un favor grande.

Wesley esperó una explicación, pero Dnnys parecía renuente a continuar.

—¿De qué se trata, Dnnys? Tú sabes que te ayudaré.

—Tengo un plan. —El muchacho se enjugó unas gotas de sudor de la frente—. Pero tiene que ser un secreto.

Wesley escuchó atentamente la explicación de su amigo.
Y mientras escuchaba, su entrecejo comenzó a fruncirse.

La cámara de aislamiento había sido inteligentemente diseñada para cumplir, entre otros, un doble propósito. Si el paciente era contagioso, la cámara se cerraba al vacío, mediante un escudo y mantenía el agente infeccioso en el interior. En el caso de un enfermo con un sistema inmunológico deficiente o alterado, el mismo sistema de sellado evitaba que los virus y las bacterias entrasen. Las luces rojas de baja intensidad eran calmantes para los ojos debilitados por la fiebre y la fatiga, mientras que el especial acolchado y la baja gravedad se adaptaban perfectamente a los pacientes con quemaduras.

Era lo más parecido al medio ambiente de la nave choraii que la doctora Crusher podía preparar con poco tiempo.

Un escáner examinaba constantemente al paciente allí tendido. Ahora controlaba el efecto de la última inyección sedante; pero el aparato no podía decirle lo que ella de verdad quería saber. Estudió la figura dormida del hombre conocido como Jasón, buscando una respuesta para las inquietantes preguntas suscitadas por las muertes de los otros cautivos adultos. Aún tenía lastimada la piel en codos y rodillas. Se había desplomado en cuanto se desvaneció el rayo del transportador y su cuerpo perdió el sostén de la atmósfera líquida de la nave choraii en la que se desplazaba suspendido. Aquí, el rostro de él estaba distendido, en reposo, pero la mente de la doctora sobrepuso una imagen de la sala del transportador: cuando lo miró a los ojos y vio un terror cerval.

Jasón se había precipitado sin previa aclimatación a un mundo radicalmente diferente, y sus gritos se vieron estrangulados por la entrada del leve aire en sus pulmones. Si él era uno de los niños de Hamlin originales, su lejana infancia no había facilitado la transición. Incluso Tasha, que sólo había estado allí durante unos minutos, estaba desorientada al regresar a la nave.

¿Habría llegado demasiado tarde el rescate para este hombre? ¿Moriría al igual que los otros?

La doctora Crusher posó una mano sobre el escudo. El contacto lo hizo obscurecerse, garantizando la intimidad de Jasón dentro de la cámara. Permanecería inconsciente durante unas horas más, pero ella salió silenciosamente de la sala como si temiera despertarlo.

En la sala contigua, la otra unidad de aislamiento también contenía un cuerpo dormido; pero el profundo sueño del niño no era provocado. Su piel color caramelo y sus rizados cabellos negros contrastaban con la palidez de Jasón.

—Tanto llorar le cansó —dijo Troi, que se encargaba de su vigilancia. Siguió la penetrante mirada que la doctora Crusher le dirigió al indicador del nivel de azúcar en

la sangre—. Estaba demasiado alterado para comer; ya tendrá hambre cuando despierte. Estoy segura de que más tarde podré tentarlo con alguna comida.

Crusher asintió inconscientemente, y luego sacudió la cabeza.

—No va a ser tan sencillo, Deanna. —Un breve repaso de los historiales clínicos de Hamlin se lo había hecho ver con claridad—. Ha sido criado en un medio ambiente líquido. Será necesaria una rehabilitación completa para enseñarle cómo funcionar en nuestro mundo.

—Lo cual significa que necesitará una supervisión constante —agregó Troi—. Así que, ¿cómo vamos a explicarle la presencia del niño a su departamento y mantener el secreto de la misión?

—Buena pregunta. —Sólo algunas personas habían visto a Crusher cuando introdujo al niño a hurtadillas en la cámara de aislamiento, y Troi se había responsabilizado directamente de su cuidado cuando llamaron a la doctora, pero su presencia no podría ocultarse durante mucho tiempo más. La aparición no anunciada de un niño de dos años, un desconocido no registrado, suscitaría un montón de preguntas—. Y ya que estamos en ello, ¿cómo vamos a explicar la presencia de Jasón?

—Supervivientes del naufragio de una nave espacial —sugirió Troi—. No es muy original, pero no está demasiado lejos de la verdad.

—Es bastante creíble, supongo —aventuró la doctora y suspiró—. Aunque será mejor que nos aseguremos de que el resto de la tripulación del puente dé la misma versión de la historia. Nada atraería la atención con mayor celeridad que explicaciones contradictorias. —Avanzó hacia la puerta de la sala—. Pasaré por aquí más tarde y comentaremos qué hacer cuando se despierte.

—Beverly —la llamó Troi cuando la mujer llegó al umbral—. No podemos continuar llamándole «el niño» ni «la criatura». Necesita tener un nombre.

—¿Qué le parece Moisés? —sugirió Crusher, y salió por la puerta para continuar con sus visitas.

Mientras avanzaba a largos pasos por el corredor, la doctora en jefe apartó su atención de los cautivos de Hamlin y la concentró en el próximo grupo de pacientes. La enfermería estaba casi llena, y aquel incremento de casos significaba que iba a estar trabajando toda la noche.

El anuncio de advertencia hecho por el capitán Picard antes de que la *Enterprise* fuera arrastrada fuera de su curso por la nave choraii, dejó poco margen de tiempo, demasiado poco para preparar a la totalidad del millar de personas a bordo para la sacudida. Algunas personas no llegaron a oír la alerta y fueron arrojadas contra cubiertas y paredes. Otros fueron un poco lentos en reaccionar. La extensión de sus heridas dependía de qué parte de sus cuerpos había sido golpeada y con cuántos objetos. Los que tenían huesos rotos o heridas llegaron al poco a la enfermería en

camillas flotantes portadas por asistentes sanitarios o fueron llevados por sus compañeros de tripulación. A lo largo de la hora siguiente, un torrente cada vez más crecido de personas había llegado cojeando hasta la enfermería, en busca de un remedio para contusiones y torceduras.

—Duncan está recobrándose muy bien —le dijo el enfermero a cargo de cuidados intensivos. E hizo aparecer en la pantalla de la computadora una alentadora configuración de nervios en vías de regeneración.

Crusher se sintió aliviada al ver que la columna vertebral del astrónomo había recibido una contusión en lugar de resultar seccionada por un telescopio que se balanceó y golpeó a la altura del sacro.

—¿Qué tal está Butterfield?

El herido más grave de la tripulación era un botánico que se había estrellado de cabeza contra una palmera de grueso tronco. Butterfield sería el primero en reírse de la ironía de que una de sus plantas le hubiese provocado heridas, si alguna vez recobraba el conocimiento. La doctora Crusher había soldado el cráneo fracturado del científico, pero sólo el tiempo podría decir si su cerebro funcionaría con la brillantez anterior.

Doswell se encogió de hombros.

—Sin cambios.

La recuperación ya no estaba en sus manos. La doctora reaccionó con enojo ante su impotencia..., y encontró un blanco para descargar ese enojo aguardándolo en su oficina.

—Capitán, tengo una enfermería llena de heridos, y debido a las restricciones de seguridad de Deelor ni siquiera saben qué ha pasado. O no era su misión o la desconocen, pero han pagado un precio por ella, en algunos casos alto.

Las duras palabras de ella hicieron eco a los pensamientos de Picard. Él era el único responsable de la gente que estaba tendida en las salas de la enfermería.

—Éstos son pasajeros. Jamás deberían de haber sido arrastrados a una situación que usted sabía que iba a ser peligrosa —dijo Crusher con amargura—. Tendría que haber separado el módulo del platillo.

De hecho, su primer instinto lo había impulsado a ordenar la separación. Le habían hecho cambiar de opinión los argumentos de Deelor en contra. ¿O se había debido a que no estaba dispuesto a luchar con la suficiente fuerza para hacer valer sus decisiones? ¿Qué habría sucedido si la sección del platillo hubiese sido dejada atrás? ¿Habrían encontrado al volver a estas personas asesinadas por los errabundos choraii?

—Preferí no hacerlo —fue la lacónica respuesta de Picard.

—Cuénteles eso a mis pacientes.

—Soy responsable en mis acciones.

—Al menos usted puede responsabilizarse de algo, Butterfield y Duncan no

tuvieron arte ni parte.

Lamentó la observación en cuanto la hubo hecho... pero Picard no le dio tiempo para retractarse.

—Parte de su trabajo es enmendar las consecuencias de mis errores —dijo con aspereza—. Agradezca que puede lavarse la sangre de las manos.

—Capitán, lo siento, no debería de haber dicho eso. Ha sido injusto por mi parte.

—Nunca se disculpe por decir la verdad, doctora Crusher —replicó Picard, no dispuesto a aceptar la absolución por sus pecados. Salió a zancadas de la oficina antes de que ella pudiese volver a hablar.

Uno a uno, los oficiales superiores se retiraron hacia otras zonas de la nave hasta que Geordi LaForge se quedó a cargo del puente. El intercambiar su posición ante el timón por el asiento del capitán, incluso durante la tranquilidad reinante, lo llevaba de modo inevitable a tener sueños de mando. Puesto que había observado a Picard en acción contra los choraii, el teniente se preguntó cómo habría reaccionado él en una emergencia similar. Y no es que fuese a tener una oportunidad de descubrirlo en algún futuro próximo.

—¿Geordi?

Sobresaltado ante el sonido de su nombre, LaForge levantó la mirada para ver quién lo había pronunciado.

—Ah, hola, Wesley. —No había advertido la entrada del muchacho en el puente. Geordi agradeció que hubiera sido un alférez el que lo hubiese sorprendido inmerso en sus pensamientos—. Puede utilizar cualquiera de los terminales desocupados...

—No he venido a trabajar —dijo Wesley al tiempo que negaba con la cabeza—. Tengo que pedirle un favor.

—Pídalo, pues —lo instó Geordi, que percibía urgencia en la expresión sombría del joven alférez.

—Bueno, no es un asunto relacionado con la nave —se disculpó Wesley—. Pero un amigo mío necesita cierta información.

—¿Qué clase de información?

Wesley se giró nervioso, y luego se inclinó para susurrar algo en el oído de Geordi. Una vez que Geordi hubo oído la solicitud, la identidad del amigo de Wesley le resultó evidente.

—La persona más indicada para pedir esa información probablemente sea Logan.

—Ah.

Geordi sonrió ante la reacción carente de entusiasmo del muchacho.

—Eh, sé que nuestro ingeniero en jefe no es el mejor amigo que tiene usted, pero apostaría a que responderá a sus preguntas. Al fin y al cabo, eso le dará la oportunidad de darle a usted algunas respuestas, para variar.

—Sí, supongo que sí —contestó Wesley mientras se volvía.

—Y, Wes, dígale a Dnys... quiero decir, a su amigo, que le deseo suerte.

—Gracias, Geordi —dijo alzando la voz el alférez mientras ascendía a la carrera por la rampa del puente—. Va a necesitar toda la suerte que pueda conseguir.

Riker se dirigía camino de su camarote cuando la obsesionante melodía lo desvió de su curso, haciéndole recorrer una confusión de corredores en busca de la música. Giró en un recodo y el sonido se hizo más fuerte, giró en otro y disminuyó hasta un débil susurro. Volviendo sobre sus propios pasos, descubrió que los agradables compases de la flauta provenían de un conducto en el techo. Escuchó durante unos instantes, dejando que las tristes notas lo bañaran como lágrimas al caer.

Agarrándose a uno de los remates del conducto, se subió a pulso hasta el interior del hueco. Sus hombros rozaron las estrechas paredes curvas. Trepó por la escalerilla, hasta llegar a un ensanchamiento a medio camino entre dos cubiertas.

Ruthe se encontraba sentada con las piernas cruzadas sobre una repisa metálica al pie de la abertura y que parecía cumplir funciones de depósito. La música de ella empezó a languidecer cuando Riker salió del conducto, y luego se detuvo del todo cuando él se sentó a su lado. Ella dejó caer la flauta sobre el regazo pero no pareció tomarse a mal la intromisión del primer oficial.

—Está lastimada —comentó él, frunciendo el entrecejo ante la línea de sangre seca que le bajaba por la mejilla. Le apartó un mechón de cabello y dejó al descubierto una contusión purpúrea que tenía en la frente.

Ella se apartó del contacto de él.

—Cantos afilados y metal duro. De eso están hechas las naves.

—Hemos traído a Jasón a bordo. Pensaba que debería saberlo. —Picard le había descrito su enfrentamiento con la intérprete y la resistencia de ella al rescate—. La doctora Crusher hará todo lo...

—Él mintió —afirmó Ruthe de repente.

Riker estuvo a punto de preguntarle a quién se refería, pero en realidad había una sola persona de la que ella podía estar hablando. La dejó continuar.

—Él lo supo durante todo el tiempo.

El capitán había sospechado algo semejante.

—¿Por qué lo negó Deelor, entonces?

Ruthe no respondió. Desarmó el instrumento, y luego deslizó las piezas en unos bolsillos practicados en el interior de la capa. Cada sección tenía su sitio.

—Él sabe otras cosas. Cosas peligrosas que no cuenta.

—¿Me las contaría usted? —preguntó Riker.

Ella levantó la cabeza de forma brusca. Estudió el rostro de Riker como si lo viese por primera vez.

—Yo ya le he contado cosas antes. Ahora le toca a él.

Apartando a Riker de un empujón, ella bajó rápida y ágilmente por el conducto. Él descendió tras ella, pero para cuando se dejó caer nuevamente en el corredor, Ruthe había desaparecido.

Incontables estrellas destellaban rutilantes al otro lado de las lunetas de la sala, pero su luz no arrojaba calidez ninguna sobre los tres hombres del interior.

—Usted sabía que aún quedaba un adulto a bordo de la *Si bemol* y estaba dispuesto a permitir que los choraii partieran con él. ¿Por qué? —exigió saber el capitán Picard.

—Ruthe actuó por su propia cuenta, capitán —declaró Deelor con un despliegue de convicción mayor del que había exhibido horas antes en esa misma sala—. Yo no sabía nada...

Picard realizó una deliberada representación de estar perdiendo la paciencia. Le asestó un puñetazo a la superficie de la mesa y alzó la voz para gritar:

—Estoy harto de sus juegos, embajador Deelor. O agente Deelor... o lo que quiera que sea usted. Basta de evasivas, basta de reservarse información. Quiero saber toda la verdad sobre lo que está haciendo usted aquí.

La expresión de inocencia se había congelado en el rostro de Deelor. Se la borró frotándose la cara. Debajo de esa máscara, estaba macilento y agotado.

—De acuerdo..., estaba enterado de la existencia de Jasón y conocía los planes de Ruthe para dejarlo donde estaba. —Se hundió más en el asiento, como si necesitase cierto apoyo para continuar—. Estuve de acuerdo en no interferir en la decisión de ella porque sabía que si lo traíamos aquí lo más probable era que muriese. Ha habido otros intercambios, de algunos de ellos ni siquiera Ruthe está al tanto. En total, la Federación ha recuperado a doce de los primeros cautivos de Hamlin.

—¿Y han muerto todos? —preguntó Riker.

—No todos —contestó Deelor—. Pero los que no están muertos están catatónicos, no presentan reacción ninguna frente a estímulos exteriores. Sólo los niños parecen capaces de adaptarse a la vida fuera de las naves choraii.

Picard pensó en los heridos de la enfermería y la amargura que sentía aumentó.

—¿Por qué no me contó esto antes de que trajéramos a Jasón a bordo?

La respuesta confirmó los temores del capitán.

—Porque era posible que usted le hubiera permitido permanecer con los choraii —contestó Deelor—. Y dado que es un hombre íntegro, habría dejado constancia de esa decisión en el diario del capitán. Yo tengo menos escrúpulos. Estaba dispuesto a dejar marchar a Jasón, pero sólo si nadie se enteraba. Hay demasiados altos cargos que quieren que los cautivos de Hamlin regresen.

Picard podía censurar la ética del hombre, pero por lo menos Deelor estaba siendo sincero al fin.

—¿Por qué es tan importante su regreso?

—Las razones varían según los almirantes. Algunos tienen la creencia, tal vez

debida a informes sesgados, de que los supervivientes pueden ser salvados, o que vivir como disminuidos en nuestro mundo es mejor que dejarlos con los alienígenas que mataron a sus padres. Otros quieren que los cautivos adultos regresen porque abrigan la vaga esperanza de que nos proporcionen información útil. Como imaginará, los niños no pueden decirnos cómo funcionan los motores choraii.

—No —Picard apartó a un lado la explicación de Deelor con un gesto resolutivo de la mano—. No creo que Zagráth sea capaz de sacrificar una vida por esa información.

—No la juzgue con demasiada severidad —dijo Deelor. Se mordió el labio inferior, suprimiendo las palabras que estuvo a punto de pronunciar. Tamborileando con los dedos sobre la mesa, el primer tic nervioso que había dejado entrever desde el principio, estudió a Picard y luego a Riker. El tamborileo cesó y la narración de Deelor se reanudó—. Los romulanos van tras ese motor, o pronto irán tras él. Al menos uno de sus acorazados, *The Defender*, fue destruido en un encuentro con los choraii. Hay vagas noticias que indican que podría haber habido otros enfrentamientos, pero no conocemos su conclusión. —Ahora contaba con la total atención de ambos—. Mi misión original era la de descubrir cómo los choraii habían derrotado a *The Defender*.

Riker lo captó de inmediato.

—Por el sistema de dejarles que destruyeran a la *Ferrel*.

—Si era necesario.

—Es usted un bastardo de sangre fría —observó el capitán.

—¡Mire más allá de sus narices, Picard! —le gritó Deelor—. ¿Qué cree usted que sucederá si los romulanos desentrañan el funcionamiento de un motor choraii? Podrían atravesar la Zona Neutral hasta el corazón mismo de la Federación y asolar mundos enteros. Yo he caminado por entre las carnicerías que dejan tras de sí. Imagine lo que hubiera sucedido en los puestos avanzados de la frontera si los romulanos hubiesen poseído una superior tecnología de vuelo.

—La *Enterprise* fue enviada a uno para mantener el equilibrio de fuerzas —rememoró Picard, retrepándose en su asiento—. Y se consiguió un equilibrio muy inseguro.

—Sí, ya lo sé. También yo estaba allí. La diferencia es que yo andaba por el otro lado... así fue como me enteré de la suerte corrida por *The Defender*. Afortunadamente, conseguí llegar a la Zona Neutral antes de morir desangrado.

Una vez más, Picard se encontró con que su opinión de Deelor variaba para dar cabida a una nueva faceta del carácter del hombre. Estaba claro que poseía una gran valentía. El capitán escuchó con creciente respeto el apasionado discurso de Deelor.

—«En el interés de la seguridad de la Federación». Ésa no es una frase que pueda utilizarse a la ligera. Significa que unas docenas de cautivos, o la tripulación de una

nave estelar, pueden ser sacrificadas con el fin de salvar millones de vidas. El capitán Manin olvidó esa necesidad cuando intentó hacer detonar la *Ferrel* y con ella la nave choraii. Quería una muerte limpia para su tripulación y quería vengarse de los choraii. Yo tenía que impedirselo.

Poco a poco, las piezas del rompecabezas iban encajando en la mente de Picard.

—Ése es el motivo de que le dispararan.

—Como usted ha señalado en varias ocasiones, los sentimientos de la gente respecto a la matanza de Hamlin están muy vivos. Los odios exigen reacciones militares, pero los intereses de la Federación se ven mejor servidos por los lentos progresos de la diplomacia. Puesto que los intercambios de cautivos humanos entre las naves choraii sirven como regalo de vínculo, nosotros abrigamos la esperanza de que los canjes de los niños por minerales conduzcan a unos lazos similares entre los choraii y la Federación, y a la postre, al intercambio de secretos tecnológicos.

—Mis actos ciertamente no han mejorado esas relaciones —dijo Picard con un suspiro de cansancio.

—Las disensiones en la Federación respecto de la política que seguir nos ponen en una situación en la que no se puede ganar. Algunos oficiales quieren tener a los cautivos de vuelta, mientras que otros se inclinan por mantener relaciones cordiales. —Deelor se encogió filosóficamente de hombros—. La *Si bemol* es sólo una nave del grupo localizado en el sector, y no está entre las más importantes. Y habré de negociar pronto con otra.

—Podría haber evitado un montón de problemas si me hubiera contado todo esto al principio.

—No debería habérselo contado —dijo Deelor. Descubrió ante los dos oficiales otra parte de sí mismo, una más escalofriante que las otras—. Y si lo que les he contado sale de esta habitación, serán los dos hombres muertos. Me encargaré de ello personalmente.

Deelor regresó a su camarote y le sorprendió el encontrarse a Ruthe cómodamente acurrucada en un sofá escuchando un concierto de cuerda de Vivaldi. Ella alzó la vista al entrar él, y luego regresó a su ensimismamiento en la música. El silencio no era ninguna pista de su estado de ánimo, dado que sus saludos eran siempre esporádicos y superficiales. Tal y como había aprendido en el curso de su asociación, Ruthe permanecería en silencio hasta que tuviera necesidad de él o hasta que él le hablara. Deelor había esperado que su enfrentamiento hubiera servido para hablarse con claridad en adelante, pero tal vez ella ya había relegado la escena al territorio del pasado.

O tal vez la traición que le había hecho ella había igualado las cuentas.

Tras sentarse en una silla, Deelor dejó que el impetuoso contrapunto de violines y

violas le borrara las tensiones surgidas por verse obligado a sincerarse con los oficiales de la nave estelar... Bueno, si Ruthe no guardaba ningún resentimiento, él tampoco.

Picard había permanecido en su sala de reuniones después de que los dos hombres se marcharan. La vista que se extendía al otro lado de las amplias lunetas nunca lo aburría porque la configuración de las estrellas lejanas era siempre diferente, siempre cambiante. Esos faros fugaces habitualmente parecían desafiantes y a la vez le inspiraban con su belleza, pero ahora mismo el panorama le parecía desolado.

Oyó que la puerta se deslizaba al abrirse y durante un segundo pensó que Riker había regresado, pero los pasos que se le aproximaron por detrás eran demasiado leves para pertenecer a su primer oficial. Entonces, Picard vio el reflejo de Beverly Crusher que se desplazaba por el cristal de una luneta. Se detuvo a pocos pasos de él y siguió su mirada hacia el remoto espacio. Permanecieron de pie el uno junto al otro y guardaron silencio durante varios minutos antes de que ella hablara.

—Si uno mira las estrellas durante demasiado tiempo puede empezar a sentirse como un dios. O pensar que debería ser capaz de actuar como un dios. Omnisciente, omnipotente, infalible.

Picard no respondió.

—Los capitanes y los médicos somos propensos a esa creencia. Esperamos solucionar todos los problemas y curar todos los males, y luego nos culpamos a nosotros mismos si fracasamos en tareas imposibles. O culpamos a otros.

Finalmente, Picard la miró.

—¿Está sermoneándome, doctora Crusher?

—Algo parecido. —Los ojos de ella continuaban fijos en la escena del espacio exterior—. Soy mejor dando sermones de lo que lo soy presentando disculpas.

—No necesita hacer ninguna de las dos cosas.

—Usted se merece ambas. —Crusher respiró hondo y se encaró con él—. Una disculpa por lo que dije en la enfermería y un sermón por escucharme cuando estaba de un humor demasiado alterado para decir algo con sentido.

La postura rígida del capitán se relajó.

—Yo mismo no estaba particularmente de buen humor —contestó Picard esbozando una mueca—. Y usted no dijo nada que yo ya no me hubiese dicho a mí mismo un centenar de veces.

—Lo cual demuestra que los dos necesitamos unas vacaciones.

Picard sonrió y la tirantez entre ellos se disolvió, sólo para ser reemplazada por otra tensión, más familiar. Crusher dio un paso atrás y Picard volvió a mirar las estrellas. Él se preguntó cómo había podido confundir su brillantez con la desolación.

—¿Qué tal está la teniente Yar?

—Volviendo loca la enfermería —suspiró Crusher—. Pronto la dejaré en libertad, a menos que la estrangule antes.

—¿Y Jasón?

—Sedado —fue la lacónica contestación de Crusher—. He establecido su identidad a través de los antiguos historiales médicos de Hamlin. Su modelo de ADN coincide con el de Jasón Reardon. Tenía tres años en la época del secuestro.

—¿Están emparentados?

—No —respondió ella—. Sin embargo, he utilizado características genéticas para rastrear a los progenitores del niño. Su padre era uno de los del grupo secuestrado originalmente, pero al parecer su madre nació en cautividad, como resultado de la unión de dos adultos.

—Un cautivo de tercera generación —dijo el capitán. Sus cejas se enarcaron en un gesto de alarma.

—Sí, y probablemente no sea el único. Dada la buena salud de que gozan, la población humana podría estar creciendo a una velocidad significativa y dispersándose por todas las naves choraii. ¿Cómo vamos a llegar a recuperarlos a todos?

—¿Es ésa la pregunta correcta? —preguntó el capitán al tiempo que recordaba las revelaciones de Andrew Deelor acerca del elevado índice de mortalidad entre los cautivos recuperados.

Crusher alzó las manos para detenerlo.

—No puedo ser objetiva capitán. Si hubiese podido ver a Jasón cuando lo transportaron a bordo..., esos ojos llenos de terror... —Se sacudió—. Tengo que regresar a la enfermería. A Jasón se le pasarán pronto los efectos del sedante.

Salieron juntos de la sala pero se separaron después de transponer el umbral. Picard estaba a medio camino por el pasillo opuesto cuando la doctora dio media vuelta y lo llamó.

—Por cierto, capitán. El profesor Butterfield ha solicitado una ensalada de palmera para el almuerzo.

A pesar de que a Data le habían asignado un camarote propio como a sus compañeros no cibernéticos, se le encontraba con más frecuencia en las habitaciones de Geordi o en la biblioteca. Ambos lugares alimentaban la única hambre que era capaz de sentir: la curiosidad. El androide estaba libre de las exigencias propias de un cuerpo humano, pero se deleitaba en la búsqueda de conocimiento y adquiría datos con la misma apetencia que experimentaban algunas personas al encontrarse con una nueva exquisitez culinaria.

Puesto que Geordi estaba todavía al mando del puente, Data decidió pasar la restante hora del turno de descanso dedicado a su más reciente línea de investigación.

Había llegado a dominar los textos que explicaban la necesidad fisiológica del sueño entre las formas de vida orgánicas, pero ciertos aspectos psicológicos todavía lo desconcertaban. Al entrar en la biblioteca, sin embargo, Data desvió su atención a una inusitada actividad que se desarrollaba en un rincón de la sala.

—Ah, hola, Data —suspiró Wesley cuando el androide se acercó al suministrador de libros impresos. Intentó recoger los libros en tela que había esparcidos por la mesa, pero Data ya tenía en sus manos uno de los volúmenes.

—Muy interesante —dijo Data, inspeccionando el título del lomo. Él encontraba que el formato impreso era algo engorroso de manejar y consumía tiempo, aunque su estrecha relación con los seres humanos le confería al medio un cierto encanto—. *Principios básicos de ingeniería*. Es para los archivos, ¿no? Usted ya domina ese tema.

—Estoy haciéndole un favor a un amigo. —Wesley sacó el último volumen encuadernado por la sección de montaje del suministrador—. Y, Data, apreciaría que se guardara esto para usted.

Data arrugó la nariz. No estaba familiarizado con la frase.

—¿Desea usted que me lo quede?

—No, quiero decir... —Wesley inspiró profundamente—, bueno, que no le cuente a nadie lo que yo estoy haciendo. Verá, es, eh...

—¿Un secreto? —preguntó Data.

—Sí —respondió Wesley.

El androide sonrió y recitó con entusiasmo:

—Secreto: una operación clandestina, una empresa encubierta, un...

Wesley interrumpió el recitado.

—Lo siento, señor, pero llego tarde a clase.

Forzando una sonrisa de disculpa, el muchacho recogió los volúmenes y se encaminó apresuradamente hacia la salida.

Data se quedó perdido en sus pensamientos, meditando sobre la magia de los secretos.

Ahora que tenía uno, no estaba demasiado seguro de qué debía hacer con él.

Cada vez que Riker se reunía con la granjera Patrisha, la mujer lo saludaba desplegando gran cortesía. En esta ocasión, cuando él acudió al camarote de ella, la mujer le ofreció té al primer oficial y éste aceptó. Sorbieron la amarga infusión de hierba *santa* en un silencio cómplice antes de tratar de cuestiones serias.

Riker esperaba que la cordialidad de Patrisha pudiera resistir la prueba de las noticias que le traía. Tras dejar a un lado la taza vacía, comenzó.

—Tengo buenas noticias. Hemos vuelto a poner rumbo hacia Nueva Oregón.

—¿Llegaremos a tiempo para la decantación? —preguntó Patrisha.

—No, me temo que no. —Riker se mostró franco sobre ese aspecto y luego dejó caer el engaño—: Nuestros motores hiperespaciales han de pasar una revisión rutinaria durante su funcionamiento que nos retrasará.

Afortunadamente, no era probable que Logan hablara con los granjeros. Al ingeniero en jefe no le agradaría que se utilizara como pantalla a su departamento.

—¿De cuánto tiempo será el retraso?

Sonriendo, intentó minimizar el alcance de la respuesta que tenía preparada.

—Sólo dos semanas.

Mentir no habría sido necesario; Patrisha aceptó las noticias sin hacer comentarios. Riker se preguntó si la compostura de la mujer estaría influida por la decisión de Dolora de trasladarse de manera permanente a la granja del simulador. Lo cual le trajo a la mente otro asunto.

—Respecto a la decantación: la forma más fácil de trasladar la maquinaria de estasis al simulador es empleando el transportador.

—Mi gente nunca lo aceptará —dijo Patrisha de inmediato. Sus cejas habían salido disparadas hacia arriba ante la herética propuesta—. Los transportadores están frontalmente en contra de las creencias de los granjeros.

—Me temía que ése sería el caso.

Toda la comunidad y sus pertenencias habían llegado a bordo de la *Enterprise* por lanzadera, una operación que debería haber llevado una hora y en cambio llevó cinco. Hubo un constante ir y venir de lanzaderas entre el muelle de la base estelar y la cubierta de embarques, con colonos que se desplazaban en ambos sentidos entre una ruidosa confusión de equipajes extraviados y familias separadas. El primer oficial quería evitar que se repitiera ese episodio.

—La alternativa es la de desmantelar las máquinas para que las celdas de estasis puedan ser transportadas manualmente.

—Lo cual significa que todo el proyecto acabará en desastre para los animales —concluyó Patrisha sin necesidad de insinuárselo. Era evidente que ella recordaba la desorganizada subida a bordo con tanta claridad como Riker.

—No puedo decir tanto. —Riker evitó pronunciarse, inseguro de hasta qué punto podía ejercer presión.

—Yo tampoco. —Patrisha dejó su taza sobre la mesa—. Y estos asuntos se deciden en asamblea.

Y los dos sabían qué decidiría la comunidad. Él lo había intentado, por lo menos, pensó Riker mientras se ponía en pie para despedirse. Tal vez pudiera persuadirse a los granjeros de que permitiesen que miembros de la tripulación los ayudaran en el traslado. Se preguntó cuántos de sus propios hombres harían falta para compensar la ineficacia de los colonos.

—Por supuesto, si usted no les pregunta, ellos no pueden rechazarlo —dijo

Patrisha mientras también ella se levantaba.

—¿Cómo dice?

Ella no pudo mirarlo a los ojos, pero dejó clara su postura mientras caminaban hacia la puerta.

—Si las celdas de estasis están en el simulador mañana por la mañana, será demasiado tarde para que alguien plantee objeciones. Y es posible que nadie se pregunte cómo llegaron hasta allí.

—Gracias por el té, Patrisha —dijo Riker al tiempo que le dedicaba una ancha sonrisa—. Y por el consejo.

—Por favor, no diga eso —contestó Patrisha con firmeza—. Absolutamente a nadie.

—No puedo soportar un minuto más guardar cama —gritó Tasha Yar, irrumpiendo en la oficina de la doctora—. Podría estar en el puente haciendo algo de utilidad. Estamos llevando a cabo una misión de alto secreto, y mi estancia en cama va en detrimento de que se cumplan plenamente las medidas de seguridad. —Plantó los puños encima del escritorio de Crusher—. Además, me encuentro bien.

—Me alegro de oírle decir eso, Tasha —repuso Beverly Crusher. Se inclinó hacia atrás para poner un poco más de distancia entre sí y la teniente—. Pero he estado reteniéndola aquí hasta que me llegara esto. —Sostuvo en la mano un disquete. El informe del análisis del laboratorio estaba sobre su escritorio cuando la doctora regresó a la enfermería. Había solicitado las pruebas como una precaución de rutina..., pero los resultados deparaban una desagradable sorpresa—. ¿Qué recuerda usted de la atmósfera de la nave choraii?

—Era igual que ahogarse. —Yar se estremeció—. Los primeros momentos fueron los peores. Después de eso, el respirar no era tan malo como yo esperaba. De hecho, el líquido resultaba bastante agradable. Tenía ese olor, casi sabor, a canela.

Ésa había sido la pista reveladora.

—He hecho analizar una muestra del líquido aromático. Contiene una droga, un narcótico.

—¿Significa eso que tengo que quedarme en la enfermería? —La preocupación de Yar era sincera.

—Sí —dijo Crusher con total resolución. El perseverar en sus objetivos era admirable en los jefes de seguridad pero no en los pacientes que tenían como meta que se les diera el alta. La doctora salió de su despacho y la teniente la siguió por el corredor—. No puedo dejarla marchar hasta que esté segura de que su cuerpo ha metabolizado hasta el último resto de la droga. Incluso entonces, no sabremos qué efectos a largo plazo podría sufrir.

—¡Pero yo me encuentro bien! —exclamó Yar.

—Tasha, usted dice eso incluso después de hacer prácticas de judo con Worf. He visto su cuerpo volverse negro y azul y usted negándose a admitir que sentía dolor.

—Pero ésa no es una comparación apropiada.

—¡Ya basta! —Crusher se detuvo de pronto y dio media vuelta para encararse con Tasha—. Una sola palabra más, y llamaré a su propio servicio de seguridad para que la lleve de vuelta a la sala.

Un grito angustiado proveniente de la habitación que tenían más adelante puso un brusco final a la discusión. Ambas mujeres corrieron por el pasillo e irrumpieron en el área de aislamiento. La doctora Crusher comprendió de inmediato la escena.

—Tasha, usted cuide de Troi. —Se encaminó directamente hacia la cámara.

Jasón había despertado. Sus gimientes alaridos se mezclaban con los sollozos de Deanna Troi. La doctora desactivó la cubierta protectora de la cámara de aislamiento para tratarlo. Estaba acuclillado en un rincón, balanceándose aguadamente hacia adelante y atrás. Aunque tenía los ojos abiertos, la mirada de éstos era vacía y no parecieron captar que Crusher se acercaba.

—Jasón. —Ella tendió una mano y lo tocó.

El hombre gritó al sentir el contacto. Su cuerpo se enroscó en una posición fetal, y ocultó la cabeza entre las rodillas. Los brazos y las piernas le temblaban de modo incontrolable.

—No —gritó Troi—. No se acerque más a él. —A pesar del consolador abrazo de Tasha, la consejera también temblaba. Su rostro estaba desfigurado, tenso de resultados de la angustia de Jasón—. Su presencia sólo consigue asustarle más.

—¿Qué puedo hacer para tranquilizarlo?

—No lo sé —sollozó Troi—. Nada. Déjelo.

Jasón se había encogido aún más, y sus gemidos habían adquirido un inquietante canturreo rítmico.

—Maldición. —Crusher se hizo con una hipodérmica. Jasón dio un leve respingo al sentir que la fría aguja penetraba en su piel, pero no acusó mayor recibo de la inyección. Segundos más tarde, al hacerle efecto el sedante, guardó silencio y se desplomó en el sitio. Crusher acostó al hombre de lado y con cuidado le desenredó y estiró las extremidades para colocárselas en una posición cómoda. Permanecería en esa postura al menos durante seis horas.

La doctora activó el panel de control de la cámara y el escudo volvió a deslizarse, y al momento ocultó la figura del hombre de la vista. El panel de diagnóstico no indicaba anomalías físicas. No obstante, aquellas intensas reacciones emocionales acabarían por tener un efecto depresivo. Desechó la hipodérmica, cogió otra e inyectó otro preparado similar. Crusher se dirigió hacia la consejera.

—No —protestó Troi, pero llegó demasiado tarde para evitar que el medicamento se depositara en el espesor de la epidermis—. De verdad, ahora estoy bien.

—Eso es lo que dicen todos —murmuró Beverly Crusher—. Esto la calmará hasta que llegue a su camarote.

—Pero no puedo dejar a Moisés. —La consejera estaba tan decidida a quedarse en la enfermería como Yar lo había estado a salir de la misma—. Está comenzando a reconocirme.

—Yo le haré compañía a usted —se ofreció Yar.

Crusher levantó la mirada con incredulidad.

—Pensaba que usted quería marcharse de la enfermería.

Yar se encogió de hombros, como embarazada por sus sentimientos.

—No soporto ver llorar a Troi.

Troi se echó a reír al mismo tiempo que se enjugaba la última de sus lágrimas.

—Gracias por la oferta, pero ¿qué sabe usted sobre bebés?

—No mucho —admitió la teniente—. Pero sería una experiencia positiva. —Hizo una pausa—. Siempre y cuando el bebé no cumpla con demasiada frecuencia sus funciones biológicas desagradables.

—Oh, hagan lo que quieran —dijo Crusher, exasperada con las dos. Troi estaba recobrando rápidamente su equilibrio emocional, pero la reacción de la doctora ante el despertar de Jasón comenzaba a calar en su ánimo.

En la intimidad de su oficina, la doctora Crusher fue incapaz de hacer caso omiso de su creciente desesperación. Se sentó ante el escritorio y consultó en la computadora una sucesión de historiales clínicos, sin centrarse en el material que aparecía en la pantalla. Su atención continuaba escapándose hacia los cautivos de Hamlin, buscando formas de ayudar a Jasón a adaptarse, pero la situación estaba muy alejada de las que conocía. Necesitaba ayuda. Tras llevarse una mano al pecho, Crusher pulsó su insignia-comunicador.

—Estaba esperando su llamada —respondió Andrew Deelor—. Y tengo formada una idea bastante buena de lo que quiere.

—¿Se lo pedirá?

—Sí, se lo pediré —contestó renuente—. Pero no puedo garantizarle su ayuda. —Cortó.

«Y yo no puedo garantizar la vida de Jasón», admitió Crusher por primera vez.

Patrisha estaba apartada de los otros granjeros. Los hombres y mujeres de la comunidad se encontraban reunidos en semicírculo en torno al frente del granero, hablando entre sí con voces susurrantes, dando ocasionales patadas en el suelo para mantenerse en calor en el frío aire del alba. Ella permanecía un poco más atrás, observándolos. La luz del amanecer bañaba la estructura de madera. El escenario estaba preparado para el drama que se avecinaba.

Un silencio cayó sobre el grupo cuando Dnnys y Wesley se abrieron paso a través del mismo y marcharon hacia el granero, conscientes de que cada uno de sus movimientos era observado. Al tiempo que intercambiaban sonrisas nerviosas, los muchachos desatrancaron las puertas y las abrieron. Los granjeros se acercaron con lentitud, los cuellos estirados para captar un atisbo del equipo criogénico que se encontraba en el interior. Aparte de algunos murmullos de desprecio ante la complejidad de la máquina a ojos de los granjeros, no se produjo ningún otro comentario.

Patrisha se sentía casi avergonzada por la prácticamente incondicional aceptación de la presencia del equipo de estasis en el simulador. Absolutamente nadie, ni siquiera Tomás, se encolerizó ante la ausencia de huellas y marcas del transporte manual en la tierra. Patrisha se sentía agradecida por el hecho de que el señor Riker hubiera obrado su magia durante la noche y no estuviera presente esta mañana. Era seguro que un intruso se reiría de una gente a la que se podía engañar con tanta facilidad, aunque Patrisha lo había propiciado con el consejo que le dio al oficial de la nave estelar.

Dnnys inició el primer paso del proceso de decantación al separar una de las celdas de la estructura que recordaba un panel de abejas. Wesley asomó por la parte trasera de las cámaras, desenrollando los bucles entrecruzados de una manguera fina y flexible. Le entregó al joven granjero el extremo de conexión. Desplegando una seguridad nacida de la mucha práctica, Dnnys acopló el extremo provisto de rosca que encajaba en el conducto de evacuación de una celda. Accionó un interruptor y la bomba de succión entró en funcionamiento emitiendo una serie de gorgoteos y eructos.

—Dnnys nunca fue tan diestro en las tareas de la granja —dijo Tomás, deslizándose junto a Patrisha.

—Ahora es mayor que cuando salió de Grzydc. —¿Y cuándo se había robustecido con tantos músculos su flaco niño?—. Tendrías que estar contento de que alguien sea capaz de hacer el trabajo.

Patrisha había defendido la decisión de su hijo de hacerse cargo del mantenimiento del anticuado equipo durante el largo viaje hasta Nueva Oregón, dado

que la comunidad se habría visto en serios problemas en caso de tener que costear un técnico cualificado. Ahora presenció la desenvuelta familiaridad del muchacho con el equipo criogénico y deseó que ésta no hubiese sido conocida por los otros granjeros.

Ella y Tomás observaron mientras Wesley repetía los mismos movimientos con otras celdas, mirando a menudo hacia Dnnys para que le diese instrucciones. Estaba claro que el principal operador de este equipo era Dnnys, no el alférez de la nave estelar.

Una de las presentes se reunió con ellos.

—Es hijo tuyo, no hay duda.

Patrisha no confundió el comentario de Dolora con un elogio.

Un zumbido agudo indicó que la primera celda había quedado vacía de nitrógeno líquido y los hombres y mujeres reunidos se agitaron y susurraron comentarios los unos a los otros, mientras esperaban conocer el estado del contenido. Dnnys levantó la cubierta y metió la mano dentro del receptáculo. Sacó un rosado conejillo, luego otro.

—Están vivos —anunció con orgullo cuando los pequeños animalillos se retorcieron y profirieron chillidos.

—El más ofensivo nacimiento que yo haya visto jamás —declaró el viejo Steven y escupió al suelo para agregarle énfasis a la frase.

Patrisha vio que la boca de Dolora se apretaba, un indicio seguro de que su tía había oído la maldición. El viejo Steven era el único granjero que se atrevía a renegar en presencia de Dolora. Ellos dos ya no estaban juntos, pero él había engendrado los hijos de ella y esa conexión sentimental parecía conferirle una cierta inmunidad.

—¡Eh, miren esto! —gritó Wesley emocionado.

Había destapado una celda en la que había una camada de perrillos. Tenían los ojos cerrados, y cuando recogió a uno con manchas negras y blancas, el cachorro le rozó con el hocico la palma de la mano en busca de leche.

Myra le arrebató el perrito.

—Ponte a trabajar antes de que el muchacho los mate a todos —dijo con brusquedad, pasándole el animal a Charla.

Patrisha avanzó para recibir al siguiente. Impelidos por la mordaz lengua de la mujer, los granjeros se llevaron a los animales tan pronto como los operadores de la unidad de estasis podían entregárselos. Los cachorros fueron seguidos por una camada de cerdos y nidadas de pollos y patos a punto de salir del huevo. Todos los recién nacidos, privados de sus madres, tendrían que ser alimentados por el hombre y atendidos durante las veinticuatro horas del día. Después de diez meses de ocio obligado los colonos eran llamados de vuelta al trabajo.

El duro trabajo de la granja continuaría durante el resto de sus vidas.

—¡Y pasado mañana comenzaremos a decantar los caballos! —dijo Wesley. Su madre lo miraba mientras él hablaba pero no reaccionó en absoluto—. Mamá, no me estás escuchando.

—¿Ah, no? —dijo la doctora Crusher, y luego espiró prolongadamente—. No, supongo que no. —Dejó a un lado la tablilla con los informes y volvió a espiar.

—Y tampoco has ido a ver la granja del simulador. —El muchacho cambió un abultado paquete de un brazo al otro—. Yo he de volver después de mi última clase. ¿Quieres acompañarme?

—Lo lamento, Wesley. Sé que trabajaste mucho en el proyecto del simulador y de verdad que quiero verlo, pero...

—No, ya sé que tú también has tenido mucho trabajo —dijo Wesley sin doblez—. De hecho, tienes aspecto de estar bastante cansada. —Unos meses atrás el muchacho no se habría dado cuenta de eso.

—No he dormido mucho estos últimos días. —La verdad es que Wesley no podía recordar la última vez que su madre había estado en el camarote que compartían—. Pero en cuanto las cosas se calmen, iré a ver la granja.

—Los cautivos... no están muy bien, ¿verdad?

Ella no respondió a la pregunta.

—Será mejor que te des prisa o llegarás tarde a la clase de física.

—Astronomía —le corrigió Wesley mientras se alejaba del despacho. Se detuvo en la puerta—. Mamá, si un amigo te pidiera un favor, uno que podría crearle líos con su familia...

—¿Qué has dicho, Wesley?

—Nada. Hasta luego, mamá.

La doctora Crusher le hizo un distraído gesto de despedida a su hijo y luego recogió su tablilla con los informes. Parecía más pesada cada vez que la cogía. Comprobó el siguiente punto de su agenda...: un listado de los que aún se encontraban en la sala de ingresados. La mayoría de las camas habían quedado libres esa mañana.

Estaba deseando vivamente darle el alta a la próxima paciente.

—Regrese al puente —ordenó—. Su último examen indica que está usted bien.

—Eso es lo que yo he estado diciéndole desde el principio —dijo la teniente Yar al tiempo que saltaba de la cama—. No sentí en ningún momento efecto alguno debido a la droga.

—Aparte de desmayarse —señaló Crusher. Por fortuna, la exposición de Yar al narcótico había durado sólo unos minutos. Si Jasón hubiera podido recuperarse con tanta facilidad..., pero él había pasado los últimos cincuenta años a bordo de esa nave y a menos que se lo devolvieran a los choraii... Comenzó a ver un atisbo de solución

—. ¿Ha afectado la droga a los recuerdos que tiene de la nave?

—Oh, no. No es probable que olvide esa experiencia en tiempo.

Crusher se alegró por la respuesta de la teniente, pero Yar estaba demasiado contenta por su alta médica como para preguntar por qué.

—Respecto a Troi...

—Sé que está cansada. Ya he escogido a alguien para que la ayude con el niño —le aseguró Crusher. Eran demasiados los detalles que interrumpían de forma constante sus pensamientos, pero la partida de Yar reduciría en parte esas interferencias—. Y, Tasha, no quiero verla de vuelta por la enfermería durante mucho tiempo.

—No se preocupe —dijo Yar mientras avanzaba deprisa hacia la puerta—. No me volverá a ver.

La doctora Crusher se quedó de pie allí mismo, dando cuerpo a su idea. El siguiente paso fue llamar a Data. Él respondió por la insignia-comunicador y escuchó pacientemente mientras la doctora describía lo que necesitaba para llevar a cabo su proyecto.

—Sí, desde el punto de vista técnico, es factible —dijo Data tras la debida consideración—. Yo tengo acceso a la mayor parte de la información pertinente.

Luego continuó explicando qué necesitaría saber.

—Es posible que Tasha pueda proporcionarle una parte de eso —repuso Crusher, pensativa—. Pero, sin duda, Ruthe puede hacerlo.

Si la mujer accedía a cooperar.

—¿Desea comenzar ahora?

—Todavía no, Data —respondió Crusher—. Ya le avisaré cuándo.

Esperaría hasta tener noticias de Deelor respecto a su primera petición. Si Ruthe la rechazaba, jamás consentiría en la segunda.

Lisa Iovino le siguió el rastro a la consejera Troi por el sistema de escuchar los alaridos de su joven pupilo. La mujer y el niño se encontraban en el departamento de la dietista, del cual era obvio que la enfermera al cargo había huido en busca de un entorno más calmado. Troi estaba demasiado absorta en lo que hacía para reparar en que Iovino se le acercaba. La doctora tuvo la oportunidad de observarles durante algunos minutos.

La consejera se hallaba sentada ante la mesa del sintetizador de alimentos sosteniendo al niño que se agitaba y revolvía sobre el regazo. Delante de ellos había un amplio surtido de platos, la mayoría casi intactos. Lo que faltaba cubría el rostro y pecho de Troi.

—Mira, prueba éste —dijo con voz almibarada al tiempo que sostenía una cuchara llena de puré de patatas. El niño abrió la boca para chillar. Con una

sincronización perfecta ella le metió la cuchara dentro.

Tras un momento de silencio, él le escupió la comida encima, agregándole nuevos manchurroneos al ya sucio uniforme. Luego se puso a llorar a moco tendido otra vez. Troi también parecía al borde de las lágrimas.

—Soy el turno de relevo —anunció Lisa entrando en la habitación—. La doctora Crusher dice que usted necesita un descanso.

Su propia opinión, después de haber visto a la consejera, era que el descanso llegaba con mucho retraso. Los penetrantes alaridos del niño resonaban por toda la sección médica desde hacía horas.

—Pero él no está habituado a los desconocidos —replicó Troi con voz de agotada. Los niños son muy directos para transmitir sus emociones, y el levantar un escudo mental para defenderse de la infelicidad de la criatura había requerido un enorme esfuerzo de concentración—. Tengo miedo de que vaya a asustarse si me marcho.

—Bueno, lo que es seguro es que no podrá gritar más fuerte, sea quien fuere quien esté con él.

Iovino extendió los brazos y recogió al berreante niño de las manos de Troi.

El cambio sorprendió a Moisés hasta el punto de hacerle guardar un silencio momentáneo. Dejó de gritar durante el tiempo suficiente para examinar a su nueva cuidadora, cogió con fuerza la suave manta verde en la que estaba, y luego prorrumpió en un gimoteo suspicaz. Se encontraba literalmente embadurnado con una mezcla pegajosa, al igual que su cara cubierta en lágrimas.

—No tienes demasiada hambre, ¿verdad? —le preguntó Iovino al niño.

—Por el contrario, tiene mucha hambre.

El niño volvió el rostro hacia Troi al oír el sonido de la voz de la consejera. A pesar de sus sollozos continuados, Moisés escuchaba atentamente la conversación de las dos mujeres, pero Troi se preguntaba si podría entender sus palabras. El sonido en una atmósfera líquida sería a buen seguro muy diferente de lo que él estaba oyendo ahora.

—Lo que sucede es que no está habituado a nuestra comida —prosiguió Troi, al tiempo que deseaba que el intercambio con los choraii hubiese incluido algunos de los principales productos alimenticios de éstos. Pudo percibir la frustración del niño ante los sabores y texturas desconocidos que ella le había ofrecido—. Lo he intentado con sopas, budín, helado, puré de frutas, y verduras.

—Acabará por comer —dijo Iovino—. Los niños no se mueren de hambre si tienen algo comestible al alcance de la mano.

Los cabellos castaño claro y la piel blanca y rosada de Iovino proyectaban un aspecto de inocencia y dulzura, pero Troi se daba cuenta de que la respuesta indiferente de la interna era un indicativo más fiable de su personalidad.

—Éste es un niño especial. —La consejera dudó, insegura de cuánto más podía contarle sin violar el alto secreto—. Ha tenido una crianza poco corriente.

—Sí, ya lo sé —replicó Iovino. Era claro que había leído el expediente médico revisado sobre los misteriosos supervivientes del naufragio espacial. El historial clínico del niño no era muy detallado y sin duda no se ajustaba a las detalladas normas de la doctora Crusher. Pero las preguntas sin respuesta debían quedar sin ser contestadas—. Déjelo conmigo, no se preocupe.

A pesar de su agotamiento mental y físico, Troi sentía bastante reticencia a dejar a Moisés al cuidado de otra persona hasta que se dio cuenta de que el niño había dejado de llorar. Ella bajó su escudo mental y percibió que estaba intrigado. No podía saber qué había despertado la curiosidad de la criatura.

—Tiene usted mano con los niños.

—Sí, me temo que es así —se lamentó Iovino. Moisés clavó en Iovino una mirada fija e hipó. La joven doctora adjunta le dio unos suaves golpecitos en la espalda con aire ausente para aliviarle los espasmos—. Provengo de una familia numerosa, muy numerosa. —Sacudió la cabeza ante el recuerdo de su mundo natal. Los extensos continentes de LonGiland habían sido poblados en apenas unos centenares de años por sus prolíficos colonos—. En mi mundo, los casamientos prematuros son una tradición firmemente arraigada, así que he estado cuidando durante toda mi vida de hermanos y hermanas menores, por no hablar de sobrinos y sobrinas.

—Pero usted se enroló en la Flota Estelar en lugar de seguir esa tradición —dijo Troi con aire meditativo—. Sé lo difícil que puede ser una decisión así. También yo rompí con las costumbres de mi pueblo.

—Yo no he escapado del todo —contestó Iovino sin poder contener una carcajada. Moisés se le había quedado dormido en los brazos—. Todo el mundo en la enfermería me machaca continuamente con lo de mi buena relación con los niños. Si no me ando con cuidado, acabaré en el departamento de pediatría.

La discusión había comenzado en el área externa de la enfermería, pero la doctora Crusher vio las miradas que apartaban con premura los miembros de su equipo de enfermeros y se dio cuenta de que estaba perdiendo el control. O el embajador estaba mostrándose inusitadamente exasperante o bien su propia falta de sueño comenzaba a afectar sus emociones; Crusher prefirió echarle la culpa a él. Condujo a Deelor a la intimidad de su oficina.

—No puedo mantenerlo sedado durante todo el tiempo hasta que llegemos a la Base Estelar Diez —continuó Crusher—. Ya ha estado así durante mucho más tiempo del conveniente.

—Aplíqueme dosis menores —sugirió Deelor.

—Maldición, yo no necesito su consejo médico... —Pero eso era exactamente lo que ella había estado solicitando. Respiró en profundidad y habló más calmada—. Ya he intentado reducirle la dosificación, pero de todas maneras, el sedante aumenta la confusión que siente Jasón. Y lo estoy perdiendo.

—Eso podía ocurrir.

—¡A mis pacientes no!

Deelor se encogió de hombros.

—No puedo ayudarla.

—Pero Ruthe sí puede.

—Se lo he pedido, pero se niega.

Crusher abandonó todo intento de contener su furia.

—¡Entonces vuelva a pedírselo!

—¡No! —La réplica de Deelor igualó el acaloramiento de la frase de ella—. Estoy seguro de que se da cuenta de lo que supone esa solicitud.

—Estoy intentando salvarle la vida a Jasón.

Los gritos de ambos ahogaron el sonido de los pasos que se acercaban. El capitán Picard entró en la habitación y se detuvo, aguardando alguna explicación del comportamiento de ellos. Cuando no llegó, expresó en voz alta sus motivos para haber acudido a la enfermería.

—He recibido sus informes médicos referentes a la atmósfera choraii. ¿Cuál es la naturaleza de esta droga?

—Los análisis químicos indican que se trata de un narcótico suave —respondió Crusher en tono distraído—. Es posible que haya contribuido al desmayo de la teniente Yar tras su regreso de la *Si bemol*, pero ella no presenta ninguna reacción negativa duradera y le he dado el alta. —El fruncimiento del entrecejo de la doctora estaba dirigido contra Deelor—. Sin embargo, todavía estoy intentando determinar si Jasón o el niño están sufriendo un síndrome de abstinencia. Las pruebas de una posible dependencia no han sido concluyentes.

—¿Y cree usted que Ruthe podría tener más información a ese respecto?

Picard había oído lo bastante de la conversación como para adivinar el tema en disputa.

Crusher asintió con la cabeza.

—Excepto que ella no me da la oportunidad de formularle preguntas.

—Embajador, es usted el único que tiene alguna influencia sobre ella —dijo Picard con acento desafiante.

—¿Yo? —ironizó Deelor—. La conozco desde hace mucho tiempo, pero no confunda eso con el tener influencia. Ruthe sigue los dictados de su propia voluntad.

Por el tono que empleó el hombre, Crusher sospechó que admiraba ese rasgo de Ruthe.

El capitán insistió.

—Ya sé que Ruthe era contraria a la transacción, pero estoy seguro de que no permitirá que Jasón sufra.

—Ruthe no quiere tener nada que ver con los cautivos.

—¿Por qué? —preguntó Picard.

—No puedo responder a eso —dijo Deelor.

—No se preocupe —afirmó Picard enojado—. Se lo pediré yo mismo. —Avanzó hacia la puerta de la oficina pero Deelor le impidió el paso—. ¿Está usted ordenándome que no lo intente, embajador?

—No —replicó Deelor al fin y se apartó a un lado.

Él y Crusher permanecieron en un incómodo silencio, a la espera de que regresara el capitán.

A Picard le fue permitida la entrada, pero Ruthe no se encontraba en la habitación inmediata y él se vio obligado a ir en su busca. El camarote estaba desprovisto de efectos personales. El capitán sabía que Deelor y Ruthe habían perdido todas sus pertenencias cuando la *Ferrel* fue destruida, pero era evidente que no habían hecho uso de los almacenes de la nave para reemplazar esos objetos. Deelor, al menos, se había procurado un nuevo juego de ropa, pero la intérprete iba siempre envuelta en la misma capa gris gastada.

Picard encontró a Ruthe en un dormitorio.

—La doctora Crusher tiene algunas preguntas referentes al estado de Jasón.

—Yo no tengo nada que ver con eso. —Se encontraba sentada en la cama de la habitación, las rodillas recogidas contra el mentón—. Yo les dije que no lo trajeran a bordo.

La postura de ella no era seductora, pero Picard habría preferido que la conversación fuera llevada a cabo en otro lugar del camarote. El entorno le confería a la entrevista un incómodo grado de intimidad.

—Y la muerte de Jasón demostrará que tenía razón. ¿Vale su orgullo una vida humana?

—Mi trabajo es traducir, nada más. Los cautivos de Hamlin no son asunto mío.

—Usted no puede limitarse a rechazar responsabilidades porque sean molestas o desagradables —argumentó Picard..., pero se daba cuenta de que no estaba llegando a ella. Ruthe puso a dar bruscos tirones de la desordenada ropa de cama al ceder paso al desasosiego su actitud defensiva inicial—. Usted dijo que los choraii valoraban a sus humanos, pero a Jasón le han hecho daño.

Esta acusación atrajo la inmediata atención de Ruthe.

—¿Por qué dice eso?

—La doctora Crusher ha descubierto restos de una desconocida sustancia

química, una droga, en la atmósfera choraii, la cual le ha afectado gravemente. Dadas las circunstancias, no puedo lamentar mi decisión de traerlo a bordo y voy a recomendarle con mucha firmeza a la Flota Estelar que se realicen todos los esfuerzos posibles para recuperar a todos los cautivos adultos que sea posible.

Ruthe desenroscó su cuerpo, se puso en pie, muy erguida, sobre la cama y dirigió una intensa mirada hacia el capitán. Por un momento, Picard pensó que iba a atacarle. En lugar de eso, la mujer bajó de un salto a la cubierta.

—Muéstreme esa droga.

Recogió los ondulantes pliegues de la capa en torno a su cuerpo y siguió a Picard fuera del camarote.

Cuando llegaron a la enfermería, Beverly Crusher adoptó la actitud de un profesional de la medicina, pero no antes de que Picard captara la expresión de alivio de sus ojos. Vio la sorpresa en Deelor... y un destello de disgusto.

Ruthe repitió su exigencia de ver la droga, y Crusher le entregó a la intérprete un pequeño frasco de vidrio que contenía unos pocos milímetros de líquido ambarino.

—Noté su olor cuando la teniente Yar regresó de la nave choraii.

Ruthe destapó el frasco, e indecisa, olió el contenido.

—Canela —susurró.

Se quedó congelada en el sitio, rodeando el frasquito con las manos, hasta que Deelor la llamó por su nombre.

—¿Ruthe?

—Lo había olvidado. —Sus ojos continuaban absortos. Luego el contacto de la mano de Deelor sobre su brazo la devolvió a la habitación en la que se hallaba. Ella volvió a ponerle el tapón al frasco, encerrando el aroma en su interior.

—¿Se ha encontrado antes de ahora con esta droga? —le preguntó el capitán.

—Hace años —dijo Ruthe—. Cuando era niña.

Picard no entendía.

—Pero ¿cómo puede ser eso?

Ella ocultó el frasquito entre los pliegues de la capa.

—Yo nací en una nave choraii.

—Habitualmente no se lo cuenta a nadie —dijo Deelor mientras él y el capitán entraban en la sala de reuniones. Con una mirada inequívoca dirigida hacia la puerta de su oficina, la doctora Crusher les había dejado claro que quería hablar con Ruthe sin las distracciones de un auditorio—. Y el secreto no era mío, no podía revelarlo.

—Sí, eso lo comprendo —repuso Picard al tiempo que asentía con la cabeza—. Las sorpresas de esta misión parecen no acabarse nunca —añadió.

El capitán ocupó su lugar detrás del escritorio, se retrepó en el asiento y lo hizo girar a fin de hablar con Deelor que estaba admirando a los peces león.

—¿Cuándo fue rescatada?

—En el primer intercambio, hace quince años. —Ahora que el origen de ella era conocido, Deelor decidió que tenía poco sentido guardarse los detalles—. Fue uno de los cautivos canjeados por el ferengi. —Al sentarse en una silla, cambió la contemplación del espectáculo del acuario por el de la luneta que había detrás de Picard.

—Y los tres adultos murieron —recordó Picard—. No es de extrañar que Ruthe se negara a ayudarnos a traer a Jasón a bordo de la *Enterprise*. ¿Qué sucedió con la otra criatura?

—Está viva y goza de buena salud. Era una niña más pequeña que Ruthe y se adaptó con bastante rapidez a la vida entre humanos.

Según los historiales clínicos, la adaptación de Ruthe había sido más difícil, pero eso no era asunto de Picard.

—Bueno, le aseguro que admiro la valentía de ella —dijo el capitán—. Esta misión tiene que ser un doloroso recordatorio de su cautiverio.

—Se presentó voluntaria. Gracias a ella, la Federación ha recuperado a cinco de los descendientes de Hamlin en los últimos años.

Aunque Deelor sospechaba que varios cautivos se le habían escapado antes de que él descubriera la aversión de ella a negociar la devolución de adultos.

—Supongo que la oportunidad de rescatar a otros supervivientes de Hamlin hace que la angustia que la invade merezca la pena —comentó Picard.

—Sí, debe de ser así. —Al menos eso era lo que Deelor había pensado en un principio. Sin embargo, una vez concluido el intercambio, Ruthe nunca preguntaba por los niños. Ese pensamiento le llevó a otro—. ¿Cómo la persuadió de que acudiera a la enfermería?

—Psicología inversa. —Picard esbozó la estrategia que había utilizado—. Así que la única forma que ella tenía de luchar contra mi decisión de rescatar más adultos era acudir a la enfermería y demostrar que no están siendo maltratados por los choraii.

—Lógico. Muy inteligente, capitán. —Deelor había pasado toda su carrera

manipulando a la gente de ese mismísimo modo, y a menudo su vida, al igual que sus misiones, dependían de esa habilidad. Una estratagema tan sencilla como ésa tendría que haberse ocurrido. ¿Por qué no había pensado en ella?

Una vez que la pregunta estuvo formulada, él entrevió una respuesta y la descartó inmediatamente, para protegerse. Deelor siempre viajaba solo. No necesitaba complicaciones.

La doctora Crusher nunca había hablado a solas con Ruthe. A corta distancia, sin la distracción de la fuerte personalidad de Andrew Deelor, la actitud reservada de la mujer era aún más pronunciada. La carencia de expresión no habría constituido un rasgo notable en el caso de una vulcaniana, pero en un ser humano dicha conducta era extrañamente inquietante. Por primera vez, Crusher vio a Ruthe como algo más que una simple pasajera. Era también una paciente.

—La droga es inofensiva —declaró Ruthe mientras le devolvía a Crusher el frasco de líquido que olía a canela—. Es probable que los choraii sólo estuvieran intentando ayudar a una adaptación. Sin la influencia de la droga, Jasón se habría mostrado más cauto cuando se le acercó la teniente Yar.

La doctora no se dejó tranquilizar por la interpretación que la intérprete hacía del propósito de la droga.

—Puede que ése sea el caso, pero aumentó su agitación cuando fue transportado.

—Siempre reaccionan de forma violenta al principio, incluso los pequeños. —Ruthe inclinó la cabeza. Los débiles gritos del niño podían ser oídos a través de las paredes de la enfermería—. ¿Es ése el otro?

—Sí —dijo en tono lastimero Crusher.

El don de Iovino no era un sustituto del alimento, y el niño continuaba sin comer.

—La canela lo calmaría.

—Necesita comida, no drogas. —La doctora luchó para que el enojo no se manifestara en su voz. No podía permitirse que la intérprete se enemistara con ella ahora. Así que Crusher utilizó el tema para iniciar la conversación hacia el pasado de Ruthe—. ¿Cuándo comió usted por primera vez tras salir de la nave choraii?

Ruthe se encogió de hombros con indiferencia.

—No lo recuerdo.

Crusher había esperado que persistiera su resistencia. Pese a carecer del perfil psicológico que le proporcionaría el historial clínico de Ruthe, la doctora había adivinado que el distanciamiento emocional le servía a Ruthe como un escudo que la protegía de un pasado doloroso. Sin embargo, las esperanzas más fundadas de supervivencia de Jasón residían en conseguir que Ruthe recordara lo que ella prefería olvidar.

—Tengo un plan para tratar a Jasón, pero necesito su ayuda.

—Ya he respondido a su pregunta acerca de la canela —le contestó Ruthe—. Eso es todo lo que estoy dispuesta a hacer. —Y le volvió la espalda a la doctora.

—Quiero recrear el interior choraii en un simulador —dijo Crusher armándose de calma—. Si Jasón puede regresar a un medio ambiente similar, a lo mejor conseguimos sacarlo de su retraimiento. —Atenta, buscó el más mínimo indicio de reacción por parte de Ruthe, pero la mujer era bastante difícil de interpretar. Al tiempo que procuraba no presionarla de una manera obvia, Crusher continuó con su explicación—. Data posee bastante información a partir de los sensores como para determinar las características generales de la estructura de una de esas burbujas y la composición de su atmósfera. La teniente Yar puede proporcionarnos alguna idea del interior, pero no muchos detalles. Usted es la única persona que puede confirmarnos una reproducción fiel.

—Ese niño es muy escandaloso —fue el comentario de Ruthe—. ¿No se cansa de todos esos gritos?

—Sí, me canso.

«No la fuerces —se recordó Crusher—. Deja que sea ella quien decida ayudar por su propia voluntad».

—Inténtelo con uvas. —Ruthe dio media vuelta para colocarse frente a la doctora—. O cualquier cosa redonda de textura suave. La comida choraii siempre tenía forma de burbujas.

Tras haberle dado ese único consejo, salió de la enfermería.

La doctora Crusher pulsó su insignia-comunicador.

—Data, podemos comenzar con el proyecto del simulador.

Ruthe no había dicho que no, y eso era lo bastante prometedor como para empezar con el trabajo.

A primera vista la sala era simple, un cubículo de paredes lisas y desnudas, así como el suelo. Las apariencias eran engañosas. El simulador era uno de los dispositivos de mayor complejidad tecnológica de la *Enterprise*.

Este simulador en particular era más pequeño que el que contenía la granja de Oregón, y la ilusión que creaba quedaba confinada en el centro de la sala. Una sola burbuja transparente, fija, se estremecía y su curvada línea se achataba en el punto de contacto con la cubierta. Su lisa superficie brillaba en la difusa luz ambiental utilizada para iluminar la etapa inicial del proyecto.

Dentro de la esfera, Tasha Yar flotaba suspendida, moviéndose en el agua con perezosas brazadas; sus rubios cabellos se ondulaban alrededor de su cabeza como un halo.

Sacudió una mano y la simulación desapareció, dejándola caer sobre la cubierta con un golpe sordo.

—¡Data! —gritó a modo de protesta.

Mientras se levantaba de la postura acucillada gracias a la cual había absorbido el impacto de la caída, se apartó un mechón de pelo que le caía por delante de los ojos.

El androide levantó la mirada del panel de control que había en la entrada de la sala, la frente arrugada de perplejidad. Captó la irritación de la voz de Yar, pero tardó un momento en deducir el motivo de esa emoción e inferir que era necesaria una disculpa.

—Lo siento. El campo de gravedad está ligado a otros parámetros del programa. Hará falta una puerta de entrada, pero me he concentrado en el interior de la nave choraii. No obstante, puedo tomarme el tiempo necesario para...

—No se preocupe por eso. —Con los pulgares y los índices, inconscientemente Yar se separó el traje de su cuerpo, y luego se detuvo al darse cuenta de que la tela estaba seca. Cuando Data había suspendido el programa, todo el líquido desapareció a la par que la burbuja que lo contenía—. De todas formas, la sensación que produce el programa está mejorando.

—¿Podría ser más concreta? —preguntó él.

—La temperatura parece la correcta y también la densidad del líquido. Al menos eso creo. —Se concentró para volver a evocar las sensaciones físicas de su breve visita a la nave choraii. Los recuerdos, que ella había creído indelebles, se desdibujaban un poco más cada vez que se sumergía en la simulación—. Pero hay algo que no es igual.

Data abrió la boca para hablar, pero Yar levantó una mano para detenerlo.

—Ya lo sé, por favor, sea más concreta —dijo. El androide asintió y ella volvió a intentarlo—. La flotación continúa sin ser la correcta.

—¿En qué sentido? —preguntó Data.

La doctora Crusher le había proporcionado muestras de la atmósfera interior, unos pocos milímetros obtenidos de la ropa de Yar, pero las propiedades de la sustancia eran difíciles de determinar a través de unas cantidades tan pequeñas. Al aumentar la masa del líquido, sus cualidades cambiaban. Esta mutabilidad era fascinante desde el punto de vista teórico, pero frustrante por lo que se refería a sus intentos de reproducir los efectos.

—No puedo decírselo. Simplemente produce una sensación distinta. —Yar se apresuró a señalar otros puntos antes de que él tuviera la posibilidad de obligarla a que concretase más—. Y las paredes todavía son demasiado rígidas.

—Ah. Esa característica en particular es muy interesante —dijo Data mientras ajustaba las instrucciones del programa para la construcción de la burbuja—. Los choraii presentan una asombrosa habilidad para controlar la tensión superficial...

—¿Y podemos intentarlo con el color añadido? —preguntó Yar—. A lo mejor eso ayudaría a conseguir que parezca más real.

Data asintió con la cabeza y entró otra serie de órdenes. Las estructuras generales de la nave choraii ya habían sido determinadas, pero estos detalles menores jugaban un papel igualmente importante en el establecimiento de la necesaria verosimilitud. Por desgracia, la imprecisión humana estaba alargando un proceso que consumía de por sí mucho tiempo. Si Data hubiera sido transportado a la *Si bemol* en lugar de la teniente, el proyecto ya estaría terminado a estas alturas. Él inició una vez más el programa.

—¡Eh!

Yar fue una vez más levantada por los aires sin previo aviso al reactivarse el campo de baja gravedad. Una esfera anaranjada translúcida apareció de forma repentina en torno a ella.

Cuando Wesley Crusher entró en el simulador de los granjeros, los prados iluminados por el sol estaban todavía mojados por la lluvia matinal y un delicado arco iris se extendía en el cielo. El idílico paisaje se veía realzado por la vista de blancos corderos que brincaban sobre la mullida alfombra de húmeda hierba verde, y un potrillo de patas largas que corría alrededor de una manada de terneros que pastaban. Caminando a través de las dispersas manchas de flores silvestres, Wesley se preguntó cuánto tardarían en crecer los champiñones y si alguien repararía en ellos.

—Buen tiempo estamos teniendo —dijo el viejo Steven cuando Wesley pasó por la huerta. El hombre se hallaba sentado sobre un tronco, pelando cuidadosamente una manzana con su navaja.

—Ya lo creo que sí —respondió el muchacho.

No podía saber si el viejo Steven había hecho el comentario a modo de cumplido o como simple observación. En cualquiera de los dos casos sería una grosería admitir que el mérito era suyo. Continuó caminando.

Wesley era un visitante frecuente de la granja; y a pesar de sus ropas propias de una nave estelar, el alférez a veces conseguía confundirse de una forma notable con la comunidad granjera. Cultivaba el mismo paso resuelto que utilizaba Dnnys cuando iba camino de sus tareas, y se guardaba para sí sus opiniones como un buen muchacho granjero. Al final, algunos de los más hostiles de los colonos se habían habituado a su presencia; otros, como el viejo Steven y Mry eran abiertamente cordiales cuando lo saludaban. Pero la mayoría se contentaba con hacer caso omiso de él.

—Dnnys está arriba, en el henil —dijo Mry cuando Wesley entró en el granero.

La muchacha estaba a cargo de la alimentación de los conejos y se encontraba atareada en la preparación de los biberones para la siguiente comida de los animalitos.

Cogiendo con una mano uno de los animalillos, Wesley le acarició las largas

orejas y se maravilló ante la suave textura de su pelo.

—Obtienen ustedes lana de las ovejas y leche de las vacas, pero ¿qué hacen con los conejos?

—Nos los comemos —contestó Mry.

Él bajó los ojos hacia el pequeño bulto marrón.

—¿Se los comen?

—Por supuesto. ¿Por qué le sorprende tanto? —Ella alargó las manos para que le entregara al animal.

—No lo sé. —Le dio el animal, pero no sin una punzada de pesar—. Supongo que había supuesto que eran ustedes vegetarianos.

—Son muy monos —afirmó la granjera mientras el conejillo chupaba el biberón—. Pero también tienen buen sabor. Y su pelo da calor.

—¡Cuidado! —gritó una voz desde lo alto, pero no con la bastante prontitud como para que Wesley pudiera apartarse del heno que caía, Dnnys se asomó a mirar desde lo alto y sonrió al ver que su amigo se sacudía el heno de encima entre toses—. Sube aquí, estarás a salvo.

Wesley se apresuró a subir por la escalerilla. Una vez cerca, vio la tensión subyacente tras la sonrisa del muchacho.

—¿Qué tal lo hice? —susurró Dnnys.

Clavó la horca en una bala ya abierta, y removió el heno para encubrir el sonido de las voces de ambos.

—He comprobado las respuestas de tu prueba esta mañana. Has aprobado, pero por los pelos.

Dnnys frunció el entrecejo por un momento y luego suspiró resignado.

—Creo que si tuviera más tiempo para estudiar, podría hacerlo mejor.

—Yo sé que podrías —declaró Wesley—. Captas los conceptos matemáticos muy rápidamente y has cogido mucha experiencia práctica durante el viaje. Sólo te falta un poco más. —Cogió la horca de las manos de Dnnys y arrojó una carga de heno hacia abajo—. Así que ponte a trabajar. No puedo reemplazarte en tus tareas durante más de una hora.

Dnnys se dirigió hacia el fondo del granero y una vez allí, sacó un libro de debajo de una tabla suelta. Las páginas se abrieron en la mitad del volumen. Entrecerrando los ojos, a la mortecina luz del henil, el chico se puso a leer.

Iovino arrancó la última uva verde de un pedúnculo ya desnudo. Varios pedúnculos más estaban dispersos por la mesa.

—¿Uva? —preguntó vocalizando mucho.

Moisés asintió vigorosamente con la cabeza y alargó su manita para coger la fruta. Arrebatándosela de la mano, Moisés se puso la uva contra los labios y luego la

chupó. Finalmente la hizo entrar en su boca con un ruido sonoro. Volvió a alargar la mano para pedir más.

—Ya has comido bastantes uvas por ahora —dijo Iovino.

El niño no había ingerido nada más ese día, pero era un buen comienzo de cara a la comida sólida. Incluso parecía reconocer la palabra. Sin embargo, continuaba existiendo una dificultad más seria. Se negaba a tragar líquidos. Tal vez la comida de su nave natal le había proporcionado el agua suficiente, pero a bordo de la *Enterprise* estaba corriendo el riesgo de sufrir una deshidratación.

Iovino tenía un plan para evitarlo.

Exagerando todos sus movimientos para captar la atención del niño, cogió un vaso de agua que había sobre la mesa. De éste salía una pajita de brillantes colores. Iovino se llevó con lentitud el vaso a los labios y chupó ruidosamente la pajita hasta que las mejillas le quedaron hinchadas con el agua que ella retenía en la boca.

Acercando su rostro al de él, Iovino lanzó un chorrillo de líquido a la cara de Moisés. El agua le bajó desde la frente, por las mejillas y acabó goteándole del mentón. El niño rió ante el truco.

—¿Te ha gustado? —preguntó ella—. ¿Quieres que lo haga otra vez?

Él no reaccionó ante las palabras, pero cuando ella volvió a levantar el vaso profirió una carcajada.

Ella repitió la secuencia de movimientos varias veces, y luego le ofreció al niño la pajita. No necesitó ninguna enseñanza sobre su uso, lo cual no dejaba de ser significativo, y se llenó la boca con agua de la misma manera que lo había hecho ella. Lo hacía incluso mejor que Iovino. Un chorrillo bañó la nariz de la mujer.

—Muy bien —dijo la enferma entre risas—. Ahora vuelve a ser mi turno.

El juego continuó entre el uno y el otro hasta que ambos quedaron empapados. Ella volvió a llenar el vaso y le ofreció la pajita a Moisés, pero esta vez deslizó las manos hasta la boca del niño antes de que éste pudiera lanzar el líquido. Con los pulgares le selló los labios y lo obligó a tragar el agua presionando cada mejilla con un dedo índice.

Él no rió, pero antes de que pudiera echarse a llorar, Iovino le ofreció la oportunidad de hacerle el mismo truco a ella. La mujer se tragó el agua que tenía en la boca cuando los torpes dedos de él le apretaron las mejillas.

—¿No ha sido divertido?

Resultó evidente que Moisés estaba de acuerdo, porque chupó por la pajita e hinchó los carrillos pero no escupió el contenido. Es más, aguardó a que la doctora ejecutara su parte en este nuevo juego.

La doctora Crusher le leyó en voz alta al capitán Picard algunos pasajes del informe de Iovino, pero por deferencia a la dignidad de la doctora adjunta se contuvo

de mostrarle las grabaciones visuales. La vista del regocijado niño que arrojaba chorros de agua a la cara de Lisa le había proporcionado a la oficial médico en jefe un divertimento que necesitaba mucho; pero la escena no sería vista por nadie más.

—Es una forma ingeniosa de abordar el problema —comentó Picard.

Sonrió al escuchar la descripción hecha por la doctora de la batalla de agua, pero le preocupaba el aspecto de agotada de Beverly Crusher. La fatiga realzaba sus altos pómulos y le despojaba el semblante de todo color.

—Es una de mis mejores médicos —declaró Crusher con orgullo, inconsciente del examen al que la estaba sometiendo Picard—. El niño está haciendo grandes progresos bajo sus cuidados. Puede que ya camine para cuando llegemos a la Base Estelar Diez. Por supuesto, ayuda el hecho de que sea tan pequeño. Los niños poseen una asombrosa capacidad para readaptarse.

Quince años antes la intérprete había pasado por el mismo proceso de rehabilitación. Picard intentó calcular cuánto tiempo haría de eso, pero resultaba difícil determinar la edad actual de ella.

—¿Qué edad tenía Ruthe cuando fue rescatada?

—Los resultados de su examen médico inicial indicaron que tenía alrededor de diez, pero esa estimación podría equivocarse en varios años. No tenemos prácticamente ninguna información sobre los efectos causados por el medio ambiente choraii sobre el crecimiento.

—Diez años de edad —dijo Picard pensativo—. Imagínese aprender a respirar aire, a caminar y hablar, a beber agua, todo por primera vez a esa edad.

—Peor aún —agregó Crusher—, imagine ese mismo esfuerzo con más de cincuenta años.

Sus expectativas respecto a la rehabilitación de Jasón eran más modestas: mantenerlo con vida. El proyecto del simulador había parecido prometedor al principio, aunque los recuerdos de Yar eran limitados y Data tenía cada vez más reservas acerca de las posibilidades de diseñar una simulación análoga.

—Beverly, está usted cojeando —dijo Picard alarmado al observar a la doctora cuando atravesaba la habitación en dirección a su escritorio.

—No me había dado cuenta.

Ahora que él le llamaba la atención sobre el detalle, sintió una punzada sorda en la pierna derecha. El darse cuenta de eso no la inquietó. Había experimentado dolores intermitentes desde que se había lastimado la pierna dos semanas antes.

—Pensaba que la herida estaba ya curada.

La lesión había sido profunda y la pérdida resultante de sangre estuvo a punto de tener consecuencias fatales. De hecho, Picard nunca había admitido realmente ante sí mismo lo cerca que Beverly Crusher estuvo de la muerte en el planeta Minos.

—Está curada. Lo único que sucede es que he estado de pie durante demasiado

tiempo.

—¿No es usted la que me advirtió en contra de eso de sentirse invencible?

Crusher rió débilmente.

—Yo me siento más bien como un bicho aplastado.

—Entonces, duerma un poco como el resto de nosotros. —Se contuvo para no decirle lo agotada que parecía.

La doctora Crusher estaba demasiado preocupada como para escuchar el consejo. Se volvió a mirarlo, y por un momento perdió su habitual compostura, derivada de su profesión, como si estuviera bajando una defensa que se hubiese hecho demasiado pesada para mantenerla.

—Jean-Luc, si no tenemos éxito en el proyecto de crear una simulación de la nave choraii, no sé qué más puedo hacer por Jasón.

Su voz delataba un miedo que Picard no le había conocido antes, ni siquiera cuando la propia vida de ella había estado en peligro en las cavernas de Minos. Entonces, al igual que ahora, él no tenía respuestas.

Al desaparecer la simulación Yar perdió el sostén que aquella le proporcionaba. La teniente ya había aprendido a prevenir la caída y aterrizó sobre los dos pies, manteniendo el equilibrio. Le dolían las piernas a causa de los repetidos impactos, pero era demasiado orgullosa para pedirle a Data que agregara la puerta antes de lo previsto. En especial porque ella no prestaba gran ayuda para que el proyecto avanzara.

El androide la miró expectante, esperando un comentario.

—No puedo decirle nada más —gritó Yar, lanzando las manos al aire presa de desesperación—. Más tibia, más fría, más presión, menos presión. Data, la he probado de tantas formas que ahora estoy hecha un verdadero lío. —En una ocasión su mente había retenido una clara y nítida imagen de la nave choraii, pero ya no podía confiar en esa imagen. Siempre que ella intentaba apresarla desaparecía como un espejismo en el desierto.

—Tal vez deberíamos trabajar a continuación sobre el grado de viscosidad —sugirió Data—. Usted dijo que eso estaba casi conseguido.

—¿Cuándo dije yo eso? —gimió Yar—. Data, no tiene ningún sentido continuar. —Apartó de la vista del androide, su rostro enrojecido por la rabia.

Data poseía una infinita paciencia y habría proseguido durante todo el tiempo que fuera necesario, pero también él percibía la futilidad de los esfuerzos de ambos.

—La doctora Crusher se sentirá decepcionada.

Las emociones humanas lo desconcertaban a menudo; pero esta vez había detectado positivamente la confianza de la doctora Crusher en este proyecto. Y su urgencia.

Volvió a crear la proyección de la imagen y estudió su apariencia con ojo crítico. Independientemente de la programación del interior, el exterior de la burbuja choraii era análogo al registro visual del androide.

—Tal vez esto sea suficiente para el tratamiento.

—Tal vez —suspiró Yar.

Intentó una vez más evocar un recuerdo sobre el que se habían superpuesto las percepciones de las pruebas realizadas en el simulador; aunque sólo sintió que la imagen real se alejaba aún más. Su experiencia había sido demasiado breve como para centrarse en los detalles.

Data se resignó al hecho de que el proyecto había llegado a su fin. Estaba preparándose para fijar el modelo más reciente cuando la expresión de sorpresa de la cara de Yar lo alertó de la presencia de una tercera persona.

Ninguno de los dos había oído acercarse a Ruthe. La intérprete apareció como salida de la nada en la entrada del simulador. Permaneció de pie, en silencio e inmóvil, hipnotizada por la translúcida esfera azafranada del interior. Luego, como si la empujaran al otro lado del umbral en contra de su propia voluntad, avanzó un paso, después otro, hasta que tuvo la imagen al alcance de la mano.

Ruthe extendió un brazo para tocar la superficie de la burbuja. Cuando sus dedos encontraron resistencia, se retiró como si el contacto la hubiese quemado. Se volvió para mirar a Yar.

—¿Cómo puedo meterme dentro?

Ruthe flotaba libremente dentro del cálido fluido, en el centro mismo del racimo de burbujas choraii. La esfera más interior era grande, varias veces el largo de ella; estaba limitada por todas partes por los óvalos planos que marcaban sus puntos de unión con las esferas que la rodeaban. Con perezosas brazadas nadó en dirección a otra de las burbujas y dio una patada a la suave envoltura, estirando así el flexible tejido. La membrana, al volver a su forma original, la empujó hacia el interior del lado opuesto. Utilizando sus manos como cuchillos atravesó otra membrana, y oyó el leve sonido sonoro de la entrada al cerrarse. Apoyando la planta del pie contra la superficie más cercana, se dio impulso y recorrió una sucesión de esferas.

Su impulsión a través del racimo de burbujas había comenzado por el puro placer de hacerlo. Se desplazaba al ritmo de una alegre música que resonaba como un eco a través del líquido circundante y que parecía temblar al contacto de su piel. Dio una voltereta y ascendió con despreocupada facilidad hasta que un sonido monótono, lúgubre y de notas más bajas, comenzó a ahogar la música precedente. Se diría que el miedo iba en pos de ella. El juego se había transformado en una cacería y ella era la presa.

A medida que Ruthe continuaba nadando, las esferas del racimo se hacían más pequeñas. Ella nadaba cada vez más y más rápido, dejando atrás burbuja tras burbuja, pero la persecución continuaba. Patada, desplazamiento, patada, desplazamiento... Cuando vio la luz difractada de las estrellas que destellaban al otro lado de la membrana, supo que se hallaba en la capa exterior de la nave choraii. El sonido de las entradas que se cerraban se hacía más audible a medida que su perseguidor se acercaba más. Le alcanzó una corriente que llevaba consigo un aroma desconocido, uno que olía a peligro.

El terror superó toda razón. Ruthe penetró a través de la última pared; al alcanzar el vacío helado como el hielo del espacio que se extendía al otro lado gritó y el líquido desapareció de sus pulmones...

Deelor avanzó a tientas por la oscuridad del camarote, atraído por el ruido de los gritos de Ruthe hasta el rincón en que ella estaba durmiendo. Abrazó el cuerpo de ella, que luchaba violentamente contra él, y la llamó por su nombre una y otra vez hasta que los alaridos cedieron paso a los sollozos y ella dejó de forcejear contra su abrazo. De modo gradual, mientras le acariciaba el cabello y le hablaba en un constante susurro tranquilizador, la tensión de los músculos de Ruthe se aflojó. Hacia la convencional mañana, cuando la venció el sueño, aún un tanto inquieto, Deelor se apartó de su lado.

—No miren hacia abajo —dijo Yar a los demás al entrar en el simulador.

Beverly Crusher observó de inmediato sus pies. Se encontraban por encima de un abismo negro, a años luz de distancia de las brillantes estrellas que había allá abajo. Luchando contra el ataque de vértigo que se apoderó de ella, la doctora alzó los ojos y se concentró en la esfera azafranada que estaba suspendida delante de ella. Data había sugerido colocar la burbuja choraii en un escenario cósmico y Crusher se mostró de acuerdo en que eso aumentaría la verosimilitud de la experiencia. El resultado era pasmoso. Y llegaba a confundir.

—Se lo advirtieron —dijo Troi comprendiendo lo que le pasaba por la cabeza.

—Ahora, recuerde, inspire sin cuidado, no se retenga. —Yar no se molestó en ocultar el perceptible contento que le producía la oportunidad de repetirle a la doctora el mismo consejo que ésta le había dado—. Inhale el líquido. No tiene problema.

—Gracias, Tasha —dijo Crusher con sequedad.

La doctora se recordó que esto no era nada más que una sala de simulador y no una verdadera nave choraii, pero eso le sirvió de muy poco una vez que hubo entrado en el interior del medio ambiente alienígena. A medida que se desplazaba lánguidamente por el líquido, su cuerpo se negaba a aceptar la orden que la mente le daba de respirar.

Haciendo gala de su dominio de la braza, la doctora nadó hasta el lado de Jasón. Yar lo había transportado directamente de la enfermería al centro de la proyección. Todavía estaba flotando, encogido como antes o quizás un poco menos. Crusher alargó una mano para coger el diminuto escáner que llevaba sujeto a la cintura e inició su examen. Recorrió el cuerpo del hombre y descubrió que había metabolizado hasta el último resto de los sedantes; la actividad cerebral demostraba que el hombre era consciente de la presencia de ella. Una diferencia sustancial respecto de su estado anterior.

Crusher regresó nadando a la entrada, pero justo antes de salir de la burbuja se obligó a realizar una rápida inspiración de la atmósfera, llenándose los pulmones de aquel líquido al que no estaba acostumbrada, ni a él ni a su peso. El respeto de Crusher por Yar aumentó varios puntos. La jefa de seguridad tenía agallas.

—Está dando resultado —dijo Crusher al salir. Recogió su cabello y se escurrió los restos del virtual y acuoso interior. Por el uniforme le bajaron riachuelos de líquido y formaron charcos sobre la superficie de la invisible cubierta—. Está mejorando.

—Sí —asintió Troi, aunque falta de entusiasmo. Las emociones que había captado al despertar Jasón estaban lejos de ser tranquilizadoras.

Patrisha aún tenía en las manos el libro de texto cuando Dnnys entró en la habitación.

—Eso es mío —dijo él en tensión.

—Lo siento, Dnnys. No tenía intención de fisgonear. —Ella dejó el libro sobre la cómoda del camarote, junto a la ropa que había sacado del cajón—. Estaba guardando tus cosas para nuestra llegada a Nueva Oregón. Has estado tan ocupado últimamente... —Sus dedos recorrieron el título de libro—. Ahora puedo ver por qué.

Él bajó la vista al suelo.

—No lo lamento. Sea cual fuere el castigo, no voy a decir que lo siento.

—No, no esperaré que lo hicieses —dijo Patrisha con cierto deje de abatimiento—. Si Tomás no ha conseguido meterte a golpes un poco de sensatez a estas alturas, ya no queda ninguna esperanza.

La cabeza de su hijo volvió a alzarse con brusquedad, los ojos destellando de furia.

—Tú no crees en sus estúpidas reglas. ¿Por qué debería hacerlo yo?

Patrisha sintió que la garganta se le cerraba a causa del miedo.

—¿Tan claro resulta? —preguntó.

—Tal vez no para los otros, pero yo me doy cuenta.

—Y este libro... ¿qué ganarás con leerlo?

—Un título de mecánico —replicó Dnnys—. Un pasaje para marcharme de Nueva Oregón en la primera nave de carga que necesite uno.

Jasón podía ser visto desde el exterior de la burbuja choraii, pero sólo como una fantasmagórica figura pálida que flotaba a la deriva. Sus ojos estaban cerrados y no parecía advertir la presencia de las tres personas que lo contemplaban y hablaban de él en voz baja. A pesar de que los brazos y piernas ya no los mantenía entrelazados con su cuerpo, los movimientos de los mismos eran lánguidos y limitados.

—¿Y si Data repitiera la configuración de la burbuja y creara un racimo? —sugirió Beverly Crusher. Sus cejas se habían unido, la preocupación dibujada en el rostro—. La estructura sería aún más parecida a la original...

—No serviría de nada —dijo Troi—. La construcción de la esfera no es el problema. Él está buscando algo que nosotros no podemos proporcionarle.

Una vez más, aunque no sin cierto temor, la consejera relajó su escudo emocional y notó lo que Jasón sentía. Buscó palabras para describir lo que él anhelaba..., la sensación de abandono, pero la voz se le ahogó en lágrimas.

—Está escuchando para ver si oye a los choraii —musitó Ruthe, un poco aparte de las otras dos mujeres—. A pesar de que sabe que no están.

—¿Tocaría usted para él? —preguntó Crusher—. Tal vez su música pueda llegarle.

La intérprete permaneció inmóvil durante un momento antes de responder.

—Cuando yo era pequeña y mi madre y yo andábamos por las aguas de nuestra nave natal, ella solía contarme la historia de Hamlin. Aquel día oyó la canción de los

choraii y rió y dio palmas de júbilo ante el embriagante sonido de su música, a pesar de que todo a su alrededor estaba convirtiéndose en polvo y fuego. Y me dijo que los choraii salvaron a la niña, y a todos los otros niños, para que pudieran escuchar las melodías durante el resto de sus vidas.

—¡Qué horrible! —gritó Troi.

—¿Lo cree así? —preguntó Ruthe casi con dulzura.

—Ruthe, por favor —pidió Crusher, el sufrimiento atenazándole la garganta—, ayúdenos a salvar a Jasón.

La mujer negó con la cabeza.

—No han entendido lo que quería decir. El débil aliento de mi flauta no puede compararse con la música coral. Además, lo único que siento son canciones tristes.

Dio media vuelta y salió del simulador.

—Maldita sea —dijo la doctora, su furia bien patente.

Troi alargó una mano y aferró a Crusher por un brazo.

—Beverly, esto también está afectándola a ella. Cuando Ruthe llegó a bordo por primera vez, se había aislado de todo sentimiento. Ahora se está viendo forzada a revivir su pasado a través de Jasón y del niño. Puedo percibir una enorme cantidad de emociones que despiertan a la vida en su interior. Tenemos que tener mucho cuidado con lo que le pedimos que haga.

—Bueno, pues para mí no tiene ningún sentido —dijo Riker mientras él y Data avanzaban por los corredores camino del puente—. ¿Cómo se puede tener una religión si uno no puede hablar de ella?

—Algunas culturas prohíben que se hable del sexo, y a pesar de eso consiguen reproducirse.

Data no había tenido intención de divertirlo, pero el primer oficial se echó a reír ante la observación.

Data sacudió la cabeza.

—Usted nunca muestra la misma reacción cuando cuento un chiste.

—Eso se debe a que cuando lo hace nunca es gracioso —replicó Riker y rió con más fuerza.

—El tema requiere mucho estudio —consideró Data.

—No estoy muy seguro de que pueda desarrollar sentido del humor mediante el estudio —dijo Riker. Vio una silueta conocida e intentó darle alcance—. Es algo que viene de forma natural.

—¿Como el dormir? —Sin esfuerzo aparente Data imprimió más velocidad a sus piernas hasta igualar el largo paso del primer oficial—. Ése es también un tema difícil. Hasta ahora no he conseguido comprender el atractivo de la inconsciencia.

Riker ya no lo escuchaba.

—Deanna.

Troi no se volvió hasta que él la hubo llamado dos veces más.

—¿Qué sucede? —preguntó Riker en tono vivo cuando alcanzó a ver su cara.

—Sólo estoy cansada —respondió la consejera. Levantó una mano y se tocó la humedad que le impregnaba las mejillas—. Vaya, he estado llorando.

—Deanna...

—Estoy bien, Will. Simplemente he pasado demasiadas horas con el cautivo de Hamlin. Se siente tan solo, tan lleno de desesperación...

A pesar de que era demasiado consciente de las miradas de soslayo de los miembros de la tripulación que pasaban y de la no disimulada curiosidad de Data, Riker sentía reticencia a abandonar a Troi.

—Te acompañaré hasta tu camarote.

—Gracias, Will —dijo Troi, y agregó de inmediato—: Pero ahora mismo preferiría estar sola. Son sólo emociones de otros, pero mientras no consiga librarme de su influencia soy vulnerable. —Apresurando el paso, Troi se sumó a dos pasajeros que ya aguardaban en el interior del turboascensor.

—¡Deanna!

Las puertas se cerraron entre ambos.

—También tengo unas cuantas preguntas acerca de la secreción de lágrimas —dijo Data—. Tal vez esto sería un buen...

—Ahora no, Data —le espetó Riker y echó a andar con mayor rapidez.

—Aunque, por otra parte, puede que no —dijo Data para sí.

Agregó otra pregunta a su constante lista de desconcertantes comportamientos humanos.

La doctora Iovino se escurrió la parte delantera de su uniforme.

—Creo que ya has bebido suficiente —dijo al tiempo que apartaba el vaso de Moisés.

Aún no había conseguido convencerlo de lo divertido que sería jugar a lo mismo con la comida.

—¡No! —gritó el niño enérgicamente.

—Imaginaba que dirías eso. —Le hablaba de forma constante, y la capacidad de comprensión del niño parecía aumentar cada vez más, casi como si ya estuviera familiarizado con las palabras, aunque todavía le costaba hablar. De momento, poseía un vocabulario de una sola palabra—. Por si te interesa, tu desarrollo está justo dentro de lo previsto.

—¡No!

—Eso sí que es una rotunda negativa, ¿verdad? —Luego, a modo de respuesta, ambos gritaron el invariable: «¡No!». Moisés rió alegre ante el coro de sus voces.

Una sombra se proyectó sobre el suelo e Iovino levantó la mirada para ver quién entraba en la habitación. Reconoció a la mujer como a uno de los supervivientes de la *Ferrel* y sospechó que Ruthe tenía algo que ver con el extraño niño. Ella misma se parecía bastante a una niña tímida. Lisa hizo caso omiso de la presencia de Ruthe y continuó hablando con el niño.

—Mira lo que tengo. —Iovino le enseñó un trozo de chocolate—. ¿Quieres un poco?

—¡No! —aseguró el niño rotundamente.

Ella lo escondió detrás de su espalda y esperó para ver la reacción de él. Cuando empezó a gimotear, ella le habló vocalizando mucho.

—Pero si me has dicho que no querías.

A pesar de estar mohíno, se mostraba atento a lo que ella decía.

—¿Quieres un poco? —volvió a ofrecerle Iovino—. ¿Sí?

El labio inferior del niño dejó de temblar.

—Ssssí —dijo articulando un exagerado sonido sibilante. Le arrebató el chocolate de la mano y volvió a ser todo sonrisas.

—Parece feliz —dijo Ruthe con un atisbo de sorpresa en la voz.

—Es muy despierto, y muy majo. A Moisés le irá bien acabe donde acabe.

La doctora frunció el ceño ante su propio comentario. Había estado tan atareada con el presente bienestar del niño que no había pensado en su futuro. De repente sentía curiosidad sobre qué sería de él.

—Me pregunto si les gustará a todos.

—¿A todos? ¿Quiénes? —inquirió Iovino. Ahora la sorprendida era ella.

—A los otros niños. He intentado no pensar en ellos, pero tal vez también ellos sean felices.

La mujer salió de la habitación de una forma tan de improviso como había llegado, dejando a Iovino a solas para meditar sobre el preocupante comentario. Meditabunda, la doctora contempló a Moisés comerse el último trozo de chocolate. Comía con cuidadosos mordisqueos que le dejaban la cara notablemente limpia; y es que el niño detestaba ensuciarse. Lo del agua era distinto.

—Piensa en ello, Moisés. Más niños como tú.

—Ssssí —dijo él con gran convicción.

Jasón abandonó la vida en silencio.

Flotó en paz durante un minuto antes de que el equipo médico llegara al simulador y desactivara la ilusión de la esfera choraii. Un grupo de gente, Beverly Crusher en su centro, se reunió en torno al hombre tendido sobre la dura superficie del desnudo cubículo. Ásperos chasquidos metálicos y voces subidas de tono resonaban entre las lisas paredes al aplicar una y otra vez el equipo de reanimación de

emergencia.

Ruthe contemplaba la lucha que los doctores libraban sobre el pálido cuerpo inmóvil, pero sabía que sus frenéticos esfuerzos eran en vano. Jasón se les había ido.

Crusher tenía la cabeza desplomada, pero Picard vio que había demasiada tensión en su columna como para que estuviese durmiendo. Avanzó otro paso.

—¿Beverly? —Ella se enderezó pero no le habló—. Ya ha perdido pacientes antes de ahora —dijo él en voz baja.

—Pacientes enfermos o heridos —contestó ella—. Con lesiones o afecciones demasiado graves como para que pudiera curárselas, sí. Esas muertes son inevitables. Pero Jasón estaba bien y no pude mantenerlo con vida.

—Fue decisión mía la de traerlo a bordo.

—No estoy culpándole. Ni siquiera estoy culpándome a mí misma. En ese momento parecía lo más correcto de hacer, pero Ruthe conocía mejor la situación. Tendríamos que haberlo dejado donde estaba.

—¿En cautividad? —El horror que él sentía hacia las condiciones en que debía de desarrollarse la vida de los niños de Hamlin no era fácil de hacer a un lado.

—Para él, esto era la cautividad —dijo ella, queriendo abarcar con un gesto toda la nave—. Jasón se suicidó. No directamente, no se autolesionó; sencillamente decidió dejarse morir.

Picard escuchó el temblor de la voz de ella con profunda preocupación; y advirtió que aquella palidez de la doctora seguía impresionándole.

—Está usted demasiado cansada para esta conversación.

—No puedo dormir —contestó ella bruscamente al tiempo que se levantaba del escritorio—. Tengo trabajo que hacer.

—No le devolverá la vida a Jasón poniéndose a dar vueltas por la enfermería.

—Tengo otros pacientes que cuidar.

—¿No confía en su personal, doctora Crusher?

—Bueno, por supuesto que...

—Entonces, ¿qué problema hay?

—De hecho, creo que estoy demasiado cansada para poder dormir.

Picard conocía la sensación. Pasado un cierto punto, el agotamiento se alimentaba de sí mismo y la mente corría a toda velocidad sin considerar el descanso que necesitaba el cuerpo.

—Un sedante le ayudaría.

—No practique la medicina sin tener el título —le aconsejó ella mientras se encaminaba hacia la puerta de la oficina—, y yo no daré órdenes en el puente.

Él la dejó pasar, ella fue para la antesala con su garboso caminar, y luego la siguió. No llegó muy lejos antes de que la detuvieran.

—¿Qué sucede, Iovino? —preguntó Crusher sin ocultar su impaciencia.

Picard aguardó hasta que la joven doctora adjunta estuvo de pie junto a Crusher; entonces la llamó:

—Beverly...

Ella se volvió a mirarlo. Con una habilidad admirable, Iovino sacó una hipodérmica y la presionó contra el brazo de la oficial médico en jefe. Crusher se apartó bruscamente, pero no antes de que el contenido estuviese inyectado en su cuerpo.

—¿Qué demonios está haciendo, Iovino?

—Obedeciendo mis órdenes —replicó Picard que avanzaba hacia ellas. Había abrigado la esperanza de poder evitar esta táctica, pero ante la obstinación de Crusher parecía no haber alternativa. Afortunadamente, la doctora Iovino consintió de inmediato en realizar la maniobra.

—Maldición, nadie le da órdenes a mi personal, excepto yo. —Crusher se había enfurecido con Picard, el cual se quedó impasible. La doctora se volvió a mirar a Iovino—. ¿Retranine?

—Diez centímetros cúbicos.

—Tendría que abrirle un expediente por esto.

—Mientras no me escupa... —dijo la interna sin arrepentimiento alguno—. Estoy cansada de que me escupan.

Crusher vaciló. El sedante ya estaba haciéndole efecto. Tras un leve resoplido exasperado, dijo:

—Cinco centímetros cúbicos habrían sido más que suficientes.

Iovino se encogió de hombros.

—Sabía que tendría que inyectárselo a través de la chaqueta.

—Ah, tiene razón —dijo Crusher. De pronto sintió la cabeza muy pesada.

—Vamos. —Picard la asió firmemente por un codo—. La acompañaré hasta su camarote.

La tripulación del turno de noche del puente era reducida. Data supervisaba el timón mientras el teniente Worf controlaba los terminales de popa. Podía contar con personal de apoyo, pero el klingon no requeriría ayuda. Realizó otra comprobación en el panel de comunicaciones, la tercera hasta el momento, e informó de los resultados manteniendo la expresión impasible.

—No hay respuesta.

—Maldición. —Riker se inclinó hacia delante en el asiento del capitán—. ¿Data?

—Estamos dentro del radio de contacto, señor —declaró Data, volviendo la cabeza desde el terminal de observación—. Algo anda mal.

El primer oficial enumeró las posibles razones que podían justificar el silencio de Nueva Oregón.

—Avería en los equipos, interferencia de una tormenta de iones...

—Esa posibilidad ya se me había ocurrido —intervino Data—. He realizado el preceptivo sondeo y hallado unos niveles de iones estables.

Riker continuó con la enumeración:

—Frecuencia equivocada...

—Comprobando todas las bandas de comunicaciones —comunicó Worf mientras sus pesadas manos efectuaban ligeras pulsaciones sobre el teclado—. No hay transmisiones en ninguna frecuencia.

Riker suspiró pesadamente.

—Lo cual nos deja o una avería del equipo o... —Dejó la frase sin terminar suspendida en el aire.

—Cualquier otra conjetura sería altamente especulativa —señaló Data.

—Lo sé, Data, pero tendremos que suponer lo peor hasta que estemos seguros de lo contrario; la experiencia obliga a esa interpretación. ¿Cuál es nuestro tiempo estimado de llegada?

—Dentro de quince horas, veintitrés minutos... —Data hizo una pausa y agregó—: Y cinco segundos.

Riker estaba demasiado ocupado en pensar como para decirle una vez más a Data que en esos casos no era preciso ser tan exactos. Lo que le preocupaba al primer oficial era que muchas cosas podían suceder en quince horas.

—Aumente la velocidad a factor hiperespacial siete.

—Factor hiperespacial siete —confirmó Data, y la nave respondió con un estremecimiento casi imperceptible.

Sin embargo, el capitán lo sentiría. Esta vez, Riker pulsó su insignia-comunicador antes de que Picard exigiera una explicación.

—Capitán, se solicita su presencia en el puente.

La doctora Crusher fue la última de los miembros de la tripulación en recibir la convocatoria. Se frotó los ojos soñolientos e intentó extraer algún sentido de la imagen que halló en el puente. Estaba reunido un grupo de expedición. Worf y Yar se encontraban inclinados sobre el terminal de seguridad, demasiado absortos en sus observaciones como para acusar recibo de la entrada de la doctora. Trabajaban con la concentración típica de una situación de alerta. Creciéndole la intranquilidad, la doctora se encaminó hacia el centro de mando, donde el capitán estaba inmerso en una conversación con Riker y Andrew Deelor. Tanto LaForge como Data se encontraban en los terminales de proa.

Picard levantó la mirada al aproximarse la doctora e interrumpió su charla con los otros hombres. Había esperado hasta el último minuto antes de llamar a la doctora, para permitirle descansar todo lo posible; pero ya era hora de que supiese qué había sucedido. Era la única oficial médico con acceso a la información reservada, y por tanto a la misión que ahora les esperaba.

Crusher estudió la imagen de la pantalla frontal: un planeta de color beige rayado por listas verde claro.

—¿Nueva Oregón? Hemos llegado antes de lo previsto.

—Sí —repuso Picard—. Ha habido un problema.

—¿Un problema? ¿Qué clase de problema?

—Creemos que la colonia ha sido atacada.

El deje de abatimiento de Picard tendría que haber alertado a Crusher de lo que vendría a continuación, pero la mente de ella no quería aceptar las evidentes consecuencias.

—¿Por qué se me ha llamado al puente? Debería estar en el planeta con mi equipo médico.

Riker abrió la boca para hablar, pero el capitán lo silenció alzando una mano. Picard prefería darle él mismo la noticia.

—Ya es demasiado tarde para prestarles asistencia médica alguna, doctora Crusher.

—¿No hay supervivientes? —Aturdida, se dejó caer en un asiento. La invadió un agotamiento, del cuerpo, del alma. La enfermería ya estaba preparada para la revisión médica de los trabajadores de la Federación que estaban en la colonia, más de veinte ingenieros agrónomos especializados en terrenos de conformación terrícola, mecánicos y técnicos en general—. ¿Están todos muertos?

Picard se apresuró a prevenir cualquier falsa esperanza.

—En la superficie del planeta no queda ninguna señal de vida. Incluso la vegetación está muriendo.

Para el momento en que Geordi LaForge había llevado a la *Enterprise* hasta la órbita en torno a Nueva Oregón, los sensores dejaron claro que ya no tenían sentido ni la revisión ni la asistencia. Las bandas de radio continuarían en silencio.

—¿Cómo? ¿Por qué? —preguntó Crusher, y halló la respuesta por sí misma en la presencia de Andrew Deelor—. Los choraii.

—Posiblemente —dijo Picard—. Data ha detectado un débil rastro de partículas orgánicas. No es algo concluyente, pero da que pensar. No lo sabremos con seguridad hasta que un grupo de descenso haya examinado la superficie.

Data se volvió desde su terminal de observación.

—He establecido las coordenadas tanto de las estaciones como de los puestos avanzados de los granjeros. De lo que queda de ellos. He buscado entre una considerable extensión de escombros para hallar un punto despejado en el que pueda descender un grupo de expedición. —Señaló una inquietante mancha roja en su pantalla—. Y las condiciones climáticas serán bastante duras. Los campos de control atmosférico parecen estar fuera de uso.

—Dos grupos —ordenó Picard en tono enérgico—. Uno a cada zona.

Entre las más duras lecciones de mando había estado el aceptar al grupo de expedición como un sustituto de su propia presencia, el usarlo como sus ojos, oídos y manos. Riker invocaría la seguridad como razón para que el capitán permaneciera en el puente; y en el fondo, Picard había llegado a darse cuenta de que podía realizar mejor su trabajo estando a distancia, echando mano alternativamente de los recursos de su nave o de los del grupo que llevaba a cabo la misión.

Riker reunió al punto el primer grupo.

—Data, Yar, encárguense del asentamiento de los granjeros.

Los oficiales designados abandonaron sus puestos y dejaron a LaForge y Worf solos en los extremos opuestos del puente. El primer oficial señaló luego a Deelor y Crusher.

—Nosotros cubriremos las estaciones. La mayor destrucción la encontraremos allí.

Crusher se levantó pesadamente del asiento, recurriendo a sus escasas reservas de energía.

—Se supone que yo debo salvar vidas —comentó como para sí—, pero últimamente no he hecho nada más que firmar actas de defunción.

El grupo de descenso que comandaba Riker se materializó en un ancho llano sin características particulares. Una fría lluvia torrencial caía sobre ellos, y unas nubes de color púrpura oscuro ocultaban el sol, convirtiendo la media tarde en un anochecer. Bajo sus pies comenzaba a pudrirse una gruesa alfombra de plantas en el suelo anegado. El primer oficial sondeó el horizonte en busca de señales de viviendas.

—Por allí —dijo Deelor al tiempo que señalaba un punto que se hallaba a varias docenas de metros.

Riker bajó la mirada. Las estaciones terrícolas lógicamente eran construidas con finalidades más utilitarias que estéticas, pero las estructuras de Nueva Oregón carecían ahora de ambas cualidades. Los bajos y estrechos tubos y las arracimadas cúpulas del centro de operaciones habían sido quebrados, hendidos, arrasados.

Abriendo la marcha, Riker avanzaba con tiento a través del agua estancada que cubría el terreno. A pesar de su cuidado, tropezó con algo que sobresalía entre unos escombros hundidos en el fango. Se inclinó y recogió un trozo de metal retorcido. Su función original resultaba imposible de determinar, pero el aguacero le quitó el barro y dejó al descubierto zonas chamuscadas de la superficie metálica. Riker le entregó el fragmento a Deelor, el cual lo inspeccionó con gran interés.

—La capa externa está completamente carbonizada —observó. Con la uña de un dedo pulgar arañó una fina línea brillante.

—Buscaré los cuerpos —dijo Crusher, y echó a andar lentamente. Sus ojos recorrieron los escombros quemados. Cuando su tricorder emitió un repentino pitido, ella miró más atenta una masa ennegrecida que se interponía en su camino—. He encontrado algo, primer oficial.

—¿Es un cuerpo? —preguntó Riker tras responder a su llamada.

El rostro de la doctora palideció y él empezó a tragar saliva de manera refleja.

La doctora asintió y le enseñó su tricorder.

—Los elevados niveles de calcio indican la presencia de huesos en el interior. —Desplazó el instrumento, orientándolo hacia el perímetro externo de la estación—. Registro varios cadáveres más por allí, enterrados bajo cenizas y escombros. También carbonizados.

—El fuego tiene que haber sido muy intenso para causar tanta destrucción —comentó Riker.

—No ha sido fuego. —Deelor apartó a un lado con un pie un trozo de plancha metálica que había cerca del cadáver—. Los signos de impacto son inconfundibles. Un golpe tremendo de un campo de fuerza aplastó el área. A eso le siguió un baño de ácido.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó Riker.

—He visto informes de una destrucción similar en otro planeta. Es exactamente como en Hamlin.

Data escuchaba por el canal abierto de la insignia-comunicador de Riker, y comparaba la descripción hecha por Deelor de la estación terrícola con las carbonizadas ruinas del asentamiento agrícola. Podridos trozos de madera quemada estaban dispersos, ora formando desiguales montones, ora lúgubrementemente aislados. La

lluvia torrencial había convertido en lodazales los campos de cultivo.

—Los choraii han estado aquí —le informó Data a Picard—. Quedan muy pocos restos de las estructuras de madera. Aún queda menos de la gente que vivía en ellas.

—Yo me enrolé en la Flota Estelar animado por el propósito de evitar que sucedieran cosas como ésta —dijo Yar mientras contemplaba la destrucción, sus labios contraídos—. Esta vez hemos llegado demasiado tarde.

Una vez más, la sala de reuniones estaba llena. El capitán Picard comparó la sesión con la que había tenido lugar unas dos semanas antes, y observó las diferencias. Wesley Crusher, que por lo general insistía en sentarse lejos de su madre, se había encaminado directamente al lado de ésta, como en busca de consuelo. La consejera Troi, también conmovida por la noticia de la destrucción de la colonia, manifestó su necesidad de una forma menos evidente, pero acabó sentada junto a Riker. La proximidad de ambos tendría poco sentido para la mayoría de los ocupantes de la sala, pero el capitán sabía ver su significado.

Una persona brillaba por su ausencia. Picard se volvió a mirar al embajador.

—¿Dónde está Ruthe?

—No he tenido tiempo de hablarle del ataque —dijo Deelor, y se apresuró a agregar—: De todas formas, ella no tendrá ninguna información útil al respecto.

Picard descartó la excusa e hizo una apreciación innegable:

—No podrá ocultárselo. Más temprano o más tarde ella oír hablar del asunto.

—Entonces, que sea más tarde —murmuró el embajador, inquieto—. Acabemos con esto, ¿le parece?

Los primeros minutos de la reunión se dedicaron a repasar las observaciones de los grupos que habían descendido. Data resumió los puntos comunes de los daños de ambos emplazamientos haciendo gala de la precisión característica en él. Picard se preguntó qué sensaciones, si las había, subyacerían ocultas en el objetivo informe. Él no dudaba de que el androide fuera capaz de experimentar emociones, pero el capitán consideraba también que Data, al igual que un niño, podría ser capaz de vivir el desastre del planeta como algo ajeno. Tal vez ese proceso asociativo no podría comenzar hasta que Data hubiese conocido un hecho trágico que le afectara personalmente. La doctora Crusher se mostró igualmente profesional en su exposición de los resultados de las autopsias, pero una mano la apoyaba en el brazo de su hijo.

Al finalizar el informe de las pruebas de quemaduras de ácido presentadas por Crusher, Deelor aclaró aún más detalles del ataque choraii basándose en sus conocimientos de la matanza de Hamlin.

—Tiene que haber sido una nave grande, mucho más que la *Si bemol*. Sólo las más viejas de las naves choraii pueden sobrevivir a la entrada en una atmósfera

planetaria. Desconocemos cómo lo consiguen, pero es evidente que las esferas se comprimen bajo la presión atmosférica hasta que los componentes inorgánicos del casco se contraen formando un rígido exterior metálico.

—Mientras que las naves más jóvenes, más recientes, con burbujas más pequeñas, se comprimirían hasta el punto de aplastar a la tripulación —dedujo Data—. O carecen de los suficientes componentes metálicos como para formar ese exterior.

—Pero ¿por qué atacaron? —exigió saber Riker con acento amargo—. Hamlin era una colonia minera, pero Nueva Oregón es... era estrictamente agrícola. ¿Qué metales podían tener la esperanza de encontrar los choraii?

—Puede que nunca lo sepamos. —Las oscuras cejas de Deelor se unieron sobre su nariz—. Si estaban quedándose sin suministros, puede que actuaran por pura desesperación. O tal vez sólo por curiosidad. Su anterior paso por este sistema solar habría tenido lugar antes del proceso de conformación terrícola. Los cambios de la superficie del planeta podrían haber atraído su atención.

—¿Y la matanza sin objeto? —preguntó Picard—. ¿Qué excusa hay para eso? Deelor se puso rígido.

—Yo no estoy defendiéndolos, capitán.

—Pero ¿continuará la Federación manteniendo relaciones con los choraii?

Un coro de protestas estalló entre los miembros de la tripulación al comprender éstos que el ataque contra Nueva Oregón podía no alterar las directrices diplomáticas.

—Imposible —declaró la teniente Yar, alzando la voz por encima de las demás—. Primero Hamlin, ahora Nueva Oregón. Yo he visto lo que hicieron con el asentamiento de los granjeros. ¡Los choraii son unos carniceros!

Picard continuó, su voz era engañosamente tranquila.

—¿Cuál es el precio de la diplomacia, embajador Deelor? ¿Cuál el del secreto de los motores alienígenas?

—Eso no nos corresponde a nosotros decidirlo —replicó Deelor sin perder la calma—. El sopesar las consideraciones éticas frente a las exigencias de la defensa es tarea de los almirantes de la Flota Estelar. Hasta que cambien la política existente, nosotros continuaremos ateniéndonos a las órdenes. Lo cual significa que por el momento, el incidente de Nueva Oregón deberá ser tratado como cualquier otro encuentro con los choraii. Toda la información se considerará confidencial.

—¡No puede guardar esto en secreto! —gritó Riker—. El Centro de Conformación Terrícola tendrá que saber que sus hombres fueron asesinados. Y ahí abajo había también granjeros. No podemos ocultarles esas muertes a los pasajeros durante más tiempo.

Deelor arrugó el gesto.

—Sí, son demasiadas las personas de a bordo de la nave que están enteradas de

los resultados de la investigación llevada a cabo por los grupos de descenso. No tenemos otra elección que informar a los granjeros del ataque, pero por ahora la identidad de los atacantes es desconocida.

Picard se tomó a mal la facilidad con que Deelor hacía a un lado el cometido más difícil de llevar a cabo: anunciar una muerte. Como capitán, esa responsabilidad le correspondía a Picard por tradición, y era la más odiosa de las derivadas de su rango.

Clavó la mirada en Beverly Crusher, concentrándose en el perfil de ella; recordó su rostro como lo había visto años antes cuando se enteró de la muerte de su esposo. Picard le había dado la noticia en persona. El anuncio de la llegada de él, sin Jack a su lado, había sido suficiente para advertirle a Beverly lo que se avecinaba. Aquella impresión le había enturbiado los ojos antes incluso de que Picard comenzara a hablar. Era probable que ella no hubiera llegado a captar las palabras, pero él se acordaba demasiado bien...

Picard se apartó de su malsano tren de pensamiento, pero su concentración se había hecho pedazos. Los comentarios finales de Deelor eran un molesto ruido difícil de soportar.

Troi fue la primera en acercarse al capitán al concluir la reunión.

—Capitán, me gustaría acompañarle cuando vaya a ver a los granjeros.

Picard asintió brevemente. Así pues, la consejera había captado la agitación de su interior. Troi era un recurso invaluable para juzgar la salud emocional de su tripulación, pero se sentía incómodo cuando ese mismo talento empático era utilizado con él. Probablemente ella captó también esa reacción.

—¿Capitán Picard?

—¿Sí, señor Crusher? —dijo Picard al tiempo que se volvía para mirar al joven alférez. Otro recordatorio de la muerte de Jack—. ¿Qué sucede?

—He pensado que debería saber que entre los colonos de Nueva Oregón había una hija de la granjera Patrisha.

—Gracias, alférez —repuso el capitán.

El muchacho estaba en lo cierto; la información era importante. También hacía que el cometido de Picard fuera más difícil.

Al menos siempre sabía dónde encontrar a Ruthe, pensó Deelor mientras transponía el umbral del camarote que compartían. No había salido ni una sola vez de la habitación desde la muerte de Jasón.

Alzando la mirada desde el suelo, donde se había acurrucado para echar una siesta, Ruthe dijo:

—Has estado ausente durante mucho rato.

—Lo siento —contestó Deelor, sin tener la seguridad de si había proferido las palabras como acusación o mera observación. Habitualmente ella contemplaba los

movimientos de él con indiferencia—. Me he transportado a Nueva Oregón. —Luego le explicó por qué.

—¿Cuándo sucedió eso? —preguntó ella al concluir Deelor con una breve descripción de la arrasada colonia.

—Hará una semana. Al menos, ése es el cálculo que ha podido hacer la doctora Crusher según el estado de los cadáveres. La estimación de Data da un mayor margen. Él afirma que el ataque tuvo lugar hace al menos cuatro semanas, pero no quiere comprometerse en un período de tiempo mayor.

Ruthe se despezó con indolencia; los pies descalzos le asomaron bajo los pliegues de la capa.

—En ese caso puede que aún se encuentren en el sector. ¿Vamos a intentar establecer contacto con ellos?

—Con la *Enterprise* no. El capitán Picard no acogería bien la sugerencia. Tal vez podamos conseguir otra nave estelar cuando llegemos a la Base Estelar Diez.

—Los choraii se habrán marchado para entonces —dijo Ruthe con cierto desdén—. Puede que sigan un recorrido tortuoso, pero lo recorren a gran velocidad.

La mujer no formuló más preguntas pero, de todas formas, las conversaciones de Deelor con Ruthe nunca duraban mucho. Ella perdía el interés al poco. Pasaron casi una hora en silencio antes de que Ruthe hiciera el último comentario sobre Nueva Oregón.

—La nave tiene que haber sido muy grande.

Cuando la oyó decir eso, Deelor temió que Ruthe compartiera su propia sospecha.

—Se encuentra sola —le dijo Troi al capitán cuando los dos se hallaron en el corredor, delante del camarote de la granjera Patrisha.

Picard vaciló con la mano levantada frente al timbre de llamada.

—Tal vez debería acompañarla alguno de los colonos cuando yo le dé la noticia.

La consejera meditó sobre lo que sabía de la mujer que se hallaba en el interior. Los encuentros entre ambas habían sido breves; pero a pesar de eso, a Troi no le cabía duda de la fuerte personalidad de Patrisha.

—No. Creo que ella preferirá estar sola en este momento. No siempre se siente cómoda entre los miembros de su comunidad. La verdad es que la sensación de aislamiento de Patrisha con respecto a los otros granjeros ha estado haciéndose más fuerte a lo largo del viaje.

—Muy bien, consejera. Estoy seguro de que usted sabe qué es lo mejor.

En esta situación, el capitán se hallaba fuera de su terreno y dependía mucho del juicio de Troi. Por su propio bien, Picard se alegraba de que no hubiera más demoras. Si esperaba más tiempo comenzaría a preocuparse por si carecía del apropiado semblante sereno o por si se había excedido y adoptado un aire demasiado severo.

Tras respirar profundamente, pulsó el timbre de llamada. Cuando se les franqueó la entrada, Picard y Troi penetraron en el camarote que había sido despojado de todos los objetos personales. Los embalajes metálicos destinados al equipaje se encontraban ordenadamente apilados en el centro de la sala del camarote.

—¿Por qué no se nos ha permitido bajar a la superficie? —preguntó Patrisha—. ¿Qué ha sucedido?

—La colonia de Nueva Oregón ha sido destruida.

Picard decidió que el golpe no podía ser suavizado con preámbulo alguno, sin embargo, el capitán le ahorró a Patrisha los detalles del ataque choraii. Le dijo que su hija estaba muerta, pero no que sus últimos segundos de vida habían estado preñados de un dolor terrible. Ni tampoco que no quedaba nada del cuerpo que pudiera ser reconocido.

—Nuestros grupos de expedición han confirmado que no quedan supervivientes —le explicó Troi tratando de poner el mayor tacto en su voz.

—Lo lamentamos mucho —agregó Picard cuando no quedó nada más que decir.

A partir de ese punto, las cosas se desarrollaron más o menos como siempre en estas ocasiones. Sus palabras fueron recibidas con una incredulidad inicial, y luego aceptadas con creciente angustia. Algunas personas se deshacían de inmediato en lágrimas, pero Patrisha era una de las silenciosas. El desgarrador dolor llegaría más tarde, cuando los oficiales de la nave estelar hubiesen salido. Troi tenía razón; esta mujer no habría acogido bien ninguna compañía en este momento.

Tras un incómodo silencio, Patrisha habló.

—Capitán, ¿qué habría sucedido si no nos hubiéramos retrasado respecto de la fecha prevista?

A lo largo de los años, Picard se había entrenado para evitar las especulaciones estériles de ese tipo, pero comprendió el sentimiento que la movía a formular la pregunta, y la contestó por respeto.

—Toda su comunidad hubiese sido destruida. Ni un centenar de colonos desarmados, ni siquiera el doble de ese número, habría podido cambiar el resultado. —Tal vez era un consuelo pequeño, pero era lo único que él podía ofrecerle.

—Llevaba casi dos años sin ver a Krn —dijo Patrisha. Su rostro carecía de expresión—. Dos años, desde que ella y su hombre se ofrecieron voluntarios para formar parte de la avanzada de reconocimiento. Krn y yo nos peleábamos tan a menudo que de hecho me sentí aliviada al verlos partir.

Picard intercambió una mirada con Troi. No parecía haber ninguna manera elegante de marcharse, y el silencio de la consejera le indicó que, de momento, debían escuchar. Picard no quería oír más, pero lo soportaría. Su incomodidad no era nada en comparación al dolor de Patrisha.

—Sin embargo, Dvd siempre intentaba arreglar las cosas entre nosotras. Él no era

un granjero típico. Era un platero, un artista...

Plata. Esa palabra se grabó en el cerebro de Picard, eclipsando todo lo que siguió. Pudo seguir la cadena de las sobresaltadas reacciones de Troi al percibir la consejera la alarma en la mente del capitán y relacionarla con lo ocurrido. Metal refinado, en cantidades pequeñas, pero lo suficientemente puro como para servir a las necesidades de los choraii. El capitán se distrajo tanto con el descubrimiento de lo que había motivado el ataque alienígena que estuvo a punto de pasar por alto el significado de lo que vino a continuación.

—Era un hombre agradable, amable y tan dedicado a la hija de ambos que ella lo llamaba tío.

—¿Había una niña? —preguntó Picard sobresaltado.

—Sí, mi nieta Emily. Habría cumplido cuatro años poco después de nuestra llegada. —La acuciante pregunta del capitán penetró a través de la pena de Patrisha—. ¿Por qué es tan importante eso?

Picard no podía contestarle. Todavía no. Tal vez nunca.

Ruthe se paseaba de un lado a otro frente a las lunetas de la sala de reuniones mientras los congregados ocupaban sus lugares. Por la fuerza de la costumbre, el embajador Deelor y el capitán Picard se encaminaron ambos hacia el asiento de la cabecera de la mesa de conferencias, pero el diplomático cedió terreno esbozando una sonrisa irónica y se desplazó hasta otra silla contigua a la que ocupaba la doctora Crusher. Riker y Data, recién llegados de un segundo viaje a la superficie de Nueva Oregón, fueron los últimos en sentarse. Ruthe dejó de pasearse pero permaneció en pie.

—No tenemos ninguna prueba de que la niña esté aún viva —dijo Picard, abriendo la conversación con la mayor de sus preocupaciones.

Riker se mostró más optimista que su capitán.

—No hemos encontrado su cadáver.

—Lo cual no significa que no la hayan matado —le advirtió Beverly Crusher frunciendo el entrecejo—. Sólo tenía cuatro años. Su cuerpo podría haber sido completamente destruido por el ácido, o haber quedado tan desfigurado que no podían identificarse sus restos como humanos.

—Ellos no matarían a un niño. —Ruthe pronunció esta creencia mostrando gran convicción.

—Ojalá pudiera creerle —dijo Picard—. Pero los choraii han matado a toda la comunidad de Nueva Oregón de la misma forma que mataron a los mineros de Hamlin. Han demostrado ser unos asesinos; ¿por qué iban a tener escrúpulos respecto de los niños?

—Usted no lo entiende —contestó la intérprete—. Los choraii consideran que los

adultos humanos son intratables y peligrosos. Como animales salvajes. Y si los animales están en posesión de algo de valor, bueno, es necesario quitarlos de en medio. Matarlos es lo más fácil. Pero los niños humanos vale la pena salvarlos porque se los puede amansar.

Picard hizo una mueca al oír la explicación.

—Una actitud rechazable, pero que esta vez jugará en nuestro favor. Tenemos que suponer que la niña ha sido llevada a bordo de la nave choraii. —Miró a Andrew Deelor a los ojos—. ¿Qué dicta para esta situación la política existente?

—Hemos salido fuera de los dominios de la política —admitió Deelor encogiéndose de hombros—. La información que obra en poder de los almirantes de la Flota Estelar no considera la posibilidad de otro ataque o rapto, así que la decisión de las acciones que emprendamos es nuestra.

—Yo propongo que vayamos tras ellos —dijo Riker de inmediato—. Ahora, mientras Data aún pueda detectar el rastro de partículas orgánicas que han dejado.

Data se mostró más cauto.

—Pero una vez que los hayamos encontrado, ¿qué línea de acción seguiremos? La nave que atacó Nueva Oregón es todavía más grande que la *Si bemol*. ¿Cómo les obligaremos a que nos entreguen la niña?

—Por la fuerza, no —dijo Ruthe, avanzando hasta la mesa—. Mediante la persuasión. —Se volvió a mirar a Picard. Tenía la voz tensa de urgencia y sus manos se clavaban en el tapizado del respaldo de la silla más cercana a Picard—. Cuando encontremos a los choraii, yo puedo convencerles de que nos entreguen la niña.

Data continuó actuando como abogado del diablo.

—Si usted no tiene éxito, la *Enterprise* podría verse trabada en un combate que no tiene posibilidad de ganar. Todo por una niña que quizás esté muerta entre las ruinas de Nueva Oregón.

—Pero ¿y si estuviera viva, Data? —preguntó Crusher—. Yo me sentiré obsesionada por la incertidumbre de la suerte corrida por Emily, hasta que el asunto quede aclarado en uno u otro sentido. Tenemos que asegurarnos.

—¡La tienen los choraii! —gritó Ruthe vehementemente—. Y ya lleva con ellos alrededor de una semana; la han llevado a un mundo alienígena que no es su hogar. Tenemos que ir tras esa nave y traer a la niña de vuelta.

—Estoy de acuerdo —dijo Riker al tiempo que daba un puñetazo sobre la mesa—. Además, tenemos bastantes probabilidades de ganar un combate contra ellos. Data y Worf han continuado perfeccionando sus medidas para superar la tecnología choraii.

Picard sospechaba que el haber presenciado los pavorosos efectos del ataque sobre Nueva Oregón influía en el deseo de Riker de perseguir a los atacantes. Eso y la precipitada naturaleza típica de un oficial joven. Ambas motivaciones podían ser

beneficiosas si se las mantenía en la perspectiva adecuada.

—¿Cuál es su punto de vista, embajador? —inquirió Picard, que sentía curiosidad por saber por qué el hombre aún no había expresado su opinión.

Deelor había mirado a Ruthe de hito en hito, sopesando la intensidad del ruego de la mujer, pero al oír la frase del capitán salió de su ensimismamiento.

—Tengo plena confianza en la habilidad de Ruthe para negociar con los choraii. El encuentro puede ser pacífico.

Picard levantó una mano para detener la refutación de Data.

—No obstante, continúa existiendo el riesgo de un enfrentamiento. —Bajó la mano con un gesto decidido. Había seguido el debate atentamente, escuchando por si oía algún comentario que pudiera influir en la decisión a la que había llegado horas antes en el camarote de la granjera Patrisha. Esa decisión no había cambiado—. Número uno, usted dispondrá a la tripulación del puente en sus puestos de combate. La sección de motores perseguirá a la nave choraii.

—Sí, señor —respondió Riker enérgicamente, listo para la acción en cuanto el capitán diera la reunión por terminada.

Picard observó que Ruthe parecía contenta ante la resolución. La sonrisa de ella fue rígida, como carente de práctica, y duró sólo unos segundos; pero sus ojos estaban brillantes y vivos.

—Preparados para iniciar secuencia de separación.

La advertencia de Picard resonó por todos los rincones de la *Enterprise*.

—Comiencen.

Al pronunciar esa sola palabra, las complejas sujeciones que unían el módulo del platillo con el casco de batalla se fueron separando con lentitud mientras las fijaciones se deslizaban en el interior de sus receptáculos. Luego, impulsada por los motores de sus barquillas gemelas, el casco de batalla se alejó del platillo describiendo un amplio arco y salió de la órbita en torno a Nueva Oregón.

Riker siguió a través de la pantalla frontal del puente la aceleración del módulo que se alejaba. Exhalando un suspiro se retrepó en el asiento del capitán.

—También yo desearía haber ido al encuentro de los choraii —dijo Troi en voz baja desde su asiento junto al de él.

El primer oficial apartó de sí su decepción por el procedimiento de encogerse de hombros.

—Alguien tiene que quedarse con la nave... y con los granjeros. Los choraii siempre podrían volver atrás y poner en peligro la sección del platillo.

—Pero usted está más preocupado por el capitán y los otros. Le agradecería compartir el peligro que corren.

—Sí —admitió Riker—. Pero si Ruthe hace su trabajo adecuadamente, no correrán ningún peligro.

El capitán Picard examinó el puente de batalla desde el asiento a él reservado. Este asiento era un ancho y sólido sillón, y él estaba sentado manteniendo la espalda erguida; un leve fruncimiento de su frente fue la única nota que revelaba que se sentía en un entorno diferente.

El puente de batalla era similar al navegacional pero carecía de su estilizado diseño. Su propósito exigía un espacio de dimensiones reducidas, con una distancia menor entre los terminales. La pantalla principal era más pequeña; la rampa de la sección de popa estaba reemplazada por un alto escalón. Las lecturas de los instrumentos aparecían en la pared trasera, pero las dos restantes eran lisas y desprovistas de cualquier rasgo peculiar.

Los oficiales del puente habían ocupado sus puestos de costumbre. Y como no estaba previsto llevar pasajeros, Andrew Deelor ya no tenía un asiento junto al del capitán; se apartó a un lado y se reclinó contra un tramo de barandilla del puente. Ruthe prefirió sentarse sobre la cubierta con las piernas cruzadas, a los pies de él. Beverly Crusher había reclamado para sí un asiento libre que había ante un terminal auxiliar.

—Los sensores detectan indicios claros del paso de los choraii —anunció Data—. Establecidas coordenadas de navegación.

—Continúe a la máxima velocidad hiperespacial posible, señor LaForge —ordenó el capitán.

—Sí, señor —contestó el piloto, y puso a la *Enterprise* a una velocidad equivalente a la de la nave alienígena. No obstante, al cabo de menos de una hora se vio obligado a reducirla a velocidad de impulso.

—Los sensores están perdiendo el rastro —informó Yar desde el terminal de seguridad.

Picard acusó recibo de la declaración de la mujer con un breve asentimiento de cabeza.

—Gracias, teniente —agregó como si con ese acto quisiera dar un poco de humanidad al ambiente espartano del puente de batalla—. ¿Señor Data?

Sólo el androide parecía no verse afectado por el opresivo interior. Contestó con su habitual verbosidad.

—Las naves choraii derraman una continua corriente de partículas orgánicas en descomposición, casi de la misma forma en que los seres humanos pierden células muertas de la capa externa de su piel. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo la concentración de residuos se dispersa; la inercia lleva esas partículas sueltas en diferentes direcciones, así que...

—Así que hemos llegado demasiado tarde para seguirle el rastro desde Nueva Oregón a esta nave —dijo Picard, adelantándose a la conclusión de lo que estaba exponiendo Data.

—Ahora no podemos volvernos atrás —gritó Yar—. Tiene que haber una forma de poder seguir a los choraii.

—Los encontraremos —declaró Picard, remachando su convicción con una calma estudiada que suavizó los modales impetuosos de Yar sin necesidad de recurrir a una censura abierta—. Señor LaForge, ¿puede establecer un modelo de rumbo de la nave a partir de los datos obtenidos?

—Desde luego —dijo el timonel. Su visión conectada al visor recorrió la curva senda que aparecía en la pantalla del terminal de navegación; el último extremo era unos puntos discontinuos cada vez más espaciados—. Pero los movimientos son muy complejos. Dudo de que pueda ir muy lejos sin datos de los sensores.

Ruthe se puso en pie de un salto y se acercó al timón. Asomada por encima del hombro del piloto para ver la pantalla, estudió la imagen durante unos momentos, y luego sacudió la cabeza.

—Si al menos pudiera oír dónde han estado...

—Ah —dijo Data satisfecho—. Eso puede arreglarse fácilmente. He establecido equivalentes musicales generales para las coordenadas de viaje. —Pulsó su panel del

terminal de observación para pedir una grabación de la computadora—. Desgraciadamente, el ritmo reconstruido es arbitrario y carece de la melodía de la canción choraii.

—Si hay una melodía, yo la descubriré. —Con los ojos cerrados, la respiración contenida, Ruthe escuchó dos veces el sonido del viaje de la nave estelar desde Nueva Oregón hasta su última localización—. Es una melodía de viaje —dijo al fin. Sus ojos se abrieron.

—¿La has oído antes? —preguntó Deelor.

—Es una melodía popular cantada por muchas de las naves de estos sectores —repuso Ruthe—. Ya no tenemos necesidad de seguir sus rastro. Yo puedo tocar el resto de la canción y mostrarles su recorrido.

La intérprete sacó las secciones de la flauta del interior de su capa y las armó en una sola pieza. Aplicando sus labios fruncidos en la embocadura, sopló levemente e hizo sonar las mismas notas que había tocado la computadora; pero la rígida calidad de la ejecución de esta última se transformó en un fluido fraseo musical. Ruthe continuó la canción más allá del punto en que se había detenido la computadora, llevando la melodía hasta su final. Al morir la última nota, ella bajó la flauta.

—Allí es adónde vamos.

—Ordenada la retroversión de la melodía —dijo Data, y luego inspeccionó los resultados de la computadora—. Obtenidas las coordenadas de la continuación del rumbo.

—Trace un rumbo directo —ordenó Picard—. Factor hiperespacial ocho.

Con una sonrisa satisfecha, Ruthe volvió a sentarse sobre la cubierta. Depositó la flauta sobre su regazo, aunque sus dedos continuaron deslizándose sobre el silencioso tubo como si cantara para sí misma. Excepto por el revoloteo de sus manos, permaneció inmóvil.

Wesley Crusher iba a dar contra la dura tierra del corral pero absorbió el choque de la caída extendiendo un brazo, como le había enseñado Tasha. Luego levantó de inmediato el otro brazo para protegerse el pecho de los golpes que siguieron a la acometida. Dnnys era un luchador torpe, fácil de inmovilizar, y Wesley podría haberlo derribado sin ningún esfuerzo. En lugar de eso, el alférez se concentró en la defensa.

—¡Cuéntamelo! —gritó Dnnys. Estaba demasiado alterado para darse cuenta de que sus puños no llegaban a dar en el blanco—. ¿Por qué estaba el capitán preguntando por Emily?

Wesley paró otro golpe.

—¡Deja de golpearme y te lo explicaré!

Dnnys interrumpió sus puñetazos.

—Lo siento —tartamudeó al amainar su cólera—, pero es mi sobrina. Tú sabes lo que eso significa para mí, para cualquier tío de mi comunidad.

—Por eso pienso que tienes que saberlo —dijo Wesley mientras se sentaba.

Se sacudió el polvo y las briznas de paja que tenía pegadas a la parte superior del uniforme, ganando tiempo mientras preparaba su respuesta de modo que no traicionara su juramento de guardar secreto sobre lo descubierto.

—Hay una posibilidad de que Emily esté aún con vida. Podrían habérsela llevado del planeta.

—¿Quieres decir que la tienen los atacantes? —preguntó Dnnys. Su rostro hasta ahora encendido se quedó sin color.

—Sí —respondió Wesley, acercándose peligrosamente a los límites de la información reservada—. La están cuidando bien, pero el traerla de vuelta será difícil. —Se tocó delicadamente una parte de la mejilla que le escocía, y se preguntó si el rasguño estaría ya curado para cuando regresase su madre. La imagen de su madre, en el puente de batalla, le resultaba más doloroso que las contusiones. Wesley nunca pensaba mucho en el peligro cuando se encontraban los dos juntos en la nave, pero el tener que aguardar el regreso de ella hacía que le invadiera la preocupación. ¿Era así como se había sentido su madre cuando Jack Crusher estaba a bordo de la *Stargazer*?

Dnnys sacudió a su amigo por un hombro.

—¿Cuándo lo sabremos?

—No puedo decírtelo porque no lo sé —respondió Wesley, apartándose y poniéndose en pie—. Vamos, tengo que acabar con tus tareas antes de la puesta del sol.

Quería pensar en otra cosa que no fueran las consecuencias del último viaje de su padre.

La *Enterprise* había llegado a una zona del espacio que podía confundirse con cualquier otra dentro de un radio de varios años luz. «Indistinta, calma...», pensó Andrew Deelor. Si los choraii habían seguido sus costumbres, la situación estaba destinada a cambiar sin previo aviso.

—Éste es el lugar —anunció Geordi—. He vuelto a comprobar las coordenadas de navegación.

—Los sensores no detectan rastro ninguno de partículas orgánicas —informó Data—. O bien nuestras coordenadas son incorrectas, o bien los choraii no están cerca.

—Estamos en el sitio correcto y ellos pasarán por aquí —declaró Ruthe sin levantarse de la cubierta—. La canción es larga.

—No tan larga —exclamó la teniente Yar—. Estoy detectando una débil transmisión de radio. Aumenta al máximo la recepción. —El puente pareció flotar en

aquel melodioso fraseo.

Los miembros de la tripulación del puente se detuvieron en seco, hipnotizados por lo que oían. El coro gutural era mucho más grave que el de los cantores de la *Si bemol*, se oía con la majestuosa resonancia de un órgano de catedral, y poseía una variada gama de voces que se elevaba y descendía en una compleja armonía. Deelor aguardó la reacción de Ruthe; no exhibió ninguna que él pudiera detectar. O el carácter del sonido le era indiferente, o bien ya sabía qué esperar.

—Ni una sola nota sencilla —comentó Picard con sorpresa mientras escuchaba la ondulante música—. Son acordes.

—Un acorde en re mayor, para ser precisos —señaló Deelor. Avanzó hasta el asiento del capitán—. Estamos en problemas.

La frase dicha en voz baja apartó de golpe la atención del capitán de la canción choraii.

—Explíquese.

—El tono es un indicio de la edad de la nave. Además, escuche el número de las voces —le pidió Deelor—. Sólo hay presentes cinco tonos distintos, pero sospecho que muchas de las partes son a dos voces e incluso a tres. Una estimación a la baja nos daría once cantores, lo cual significa que la nave es muy vieja y por lo tanto muy poderosa. Una adversaria más que digna de la *Enterprise*.

La canción de respuesta de Ruthe lo pilló por sorpresa. Había subido a la zona de popa del puente y tocaba como desde lo alto de un escenario. Las ágiles notas de su flauta se elevaban por encima del monótono coro choraii en re mayor, como entretejiendo un elaborado contrapunto.

—Capitán, ¿debo emitir la respuesta de ella? —preguntó Yar mientras bajaba el creciente volumen de la transmisión choraii.

Picard dudó.

—¿Sucede algo malo, embajador?

—¿Qué? —Entonces, Deelor se dio cuenta de que había adoptado una expresión ceñuda mientras escuchaba—. No, nada malo.

El capitán le hizo un gesto de asentimiento con una mano a la teniente Yar. Ruthe continuó tocando y el tempo de los sonidos entrelazados se tornó más rápido.

—La han oído.

El corazón de Deelor se aceleró, como si luchara por igualar el ritmo de la música.

—Y ya vienen —anunció Geordi desde el timón.

Su visor captó en la pantalla principal el primer destello de la nave que se acercaba, pero para cuando el aviso atrajo la atención de los tripulantes, la imagen de la nave choraii se había triplicado en tamaño.

Deelor contuvo el aliento ante la vista. Incluso sin ningún punto de referencia en

el espacio, podía percibir lo gigantesca que tenía que ser la nave. Mientras que la *Si bemol* había estado compuesta por unas dos docenas de burbujas dispuestas de forma proporcionada, la *Re mayor* era una confusa aglomeración de más de cien esferas. Un grupo alargado de burbujas grandes formaba la masa central, otras más pequeñas surgían entre los intersticios y recubrían los bordes externos. Deelor nunca antes se había hallado ante una nave de tal complejidad.

—Reduzca aumento —ordenó Picard cuando la *Re mayor* no sólo ocupó toda la pantalla, sino que desbordó sus límites. Su frente se arrugó—. Así que ahí tenemos a los destructores de Nueva Oregón.

El racimo que se acercaba se desplazaba describiendo un movimiento de rotación. Cuando un lado giró hasta quedar a la vista, Deelor detectó varias esferas púrpura alojadas en la capa exterior.

—Capitán...

—Sí, ya las veo —dijo Picard con timbre tenso—. Data, prepare su sonda neutralizadora. Por si acabamos dentro de otra red energética.

—Intentar neutralizarla sería en vano —repuso Data. Redujo aún más el aumento de la pantalla al amenazar la nave choraii con salirse una vez más de sus límites—. La red extrae energía de la nave madre, y la *Re mayor* puede liberar un flujo energético mucho mayor del que nosotros podemos obtener mediante la sonda.

—Lo que significa que su red nos aplastará más rápido y mejor.

—Capitán, todavía tendremos tiempo de perforar las esferas utilizando los rayos fásicos —dijo Worf.

—Sí —asintió Data—, pero mis cálculos indican que hay un setenta y ocho coma cinco por ciento de probabilidades de que esa medida acabe con la destrucción mutua.

—Olvídense de atacar —intervino un impaciente Deelor—. Será un encuentro pacífico.

—Hasta ahora, las intenciones pacíficas han sido nuestras y sólo nuestras —replicó Picard con amargura—. Los choraii saquean y destruyen y luego nosotros les pagamos por sus mal habidas ganancias.

El vuelo de la *Re mayor* hizo un brusco alto. Podían verse las relumbrantes esferas anaranjadas estremeciéndose a causa de las corrientes de su líquido interior.

—Embajador...

Deelor hizo callar al capitán mediante un gesto de la mano.

—Escuche. —La canción de viaje había concluido y Ruthe continuó tocando con los choraii, modulando sin interrupción al cambiar de melodía—. Están interpretando la melodía de salutación.

Cambiando el peso de lado en su asiento, Picard se inclinó hacia Deelor y habló en voz más baja.

—Suenan amistosa.

—Sí, lo es. —Así que incluso el capitán podía detectar la alegría que animaba la música—. Una vez que Ruthe haya dejado establecidas nuestras buenas intenciones, podremos... —Deelor se interrumpió.

—¿Qué sucede?

—Ruthe ha iniciado una tercera melodía —explicó Deelor.

Ella no lo había mirado ni una vez para que le dijese qué hacer, aunque aparentemente estaba pasando más allá de los rituales preliminares. ¿En qué dirección? Deelor intentó sacar algo en claro de la conversación de ella con los choraii, desentrañar la mezcla de aguda flauta y retumbantes notas de órgano, pero la escalas que utilizaban no le resultaban familiares y su comprensión de la charla era incompleta.

Crusher se le acercó por detrás.

—¿Tienen a la niña?

—Sí, creo que sí —respondió Deelor, que se sentía menos seguro de lo que daba a entender. No había reconocido la melodía y sólo había podido captar frases dispersas.

—¿Y cómo vamos a recuperarla?

La voz de Picard resonó por todo el puente. Todas las canciones se terminaron de pronto y fueron reemplazadas por un tarareo bajo y sin variaciones que emanaba de la *Re mayor*.

Mientras desarmaba una sección de su flauta, Ruthe le respondió al capitán.

—Ya se han acordado las condiciones del regreso de la niña. —La intérprete desmontó rápidamente el resto de su instrumento y guardó los trozos dentro de la capa—. Emily fue encontrada cuando saqueaban Nueva Oregón en busca de plata. Ella no es un regalo de compromiso, así que están dispuestos a dejarla marchar por un precio adecuado.

A Deelor se le humedecieron las palmas de las manos y él se las enjugó frotándoselas contra el uniforme.

—¿Qué precio es ése?

—Kilo y medio de oro y unas libras de cinc y platino. —Ruthe descendió de la zona de popa—. Yo me transportaré hasta allí mientras se reúne el metal.

Deelor estaba demasiado confundido como para hablar. Le había confiado a Ruthe su vida una y otra vez: lo haría ahora. Sin embargo, la conocía lo bastante bien como para percibir una mentira en lo que acababa de decirle. ¿Una mentira con qué propósito?

Picard se levantó de su asiento para enfrentarse con Ruthe.

—Hay algo que no me gusta en esta transacción. Han accedido con excesiva facilidad.

—¿Prefiere luchar contra ellos? —preguntó Ruthe arqueando una ceja—. No estoy muy segura de que fuera a ganar usted.

Pasó un instante antes de que el capitán volviera a hablar.

—Teniente Yar, doctora Crusher, por favor, acompañen a Ruthe a la sala del transportador. —Picard se hizo a un lado y la intérprete pasó junto a él.

Dee lo contempló hasta que la puerta del turboascensor la ocultó a la vista.

—Confío en el juicio de Ruthe. —Entonces se preguntó si había saltado en defensa de la mujer con excesiva celeridad y dejado que el capitán se diera cuenta de su creciente inquietud—. Ella sabe lo que está haciendo.

Picard volvió a su asiento; apoyó los pies firmemente sobre la plataforma y sus manos se aferraron a los posabrazos. Centró su atención en la pantalla.

—Puede que usted confíe en Ruthe, pero yo no me fío de los choraii.

Tasha Yar dudaba en abrir un resquicio en los escudos de la nave durante los críticos segundos en que Ruthe se transportaría hasta la nave choraii. Su tensión se aflojó muy poco incluso después de que anulara el efecto de los deflectores; no podía relajarse mientras la gigantesca nave estuviera flotando tan cerca de la *Enterprise*.

—Detesto esta parte —reconoció Yar mientras se reclinaba contra la consola—. La última vez esperamos durante casi tres horas antes de que llegara la señal de contacto de Ruthe.

Crusher suspiró pesadamente.

—Si recorrer nadando la *Si bemol* llevó horas, ¿cuánto tiempo tardará en la *Re mayor*?

—Días, semanas... —Un timbre agudo hizo que la jefa de seguridad volviera de inmediato a los controles—. La señal de transporte —anunció Yar mientras invertía sin pérdida de tiempo el procedimiento que había enviado a Ruthe fuera de la nave tan sólo minutos antes.

—¡Es demasiado pronto! Algo tiene que haber salido mal.

Crusher corrió hacia la plataforma mientras la luz blanca volvía a inundar la cámara. Cuando el cegador rayo se extinguió, la doctora encontró a una niña pequeña de pie sobre la plataforma. Y sólo la niña. En torno al cuello llevaba una cadena con la insignia-comunicador de Ruthe.

—Apártela de ahí —gritó Yar mientras se apresuraba a ampliar el rayo de transporte en torno a las coordenadas. Cada segundo que ella pasaba ajustando los controles aumentaba el riesgo de la nave.

Crusher cogió a la niña y la retiró de la plataforma, estrechando el pequeño cuerpo contra su pecho con un intenso abrazo, regocijándose por la recuperación de al menos una vida de la matanza de Nueva Oregón. La cara que asomaba por detrás de los rizos castaños empapados guardaba un acentuado parecido con la de Dnny.

—¡Emily!

—Estaba divirtiéndome —dijo la niña contenta cuando la doctora aflojó el abrazo. Emily había realizado sin ayuda la transición respiratoria entre el líquido y el aire—. ¿Podré volver pronto a jugar con el agua?

—No, bonita. Vas a regresar a casa —contestó Crusher al tiempo que intentaba devolverle la sonrisa. ¿Les habría afectado a los niños de Hamlin tan poco como a Emily las muertes de sus padres?

—¿Va a venir también esa señora buena?

Ruthe. La doctora miró al otro lado de la habitación. Las manos de Yar estaban sobre los controles del transportador, aunque ya no se movían.

—Tasha, ¿dónde está?

—No he podido fijar el transportador sobre ella —dijo la jefa de seguridad. Tenía el rostro rígido y los ojos bajos—. Los escudos están levantados.

—Los sensores registran toda la nave como una forma de vida —tronó la voz de Worf por aquel puente de reducidas dimensiones—. Las lecturas de los sensores son confusas. No puedo determinar con precisión la posición exacta de ella. —Examinó otra sección de la consola de seguridad—. Continúa sin haber respuesta en las frecuencias de llamada.

—¿Qué puede haber sucedido allí? —Picard había dudado desde el principio de las intenciones de los choraii, pero no debía permitir que las sospechas anularan su capacidad de juicio. Una interpretación equivocada de las intenciones de los alienígenas trabaría a ambas naves en un combate innecesario—. ¿Enviarían los choraii a la niña sin haber recibido antes el pago?

—Es posible, supongo. Tal vez como una manifestación de extrema arrogancia.

Otro pensamiento aumentó la preocupación de Picard.

—¿O ella les habrá arrebatado a la niña sin el conocimiento de los choraii?

—No —contestó Deelor con firmeza—. Ella no es tan tonta.

—Estamos ciegos ante lo que sucede allí, pero a menos que hagan algún movimiento hostil...

—Capitán —les interrumpió Data—. La *Re mayor* está alejándose.

—¡Timón, persecución a plena velocidad! —ordenó Picard. Al instante anunció a toda la nave—: Todos a los puestos de batalla.

La *Enterprise* se lanzó en persecución de las burbujas choraii. El amplio abismo que separaba a ambas naves comenzó a estrecharse, pero muy poco a poco.

—Embajador, no podemos forzar el regreso de Ruthe —dijo Picard—. No sin ponerla a ella en grave peligro.

Deelor asintió. Su semblante no estaba descompuesto, sólo pálido.

—Atraiga la atención de los choraii y deme un poco de tiempo, capitán.

—Comprendido. —Picard realizó una inspiración profunda y dio la siguiente orden—: Worf, fije los rayos tractores en cuanto los choraii estén a nuestro alcance.

La mano de Worf quedó, cual un garfio, suspendida unos segundos sobre el teclado como un ave de presa, y luego se precipitó en picado. Contacto. Unos temblores sacudieron la nave al fijarse media docena de rayos tractores sobre las esferas de la *Re mayor*. Las luces blancas del puente se apagaron; las luces rojo sangre de emergencia despertaron a la vida. En la pantalla, la nave choraii osciló y se detuvo con lentitud.

—¡Humanos, suéltennos! —tronaron unas voces al unísono como un furioso coro griego.

—Todavía tienen a uno de los nuestros dentro de su nave —gritó Deelor, pero su solo de tenor era débil en comparación con el coro de los choraii—. Devuélvannosla.

—¿Se refieren a la que habíamos perdido? Nos vimos obligados a renunciar a ella hace muchos años, pero ha regresado.

—Maldita sea —renegó Deelor en un susurro.

Picard le hizo una señal a Worf para que cerrara las comunicaciones. El silencio cubrió el puente.

—Embajador, ¿qué quieren decir con «la que habían perdido»?

—Ya sospeché esto antes. Hay pocas naves por estos sectores que sean lo bastante grandes como para aterrizar en un planeta, pero estaba convencido de que Ruthe me diría... —Su voz se apagó, Deelor se quedó pensativo.

—¿Que le diría qué? —exigió saber Picard.

—La *Re mayor* es la nave natal de Ruthe. Ella nació y se crió allí. —Deelor se pasó con rabia los dedos por el pelo, dejando un desordenado rastro de púas en su cabeza—. Tiene que haberlo sabido en cuanto escuchó la canción de ellos, pero no me lo dijo.

—¿Por qué no?

—Porque yo nunca la había dejado transportarse a bordo. —Deelor le hizo un gesto urgente a Worf y alzó la voz para reanudar su conversación con los choraii—. Les daré cualquier metal que quieran. Sólo dejen que Ruthe regrese aquí.

—No, ser salvaje. Éste es su hogar. Ella consintió en quedarse si nosotros les entregábamos a ustedes la pequeña en su lugar.

Levantándose del asiento del capitán, Picard puso su profunda voz al servicio del embajador.

—Nosotros no aceptaremos el sacrificio de ella.

—Pero si no es ningún sacrificio, capitán. —Las palabras de Ruthe temblaban y resonaban, distorsionadas por el líquido que le llenaba los pulmones—. Estoy aquí por mi propia voluntad.

—¡No, no te creo! —gritó Deelor—. Tú has cerrado un trato por la niña y tú eres

el precio.

—Un precio bajo. —La risa de ella parecía un sonoro, un ondulado murmullo a consecuencia del agua.

—Un precio inaceptable —la contradijo Picard exaltado—. Los choraii han ocasionado la muerte a demasiadas personas sin pensarlo, y sin remordimientos. ¿Cómo podemos abandonarla para que se quede a vivir entre ellos?

—Pero es que yo puedo detener las matanzas. ¡Yo les cantaré las canciones de ustedes! ¡Canciones de Mozart, Beethoven y todos los otros! Les demostraré a los choraii que incluso las bestias pueden hacer música. Una vez que les consideren semejantes, les pedirán lo que necesiten.

—Esta acción es arriesgada, heterodoxa..., definitiva. Existen otros modos de...

—Usted continúa sin entenderlo. Yo siempre he querido regresar aquí, a mi verdadero hogar. He traicionado a muchos de los míos en la búsqueda de esta nave, pero sólo a los niños, porque ellos son jóvenes y pueden olvidar. Yo era demasiado mayor para olvidar y demasiado joven para morir por los recuerdos.

—¿Está diciendo la verdad? —Exigió saber Picard del hombre que estaba de pie, inmóvil, junto a él—. ¿Puede ser esto lo que ella quiere realmente?

—Sí —susurró Deelor con voz ronca—. Maldita sea, sí.

La voz de Ruthe volvió a canturrear, más insistente que antes.

—Déjenos marchar, seres salvajes. Tenemos muchas canciones que cantar.

—Teniente Worf —comentó Picard en voz baja—. Déjelos marchar.

El klingon obedeció al punto, soltando a la *Re mayor* de la presa del rayo tractor. Las brillantes luces y los chasqueantes sonidos del puente de batalla, amortiguados por la falta de energía, volvieron a adquirir su plena intensidad.

—No se marchan —observó LaForge. Y se dispuso a hacerse cargo del timón.

Un tarareo bajo llegó a través del canal de comunicaciones con la *Re mayor*. Resonantes voces choraii subieron en crescendo hasta una canción parecida a una endecha, inundando el puente con su música. Una soprano alta repetía la triste melodía.

El melancólico sonido hizo que el capitán sintiera un alfilerazo de temor.

—¿Qué está sucediendo?

Deelor no respondió. En su lugar, Data se volvió desde el terminal de observación.

—Creo que es la forma que tienen de decir adiós.

Las tierras de Nueva Oregón estaban aún empapadas a causa del largo período de lluvias, pero el agua estancada por fin había sido absorbida en los terrenos más altos. Persistía el olor a vegetación podrida, el cual enmascaraba el dulce aroma de la nueva. Algunas manchas dispersas de brillante verde prometían el regreso de la hierba y los arbustos; crecerían más rápidamente que antes, alimentados por la descomposición de la generación anterior. Los violentos vientos que antes habían assolado la superficie estaban ahora reducidos a suaves brisas, y en lo alto un sol de mediados del verano refulgía en un cielo azul.

Mientras los técnicos de la nave estelar habían trabajado para restaurar los controles climáticos del planeta, los granjeros habían puesto en actividad sus palas de acero, pero no para sembrar grano. Una docena de tumbas salpicaban la tierra de su nuevo hogar.

A la mañana de su séptimo día en este mundo, Patrisha llevó una rama de verde nuevo a la tumba de Krn; cuando salieran las flores le llevaría un ramo. El ritual era uno muy antiguo que se remontaba a los comienzos de la comunidad; muy familiar a aquella mujer que había pasado la infancia visitando la tumba de su madre. Tal vez, a medida que la hierba se extendiera por encima de aquel amontonamiento de tierra parda recién removida, su agudo dolor iría disminuyendo y ella acudiría a aquel lugar más por hábito que por dolorosa necesidad.

Patrisha alzó la mirada al oír el sonido de unos pasos pesados. Las botas de su primo estaban cubiertas de fango, tenía las manos rojas e hinchadas a causa del trabajo al que ya no estaba acostumbrado; pero Tomás había recobrado su auténtica naturaleza. Seguía siendo un hombre exasperante, mas volvía a ser un granjero. Su lugar era éste.

—Estaba buscando a Dnnys, pero he oído decir que se ha marchado ahí arriba. —Tomás señaló con un dedo acusador a lo alto del cielo—. ¡Por transportador!

—Cúlrame a mí si tienes que culpar a alguien. Yo le he dado permiso para marcharse. —Las hojas de la ramita que había dejado sobre la tumba de Krn ya parecían marchitas a causa del calor—. Está despidiéndose de su amigo.

—El muchacho ha pasado demasiado tiempo a bordo de esa nave —afirmó Tomás, aunque con más resignación que rencor—. Créeme, ya no se atenderá a nuestras creencias. Muy pronto soñará con abandonar la comunidad.

—Yo no le pediré que se quede —replicó Patrisha en voz baja.

Ella había perdido su propia fe hacía muchos años, pero no lo bastante pronto como para forjarse una vida en otra parte. Su lugar estaba aquí, en Nueva Oregón, con la hija de Krn, porque no había ningún otro sitio al que ir.

El último encuentro entre Wesley y Dnnys fue incómodo por muchas razones.

Dnnys nunca había experimentado antes un transporte molecular, y a pesar de que siempre se había burlado de las historias de los granjeros sobre cuerpos destrozados por averías del sistema, se vio vencido por el terror cuando la fijación del transportador se apoderó de él. El muchacho se materializó en la plataforma del transportador con el semblante pálido y las piernas temblorosas, seguro de que tanto Wesley como el operador de los controles podían ver su cobardía.

Por su parte, Wesley sintió una culpabilidad irracional por la suerte de vivir a bordo de una nave. Había intentado compartir esta ventaja, pero al ver la expresión amarga del rostro de su amigo, el alférez se preguntó si el granjero no habría sido más feliz sabiendo menos acerca de la vida que estaba perdiéndose.

Tras un incómodo silencio, Dnnys bajó de la plataforma. Llevaba varios libros al brazo.

—Ya no voy a necesitarlos —dijo malhumorado y arrojó los textos de ingeniería en las manos de Wesley. Frunció el ceño para contener las lágrimas que afloraban a sus ojos, y luego hizo un esfuerzo para explicar sus acciones—. Toda mi vida la he pasado sin un tío. No puedo dejar que Emily también se quede sin uno.

—Imaginaba que decidirías quedarte —dijo Wesley, sin molestarse por la devolución de su regalo. Avanzó hasta una mesa que había junto a los controles e intercambió los libros que llevaba el granjero por otros que había preparado—. Así que te he traído éstos.

Dnnys aceptó los libros nuevos.

—¿De qué tratan? —preguntó, aunque sin un interés real. Parecía tener poco sentido el leer; la vida de granjero le dejaría poco tiempo para soñar.

—Las especificaciones técnicas de la estación de conformación terrícola. — Wesley se alegró de ver que su amigo bajaba la mirada con repentina sorpresa hacia los libros que tenía en las manos—. Ya viene de camino un equipo de reemplazo para reconstruir el centro de control, aunque como hay pocos ingenieros especializados es probable que la estación vaya a estar escasa de personal.

—Y cualquiera que pueda ayudar... —comenzó Dnnys apuntándole una sonrisa.

—... será muy bien acogido —acabó Wesley devolviéndole la sonrisa y ensanchándola por él.

Ya no les quedaba más tiempo para hablar.

—Estamos a punto de abandonar la órbita —anunció el operador del transportador—. Tendrá que marcharse.

Dnnys volvió a subir a la plataforma con los libros bien apretados contra el pecho. Cuando el zumbido del transportador alcanzaba sus notas más agudas, pensó en una última pregunta apremiante.

—¿Cuánto dura la última etapa de conformación terrícola?

—Toda una vida —gritó Wesley.

Y su amigo desapareció.

Las naves de superficie marina salían de puerto con las mareas, pero la *Enterprise* era libre de marcharse de Nueva Oregón en el momento que escogiera el capitán. Picard decidió partir en el momento en que las luces interiores de la nave estaban amortecidas hasta el nivel propio del fin de la jornada.

—Adelante —ordenó, reclinándose contra el respaldo acolchado de su asiento de mando. Dado lo tardío de la hora, algunos capitanes podrían haber delegado este cometido a su primer oficial, pero ninguna partida era rutinaria para Picard, y él siempre estaba presente cuando su nave abandonaba una órbita planetaria. Permanecería en el puente durante algunos minutos más, saboreando la promesa de la aventura que les aguardaba.

El capitán escuchó sin hacer comentarios mientras la consejera Troi practicaba la esgrima verbal con Will Riker. Las ironías y los dobles sentidos iban y venían a ambos lados del sillón del capitán.

—Una conferencia no es un acontecimiento recreativo —dijo Troi—. La reunión se convoca con un serio propósito profesional.

—Exacto, ¿como averiguar cuántos psicólogos caben en la cabina de lanzadera? —disparó Riker a modo de respuesta.

El cómico comentario de Riker provocó una risa contenida por parte de Tasha que estaba escuchando desde su puesto a popa.

—Deanna, yo la observé cuando hacía las maletas para el viaje, y algunas de las ropas que escogió...

—Tasha, cállese —la interrumpió Troi enérgicamente.

Picard intercambió sonrisas con su primer oficial, pero puso buen cuidado en mantener la espalda vuelta hacia la consejera. Por desgracia, probablemente ella podía percibir su divertido humor.

—Si quiere usted excusarme, capitán —comenzó a decir Troi exhibiendo una estudiada cortesía—, tengo algunos preparativos que hacer para mi viaje.

La sonrisa de Riker remitió un tanto cuando la consejera se levantó para marcharse.

—Deanna, sólo estaba bromeando.

Ella se volvió a mirarlo, y Picard se preguntó qué inminente travesura se escondía tras la inocente sonrisa de ella.

—Si lo recuerdo correctamente, usted tiene experiencia de primera mano sobre cuántos primeros oficiales caben en la cabina de una lanzadera.

Troi se marchó a paso lento del puente ahora que la atención estaba fija en Riker.

Picard no había podido resistirse a lanzar un aguijón. Alzó una ceja inquisitiva y observó cómo se retorció su primer oficial.

—Fue un experimento que hicimos sobre los procedimientos de evacuación de emergencia —dijo Riker, que consiguió dominarse durante la explicación, pero las orejas estaban poniéndosele rojas como un tomate—. Y la respuesta es doce.

Data hizo girar su consola del terminal de observación para encararse con Riker.

—Si el objeto del ejercicio era determinar la máxima capacidad de pasaje, la verdad es que incluso el modelo más pequeño de lanzadera puede dar cabida a más de doce personas.

—Sí, pero en aquel entonces sólo pudimos encontrar doce primeros oficiales que tuvieran permiso de tierra en Mardi Gras^[2]. Así que tuvimos que compensar la diferencia con algunos de los nativos.

—¿Estaba usted en Mardi Gras? —Picard reflexionó sobre sus propios permisos de tierra en aquel planeta en particular—. ¿Está seguro de que Data tiene la edad suficiente como para oír el resto de este relato?

—¿Señor?

El androide pareció un poco confuso ante el comentario del capitán. La risa de Geordi sólo aumentó su perplejidad.

En la cara de Riker apareció una ancha sonrisa.

—Bueno, él ha expresado curiosidad respecto a las relaciones interpersonales, capitán. ¿De qué otra forma va a aprender?

—En ese caso, se lo ruego, continúe, número uno —dijo Picard—. Y es una orden.

Como oficial médico en jefe, Crusher era responsable de seleccionar el equipo y asignar las tareas de la enfermería. Se enorgullecía de haber reunido un grupo de profesionales de primer orden para la *Enterprise*. Los destinos en la nueva nave estelar eran ya considerados como de gran valor y muy buscados por los médicos y enfermeras de la Flota Estelar, así que el índice de cambios laborales era excepcionalmente bajo en su departamento. No obstante, la nerviosa interna que se encontraba de pie ante la doctora Crusher estaba solicitando el traslado.

—¿Cómo se enteró de la existencia de los otros niños? —exigió saber Crusher. Su voz estaba traspasada de decepción; la partida de Lisa Iovino sería una auténtica pérdida para la enfermería—. Es igual, la verdad es que no tiene importancia.

—¿Puedo reunirme con ellos? —insistió Iovino, sin tener ninguna seguridad de adonde estaba pidiendo que la enviaran. Lo único que importaba era que los niños estaban ahí.

—Sí —concedió Crusher. Admitió para sí que los niños de Hamlin tenían una

necesidad mayor de los talentos de la doctora adjunta que la tripulación de la nave estelar—. Estoy segura de que podré arreglar su traslado. —El embajador Deelor le debía por lo menos eso—. Y las autoridades de la Base Estelar Diez le informarán sobre su destino final.

—Gracias, doctora Crusher —dijo Iovino, que sentía un poco de vértigo por la velocidad con que su vida estaba cambiando respecto al curso prescrito—. Nunca había pensado en trabajar con niños, pero estos críos...

—¡Lisa! —El aullido procedente de la sala de la enfermería fue seguido rápidamente por un alarmante estrépito—. ¿Lisa?

—Se supone que tendría que estar dormido —comentó la doctora adjunta corriendo hacia la puerta—. He conseguido que camine, y ahora comienza a subirse por los sitios.

Todavía sonriendo por las tremendas travesuras del alborotador Moisés, la doctora Crusher salió de la enfermería para realizar un paseo campestre largamente postergado. Su propio hijo, que no era un niño sino más bien un muchacho, la recibió en la entrada del simulador. Más allá de las puertas, ella atisbó un cielo de ocaso entreverado de magenta y azul. Quedaba la suficiente luz como para dar un paseo por las sinuosidades de los prados.

—Era aún mejor cuando estaban aquí los animales —dijo Wesley cuando él y su madre se aproximaban a la primera hilera de vallas. La granja parecía misteriosamente callada, como si un mago hubiese lanzado un hechizo para adormecer las tierras.

Beverly respiró profundamente el aire perfumado. Antiguos recuerdos, sepultados por su vida con Jack y una carrera en la Flota Estelar, despertaron a la vida.

—Puedo imaginarme cómo era. Al fin y al cabo, yo nací en una colonia agrícola.

Su hijo levantó el cierre de una verja de madera y ambos la transpusieron. Él se tomó el tiempo necesario para cerrarla a pesar de que ningún cordero se escaparía ya. De pie en el vacío corral principal, Wesley señaló las pocilgas y las jaulas en las que habían estado los conejos. Una bomba de agua gorgoteaba ruidosamente cuando el muchacho dejó de hablar. Frotándose con gesto ausente los callos de las manos que le habían crecido acarreando agua para los caballos, Wesley intentó encontrar un sentido a los trabajos que había realizado.

—Continúo sin entender por qué han escogido vivir de este modo. El sentido de la tecnología es ahorrarle a la gente el trabajo duro, darles tiempo para hacer otras cosas.

—Sí, supongo que sí —dijo Crusher—. Pero yo puedo entender la renuencia de los granjeros a utilizar la tecnología. La gente de mi mundo natal habría sufrido mucho menos si no hubiesen sido tan dependientes de ella. —La devastación de Arvedda III tuvo lugar antes de su propio nacimiento, pero la abuela de Crusher le

había transmitido los recuerdos de aquellos duros años—. Cuando los equipos esenciales se estropearon, ellos quedaron desamparados. Los supervivientes se vieron obligados a aprender de nuevo las antiguas formas de hacer las cosas, por su cuenta, sin que nadie les enseñara.

—No había pensado en eso —dijo Wesley.

Pasearon juntos en un íntimo silencio hasta que su caminar los llevó de vuelta a la entrada del simulador. Tras una última mirada a los campos anochecidos, Wesley apagó el programa.

Picard cruzó el umbral de su sala de reuniones, y se detuvo al ver la figura en sombras que estaba de pie junto a las lunetas. Estudió los contornos de la silueta.

—Es tarde para que esté levantada, doctora Crusher. ¿Ha vuelto a necesitar su atención el recién nacido de T'sala?

—No, sólo estoy meditando —contestó la mujer, pero le sonrió a Picard mientras éste se acercaba hasta detenerse a su lado—. Cuidado, mi estado de ánimo podría ser contagioso.

—Correré el riesgo.

—Estaba pensando en Ruthe —dijo Crusher—. Ha vivido entre seres humanos durante los últimos quince años. Jean-Luc, ¿qué sucedería si ha cambiado demasiado como para volver a vivir con los choraii?

Picard sintió que los músculos del cuello y los hombros se le ponían tensos bajo el peso de la pregunta.

—En ese caso no le quedará ningún lugar al que ir. —La tristeza que le producía esa certeza lo abrumó durante un instante antes de que sacudiera la cabeza—. No, eso no es cierto. Tendrá que aprender a vivir en ambos mundos.

La doctora llevó el pensamiento incluso más allá de lo que él había pretendido.

—Eso es lo que nosotros hemos hecho aquí, a bordo de la *Enterprise*. Abandonamos nuestros hogares y decidimos convertirnos en vagabundos, exactamente igual que los choraii.

—Nosotros somos bastante menos sanguinarios —replicó Picard convencido—. Pero reconozco la similitud. —Y la comparación lo ayudó a aquietar la última de sus dudas por haber dejado atrás a Ruthe—. ¿Ha acabado ya de meditar, Beverly?

—Sí, he acabado.

—Bien —dijo Picard—. En ese caso, creo que le gustará oír una de las aventuras de nuestro primer oficial. La historia habrá corrido por toda la nave al acabar el día de mañana, y el capitán quiere tener la oportunidad de contarla aunque sólo sea una vez.

Andrew Deelor no había dormido, pero aguardó hasta la llegada de la

convencional mañana antes de hacer a un lado la ropa de cama que lo cubría y levantarse. No tenía hambre, pero iría en busca de comida antes que quedarse allí durante más tiempo. Tras recoger la capa arrugada que le había servido de manta, se encaminó hacia la puerta del camarote.

Al recorrer el camarote de pasajeros, Deelor se dio cuenta de que Ruthe no había dejado imprenta personal alguna en el interior. Sus únicos objetos habían sido la capa y la flauta, y ambos los había dejado caer en la plataforma del transportador. Él le había regalado la flauta a la niña rescatada. Los niños rescatados de las naves choraii se convertían en músicos excepcionales; tal vez el breve período de tiempo que la pequeña había pasado con ellos tendría sus efectos. Ahora lo único que quedaba de Ruthe era la gastada prenda que él tenía entre las manos. Un débil perfume a canela aún perduraba en las fibras de la misma.

Deelor metió la tela gris en un conducto de desechos y salió del camarote con las manos vacías. Era un hombre que viajaba ligero de equipaje y el peso de la capa de ella era más de lo que podía soportar.

Notas

[1] Según el diccionario Webster's, equivalente al de la Real Academia Española, se trata de un «mecanismo electrónico que reduce las señales de la voz a señales de variación lenta, que pueden ser transmitidas por sistemas de comunicaciones de amplitud de banda de frecuencia limitada». (*N. de la T.*) <<

[2] Nombre con el que se conoce el día anterior al Carnaval en Nueva Orleans, equivalente a nuestro Jueves Lardero. Esta celebración se festeja con mayor desinhibición y vitalidad que sus análogas en Europa. (*N. del E.*) <<